

LECTURA EN VOZ ALTA



LA ELIGIÓ

JUAN JOSÉ ARREOLA

EDITORIAL PORRUA, S. A.

AV. REPUBLICA DE ARGENTINA, 15. MEXICO, 1991

"SEPAN CUANTOS..."

NÚM 103

DICCIONARIO PORRÚA

DE LA LENGUA ESPAÑOLA

PREPARADO POR
ANTONIO RALUY POUDEVIDA

REVISADO POR
FRANCISCO MONTERDE

*CONTIENE LAS PALABRAS BÁSICAS DEL IDIOMA
CON ABUNDANTES MEXICANISMOS, TECNICISMOS,
VERBOS Y NOTAS ORTOGRÁFICAS*

31a. EDICION

*Un volumen de 19 X 12 cm. 856 páginas a dos colores y un
mapa político a colores de la República Mexicana*

BREVE

DICCIONARIO PORRÚA

DE LA LENGUA ESPAÑOLA

*INCLUYE LAS PALABRAS BÁSICAS DEL IDIOMA A NI-
VEL DE LAS ESCUELAS DE ENSEÑANZA PRIMARIA,
CON AMERICANISMOS Y MEXICANISMOS DE USO FRE-
CUENTE*

PREPARADO POR
ANTONIO RALUY POUDEVIDA

REVISADO POR
FRANCISCO MONTERDE

23a. EDICION

*Un volumen de 21 X 12 cm. de 461 páginas y un mapa político
a colores de la República Mexicana*

LECTURA EN VOZ ALTA

LECTURA EN VOZ ALTA

LA ELIGIÓ
JUAN JOSÉ ARREOLA

DECIMOPRIMERA EDICION



EDITORIAL PORRÚA, S. A.
AV. REPÚBLICA ARGENTINA, 15
MEXICO, 1991

Primera edición en la Colección "Sepan Cuantos...", 1968

Derechos reservados

Copyright © 1991

La introducción y las características de esta edición
son propiedad de la

EDITORIAL PORRÚA, S. A.

Av. República Argentina, 15, México 1, D. F.

Queda hecho el depósito que marca la ley

ISBN 968-432-531-2

IMPRESO EN MÉXICO
PRINTED IN MEXICO

A

MARÍA JOSÉ

INTRODUCCIÓN

Lector, éste es un libro de lectura. Inútil buscar en él otra cosa. No es una antología universal ni un volumen de trozos escogidos. Más que yo mismo, otros lo coleccionaron para mí: los autores de textos escolares, como María Luisa Ross o Atenógenes Pérez y Soto, a quienes aquí rindo tributo. Lo único que importa es que todas las páginas aquí reunidas me enseñaron a amar la literatura y por eso las amo y las reúno. Las leí por primera vez entre los ocho y los doce años de edad. Sólo he agregado unas cuantas que leí después, joven o adulto, y que tienen el mismo valor y la misma enseñanza: me devolvieron el candor y la ingenuidad primeras. Esto es, me siguen enseñando a ser hombre y me enriquecen con los dones de una lengua que ha desarrollado mi espíritu: pez que circula en el agua del lenguaje materno. Me desentiendo, por lo tanto, de la cronología, de los países y las épocas que señorean habitualmente los manuales de literatura. Ni siquiera los nombres egregios han sido tomados en cuenta. En este libro sólo debe oírse una melodía: la de la lengua castellana, por obra y gracia de autores originales o de traducciones anónimas y devotas.

Por eso quiero que pueda ser leído en voz alta, sobre todo por los niños que desarrollan su ser en nuestra habla. Lástima que no pueda hacerse en un coro, para saber quién desentona y quién puede ser un solista. Porque el solista es poeta y el que desentona debe ser llamado a cuentas por la comunidad del espíritu: yo te diré quién eres si hablas el idioma que entiendo: si pagas mi atención con la moneda de tu alma acuñada en lenguaje: única divisa que tiene aceptación universal. Si eres checo, alemán o francés, yo te doy el oro de mi lengua por el oro de la tuya. De hombre a hombre, y pronunciando bien cada pala-

bra. Por eso abundan aquí los hombres extranjeros, porque hemos entendido su lenguaje.

No sé de ningún tratado que nos ayude a leer en voz alta. Sólo el ejemplo de quienes saben hacerlo y resucitan de viva voz el sentimiento y la melodía que bulleron el alma de los autores, sirve de algo. Pero lo que no puede el maestro, lo hace el instinto, el genio del lenguaje que poseemos, aunque se haya o se halle dormido entre nosotros.

Las cláusulas de Hammurabi, como las de Salomón y Andreiev, requieren una voz amplia, estricta y pausada. Un murmullo de oración debe rezar, en aleteo lejano, al anónimo chino y a *Las tinieblas caen*, de Gunnar Ekelof. Como quien cuenta una anécdota personal deben leerse las páginas de *Gilgamesh* y de H. G. Wells. Así, pero con cierto temblor, el *Ruiseñor y la rosa*, de Óscar Wilde, y *En días de terrible epidemia*, de Alessandro Manzoni. Con orgullo, rencor y humildad, como quien se confiesa, el *Autorretrato* de Papini, el párrafo de Henley y el fragmento del *Libro de los muertos*. . . Cualquier niño puede decir ahora lo que dijo hace treinta siglos el escolar de Mari, desenterrado por André Parrot, o recitar los pasajes de la *Cruzada de los niños*, que aquí se reproducen. El texto de Jules Renard, que empieza como una mera información, va disminuyendo el tono y agrandando sus pausas, hasta que nos hace cerrar la boca antes de decir la última palabra. Y así sucesivamente.

Dejo adrede, sin aclararlas en nota, muchas palabras, nombres y hechos enigmáticos. Siempre es bueno promover en los lectores alguna visita provechosa al diccionario y a las enciclopedias. Ojalá y sea así, para que el que quiera entender, entienda. Y si no, tanto mejor: el misterio poético se verá acentuado por las dudas de fecha, nacionalidad y vocabulario.

Sí debo aclarar algo que me apena. Los libros en que leí los textos que amo y rescato, no consignan casi nunca el nombre de los traductores. Conozco algunos, pero los omito en favor de los anónimos. A cambio, entrego una docena de traducciones más, sin identificarlas. Vaya lo uno por lo otro.

Me hago responsable de todo. Incluidas las correcciones que remedian algún descuido en las traducciones. Y las propias se benefician con hallazgos anteriores, cuando los hubo o pude recordarlos sin tenerlos a mano.

Finalmente debo mencionar aquí a Emilia Gaitán González, porque copió todos los textos con presteza, paciencia y cuidado, *ancilla dilectissima*. Pero sobre todo, y en primer lugar, a los Editores, porque al apoyar la edición hicieron posible que yo tuviera juntas otra vez las palabras que me enseñaron a amar la literatura. Para que otros niños, jóvenes o viejos, las releen conmigo. Adiós pues, lector. Y a Dios las gracias.

JUAN JOSÉ ARREOLA.

México y 1968.

LECTURA EN VOZ ALTA

LA TAREA ESCOLAR

—Hijo de la casa de las tablillas, alumno, ¿a dónde vas desde hace tanto tiempo?

—Voy a la escuela.

—¿Y qué haces en la casa de las tablillas?

—Leí mi tablilla y tomé mi almuerzo.

Preparé mi tablilla de barro, la cubrí de signos hasta que estuvo llena. Cuando cerraron la escuela vine a casa. Le recité la lección a mi padre. Mi padre leyó mi tablilla y se quedó muy contento.

Al otro día me levanté muy temprano. Miré a mi madre y le dije:

“Dame mi desayuno porque me voy a la escuela”.

Mi madre sacó dos panes del horno y me los dio. Ante sus ojos, calmé mi sed. “¡Dame mi desayuno!”

Luego me fui a la escuela.

En la casa de las tablillas, me dijo el vigilante:

—¿Por qué llegaste tan tarde?

Me dio miedo y el corazón me palpitaba muy recio.

Me presenté ante el maestro y me señaló mi lugar.

Leyó mi tablilla, se puso furioso y me pegó.

ANÓNIMO DE MARI.

AQUÍ COMIENZA LA LEY

Cuando el Dios supremo, aquel que señala los destinos, confió a Marduk la soberanía en el país entero; cuando afirmó su poder por toda la eternidad, me llamó a mí, Hammurabi, para establecer el derecho que aniquila a los malvados y defiende al pobre contra la exacción. Entonces, para garantizar la salud de mis pueblos, or-

dené que se inscribieran sobre esta piedra las reglas de la justicia. Y desde ese día resplandezco ante los ojos humanos con destello semejante al de la luz del sol. Pude conducir así a mis pueblos en paz, protegiendo a todos con mi sabiduría. De ahora en adelante, el fuerte no afligirá a los débiles, y el huérfano y la viuda hallarán

abrigo contra la desdicha. Que el oprimido venga ante mí y que escuche las palabras aquí escritas. Que comprenda y declare: Ham-

murabi es verdaderamente un padre para nosotros.

HAMMURABI DE SUMERIA.

GILGAMESH SE SALVA DEL DILUVIO

Al séptimo día la nave estuvo terminada. Todo lo que yo tenía de plata y de oro lo cargué. Toda semilla de vida la hice subir a la nave: toda mi familia y mi parentela. Animales de los campos, bestias salvajes. A todos los hice subir. El dios Shamash me había fijado el momento: por la mañana lloverá salvado, por la tarde una lluvia de trigo; entra entonces en la nave y cierra la puerta. Ese momento llegó: por la mañana llovió salvado, por la tarde una lluvia de trigo. Miré el aspecto del día. Al mirar el aspecto del día tuve miedo. Entré en la nave y cerré la puerta. Al piloto, a Puzur Amerri el barquero, le confié la nave y todo el cargamento.

Al rayar el alba, del fondo de los cielos ascendió una nube negra y en ella rugía el dios Adad. Shulat y Hanish iban delante. Los portadores del trono van por las montañas del país. El dios Nergal abre las compuertas. El dios Ninurta avanza conduciendo el ataque. Los dioses Anunaki encienden antorchas y abrasan el país. El estrépito del dios Adad llena

los cielos. Todo lo que brillaba se ha cambiado en tinieblas. La tempestad sopló con rapidez. Desde que la lucha arremete, el hermano ya no ve a su hermano. Las gentes ya no se reconocen.

Los dioses también tuvieron miedo al diluvio y llegaron huyendo hasta el cielo del dios Anu. Van a echarse fuera como perros y se acurrucan. La diosa Istar gime como una mujer que va a dar a luz. Vocifera la dama de los dioses, la de la bella voz: "¡Que este día se convierta en cieno, porque yo, en la asamblea de los dioses, he proferido el mal! ¡Cómo he podido proferir el mal y hecho morir a mis gentes! ¿Acaso los engendro yo para que como pececillos colmen los mares?" Los dioses Anunaki lloran con ella, los dioses aúllan, se deshacen en lágrimas. Sus labios se cierran y esperan el fin. Seis días y seis noches sopla el viento; el diluvio y la tempestad barren el país.

A la llegada del séptimo día, queda vencida la tempestad, el diluvio que había luchado como un ejército. El mar se calmó, el hur-

cán se calló, el diluvio cesó. Cuando miré el mar, ya no había ruido, pero todos los hombres se convirtieron en cieno. La llanura semeja un terrado. Abrí la ventana y el día cayó sobre mi mejilla. Tambaleante me senté. Sobre mis mejillas corrían las lágrimas. Miré hacia el horizonte del mar. A doce leguas emergía una isla. En el monte Nisir se detuvo la nave. Un día, dos días, tres, cuatro días. Un quinto y un sexto día el monte Nisir detuvo la nave sin dejarla mover.

Cuando llegó el séptimo día hice salir una paloma y la solté. La paloma se fue y volvió; como no tenía dónde posarse, regresó.

Hice salir una golondrina y la solté. La golondrina volvió. Como no tenía dónde posarse, regresó. Hice salir un cuervo y lo solté. El cuervo se fue y vio el desecamiento de las aguas. Come, revolotea, grazna y no vuelve. Hice salir todo a los cuatro vientos.

Ofrecí un sacrificio. Coloqué una ofrenda en lo alto de la montaña. Coloqué siete y siete incensarios. Sobre el suelo tendí cañas, cedros y mirto. Los dioses aspiraron el buen olor. Los dioses se agolparon como moscas encima del holocausto.

ANÓNIMO DE BABILONIA.

DEL LIBRO DE LOS MUERTOS

Al comparecer en presencia de Osiris, el alma recita la llamada "confesión negativa":

No he obrado mal, no he cometido violencias, no he robado, no he sido causa de que se diera muerte a traición a ningún hombre, no he sisado las ofrendas de los dioses, no he mentido, no he hecho llorar a nadie, no he sido impuro, no he matado animales sagrados, no he destruido las siembras, no he calumniado, no he dado muestras de cólera, no he cometido adulterio, no me he negado a oír las palabras de la verdad, no he perpetrado actos de hechi-

cería ni contra el rey ni contra mi padre, no he contaminado las aguas, no he sido causa de que el amo maltratara a su esclavo, no he jurado en vano, no he alterado el fiel de la balanza, no he quitado la leche de la boca de los infantes, no he cazado con red los pájaros de los dioses, no he desviado el curso de las acequias, no he apagado el fuego en su hora, no he despreciado a Dios en mi corazón. ¡Soy puro, soy puro, soy puro!

Si el peso del corazón resulta satisfactorio, el alma va a los cam-

pos de Iora, donde las espigas de la cebada alcanzan hasta siete codos de altura, y se sienta por las tardes a jugar ajedrez en compañía de sus amigos. Pero si el corazón no alcanza el peso de la jus-

ticia, se le arroja a la Devoradora, monstruo de hocico de cocodrilo, cuerpo de hipopótamo y melena y garras de león.

ANÓNIMO EGIPCIO.

EL CANSADO DE LA VIDA

La muerte está en mis ojos como cuando un enfermo recobra la salud y sale al aire libre después de la enfermedad.

La muerte está en mis ojos como el aroma de la mirra, como el remero que descansa bajo la vela en día de brisa.

La muerte está en mis ojos como el olor de los nenúfares, como quien se sienta al borde de la embriaguez.

La muerte está en mis ojos como

camino andado, como cuando los hombres vuelven a la patria después de guerrear en tierra extranjera.

Hoy está la muerte ante mis ojos como un cielo despejado, como cuando un hombre llega allí donde no sabía.

Hoy está la muerte ante mis ojos como el deseo que tiene un hombre de ver a su patria después de largos años de cautiverio.

ANÓNIMO EGIPCIO.

SINUÉ DECIDE REGRESAR A EGIPTO

¡Oh Dios, quien quiera que seas, tú me predestinaste antaño para la ida! ¡Apiádate de mí y vuélveme al palacio de Egipto! ¡Concédeme que vea otra vez el lugar donde mi corazón reposa! ¡No hay dicha mayor si mi cadáver descansa en la tierra en que nací! ¡Ven en mi ayuda, concé-

deme esa gracia y dame la paz! Prepárame un buen fin a pesar de haberte ofendido. Ten piedad del que se vio forzado a vivir en tierra extranjera. Si te has apaciguado, dígnate escuchar mi plegaria lejana.

Que me sea favorable el rey de Egipto, para vivir de su gracia, eje-

cutar en su palacio los deseos de la reina y escuchar las órdenes de sus hijos.

Que se rejuvenezca mi cuerpo, pues ha llegado a la vejez y le han alcanzado los males. Mis ojos se nublan, penden mis brazos y los pies se niegan a seguir mis deseos. Mi corazón está cansado y la muerte se acerca. Quiero ser conducido a las ciudades de la eternidad. Quiero seguir a la dueña y señora de Todo. ¡Ojalá y mi señora quiera mostrarme la belleza de sus criaturas y concederme la eternidad de la tumba!

Orden del rey al servidor Sinué.

He aquí que se te envía esta orden: Has recorrido los países extranjeros, desde Kedemi a Retenu. De un país has pasado a otro siguiendo los consejos de tu propio corazón. ¿Qué has hecho para que se te otorgue merced? En verdad, no hay maldiciones tuyas que se opongan a tus palabras, ni suscitaste contradicción entre los consejeros que deliberaron acerca de ti. Sólo aquel pensamiento que te hizo partir. La reina, tu cielo que en palacio vive, prospera y comparte el gobierno del país, y sus hijos se alojan en habitaciones reservadas. Vivirás de los regalos que te entreguen cuando vuelvas. Ven a Egipto para que veas el palacio en que has crecido, para que beses prosternado la tierra ante las dos puertas y te sea dado unírte a los cortesanos.

Hoy has comenzado a enveje-

cer, perdiste tu energía viril y pien-
sas ya en el día del embalsamamiento, cuando serás conducido a la bienaventuranza eterna. Te será consagrada una noche. Ungido con aceite de cedro, las manos de Tait, diosa tejedora, te colocarán los vendajes. Se hará la comitiva el día de tu entierro. La envoltura de tu momia será de oro, la cabeza de lapislázuli, y sobre ti habrá un baldaquino. Serás puesto en el sarcófago, tirarán de ti los bueyes, te precederán cantores, se ejecutarán las danzas rituales y a la puerta de tu sepultura se recitarán invocaciones mientras los sacerdotes sacrifican víctimas propicias. Las pilastras de tu sepulcro serán de piedra blanca y alzadas en el recinto sepulcral de los hijos del rey. No morirás en tierra extranjera, no te enterrarán los asiáticos ni serás envuelto en una piel de carnero. Piensa, pues, en tu cadáver, y ven.

Este decreto llegó cuando me hallaba en medio de mi tribu. Cuando lo hubieron leído, me tendí sobre el vientre, toqué el polvo y lo puse sobre mis cabellos. Corrí alegre por los campos exclamando jubiloso: "¿Cómo es posible que semejante gracia se otorgue a un servidor a quien el corazón indujo a marcharse a tierras extranjeras? ¡La compasión real que me libra de la muerte ignota! El Dios supremo permitirá que acabe mi vida en la tierra de Egipto.

ANÓNIMO EGIPCIO.

LA MUJER FUERTE

Mujer fuerte ¿quién la hallará?
Su estima sobrepasa largamente la
de las piedras preciosas.

El corazón de su marido está
en ella confiado y no sufrirá des-
pojo. Ella le dará bien y no mal
todos los días de su vida.

Buscó lana y lino, y con volun-
tad labró de sus manos.

Fue como navío de mercader:
trajo su pan desde lejos.

Se levantó de madrugada y dio
comida a su familia y ración a sus
criados.

Consideró la heredad y la com-
pró y plantó viñas con el fruto de
sus manos.

Ciñó sus lomos de fortaleza y
esforzó su brazo. Supo que era
buena su granjería. Su lámpara no
se apagó de noche. Aplicó sus de-
dos al huso. Sus manos tomaron
la rueca.

Alargó su diestra al pobre, la
extendió al menesteroso.

No tendrá temor de la nieve por
su familia: toda ella va vestida de

ropas dobles. Ella se hizo tapices.
De lino fino y de púrpura es su
vestido y su esposo se distingue en
las puertas cuando se sienta con
los ancianos de la tierra. Hizo telas
y las vendió y dio cintas al mer-
cader.

Fortaleza y honor son sus vesti-
duras y en el día postrero reirá.

Abrió su boca con sabiduría y
la ley de clemencia está en su
lengua.

Considera los caminos de su
casa. No come el pan de balde.

Sus hijos se levantaron, llamán-
dola bienaventurada, y su marido
también la alabó. Muchas mujeres
hicieron el bien, pero tú las exce-
diste a todas.

Engañosa es la gracia y vana la
hermosura: la mujer que teme a
Jehová, ésa será ensalzada. Dadle
el fruto de sus manos y alábenla
en las puertas sus hechos.

SALOMÓN.

A LA TIERRA MADRE DE TODOS

Cantaré a la Tierra, madre de
todas las cosas, bien cimentada,
antiquísima, que nutre a todos los

seres que existen: cuantos seres se
mueven en la Tierra divina o en
el mar y cuantos vuelan, todos

se nutren de tus riquezas. De ti proceden los hombres que tienen muchos hijos, ¡oh venerable!; a ti te corresponde dar y quitar la vida a los mortales hombres. Feliz aquel a quien tú honras, benévola, en tu corazón, pues todo lo tiene en gran abundancia. Para los hombres tales la fértil tierra se carga de frutos, en el campo abunda el ganado, y la casa se llena de bienes; ellos reinan, con leyes justas, en ciudades de hermosas mujeres, y una gran felicidad y riqueza los

acompaña; sus hijos se vanaglorian con pueril alegría; las doncellas juegan y saltan, con ánimo alegre y en coros florecientes, sobre las blandas flores de la hierba. Tales son los que tú honras, veneranda, pródiga diosa.

Salve, madre de los dioses, esposa del estrellado cielo. Dame, benévola, por este canto una vida que sea grata a mi ánimo; mas yo me acordaré de ti y de otro canto.

HIMNO HOMÉRICO: XXX.

ULISES A NAUSICAA

Yo te imploro ¡oh reina!, o ¿cómo llamarte?, ¿eres mortal o diosa? Si reinas en lo alto del Olimpo, por la hermosura y belleza de tu rostro y la majestad de tu estatura, me parece ver en ti a la hija del gran Júpiter, a la propia Diana. Si entre los mortales habitas, ¡felices tus padres y dichosos tus hermanos! ¡Cuánta debe ser su alegría en las fiestas solemnes cuando, adornada de la flor de la juventud y de la belleza, te vean marcar los primeros pasos a la cabeza de las danzas! Pero aún más dichoso que ellos todavía, el joven esposo que triunfando de sus numerosos rivales, y colmándote de magníficos dones, te lleve a su palacio. Nunca entre los mortales vieron mis ojos parecida maravi-

lla; la admiración y el respeto me tiene absorto. Así en otro tiempo, seguido de un ejército (ése fue ¡ay! el manantial de todas mis desdichas) vi en Delos, cerca del altar de Apolo, esa soberbia palmera que, por súbito prodigio, elevó del fondo de la tierra su elevado tronco siempre joven y floreciente. Permanecí mucho tiempo extático contemplando aquel árbol, el más maravilloso que hubo jamás nacido y de igual modo, ¡oh mujer admirable! tu aspecto me llena de sorpresa y de encanto y no me atrevo a abrazar tus rodillas aunque soy un suplicante y estoy a punto de sucumbir bajo el peso del infortunio. Ayer fue el vigésimo día después de aquel en que escapé al tenebroso mar luego

de salir de la isla de Ogigia y siempre errante, y juguete de las tormentas. Por fin un dios me ha lanzado a estas riberas sin duda para que encuentre en ellas nuevas desdichas, porque no puedo creer que los inmortales hayan apaciguado su cólera y que yo cese de sufrir los terribles efectos de su odio. Sin embargo, oh reina, compadécete de mi suerte, tú, la primera a quien encuentro al salir de tantas desdichas, extranjero, desnudo, sin conocer a ningún habitante ni de esos muros ni de toda esta comarca. Dígnate indicarme el cami-

no de la ciudad; dame alguna envoltura de tus vestidos, el que me nos valga de tus velos, para arrollarlo alrededor de mi cuerpo y quieran los dioses concederte cuanto tu corazón desee: un esposo, hijos, y la dulce concordia, porque no hay en la Tierra espectáculo más bello ni conmovedor que el de dos esposos unidos por el amor más tierno, que gobiernan su casa en armonía: son la desesperación de los envidiosos, la alegría de sus amigos y sólo ellos conocen todo el valor de su felicidad.

HOMERO.

A AGNI

Que Agni, brillando como el sol desde la mañana, reciba nuestras ofrendas. Cantémosle al aire libre y puro como él, que nace con la aurora.

Agni levanta en los aires su llama blanca. Él renace de su fuego, crece y devora las llamas que se le ofrecen.

Oh Agni, tus llamas puras como tú se enlazan por todos lados; se adhieren a la leña de la pira; la acarician y la devoran con su cortante diente.

Como la correhuela silbante del guerrero, ellas se apoderan irresistibles de las ramas que gimen.

Oh Agni, tus rayos ardientes son como corceles libres a los que ni el freno ni la vida retienen, y que devoran la hierba de la pradera.

Tu fulgor te ha abierto los dominios terrestres. Golpea tu enemigo y anonada al malvado.

Dios sublime, dotado de fuerza insuperable, danos la abundancia. Yo he elevado mis loores a la altura de tu poder. Dame, en cambio, una considerable y feliz opulencia.

VYASA.

EL GANGES DESCIENDE A LA TIERRA

Advirtieron que el Ganges descendía sobre la Tierra. Y montados en carros grandes como ciudades, en caballos, en elefantes escogidos y en buques, las divinidades se precipitaron a ver aquella maravillosa y afortunada llegada del Ganges a la Tierra.

Los dioses de inmenso esplendor acudían en tropeles. Y mientras las huestes de los dioses descendían con sus espléndidas insignias, la atmósfera, limpia de nubes, brillaba como alumbrada por cien soles. Las bandadas de Zisumaras y de serpientes, los ágiles peces, hicieron relucir el firma-

mento como rayos brotados de todas partes. Lívidas corrientes, desbordando por mil lados a la vez, llenaban como nubes de otoño el espacio poblado de hamsas. El agua se precipitaba, ora describiendo meandros, ora corriendo en línea recta, ora profunda, ora agitada, ya haciendo más lento su curso, ya entrechocando sus olas.

El río, tras numerosos circuitos aéreos, caía sobre la tierra, y corriendo sobre la cabeza de Zamkara, se extendía por el suelo.

VALMIKI.

LAS LISONJAS DE REVANA

¡Mujer de encantadora sonrisa, de dulces ojos, de rostro amable, tímido y gracioso; tú brillas con vivo fulgor, como vergel florido! ¿Quién eres tú, cuyo vestido de seda color de sol, se asemeja al cáliz de una flor dorada y a quien todavía embellece más esa guirnalda de lotos rojos y de nenúfares azules? ¿Eres la Gloria, el Pudor, la Felicidad, la Fortuna, la Belleza, la Voluptuosidad misma,

o la misma vida? ¡Qué blancos, pequeños, iguales y unidos son tus dientes, oh mujer de talle escultural! Eres bella como una diosa, y tus cejas finas y arqueadas son un precioso adorno de tus ojos. Tus mejillas, dignas de tu boca son hermosas, suaves, y nada hay más digno de nuestra contemplación, ¡oh mujer querida, de encantos seductores! Tus finas orejas adornadas con pendientes de oro, pero

mejor adornadas con su belleza natural, forman líneas curvas dibujadas con las más delicadas proporciones. Tus manos tan flexibles tienen matiz azulado, como los pétalos de loto; ¡oh! criatura de risa deliciosa, tu gentileza está en armonía con tus otros encantos. Tus pies, que juntos en este momento el uno al otro, se hacen mutuamente resbalar, son de una belleza inexpresable; su forma es de una delicadeza infantil y sus dedos son de una frescura incomparable; bellos como las flores más deslumbradoras, durante la mar-

cha se muestran llenos de atractivos y de gracias... Tus piernas, finas y elegantes, son dignos sostenes de tu cuerpo flexible... Tus grandes ojos, bordeados por un círculo de púrpura, son dos estrellas de azabache engastadas en medio de un esmalte purísimo. Tu cabellera es magnífica, tu cintura podría ceñirse con las dos manos... No, nunca he visto en la superficie de la Tierra una mortal, ni una ninfa, ni aun una diosa que se iguale a ti en atractivos.

VALMIKI.

LA LEY SUPREMA

La ley verdadera es la recta razón, a la naturaleza conforme, a todos infundida, constante, sempiterna; que llama al deber, mandando; que, prohibiendo y aterrando, aleja del mal. La que, sin embargo, ni manda o prohíbe en vano a los probos, ni, mandando o prohibiendo, mueve a los improbos. Esta ley ni es permitido sustituir; ni quitar de ella es lícito, ni dable derogarla; ni senado ni pueblo exentarnos de ella pueden; ni de comentadores o intérpretes extraños necesita. Ni habrá

una ley en Roma, otra en Atenas; hoy una, otra mañana; sino que a las gentes todas, en todos los tiempos comprenderá una ley sola, eterna, inmutable; y todos tendrán uno solo como maestro y soberano; Dios, de esta ley autor, juez dador. Cuyos contraventores huirán de sí propios, y ultrajando la naturaleza humana, padecerán, por lo mismo, las mayores penas; aun cuando evadir logren todos los imaginables suplicios.

MARCO TULIO CICERÓN.

ELOGIO DE LA VIDA CAMPESTRE

¡Dichoso aquel que de negocios alejado, y a ejemplo de los primeros hombres, cultiva con su bueyes los campos heredados de sus padres, libre de todo logro!

Ni, soldado, despiértale el son bélico de las trompetas; ni, marino, teme al mar airado, y huye de tribunales y de los fastuosos pórticos de los ciudadanos influyentes.

Tan pronto enlaza en estrecho maridaje los altos álamos con los tiernos mugrones de la vid; tan pronto, podando con la hoz inútiles ramos, injerta otros más fecundos; o de lejos registra, con los ojos en el torcido valle, el esparcido rebaño de sus vacas; o en limpios jarrones encierra la miel que sacó de los panales; o trasquila a sus tiernas ovejas.

Cuando el otoño levanta enmedio de los campos su cabeza adornada de fragantes frutos, ¡cómo se goza entonces cogiendo las peras del árbol que injertó o las uvas, que compiten con la púrpura, para ofrecértelas a ti, Silvano, protector de las heredades! Gusta unas veces de estar echado a la sombra de una vieja encina o sobre el tupido césped, mientras que el arroyo se desliza en calma; y las aves que plañen en las vecinas selvas, y las fuentes cuyas puras

aguas se escapan murmurando, y todo convida al apacible sueño.

Pero allá, cuando traído por el dios del rayo derrama el oscuro invierno las lluvias y las nieves, entonces, rodeado de perros, empuja el jabalí furioso hacia las reacias mallas; o con ligeras horquillas suspende claras redes para engañar a los golosos tordos, y en lazos coge a la tímida liebre y a la viajera grulla, recompensa de su maña.

¿Quién, enmedio de estos pasatiempos, no se olvida de los molestos cuidados que trae consigo el amor?

Una casta compañera, muy de su casa, cuida del hogar y de los hijos, cual la mujer sabina o las hermosas mujeres que tuesta el sol de Apulia.

Ella carga de leña seca el santo hogar a la hora en que su marido vuelve fatigado. Ella encierra en los tejidos zarzos el rebaño alegre; ella ordeña las hinchadas ubres de las vacas; ella saca del henchido tonel el vino nuevo y guisa viandas no compradas fuera.

No serán más de mi gusto las ostras lucrinas, ni el rodaballo, ni los pescados que la tempestad de los mares de Oriente suele arrojar

a nuestros parajes; no la gallina africana ni el francolín de Jonia bajarán a mi vientre con más gusto de mi parte que las aceitunas cogidas de los cargados ramos de mis olivos, o que el lapazo amante de los prados, o que la malva saludable para el cuerpo enfermo, o que la cordera muerta en las fiestas del dios Término, o que el cabrito salvado del diente del lobo.

Sentado en esta mesa, entre estos manjares, ¡oh lo que contenta ver cómo vuelven diligentes al aprisco, las ovejas apacentadas, y ver a los cansados bueyes traer sobre su trabajado cuello la reja vuelta, y ver a los esclavos, enjambre y riqueza de la casa natal, agruparse en torno a la llama resplandeciente del hogar!

HORACIO.

CONTRA LA CODICIA

Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad.

Y discurría entre sí, diciendo: ¿Qué haré, si no tengo sitio capaz para encerrar mis granos?

Al fin dijo: Haré esto: derribaré mis graneros y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes.

Con lo que diré a mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe, y date buena vida.

Pero le dijo Dios: ¡Insensato!, esta misma noche te exigirán tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado?

Esto es lo que sucede al que atesora así, y no es rico ante Dios.

Y después dijo a sus discípulos:

Por esto os digo a vosotros: No os inquietéis en orden a vuestra vida, sobre lo que comeréis, ni en orden a vuestro cuerpo, sobre qué vestiréis.

Más importa la vida que la comida, y el cuerpo que el vestido.

Reparad en los cuervos: ellos no siembran, ni siegan, no tienen despensa, ni granero; sin embargo, Dios los alimenta. Ahora bien, ¡cuánto más valéis vosotros que ellos!

Y ¿quién de vosotros, por mucho que se inquiete, puede añadir la longitud de un codo a la duración de su vida?

Pues si ni aun para las cosas más pequeñas tenéis poder, ¿a qué fin inquietaros por los demás?

Contemplad los lirios cómo cre-

cen: no trabajan, ni tampoco hılan; no obstante, os digo que ni Salomón con toda su magnificencia estuvo jamás vestido como una de estas flores.

Pues si a una hierba que hoy está en el campo, y mañana se echa en el horno, Dios así la viste, ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe!

Así que no estéis acongojados cuando buscáis de comer o de be-

ber; ni tengáis suspenso e inquieto vuestro ánimo.

Las gentes del mundo son las que se afanan por todas estas cosas. Bien sabe vuestro Padre que de ellas necesitáis.

Por tanto, buscad primero el reino de Dios y su justicia; que todo lo demás se os dará por añadidura.

SAN LUCAS.

LAS BIENAVENTURANZAS

Viendo a la multitud, subió al monte. Y habiéndose sentado, los discípulos llegaron a él. Abrió sus labios y les enseñaba en estos términos:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los que trabajan para la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados vosotros, si os injurian y persiguen y dicen mentiras contra vosotros por causa mía. Alegraos y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo. Porque así fueron perseguidos los profetas que hablaron antes de vosotros.

SAN MATEO, 5: 1-12

EL CÁNTICO DE LA CARIDAD

Y todavía os mostraré un camino más excelente.

Aun cuando yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tuviere caridad, vengo a ser como un metal que suena o un címbalo que retiñe.

Y cuando tuviera el don de profecía, y penetrase todos los misterios, y todas las ciencias; cuando tuviera toda la fe, de manera que trasladase los montes, no teniendo caridad, no soy nada.

Y si distribuyo todos mis bienes para sustento de los pobres, y entrego mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta, no me sirve de nada.

La caridad es sufrida, es bienhechora; la caridad no tiene envidia, no es ostentosa, no se ensoberbece.

No hace nada ignominioso, no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal.

No se huelga de la justicia, complácese sí en la verdad.

A todo se acomoda, lo cree todo, todo lo espera y lo soporta todo. La caridad nunca fenece; las profecías acabarán, cesarán las lenguas y se acabará la ciencia.

Porque ahora nuestro conocimiento es imperfecto, imperfecta la profecía. Cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto.

Cuando yo era niño, hablaba como niño, jugaba como niño, discurría como niño. Pero cuando fui ya hombre hecho, di de mano a las cosas de niño.

Al presente vemos como en un espejo, y bajo imágenes oscuras; pero entonces le veremos cara a cara. Yo conozco ahora imperfectamente; mas entonces conoceré a la manera que soy yo conocido.

Ahora permanecen estas tres virtudes; la fe, la esperanza y la caridad; pero, la caridad es la más excelente de todas.

SAN PABLO (*Primera Epístola a los Corintios*).

NOCTURNO

La tierra suspira dormida con aliento largo y hondo, como si en sueños agitados se inquietara su

espíritu. Y todo está en calma. No se oye el canto de pájaro insomne y ninguna vida de hoja tiembla

en el aire. Un silencio lleno de alma anida en todas partes. Las estrellas están veladas y desde las alturas se oye el giro silencioso de las fuerzas espirituales, conmovidas en el instante de milagroso alumbramiento. Ante los altares hogareños brilla la candela y se derrama comida para huéspedes que llegan invisibles. La fe huma-

na se nutre de cosas sencillas. El aire está lleno de místicos y luccientes esplendores. Siento que se aproximan los seres amados y perdidos. Y los corazones humanos son llevados a Dios por humildes caminos.

ANÓNIMO CHINO
DEL SIGLO III.

LA NUBE MENSAJERA

I

¡Oh nube! Tú que estás al abrigo de las vicisitudes, lleva a mi esposa mis recuerdos; mi señor, irritado, me ha separado de ella. Dirígete hacia la ciudad de Alaska en donde tengo mi morada: es una ciudad donde los palacios son blancos bajo los resplandecientes rayos de la luna.

Las mujeres que encuentres a tu paso, levantando hacia ti la cabeza de cabellos artísticamente trenzados, te admirarán corriendo ligeramente por el aire. De repente, un dulce viento se levantará hasta ti haciendo resonar en tus oídos alegres armonías. Mira: son los pájaros que te rinden homenaje, a ti, majestuosa nube, considerándote como reina de los aires.

Corre presto, vuela pronto, sin que nadie interrumpa tu carrera, y verás a mi fiel esposa sosteni-

da por la esperanza en estos largos días de soledad, mustia como una flor abandonada y marchita. Cuando te vean pasar rápida en el cielo, cargada de rayos y de truenos, los flamantes colores de la aurora te acompañarán hasta el monte Kelasa, en el Himalaya. Sepárate de tu amiga la montaña, que formará con sus lágrimas fértil rocío cuando te alejes de ella.

II

Nube, ¡escúchame! Voy a señalarme la ruta y después te confiaré el mensaje. De aquí te dirigirás al monte Anrakuta, cubierto de frondosos árboles, y después volarás hacia el árido Vindya; mécete luego blandamente sobre las praderas floridas de Dasarna. Si en tu camino encuentras campos en que el labrador rompa el surco con la reja del arado, riégalos con

algunas gotas de rocío; si te cansas, pósate un momento sobre las cumbres elevadas, y emprende luego tu camino. Las jóvenes seguramente te importunarán con sus preguntas indiscretas: envíales tú en respuesta una sonrisa en un rayo de luz tornasolada. Los jardines te darán su aroma en alas de la brisa: aspíralo, pero no te embriagues, porque recuerda que llevas el mensaje a mi adorada esposa. Cuando la aurora te despierte, oirás un momento como para reconfortarte, el himno de gorjeos que las avecillas elevan a los cielos, y enseguida reanuda la jornada. Llega a la montaña Nikaya, desde allí podrás ver la villa de Ujyainia, notable por la extrema belleza de sus damas; pasa luego a Aranti, ciudad que más bien parece un jirón de cielo allí tendido. Si estás cansada, reposa un momento sobre los altos techos de las casas, y espera la tarde cuya fresca brisa acariciadoramente te empujará hacia la ciudad de Devaghiri. Camina después hacia Brahnavavarta. Prosigue hacia el norte hasta tocar el monte Kelasa. Si en tu larga carrera te ha agotado la sed, baja a los riachuelos y refréscate en sus aguas; pero tampoco olvides regalar con algunas gotas a las mustias florecillas que han languidecido por el calor abrasador; apaga los incendios que te encuentres; a las nubes atrevidas que quieran impedirte el paso y a las montañas osadas que se

opongan a tu marcha, lánzales chispas zigzagueantes del fuego latente que te anima; contempla la hermosura de los valles, enamórate y entona una canción a la joven que te guste, pero, ¡oh nube hermosa!, no te detengas mucho, sigue tu camino que ya muy cerca estarás de Alaska, mi ciudad querida a cuyas plantas el Ganges se extiende como una cinta de lapislázuli, nimbada por nubes de las que caen gotas como perlas...

III

...Allí verás a mi esposa, joven y bella, con dientes pequeños, talle flexible, mirada húmeda, andar airoso; ha sido dada al mundo por Brahma para modelo de las demás mujeres. La verás como un loto abandonado, lánguida, solitaria y triste, puesto que su esposo está separado de ella. Sus ojos estarán llenos de lágrimas, y su cara, escondida entre sus cabellos despeinados, estará como la luna cuando la oscureces con tu negruzca masa. Entonces trasmítele mi mensaje. La encontrarás tendida en su lecho derramando lágrimas, enflaquecida, como la luna en su menguante suspirando y buscando el sueño, para en una ilusión feliz recibir los besos de su esposo. Su aspecto te hará quizá verter gotas de agua que serán tus lágrimas y verás cómo con tu presencia se abren sus ojos, parecidos al loto. Si duerme, acércate a ella,

nube, y respeta su sueño, para no interrumpir su ilusión en la que tal vez crea apoyar su cabeza entre mis brazos. Pero en cuanto se haya despertado con la brisa refrescada con tus gotas de agua, entonces déjale oír dulces susurros que serán tus palabras, y dile: "No eres viuda, pues tu marido me ha confiado un mensaje para ti y he venido hasta tu casa, después de haber encontrado muchos viajeros a mi paso."

Desde el momento en que te oiga, alzaré hacia ti sus miradas amistosas porque se sentirá por tu mediación un poco más cerca de mí, amiga mía. Entonces dile: "No, tu marido no ha muerto. Habita en una ermita y piensa en el estado de languidez en que te encuentras. A través del espacio une sus suspiros a los tuyos, su pensamiento al tuyo, y te dirige por mi conducto este mensaje, que no puede, estando tan lejos, pronunciar a tu oído." ¡Oh nube! Tú has de ver sus miembros delicados y podrás conocer en el esplendor de sus ojos las miradas que lanzan las tímidas gacelas. Llévale este discurso, palabra por palabra, como si lo pronunciara yo mismo:

"Oh esposa amada, busco en mí mismo las fuerzas necesarias contra la suerte funesta e impía; anímate en tu soledad, pues nuestra separación tendrá pronto fin: lo mismo que la rueda de un carro en movimiento, camina el destino. Lo que está debajo se levanta, lo que está arriba vuelve abajo. Cuando la luna haya aparecido y desaparecido en el cielo cuatro veces, estaremos reunidos: cierra los ojos hasta entonces en un dulce sueño."

Y añádele estas palabras: "Cuando estemos juntos, la felicidad nos sonreirá, después de habernos contado nuestras penas. Cree pues en mi afecto fiel y ojalá que así también se conserve el tuyo. Nuestra separación aviva más mi deseo de verte."

Y luego, oh nube hermosa, cuando la veas consolada, vuelve pronto y tráeme noticias de mi amada esposa, y me darás la vida como la das a las flores en tus gotas. Haz lo que te pido, hermosa nube. Te callas, no dices nada, pero no veo la negativa en tu silencio. Mide mi dolor, pensando en lo que sufrirías si te separaran de tu esposo el rayo...

KALIDASA.

EL PARIA ES UN HOMBRE

Aquel que sufre, reza y ama es un hombre. El paria sufre, reza y ama. El paria es un hombre.

Aquellos a quienes el sol calienta con sus rayos, aquellos que desgarran la tierra con la reja del arado, son hombres. El paria goza del sol y se alimenta con los frutos de la tierra. El paria es un hombre.

Todos aquellos a quienes la razón habla lo que está bien y lo que está mal, son hombres. El paria conoce el bien y el mal. El paria es un hombre.

Todos aquellos que veneran a los antepasados, y respetan a sus padres, y protegen a sus mujeres y a sus hijos, son hombres. El pa-

ria ofrece sacrificios a los manes, respeta a su padre y protege a su mujer y a sus hijos. El paria es un hombre.

¡Malhayan quienes han negado a los parias la tierra, el sol, el agua, el arroz y el fuego! ¡Malhayan quienes los han maldecido!

¡Malhayan quienes los han obligado a asilar la vejez del abuelo y la cuna de los niños en los reductos de las fieras!

¡Malhayan quienes han colocado a los parias entre la casta de los buitres de patas amarillas y los chacales inmundos! Porque los parias son hombres.

TIRUVALLUVAR.

SUEÑO INFINITO DE PAO YU

Pao Yu soñó que estaba en un jardín idéntico al de su casa. ¿Será posible, dijo, que haya un jardín idéntico al mío? Se le acercaron unas doncellas. Pao Yu se dijo atónito: ¿Alguien tendrá doncellas iguales a Hsi-Yen, a Pin-Erh y a todas las de casa? Una de las doncellas exclamó: "Ahí está Pao Yu. ¿Cómo habrá llegado hasta

aquí?" Pao Yu pensó que lo habían reconocido. Se adelantó y les dijo: "Estaba caminando; por casualidad llegué hasta aquí. Caminemos un poco." Las doncellas se rieron. "¡Qué desatino! Te confundimos con Pao Yu, nuestro amo, pero no eres tan gallardo como él." Eran doncellas de otro Pao Yu. "Queridas hermanas —les dijo—

yo soy Pao Yu. ¿Quién es vuestro amo?" "Es Pao Yu —contestaron—. Sus padres le dieron ese nombre, que está compuesto de los dos caracteres. Pao (precioso) y Yu (jade), para que su vida fuera larga y feliz. ¿Quién eres tú para usurpar ese nombre?" Se fueron, riéndose.

Pao Yu quedó abatido. "Nunca me han tratado tan mal. ¿Por qué me aborrecerán estas doncellas? ¿Habrá, de veras, otro Pao Yu? Tengo que averiguarlo." Trabajado por esos pensamientos, llegó a un patio que le pareció extrañamente familiar. Subió la escalera y entró en su cuarto. Vio a un joven acostado; al lado de la cama reían y hacían labores unas muchachas. El joven suspiraba. Una de las doncellas le dijo: "¿Qué sueñas, Pao Yu, estás afligido?"

"Tuve un sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron y me dejaron solo. Las seguí hasta la casa y me encontré con otro Pao Yu durmiendo en mi cama." Al oír este diálogo Pao Yu no pudo contenerse y exclamó: "Vine en busca de un Pao Yu; eres tú." El joven se levantó y lo abrazó, gritando: "No era un sueño, tú eres Pao Yu." Una voz llamó desde el jardín: "¡Pao Yu!" Los dos Pao Yu temblaron. El soñado se fue; el otro le decía: "¡Vuelve pronto, Pao Yu!" Pao Yu se despertó. Su doncella Hsi-Yen le preguntó: "¿Qué sueñas Pao Yu, estás afligido?" "Tuve un sueño muy rico. Soñé que estaba en un jardín y que vosotras no me reconocíais..."

TSAO-HSUEH-KIN.

HISTORIA DE LOS DOS QUE SOÑARON

Cuentan los hombres dignos de fe (pero sólo Alá es omnisciente y poderoso y misericordioso y no duerme) que hubo en El Cairo un hombre poseedor de riquezas, pero tan magnánimo y liberal que todas las perdió, menos la casa de su padre, y que se vio forzado a trabajar para ganarse el pan. Trabajó tanto que el sueño lo rindió debajo de una higuera de su jardín y vio en el sueño a un desconocido que le dijo:

—Tu fortuna está en Persia, en Isfajan; vete a buscarla.

A la madrugada siguiente se despertó y emprendió el largo viaje y afrontó los peligros de los desiertos, de los idólatras, de los ríos, de las fieras y de los hombres. Llegó al fin a Isfajan, pero en el recinto de esa ciudad lo sorprendió la noche y se tendió a dormir en el patio de una mezquita. Había, junto a la mezquita, una casa y por el decreto de Dios

Todopoderoso una pandilla de ladrones atravesó la mezquita y se metió en la casa, y las personas que dormían se despertaron y pidieron socorro. Los vecinos también gritaron, hasta que el capitán de los serenos de aquel distrito acudió con sus hombres y los bandoleros huyeron por la azotea. El capitán hizo registrar la mezquita y en ella dieron con el hombre de El Cairo y lo llevaron a la cárcel. El juez lo hizo comparecer y le dijo:

—¿Quién eres y cuál es tu patria?

El hombre declaró:

—Soy de la ciudad famosa de El Cairo y mi nombre es Yacub El Magrebí.

El juez le preguntó:

—¿Qué te trajo a Persia?

El hombre optó por la verdad y le dijo:

—Un hombre me ordenó en un sueño que viniera a Isfajan, por-

que ahí estaba mi fortuna. Ya estoy en Isfajan y veo que la fortuna que me prometió ha de ser esta cárcel.

El juez se echó a reír.

—Hombre desatinado —le dijo—, tres veces he soñado con una casa en la ciudad de El Cairo, en cuyo fondo hay un jardín y en el jardín, un reloj de sol y después del reloj de sol, una higuera, y bajo la higuera un tesoro. No he dado el menor crédito a esa mentira. Tú, sin embargo has errado de ciudad en ciudad, bajo la sola fe de tu sueño. Que no vuelva a verte en Isfajan. Toma estas monedas y vete.

El hombre las tomó y regresó a la patria. Debajo de la higuera de su casa (que era la del sueño del juez) desenterró el tesoro. Así Dios le dio bendición y lo recompensó y exaltó. Dios es el Generoso, el Oculto.

ANÓNIMO ÁRABE.

LA QUE SE HACÍA PASAR POR LOCA

En el monasterio de san Pacomio había también una virgen que fingía la demencia y la posesión diabólica. Inspiraba tanta repugnancia que nadie comía con ella. Y eso era lo que ella quería.

Rondaba por las cocinas y la empleaban en los peores quehaceres. Era como se dice, el trapeador

del convento. . . Ponía en práctica las palabras de la Escritura: "Si alguien juzga conveniente pasar por sabio en este mundo de ahora, que haga el loco para volverse sabio." Traía la cabeza envuelta en harapos, mientras que todas sus compañeras llevaban el pelo cortado bajo las tocas. Y así des-

empeñaba el servicio. Ninguna de las cuatrocientas religiosas del convento la vio comer en toda su vida. Nunca se sentaba a la mesa ni tomaba un pedazo de pan. Se contentaba con las migajas que quedaban sobre los manteles, y con las lavaduras de la vajilla. Nunca ofendió a nadie. Nunca murmuraba ni decía palabra grande o pequeña. Y sin embargo le daban de golpes, la insultaban, le deseaban todo el mal posible, teniéndola en constante aversión.

Por aquel entonces, un ángel se presentó a san Piteriön, anacoreta establecido en Porfirita, hombre lleno de experiencia, y le dijo: "¿Por qué tienes tan buen concepto de ti mismo y piensas que por ser hombre piadoso vives en semejante lugar? ¿Quieres ver alguien más piadoso que tú? Ve al monasterio de mujeres de los tabenesiotas y allí encontrarás a una que lleva un jirón de tela en la cabeza: vale mucho más que tú, porque teniendo que lidiar con tantas personas, jamás distrae su corazón de Dios, mientras que tú, dizque alejado de todos, te paseas en pensamiento a través de las ciudades.

Y Piteriön, que nunca había salido de su cueva, se fue al monasterio. Pidió a los directores que lo dejaran entrar al convento, y ellos lo introdujeron con toda confianza: era un hombre muy conocido y anciano. Una vez dentro, pidió ver a todas las monjas. Pero

la loca no aparecía. Finalmente dijo: "Traíganmelas a todas; falta una todavía." "Tenemos una boba allá dentro, en la cocina", porque éste es el nombre que dan a las que tienen el espíritu trastornado. Él les dijo: "Traíganmela también. Quiero verla." Fueron a gritarle que viniera, pero ella no respondió porque tal vez se dio cuenta de la situación, o algo le fue advertido mediante revelación. Entonces las monjas la arrastraron por la fuerza, diciéndole: **presentó a San Piteriön, anacoreta** porque el anacoreta era célebre—. Cuando llegó con su cabeza cubierta de harapos, el santo cayó a sus pies diciéndole: "¡Bendíceme!" Ella se prosternó también y dijo: "¡Bendíceme tú a mí, señor!" En medio de la sorpresa general, las monjas dijeron al santo: "Padre, no te ofendas, pero es una loca." Mas Piteriön les dijo a todas: "¡Ustedes son unas tontas! ¡Porque ella es nuestra Ama, mía y de todos! (porque éste es el nombre que se da a aquellas que tienen carismas). En mis plegarias, pediré ser considerado como ella a la hora del juicio." A estas palabras, las monjas cayeron a los pies de Piteriön, haciéndole cada una diferentes confesiones: quién le había arrojado en la cara los restos de un plato, quién la había molido a puñetazos, quién le había rellenado las narices de mostaza... en una palabra, todas declararon ultrajes diferentes... Pi-

terión hizo finalmente una plegaria por todas ellas y se fue.

Por lo que se refiere a la loca, abrumada por las alabanzas y los homenajes de sus hermanas, excedida por tantas excusas, abandonó

el monasterio pocos días después. ¿A dónde se fue? ¿Dónde sucumbió? ¿Cómo acabaron sus días? Nadie lo supo.

PALADIO DE BITINIA.

ANOCHE VI UNOS ÁNGELES

Anoche vi unos ángeles llamar a la puerta de una taberna. Con arcilla humana han modelado una copa.

Estos moradores del recinto secreto y del pudor celeste han venido a embriagarse con el vagabundo que soy yo.

El cielo no podría seguir llevando el fardo de la confidencia; la suerte cayó sobre mi nombre, pobre loco.

Perdonemos las disputas de las setenta y dos sectas: recorren los

caminos de la fábula, porque no ven la verdad.

Para celebrar la paz firmada entre ella y yo, los santos han bebido, bailando, la copa del agradecimiento.

Nadie, como Hafiz, ha levantado el velo del rostro del pensamiento desde que el pico de la pluma pinta la cabellera del lenguaje.

HAFIZ.

MUERTE DE ROLDÁN

Siente Roldán que la muerte le va haciendo su presa. De su cabeza le va bajando hasta su corazón. Se precipita a cogerse bajo un pino, y allí se tiende, postrado sobre la verde hierba. Bajo él pone su espada y su olifante. Ha vuelto su rostro hacia la gente infiel, porque quiere que Carlos y los suyos digan que él, el conde

esforzado, ha muerto victorioso. Con débil impulso y reiteradamente confiesa sus culpas. Por sus pecados tiende hacia Dios el guante.

*

Siente Roldán que su tiempo es acabado. Está tendido sobre una

empinada colina, vuelto el rostro hacia España. Con una mano golpea su pecho:

—¡Dios! —dice—. ¡Que tu gracia borre mis culpas, mis pecados grandes y pequeños que cometí desde la hora en que nací hasta el día en que me ves aquí quebrantado!

Y tiende hacia Dios su guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

*

Yace el conde Roldán bajo un pino. Hacia España tiene vuelto su rostro. Y comienza a recordar muchas cosas: las tierras que ha conquistado, la poderosa, la dulce Francia; los hombres de su estirpe; Carlomagno, su señor, que le ha alimentado. Por todo llora y

suspira, sin poder refrenarse. Pero no quiere olvidarse a sí mismo; confiesa sus culpas y pide a Dios perdón.

—¡Padre verdadero, que jamás has mentido: Tú, que resucitaste a Lázaro de entre los muertos; Tú, que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí durante mi vida!

Ha ofrecido a Dios su guante derecho. San Gabriel lo ha tomado de la mano. Sobre su brazo ha inclinado la cabeza, y avanza, juntas las manos, hacia su fin. Dios le envía su ángel Querubín y San Miguel del Peligro. Con ellos se acerca San Gabriel. Entre todos conducen el alma del conde al paraíso.

TUROLDO.

EL LAY DEL RUISEÑOR

Los antiguos bretones hicieron un lay de esta aventura. Os la voy a contar. Su nombre es Laüstic. Así llaman ellos al rui señor.

En el país de san Maclovio había una ciudad famosa. Moraban allí dos caballeros, dueños de casas fortificadas. La excelencia de estos varones era tan grande que dio renombre a la comarca. Uno de ellos desposó mujer prudente, cortés y siempre engalanada. Causa maravilla oír el esmero con que

cuidaba su persona, siguiendo las costumbres de aquel tiempo. El otro era un doncel bien conocido entre los pares por su bonhomía, su gran valor y su natural generoso. Concurría a todos los torneos y dispensaba en gastos y dones sus haberes.

Se prendó de la mujer de su vecino. Le hizo requerimientos y súplicas, y como poseía grandes virtudes, ella lo amó sobre todas las cosas, por lo que oía de sus

hazañas y porque lo tenía cerca. Se amaron mucho, con prudencia. Sigilosos, evitaron suspicacias, rumores y sospechas. Pudieron hacerlo fácilmente porque sus mansiones estaban próximas. Vecinos eran sus lares, torreones y salas. No había barrera ni separación, fuera de una alta muralla en piedra oscura. Desde la ventana de la cámara en que dormía, ella hablaba a su amigo, y él desde la suya. Cambiaban prendas de amor arrojándolas al aire. Nada les estorbaba. Eran felices aunque la voluntad de reunirse se viera impedida, porque la dama vivía estrechamente vigilada. Pero se desquitaban de noche y de día con sus palabras: nadie podía evitar que se contemplaran de una a otra ventana.

Se amaron tanto tiempo, que llegó el verano. Reverdecieron los bosques y los prados. Los vergeles se llenaron de flores.

Con dulce vuelo, los pajarillos llevaban su alegría a lo alto de las ramas. No es maravilla: quien ama entonces ama como nunca y el caballero y la dama se entregaron el corazón entre palabras y miradas. Por las noches, al claro de la luna, mientras dormía su señor, ella se apartaba del lecho. Envuelta en un manto iba a apoyarse a la ventana, para el amigo que adivinaba esperándola. Él hacía lo mismo, desvelado la mayor parte de la noche. No podían

hacer más. Verse era toda su alegría.

Pero tanto se levantaba ella a deshora, y tanto se asomaba a la ventana, que su marido acabó por irritarse. Muchas veces quiso saber por qué salía del lecho y se iba de su lado. "Señor —respondió la dama—, ignora la alegría de este mundo quien no oye cantar al ruiseñor. Para oírlo me asomo noche a noche a la ventana. Su dulce voz es mi delicia. Y tengo tal deseo de este gozo que no puedo cerrar los ojos y dormir."

Cuando el esposo oyó a su mujer lo que decía, se puso a reír con una risa llena de maldad y de amargura. Después de reflexionar, tuvo esta ocurrencia: cogería en una trampa al ruiseñor. Y no hubo criado en su casa que no hiciera arte de lazo o de red. Luego fueron todos a disponer cepos en el jardín. No dejaron castaño ni ave llano sin lazo o liga. Tanto, que atraparon al ruiseñor. Y el amo se llenó de alegría cuando lo tuvo vivo en sus manos. Fue luego a la cámara nupcial.

"Señora, ¿dónde estáis? ¡Tengo que hablaros, venid! He atrapado en un lazo el ruiseñor que tanto os desvelaba. En adelante reposaréis en paz. Ya no os despertará."

La dama escucha estremecida y doliente. Pide el ave a su señor. Y él mata violentamente al pajarillo. Le rompe el cuello con las dos manos y hace luego una cosa

atroz de referir: arroja el cuerpecito contra el pecho de su mujer. El traje queda ensangrentado. Sale de la estancia el caballero. La dama toma el pequeño cadáver. Lloro cruelmente y maldice a todos aquellos que prepararon las trampas y los lazos para coger traidoramente al ruiseñor. Le han quitado toda su alegría. "Ay, la desdicha ha caído sobre mí. Ya no podré levantarme por la noche, ni asomarme a la ventana para ver a mi amigo. Pensaré que ya no lo amo, estoy cierta. Debo avisarle lo que ocurre. Haré llegar a sus manos el ruiseñor. Voy a referirle la aventura."

En una pieza de brocatel tramado de oro cuenta todo por escrito y envuelve al pajarillo. Llama a un criado suyo para que lo lleve a su amigo. El criado va y

saluda al caballero. Luego, de parte de su ama, refiere el mensaje y presenta el ruiseñor. Cuando todo está dicho y mostrado, el caballero, que escuchó con gran atención, se entristece por el lance pero no procede como hombre lerdo o villano. Manda forjar un cofre. En la hechura no entran el hierro ni el acero. Todo en oro fino, recamado con buenas piedras, caras y preciosas. Lo cierra una ajustada cobertura. En él deposita al ruiseñor. Manda soldar la tapa y lleva para siempre aquel relicario sobre el pecho.

No era posible guardar en secreto mucho tiempo la aventura. Fue contada y los bretones hicieron de ella un lay. Se llama Laüstic.

MARÍA DE FRANCIA.

EL RUNOYA ETERNO

El viejo, el impasible Wainamoinen, el runoya eterno, preparó sus dedos. Lavó y purificó sus pulgares. Después se sentó en la piedra del gozo, sobre la roca del canto, en la cumbre de la colina de plata, de la colina de oro.

Tomó el instrumento entre sus dedos, apoyó la sonora caja sobre sus rodillas, puso su mano sobre el kantele y dijo: "¡Vengan ahora los que quieran escuchar las ar-

monías de las eternas runas, los acordes armoniosos de kantele, vengan aquellos que aún no lo han escuchado!"

Y el viejo Wainamoinen empezó a tocar maravillosamente el instrumento fabricado con los huesos del sollo, el kantele de espina de pescado: sus dedos corrían flexibles sobre las cuerdas, su pulgar tendido las rozaba ligeramente.

Relampagueaba la alegría en la

alegría, el júbilo inflamaba el júbilo; la tocata del héroe se alzaba como la voz de la armonía, el canto estallaba en toda su fuerza y los dientes del sollo resonaban y sus aletas se estremecían armoniosamente.

Y mientras el viejo Wainamoinen tocaba el kantele, no hubo un solo poblador del bosque, no hubo un solo cuadrúpedo de velludas patas, andador o saltarín, que no acudiese a escuchar el instrumento, a gozar los acentos de la alegría.

Las ardillas saltan de rama en rama, los armiños trepan a los postes de los cercados, los alces galopan por la llanura, los lincees se escalofrían de placer.

También el lobo se estremeció en el marjal y el oso se despertó en el desierto, en su cubil escondido entre tupidos abetos. El lobo cruzó las vastas regiones, el oso atravesó la espesura, se detuvo junto a la puerta de un cercado, y trató de erguirse sobre sus patas traseras, pero la empalizada cedió ante su peso y la puerta se vino abajo. Entonces el oso se subió a un pino, trepó a un abeto, a escuchar los dulces acordes, a gozar los acentos de la alegría.

Toda la gente de los caseríos del bosque, todas las doncellas, todos los mancebos escalaron las cimas de las rocas para escuchar el kantele.

Todo lo que se llama pájaro del aire, todo lo que vuela en dos

alas, todo cayó del cielo como un huracán de nieve, precipitándose hacia el runoya para escuchar su arte maravilloso, para gozar los cantos de la alegría.

El águila oyó la bella canción desde la cumbre del aire, dejó a sus polluelos en el nido y a escuchar de más cerca, corrió a contemplar el éxtasis de Wainamoinen.

Y al par que el águila descendía de las más altas esferas, el gavilán se lanzó del seno de las nubes, el pato salvaje, de las aguas hondas, los cisnes de los lagos cenagosos, los pinzones, los pájaros canoros, los jilgueros a cientos, las alondras a miles, todos tendieron el vuelo por las llanuras del aire y acudieron a posarse sobre los hombros del runoya, mezclando sus gorjeos al jubiloso canto, a la suave melodía del kantele.

Las hermosas vírgenes del aire, las hijas bienamadas de la Naturaleza, prestaron también su oído atento y hechizado a la voz del héroe sin igual, a los sonos del mágico instrumento. Estaban sentadas, radiantes de luz y gracia, unas sobre el arcoiris, otras en el tenue borde de una nube recamada de púrpura.

No quedó un solo ser en la tierra, ni en el fondo de las aguas, ni pez de seis aletas, que no acudiese a escuchar la música del kantele, a admirar las runas de la alegría.

Los sollos hendieron veloces las

ondas, los perros marinos desmintieron su torpeza, los salmones abandonaron los socavones de la roca, las truchas salieron de sus profundas guaridas, las percas, los pajeles, los salmones blancos, todos los peces se lanzaron en cardumen hacia la orilla a escuchar los cánticos de Wainamoinen, a gozar los acordes del kantele.

Atho, el rey de las ondas azules, el de la barba de musgo, asomó encima de la húmeda bóveda y se tendió sobre un lecho de nenúfares. Prestó oído a las runas de la alegría y dijo: “¡Jamás había yo escuchado nada parecido; nunca, en todos los días de mi vida, había oído acentos semejantes a los de Wainamoinen, el runoya inmortal!”

La soberana de las ondas, la del regazo enraizado de sauces, surgió de las profundidades del mar y se acodó sobre un escollo del agua para escuchar la voz de Wainamoinen, la peregrina melodía del kantele. Y en su arrobo se olvidó de abandonar la roca y se durmió sobre ella.

El viejo Wainamoinen hizo resonar el kantele por espacio de un día, por espacio de dos días, sin que hubiera un solo héroe, un solo hombre, una sola mujer de largas trenzas, que no se sintiese conmovido hasta el llanto y cuyo corazón no se turbase: tan dulce era la voz del runoya, tan seductora la armonía del instrumento.

Y el mismo Wainamoinen acabó por llorar también. Las lágrimas rodaron de sus ojos, saltaron de sus párpados, más apiñadas que las bayas silvestres, henchidas como guisantes, redondas como los huevos de las aves marinas, grandes como cabeza de golondrinas.

Inundaron sus mejillas inundando su hermoso rostro; y del hermoso rostro, rodaron por el fuerte mentón, sobre el ancho pecho; y del ancho pecho rodaron sobre sus rodillas poderosas, sobre sus sólidos pies; y de los sólidos pies rodaron por tierra y ganaron la orilla del mar y descendieron bajo las claras ondas hasta el oscuro légamo del fondo.

Entonces el viejo Wainamoinen alzó la voz y dijo: “Entre esta bella juventud, esta grande e ilustre raza nacida del mismo padre, ¿no habrá alguno que quiera ir a recoger mis lágrimas bajo las claras ondas del abismo?”

Los mozos dijeron, los ancianos respondieron: “No, entre esta bella juventud, esta raza ilustre y grande nacida de un mismo padre, no hay ninguno que quiera ir a recoger tus lágrimas, bajo las claras ondas del abismo.”

El viejo Wainamoinen dijo: “El que vaya a recoger mis lágrimas, bajo las claras ondas del abismo, recibirá de mi mano un manto de plumas.”

Un pato azul oyó estas palabras

y se acercó al runoya. El viejo Wainamoinen le dijo: "El pato azul acostumbra sumergirse en el agua, bañarse en las aguas frías, y a explorar bajo las olas con su pico. ¡Oh pato querido! Ve tú a recoger mis lágrimas bajo las claras ondas del abismo y yo te haré un hermoso regalo: recibirás de mi mano un manto de plumas."

El pato chapuzó bajo las claras ondas del abismo, buscando las

lágrimas de Wainamoinen; sondeó el oscuro légamo, recogió las lágrimas del héroe, y volvió a depositarlas en su mano. Pero una maravillosa metamorfosis se había operado en ellas; se habían convertido en finas perlas resplandecientes, para ornato de los reyes, para eterna alegría de los poderosos.

ANÓNIMO FINLANDÉS.

UNA BATALLA GÓTICA

Los golpes eran grandes, los atambores sonaban. Heridas las trompetas, semejava que el mundo se trastornaba. El rey don Alfón quebró su corazón y llorando de los ojos dijo: "Castellanos, hoy es nuestro día: catad la de Alarcos." Pues dijo: "Aragoneses y navarros, catad cuales fuisteis siempre, ca hoy es nuestro día." Vido los cristianos maltrechos y quiso descender del caballo, y llorando y querellándose a Dios que le hiciera rey, y que naciera en fuerte punto y diciendo: "Dios, si no vienes a mí, acorre a tu ley que se pierde: si tú eres verdadero Dios, que tomaste carne de Santa

María y sufriste muerte por nos pecadores que aquí esperamos muerte por ti, ayúdanos, ca sin ti no valdremos nada." En tanto fueron cobrando cristianos, y dijo el rey don Alfón: "A por Dios vayan ayudar a la delantera." Salió don García Ruiz y fuelos ayudar, Don García Ramón quiso ir y retúvolo el rey a su habla, porque fuera después mejor ayudar. Dijo otra vez el rey: "Arzobispo amigo y vosotros obispos, aquí morid conmigo." Dijeron: "Señor, morir o vivir con vos. Mas hoy vencereis y vivireis y gozaremos con vos."

RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA.

PRÓLOGO AL LIBRO DE AJEDREZ

Porque toda manera de alegría quiso Dios que hubiesen los hombres en sí naturalmente, porque pudiesen sufrir las cuitas y los trabajos cuando les viniesen, por ende los hombres buscaron muchas maneras porque esta alegría pudiesen haber cumplidamente.

Onde por esta razón hallaron e hicieron muchas maneras de juegos y de trebejos con que se alegrasen. Los unos en cabalgando así como bohordar y alancear y tomar escudo y lanza, y tirar con la ballesta o con arco, y otros juegos de cual manera quiere que sean, que se pueden hacer de caballo. Y como quiera que esto se toma en uso y en pro de hecho de armas, y porque no es eso mismo, llámanle juego. Y los otros que se hacen de pie son así como esgrimir, luchar, correr, saltar, echar piedra o dardo, herir la pelota, y otros juegos de muchas naturas, en que usan los hombres los miembros porque sean por ello más recios y reciban alegría.

Los otros juegos que se hacen seyendo, son así como jugar ajedrez, y tablas, y dados, y otros trebejos de muchas maneras. Y como quiera que todos estos juegos son muy buenos, cada unos en el tiempo y en el lugar o con-

vienen, pero como estos juegos que se hacen seyendo son cutianos y se hacen tan bien de noche como de día, y como las mujeres que non cabalgan y están encerradas han a usar desto, y otrosí los hombres que son viejos y flacos, o los que han sabor de haber sus placeres apartadamente porque non reciban en ellos enojo nin pesar, o los que son en poder ajeno así como en prisión o en cativeiro, o que van sobre mar. Y comunalmente todos aquellos que han fuerte tiempo, porque non pueden cabalgar nin ir a caza ni a otra, y han por fuerza de fincar en las casas y buscar algunas de juegos maneras de juegos con que hayan placer, y se conforten y no estén baldíos.

Y por ende nos, don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de León, de Galicia, de Sevilla y de Córdoba, de Murcia, de Jaén y del Algarve, mandamos hacer este libro, en que hablamos en la manera de aquellos juegos que se hacen más apuestos, así como ajedrez y dados y tablas. Y como quier que estos juegos sean departidos de muchas maneras, porque el ajedrez es más noble y de mayor maestría que los otros, hablamos dél primeramente.

ALFONSO EL SABIO.

EL JUGLAR DE NUESTRA SEÑORA

I

En la época del rey Luis había en Francia un pobre juglar, oriundo de Compiègne, llamado Bernabé, que recorría las aldeas haciendo prodigios de fuerza y de habilidad.

Los días de feria extendía sobre el suelo de la plaza pública un tapiz viejo y usado, sobre el cual, después de haber atraído a niños y curiosos por medio de sugestivas peroraciones que había aprendido a un antiguo compañero, a las cuales no hacía alteración alguna, tomaba extravagantes actitudes y sostenía sobre la nariz, en equilibrio, un plato de estaño. Los curiosos lo miraban con indiferencia al principio, pero cuando arrojaba al aire con los pies, invertido el cuerpo, la cabeza hacia abajo y las manos apoyadas en el suelo, seis esferas de cobre, que en seguida cogía para lanzarlas nuevamente; cuando flexionaba el espinazo hasta tocarse los talones con la nuca, de modo que su cuerpo remedaba una perfecta rueda, y en esa postura jugaba con doce cuchillos, un murmullo de admiración embargaba a los concurrentes y las monedas llovían sobre el viejo tapiz.

Sin embargo, como la mayoría que explotan sus habilidades, Bernabé de Compiègne se moría de hambre.

Ganaba el pan con el sudor de su rostro, y de las miserias anexas al pecado de Adán, nuestro padre común, le tocaba algo más que la parte racional.

Deseaba trabajar mucho; pero no le era posible. Y como para mostrar su destreza necesitaba el calor del sol, la luz del día, a semejanza de las plantas que han menester otro tanto para dar flores y fruto, en el invierno era árbol sin hojas, sin vida casi. La tierra, cubierta entonces de hielo, le parecía horriblemente dura. No obstante, imitando a la cigarra de María de Francia, se resignaba al frío y al hambre; su natural, sencillez y apacible, le permitía soporarlo todo.

Jamás había reflexionado sobre el origen de la riqueza o acerca de las desigualdades de la humana condición. Pensaba que si este mundo es cruel, el otro sería bueno, y en semejante esperanza hallaba alivio. Procuraba no imitar a los bufones cínicos de incrédulos que venden su alma al diablo. Jamás blasfemaba de la divinidad. Vivía honestamente y aunque ca-

recía de mujer, nunca deseaba a la del prójimo. Creía que la mujer era dañosa a los hombres fuertes, porque así lo había aprendido en la historia de Sansón, cuando leyó las sagradas Escrituras.

En verdad no era inclinado a los goces carnales; prescindía de ellos con igual facilidad que de los que la bebida proporciona. Bebía, sí, pero sin dejar de ser sobrio, solamente para refrescarse cuando hacía calor. En suma: era hombre de bien, temía a Dios y amaba con devoción a la Santa Virgen. Cuando entraba a una iglesia, jamás dejaba de arrodillarse ante la imagen de la Madre de Dios y de rezarle en estos términos: "Señora, protégeme hasta que Dios quiera llamarme, y cuando muera, haced que alcance los bienes del Paraíso."

II

Una tarde, la siguiente a un día de lluvia, cuando Bernabé caminaba triste y encorvado, llevando bajo el brazo bolas y cuchillos cubiertos con el viejo tapiz, en busca de algún lugar donde acostarse, naturalmente sin haber comido, halló en su camino a un fraile. Se saludaron cortésmente, continuaron andando juntos y empeñaron conversación.

—Compañero —comenzó diciendo el fraile— ¿de dónde venís con ese vestido verde? ¿Acaso

vais a representar el papel de loco en algún misterio?

—No, padre mío —respondió Bernabé—. Tal cual me veis me llamo Bernabé y soy juglar, ocupación que sería la más hermosa del mundo si uno comiera todos los días.

—Amigo Bernabé —replicó el fraile—, tened cuidado con lo que decís. No hay mejor profesión en el mundo que la vida monástica. En ella, de continuo se alaba a Dios, a la Virgen, a los Santos, porque la vida religiosa es un canto perpetuo dedicado al Señor.

—Padre mío, confieso que he hablado como un ignorante. Vuestro estado no puede compararse al mío, y aunque hay mérito en bailar teniendo en la punta de la nariz una moneda puesta en equilibrio sobre un bastón, ese mérito es inferior al vuestro. Desearía imitaros, padre mío, elevando todos los días oraciones, especialmente a la Santa Virgen a quien consagro particular devoción, y aun renunciaría de todo corazón al arte en que soy conocido desde Soissons a Beauvais, en más de seiscientas ciudades y aldeas, para dedicarme a la vida monástica.

El fraile quedó admirado de la bondad del alma del juglar; y como no carecía de experiencia, reconoció en Bernabé a uno de esos hombres de quienes Nuestro Señor ha dicho: "Que la paz sea con ellos sobre la tierra." Por eso le respondió:

—Amigo Bernabé, venid conmigo, que os haré recibir en el convento del cual soy prior. El que guió a María la Egipciaca en el desierto, me ha puesto en vuestro camino para que os conduzca al de la verdadera vida.

Y así fue como Bernabé se volvió fraile.

En el convento donde fue recibido, los religiosos celebraban a porfía el culto de la Virgen y cada uno ponía en el servicio de ésta la habilidad y el saber que Dios les había dado.

El prior, por su parte, componía libros que trataban, según las reglas de escolástica, de las virtudes de la Madre de Dios.

El hermano Mauricio copiaba, con mano maestra, los rasgos fisonómicos de la Virgen sobre hojas de piel de becerro.

El hermano Alejandro pintaba finísimas miniaturas. En ellas se veía a la Reina del Cielo, sentada sobre el trono de Salomón, al pie del cual había cuatro leones vigilantes, en tanto que en rededor de su cabeza revoloteaban siete palomas blancas, que representaban los siete dones del Espíritu Santo, esto es: el temor, la piedad, la ciencia, la fuerza, el consejo, la inteligencia y la sabiduría. Tenía, además, por compañeras a seis vírgenes de dorada cabellera: la Humildad, la Prudencia, el Ayuno, el Respeto, la Virginitad y la Obediencia. A sus pies, dos figuritas pequeñas desnudas, blancas, per-

manecían en actitud suplicante: eran almas que imploraban, no en vano ciertamente, la poderosa intercesión de la Virgen para obtener salud moral.

El hermano Alejandro había representado a Eva y a María frente a frente, a fin de que al propio tiempo pudiera contemplarse el pecado y la redención; la mujer humillada y la virgen exaltada. Podían admirarse también en el libro de que se trata, los Pozos de aguas vivas, la Fuente, el Lis, la Luna, el Sol y el Jardín cerrado de que se habla en el cántico, la Fuente del Cielo y la Ciudad de Dios, alegorías que eran imágenes de la Virgen.

El hermano Morbode era seguramente uno de los hijos más tiernos de María. Tallaba sin cesar imágenes de piedra, de modo que tenía la barba, las cejas, los cabellos cubiertos de polvo y los ojos perpetuamente llorosos e hinchados; pero sus fuerzas y su alegría, excepcionales a su avanzada edad, parecían indicar una protección especial de la Reina del Paraíso. Morbode la representaba sentada en una silla, la frente ceñida por un nimbo que representaba el universo. Había cuidado especialmente de que los pliegues del hábito cubriesen los pies de Aquélla de quien el profeta ha dicho: "Mi bien amada es como un jardín cerrado."

Otras veces le daba el aspecto de un niño lleno de gracia que

parecía balbucear: “Señor, sois mi Señor.” “Dixi de ventre matris meæ: Deus meus es tu.” (Salmo 21: 11.)

Había también en el convento poetas que hacían en latín prosas e himnos en loor de la bienaventurada Virgen María. Entre ellos podía admirarse a un tal Picard que exponía los milagros de Nuestra Señora en lenguaje vulgar y en versos rimados.

III

Viendo tal concurso de alabanzas, semejante colección de obras, Bernabé acostumbraba lamentarse y se reconocía ignorante y simple.

—¡Ay de mí! —exclamaba paseándose por el jardín sin sombra del convento—. Soy muy desgraciado; no puedo como mis hermanos alabar dignamente a la Madre de Dios, no obstante que le he consagrado la ternura toda de que soy capaz. ¡Ay de mí! Soy rudo; no poseo arte alguno y no tengo para vos, Virgen mía, ni edificantes sermones, ni libros escritos conforme a las reglas, ni finas pinturas, ni estatuas de excelente talla, ni versos bien medidos. No tengo nada, por desgracia. Así gemía, gemía de continuo y se daba a la tristeza.

Una tarde que los frailes conversaban alegremente, oyó contar la historia de un religioso, cuya única ciencia era rezar el Ave María. Mientras vivió fue mal visto

por sus compañeros, que lo tachaban de ignorante; pero cuando murió aparecieron en su boca cinco rosas, las cinco letras del nombre de María: de esa manera se hizo proverbial su santidad. Cuando Bernabé escuchaba este relato tenía ocasión de admirar una vez más la bondad inagotable de la Virgen; pero no sentía consuelo por muerte tan gloriosa; su corazón, repleto de amor, lo impulsaba al servicio de la Reina de los Cielos para procurar su gloria en la tierra. Buscaba en vano el modo de conseguirlo; por eso cada día experimentaba una aflicción nueva, hasta que una mañana despertó lleno de alegría; corrió a la capilla; permaneció allí, solo, más de una hora, volviendo a su retiro después de comer. A contar de ese día, iba con frecuencia a la capilla a la hora en que estaba desierta y pasaba allí todo el tiempo que los otros frailes consagraban a las artes liberales y a las mecánicas. No estaba ya triste, ni se le vio llorar más.

Tan singular conducta despertó la curiosidad de sus compañeros, que se preguntaban por qué el hermano Bernabé se ausentaba con frecuencia tal. El prior, cuyo deber principal consistía precisamente en vigilar a los religiosos, resolvió espiar a Bernabé siempre que éste se apartara de sus hermanos. Un día, cuando éste se había encerrado en la capilla como solía, el prior, acompañado de dos an-

cianos del convento, se puso a observar a través de las rendijas de la puerta lo que en el interior pasaba. Viose entonces a Bernabé ante el altar de la Virgen, que invertido el cuerpo, la cabeza hacia abajo y las manos apoyadas en el suelo, jugaba con sus bolas de cobre y con sus doce cuchillos. ¡Repetía en honor de la Santa Madre de Dios los ejercicios que le habían dado fama cuando era un simple juglar!

Los frailes, no pudiendo comprender cómo este hombre sencillo ponía su talento y su saber al servicio de la Virgen, le juzgaron sacrílego.

El prior, que conocía de la ino-

cencia de alma de Bernabé, le creyó loco.

Y cuando los tres monjes se disponían a sacar a Bernabé de la capilla, empleando la fuerza si era preciso, vieron que la Virgen descendía las gradas del altar y enjugaba con la extremidad de su manto azul el sudor que escurría de la frente del juglar. El prior se arrodilló entonces, apoyó el rostro en el suelo y pronunció estas palabras:

—¡Felices los mansos de espíritu, porque ellos verán a Dios!

—Amén —respondieron los frailes besando la tierra.

ANATOLE FRANCE.

RELATO DE LOS TRES PEQUEÑUELOS

Nosotros tres, Nicolás que no sabe hablar, Alain y Dionisio, salimos a los caminos para llegar a Jerusalén. Hace largo tiempo que vagamos. Voces ignotas nos llamaron en la noche. Llamaban a todos los pequeñuelos. Eran como las voces de los pájaros muertos durante el invierno. Y al principio vimos muchos pobres pájaros extendidos en la tierra helada, muchos pajaritos con el pecho rojo. Después vimos las primeras flores y las primeras hojas y tejimos cruces. Cantamos ante las aldeas, como acostumbábamos hacerlo en

el año nuevo. Y todos los niños corrían hacia nosotros. Y avanzamos como un rebaño. Hubo hombres que nos maldijeron, no conociendo al Señor. Hubo mujeres que nos retuvieron por los brazos y nos interrogaban cubriendo de besos nuestros rostros. Y también hubo almas buenas, que nos trajeron leche y frutas en escudillas de madera. Y todo el mundo tuvo piedad de nosotros. Porque no saben a dónde vamos y no han escuchado las voces.

En la tierra hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y senderos lle-

nos de zarzas. Y al fin de la tierra se encuentra el mar que pronto cruzaremos. Y al fin del mar se encuentra Jerusalén. No tenemos quien nos mande ni quien nos guíe. Pero todos los caminos son buenos. Aunque no sabe hablar, Nicolás camina como nosotros, Alain y Dionisio; y todas las tierras son parecidas, e igualmente peligrosas para los niños. Por doquiera hay selvas espesas, y ríos, y montañas, y espinos. Pero por todas partes las voces están con nosotros. Hay aquí un niño que se llama Eustaquio, y que nació con los ojos cerrados. Mantiene los brazos tendidos y sonrío. Nosotros no vemos más que él. Una pequeñuela lo conduce y le lleva su cruz. Se llama Allys. No habla nunca y no llora jamás; tiene fijos los ojos en los pies de Eustaquio, para sostenerlo en sus tropiezos. Todos los queremos a los dos. Eustaquio no podrá ver las santas lámparas del sepulcro. Pero Allys le tomará las manos para hacerle tocar las losas de la tumba.

¡Oh! qué bellas son las cosas de la tierra. No nos acordamos de nada, porque nada aprendimos nunca. Sin embargo, hemos visto árboles viejos y rocas rojas. Algunas veces atravesamos por largas tinieblas. Otras, caminamos hasta la noche por largas praderas. Hemos gritado el nombre de Jesús al

oído de Nicolás, y él lo conoce bien. Pero no sabe pronunciarlo. Se regocija con nosotros de lo que vemos. Porque sus labios pueden abrirse para la alegría, y nos acaricia la espalda. Y de este modo no son desgraciados: porque Allys vela por Eustaquio y nosotros, Alain y Dionisio, velamos por Nicolás.

Se nos dijo que encontraríamos en los bosques ogros y hechiceros. Éstas son mentiras. Nadie nos ha espantado; nadie nos ha hecho daño. Los solitarios y los enfermos vienen a vernos, y las ancianas encienden luces para nosotros en las cabañas. Tocan por nosotros las campanas de la iglesia. Los campesinos se empujan desde los surcos para espiarnos. También nos miran los animales y no huyen. Y desde que caminamos, el sol se ha tornado más caliente, y no recogemos ya las mismas flores. Pero todos los tallos se pueden tejer en las mismas formas, y nuestras cruces son siempre frescas. De este modo tenemos grande esperanza, y pronto veremos el mar azul. Y al extremo del mar azul está Jerusalén. Y el Señor dejará llegar a su tumba a todos los pequeñuelos. Y las voces ignotas se tornarán alegres en la noche.

MARCEL SCHWOB.

RELATO DE LA PEQUEÑA ALLYS

Ya no puedo caminar bien, porque estamos en un país ardiente, donde los hombres mentecatos de Marsella nos trajeron. Y al principio fuimos sacudidos sobre el mar en un día negro, enmedio de los fuegos del cielo. Pero mi pequeño Eustaquio no sintió miedo porque no vio nada y yo le tenía las dos manos. Lo quiero mucho, y vine aquí a causa de él. Porque no sé a dónde vamos. Hace largo tiempo que partimos. Los otros nos hablan de la ciudad de Jerusalén, que está al extremo del mar, y de Nuestro Señor que estará ahí para recibimos. Y Eustaquio conocía bien a Nuestro Señor Jesús; pero no sabía lo que es Jerusalén, ni una ciudad, ni la mar. Huyó por obedecer a las voces y las escuchaba todas las noches. Las escuchaba en la noche a causa del silencio, porque no distingue la noche del día. Y me interrogaba acerca de estas voces, pero nada podía decirle. No sé nada, y tengo pena solamente a causa de Eustaquio. Caminamos cerca de Nicolás, y de Alain, y de Dionisio; pero ellos subieron a otro navío, y no todos los navíos estaban allí cuando apareció de nuevo el sol.

¡Ay! ¿qué les pasaría? Los encontraremos cuando lleguemos cerca de Nuestro Señor. Está muy lejos todavía. Se habla de un gran rey que nos hace venir, y que tiene en su poder la ciudad de Jerusalén. En esta comarca todo es blanco, las casas y los vestidos, y el rostro de las mujeres está cubierto con un velo. El pobre Eustaquio no puede ver esta blancura, pero le hablo de ella y se regocija. Porque dice que es la señal del fin. El Señor Jesús es blanco. La pequeña Allys está muy cansada; pero tiene a Eustaquio de la mano, para que no caiga, y no le queda tiempo de pensar en su fatiga. Descansaremos esta noche, y Allys dormirá, como de costumbre, cerca de Eustaquio, y si no nos han abandonado las voces tratará de oírlas en la noche clara. Y tendrá de la mano a Eustaquio hasta el fin blanco del gran viaje, porque es necesario que ella le muestre al Señor. Y seguramente el Señor tendrá piedad de la paciencia de Eustaquio, y permitirá que Eustaquio lo vea. Y tal vez entonces Eustaquio verá a la pequeña Allys.

MARCEL SCHWOB.

LA CANCIÓN DEL ALBATROS

Sobre la nívea llanura del mar, el viento amontona las nubes. Entre las nubes y el mar vuela orgulloso el albatros, semejante a un relámpago negro.

Ya rozando las olas con sus alas, ya atravesando las nubes como una flecha, el albatros no cesa de gritar. Y las nubes escuchan un himno de alegría en los gritos audaces del ave.

¡Estos gritos expresan su sed de tempestad!

Las nubes perciben en estos gritos la fuerza de la cólera, la llama de la pasión y la seguridad de la victoria.

Las gaviotas gimen ante la tempestad, gimen y se balancean sobre las olas, buscando esconder en el fondo del mar su horror ante la tempestad. Los somorgujos también gimen. Para ellos no es dable concebir la delicia del combate por la vida, y el retumbo de las olas les asusta. El tonto pingüino esconde tímidamente su cuerpo pesado entre las rocas. Tan sólo el albatros, orgulloso, vuela libre y soberano sobre el mar, cubierto de blanquísimas espumas.

Se oye el retumbo del trueno. Gimen las olas coronadas de espuma, en pugna formidable con el

viento. De pronto, he aquí que el viento ciñe la procesión de las olas con sus robustos brazos, y colérico las arroja con todas sus fuerzas contra los duros peñascos, donde las masas líquidas se hacen polvo y se rompen en salpicaduras de esmeralda.

El albatros, más hermoso todavía, entre gritos rubrica el espacio, y como una flecha se hunde en el seno de las nubes rozando las crestas espumosas de las olas con sus alas. El albatros vuela como un demonio —el orgulloso y negro demonio de la tempestad— y solloza y grita. El albatros ríe de las nubes tempestuosas, sollozando de alegría. El albatros —atento demonio— ya percibe la fatiga de la cólera del trueno y adivina que las nubes no podrán ocultar ya más por completo el Sol. ¡No, no lo ocultarán!

El viento aúlla; retumba el trueno... Como una llama azul, las bandadas de nubes flamean sobre los abismos del mar. El mar aprisiona las flechas de los relámpagos y las hunde en sus abismos. Y como si fuesen serpientes de fuego, los relámpagos se tuercen y se apagan.

¡La tempestad! ¡Pronto tronará la tempestad!

Y así, más hermoso todavía, el orgulloso albatros vuela soberano y atrevido entre una fiesta de relámpagos, sobre el mar, que coléricamente retumba.

Y el profeta de la victoria grita:
—¡Que ruja la tempestad! ¡Más fuerte todavía!

MÁXIMO GORKI.

ORFEO ENCANTANDO A LOS ANIMALES

El alba acarició un monte, volviéndolo de plata. Y cuando al penetrar en la selva dormida izó de su palidez el césped de los claros, fue en torno, como si un mar sin oleaje descubriera los esplendores de un tesoro sumergido.

Sobre el monte argentado, en esa alba, Orfeo cantó.

Y en la selva despierta, sobre el follaje susurrante, se alzó un concierto de voces que brotaban, roncadas, argentinas, de los arroyos o de las sendas, bajo los árboles, y que subían claras a las cimas.

La voz del león llegó hasta la lira de Orfeo.

El león apareció lentamente con la aurora, y se acercó rugiendo.

El cantador estaba de pie, frente a él y frente a la aurora, con la lira brillante entre los dedos, bello y sin miedo.

Y arrastrándose sobre las piedras, el león escuchó.

La voz del hombre y la de la lira cantaban confundidas la hora que subía al cielo brillante. Y el león vino a lamer las sandalias del

hombre cuyo canto ascendente parecía la voz del tiempo.

Y vinieron todos, y todos fueron encantados.

El tigre se estiraba, largo como una hierba larga, y saboreaba el sonido, como la hierba saborea el viento.

El orangután, pensativo, con la frente sobre su bordón, dejaba correr la baba de plata.

Vinieron en gran número, y todos fueron encantados.

El oso danzaba como una roca que se bambolea, rimando la pendiente a saltitos. Sobre una peña roja de aurora, como una lira en el puño de un hombre, como una lira de cuerdas negras, se empinaba una joven cebra.

Vinieron en multitudes, y todos fueron encantados.

El elefante, todo oídos, dejaba a las brisas frescas hinchar las largas velas de sus orejas, avanzaba soñadoramente y con tanta dulzura como un bajel sobre un río dormido.

El pavo real se hinchaba o se afinaba siguiendo el son.

Vinieron los soberbios y los tímidos, y todos fueron encantados.

La gacela, desmayada, parecía no oír ya; pero lloraba lágrimas felices, tejiendo su ensueño al filo de la melodía. ¡La bella, y dulce, y tierna gacela amorosa!

Vinieron de cercanas y lejanas selvas, de desiertos y de llanuras.

El uro y el carnero, el búfalo y el unicornio se rozaban, como embriagados, con sus cuernos. Un monito que chupaba una naranja imprimía a sus ancas dulce balanceo.

Vinieron del Oriente y del Occidente. De todas partes; aun del cielo.

Guirnaldas de palomas, desmayadas sobre el cuello de las águilas, y horizontes de abejas incrustados de brillantes abejorros, todo el alfabeto de las golondrinas y “el sueño de grandes ojos” del búho persiguiendo a un colibrí fantástico.

La tierra y la arena enviaron sus embajadas.

El cangrejo y la araña, con su airecito sagaz y sus ojillos vivos, llevaron sus virtudes.

Dos boas ayuntadas hicieron en el espacio, con un rayo de sol, un caduceo gigantesco.

Vinieron los pesados y los esbeltos.

¡Oh, la jirafa! ¡Qué aire de gracia; qué gran aire! Escuchaba con los ojos muy altos bajo las pesta-

ñas; y el pingüino juraba, con una pata levantada, que no había visto nunca nada más bello.

Una nube de catarinitas apresaba al viento.

Un caracol rojo esplendía; el lagarto friolento titilaba; cerca del agua, la rana reflejaba la luz y eran sólo tres chispas en el diamante de la roca.

Vinieron en el aire azul; salieron de las piedras.

Las moscas hacían en el espacio una columna; una avispa tocaba su trompetilla; y había en torno un rumor ligero, como el de un pequeño juicio final.

Vinieron de todas partes, aun del mar.

¡Llegó la ballena! ¡La ballena misma! Vino por el mar Mediterráneo; un río la arrancó cual un banco de arenques que arrastró hacia Orfeo la armada de los caimanes. Oíd su corazón, que late al compás del sonido.

Y resucitaron del fondo de la leyenda.

Saliendo del huevo de oro del Sol, las alas negras del Roc se tendieron lentas en las profundidades azules. Se vio, en la polvareda de una onda de esmeralda y fuego, alzarse del Tártaro la sombra de Leviatán.

Vinieron de los Infiernos, de las Estrellas, de todas partes, seres desconocidos aun de los dioses.

De pronto, habiendo enmudecido Orfeo, el león rugió... Había visto en la sombra azul de un va-

lle a un pastor con un rebaño, su caballo y su perro, que parecía no haber oído el puro Canto divino que hablaba al instinto.

Orfeo arrojó su lira que lloraba.

Pero en el mismo instante se vio a la Flora entera, más tarda para moverse al acento del Cantador, estremecerse en la llanura, trepar hacia las cimas y cubrir bajo el cielo sus nieves eternas.

Los árboles helados se empavesaron de flores.

Orfeo cantó sin lira la belleza de la Flora. Y las flores, embrujadas, cautivas del canto, se desprendían de las ramas, como mariposas vibrantes, para fijarse, vueltas estrellas, en su frente.

Orfeo volvió a tomar la lira. ¡Y

las rocas lloraron fuentes de júbilo al oír su voz!

Y se vio, ¡divino prodigio!, el horizonte flotar cadencioso, mecer sus brumas, descubriendo los montes en los sonidos, velándolos en las pausas.

Orfeo cantó al día, cantó al Sol. Y el cielo, detenidas las nubes, escuchaba; y el rayo, encantado, escuchaba en el seno profundo de la borrasca escondida.

¡Cuando la noche cayó sobre Orfeo, los árboles, las bestias, las nubes, en las rocas y en el aire, oscilando y rodando, sintieron en su fuga que la Tierra, embriagada, giraba, giraba más de prisa...!

PAUL FORT.

EL BARCO QUE PARTE

Mira la soledad del mar. Una línea impenetrable la cierra, tocando al cielo por todas partes, menos aquélla en que el límite es la playa. Un barco, ufano el porte, se aleja, con palpitación ruidosa, de la orilla. Sol declinante; brisa que dice "¡vamos!"; mansas nubes. El barco se adelanta, dejando una huella negra en el aire, una huella blanca en el mar. Avanza, avanza sobre las ondas sosegadas. Llegó a la línea donde el mar y el cielo se tocan. Bajó por ella. Ya sólo el alto mástil apare-

ce; ya se disipa esta última apariencia del barco. ¡Cuán misteriosa vuelve a quedar ahora la línea impenetrable! ¿Quién no la creyera, allí donde está, término real, borde de abismo? Pero tras ella se dilata el mar, el mar inmenso aún; y luego hay tierras que limitan, por el opuesto extremo, otros mares; y nuevas tierras, y otras más, que pinta el sol de los distintos climas y donde alientan variadas castas de hombres: la estupenda extensión de las tierras pobladas y desiertas, la redondez sublime del

mundo. Dentro de esta inmensidad hállese el puerto para donde el barco ha partido. Quizá, llegado a él, tome después caminos diferentes entre otros puntos de ese campo infinito, y ya no vuelva nunca, cual si la misteriosa línea que pasó fuese de veras el vacío en donde todo acaba...

Pero he aquí que, un día, consultando la misma línea misteriosa, ves levantarse un jirón flotante de humo, una bandera, un mástil, un casco de aspecto conocido... ¡Es el barco que vuelve! Vuelve, como el caballo fiel a la dehesa. Acaso más pobre y leve que al partir; acaso herido por la perfidia de la onda; pero acaso también, sano y colmado de preciosas cosechas. Tal vez, como en alforjas de su potente lomo, trae el tributo de los climas ardientes: aromas deleitables, dulces naranjas, piedras que lucen como el sol, o pieles suaves y vistosas. Tal vez, a trueque de las que llevaba, trae gentes de más sencillo corazón, de voluntad más recia y brazos más robustos. ¡Gloria y ventura al barco! Tal vez, si de más industriosa parte procede, trae los forjados hierros que arman para el trabajo la mano de los hombres; la tejida lana; el metal rico, en las redondas piezas que son el acicate del mundo; tal vez trozos de mármol y de bronce, a que el arte humano infundió el soplo de la vida, o mazos de papel, donde en huellas de diminutos moldes, vienen pue-

blos de ideas. ¡Gloria, gloria y ventura al barco!

*

Fija tu atención, por breve espacio, un pensamiento; lo apartas de ti, o él se desvanece por sí mismo; no lo divisas más; y un día remoto reaparece a pleno sol de tu conciencia, transfigurado en concepción orgánica y madura, en convencimiento capaz de desplegarse con toda fuerza de dialéctica y todo ardimiento de pasión.

Nubla tu fe una leve duda; la ahuyentas, la disipas; y cuando menos la recuerdas, torna de tal manera embravecida y reforzada, que todo el edificio de tu fe se viene, en un instante y para siempre, al suelo.

Lees un libro que te hace quedar meditabundo; vuelves a confundirte en el bullicio de las gentes y las cosas; olvidas la impresión que el libro te causó; y andando el tiempo, llegas a averiguar que aquella lectura, sin tú removerla voluntaria y reflexivamente, ha labrado de tal modo dentro de ti, que toda tu vida espiritual se ha impregnado de ella y se ha modificado según ella.

Experimentas una sensación; pasa de ti; otras comparecen que borran su deyo y su memoria, como una ola quita de la playa las huellas de la que la precedió; y un día que sientes que una pasión,

inmensa y avasalladora, rebosa de tu alma, induces que de aquella olvidada sensación partió una oculta cadena de acciones interiores, que hicieron de ella el centro obedecido y amparado por todas las fuerzas de tu ser; como ese tenue rodrigón de un hilo, a cuyo alre-

dedor se ordenan⁴ dócilmente las lujuriosas pompas de la enredadera.

Todas estas cosas son el barco que parte y desaparece y vuelve cargado de tributos.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

ORACIÓN A LA BELLEZA

Cuando sobre el fango de la tierra se detiene el espíritu extasiado por fuerza misteriosa, es que entrevé la belleza.

Cuando las cuerdas del corazón se paran por un momento para latir más trémulas, es que han sentido la belleza.

El gozo más puro, el arrobamiento más suave, el éxtasis más soñador, siempre viene de la belleza, como de la belleza nace el ardimiento de nobles aspiraciones, el afán de dignificarse a su morada solemne y engrandecerse a sus ojos.

La belleza es la armonía que el alma busca afanosa. Es la esencia perfumada levantándose como incienso del fondo de la materia y tomando forma de nube que envuelve el corazón del hombre. Es el ideal que reposa, antes de emprender el vuelo, sobre la pluma del cisne, sobre el terciopelo de las flores.

Es la serenidad del cielo miran-

do la bondad que pasa. Dentro del pensamiento, en estrofas de poesías; algas en el fondo del mar, estrellas en el firmamento, luz en el fondo de la oscuridad, venturosa esperanza y deslumbradora ilusión en el camino de la tierra.

La claridad de la belleza, bajando a nuestra intimidad por las portezuelas de los ojos, ilumina la oscuridad de la vida, calma el fuego de las pasiones y enciende la llama del genio; adormece los pobres instintos y despierta la sed de gloria.

El que no ve la belleza, es ciego del espíritu, lleva el alma enferma, prisionera de tinieblas, vive tristemente condenado a un adormecimiento mortecino; pasa nomás por el planeta con las portezuelas cerradas, atravesando la llanura sin oír rumor de hojas, cantos de pájaros, ruidos de mar, ni murmullos de cascadas.

SANTIAGO RUSIÑOL.

LAS CAMPANAS

Las tres campanas inmóviles, con el hueco vientre de bronce adornado de arabescos, aguardaban que los brazos de Blasce arrojaran vibraciones triunfantes a las brisas matutinas.

Y Blasce cogió las cuerdas. Al primer impulso la campana mayor, la Loba, se estremeció profundamente; dilatóse, estrechóse, volvióse a dilatar su ancha boca; una ola de sonidos metálicos seguida de una especie de mugido profundo, cayó sobre los tejados, se propagó con el viento por toda la orilla, por toda la llanura. Y los tañidos se precipitaban, se precipitaban. Animábase el bronce, semejante a un monstruo loco de ira o de amor; oscilaba espantosamente de derecha a izquierda, enseñaba la boca a las dos aberturas, soltaba dos notas amplias, profundas, unidas por continuo zumbido, rompía de pronto hasta confundirlo en un temblor de cristalina armonía, que se ensanchaba solemnemente por el espacio.

Abajo, las ondas sonoras y las ondas luminosas arrojaban de las campiñas el sueño; subían las nieblas como humo, se doraban, se disolvían suavemente en la claridad matutina; los ribazos tomaban color cobrizo y súbitamente oyóse

otro sonoro timbre al repicar de la Estringe, agrio, ronco, cascado, parecido a un rabioso ladrido contra el rugir de una fiera. . . Y después resonó el martilleo rápido de la Cantora, martilleo alegre, límpido, ágil, revoltoso, parecido a un diluvio de granizo en una cúpula de cristal. Y luego se escucharon los lejanos ecos de otros campanarios que despertaban; el campanario de San Roque, allí abajo, campanario rojizo, oculto entre encinas; el de Santa Teresa, enorme pilón de azúcar horadado; el de San Franco, campanario de convento. . . diez, doce, quince lenguas metálicas que verían en el campo las sanas y alegres variaciones del himno dominical, en luminoso triunfo.

Aquel estrépito embriagaba a Blasce. Había que ver al muchacho, huesudo y nervioso, con una gran cicatriz rojiza en la frente, menear jadeante los brazos, agarrarse a las cuerdas como un mono, dejarse arrebatar por la irresistible fuerza de su Loba, subirse a lo más alto para dar los últimos impulsos a la Cantora, mientras retemblaban sordamente los otros dos monstruos domados.

Allí arriba Blasce era un rey. Las espesas yedras escalaban la añosa pared con juvenil arranque;

enredábanse en las vigas de la techumbre como en troncos vivos; vestían los rojos ladrillos con tapiz de hojitas correosas, relucientes, parecidas a placas de esmalte; colgaban por los aleros como reptiles delgados y pululantes; asaltaban las tejas animadas por los nidos viejos y nuevos, llenos ya del gorjeo de amorosas golondrinas. Al pobre Blasce le tenían por loco, pero allí arriba era rey y poeta. Cuando se combaba el cielo sereno sobre la florida campiña, cuando el Adriático brillaba con chispas de sol y anaranjados velos, cuando llenaba las calles el tráfico, permanecía en el remate del campanario, sin hacer nada, como salvaje halcón, aplicando el oído al costado de la Loba, del terrible y soberbio animal que un día le había descalabrado, y de cuando en cuando le daba un gol-

pecito con el dedo doblado, para escuchar sus largas y deliciosas vibraciones. Cerca de él relucía la Cantora como una joya en su envoltura de arabescos y cifras, con la imagen de San Antonio en relieve; más lejos la Estringe mostraba la panza vieja ya surcada por una rendija en toda su longitud con los bordes desportillados.

¡Cuánta meditación junto a las tres campanas, qué vagabundear de sueños extraños, qué arrebatos líricos de pasión y de deseo! ¡Y qué gallarda era y hermosa la imagen de Zolfina, su novia, surgiendo de aquel mar de ondas sonoras, entre los ardores del mediodía, o desvaneciéndose a la hora del crepúsculo, cuando la Loba sonaba con tonos cansados y melancólicos y espaciaba sus repiques hasta morir de languidez!

GABRIEL D'ANNUNZIO.

MARI BELCHA

Cuando te quedas sola a la puerta del negro caserío con tu hermanillo en brazos, ¿en qué piensas, Mari Belcha, al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?

Te llaman Mari Belcha, María La Negra, porque naciste el día de los Reyes, no por otra cosa; te llaman Mari Belcha, y eres blanca como los corderillos cuando sa-

len del lavadero, y rubia como las mieses doradas del estío...

Cuando voy por delante de tu casa, en mi caballo, te escondes al verme, te ocultas de mí, del médico viejo que fue el primero en recibirte en sus brazos, en aquella mañana fría en que naciste.

¡Si supieras cómo lo recuerdo! Esperábamos en la cocina, al lado

de la lumbre. Tu abuela, con las lágrimas en los ojos, calentaba las ropas que habías de vestir y miraba el fuego pensativa; tus tíos los de Aristondo hablaban del tiempo y de las cosechas; yo iba a ver a tu madre a cada paso, a la alcoba, una alcoba pequeña, de cuyo techo colgaban trezadas las mazorcas de maíz, y mientras tu madre gemía y el buenazo de José Ramón, tu padre, la cuidaba, yo veía por las ventanas el monte lleno de nieve y las bandadas de tordos que cruzaban el aire.

Por fin, tras de hacernos esperar a todos, viniste al mundo, llorando desesperadamente. ¿Por qué lloran los hombres cuando nacen? ¿Será que la nada, de donde llegan, es más dulce que la vida que se les presenta?

Como te decía, te presentaste chillando rabiosamente, y los Reyes, advertidos de tu llegada, pusieron una moneda, un duro, en la gorrita que había de cubrir tu cabeza. Quizá era el mismo que me habían dado en tu casa por asistir a tu madre...

Y ahora te escondes cuando paso, cuando paso con mi viejo caballo. ¡Ah, pero yo también te miro ocultándome entre los árboles!, ¿y sabes por qué?... Si te lo dijera, te reirías... Yo, el medicuzarra, que podía ser tu abuelo; sí, es verdad, si te lo dijera, te reirías.

¡Me pareces tan hermosa! Dicen que tu cara está morena por

el sol, que tu pecho no tiene relieve; quizá sea cierto; pero en cambio tus ojos tienen la serenidad de las auras tranquilas del otoño y tus labios el color de las amapolas, de los amarillos triguales.

Luego, eres buena y cariñosa. Hace unos días, el martes, que hubo feria, ¿te acuerdas?, tus padres habían bajado al pueblo y tú paseabas por la heredad con tu hermanillo en brazos.

El chico tenía mal humor, tú querías distraerle y le enseñabas las vacas, la Gorriya y la Baltza que pastaban la hierba, resoplando con alegría, corriendo pesadamente de un lado a otro, mientras azotaban las piernas con sus largas colas.

Tú le decías al condenado del chico: Mira a la Gorriya... a esta tonta... con esos cuernos... pregúntale tú, maitía: ¿por qué cierras los ojos, esos ojos tan grandes y tan tontos?... no muevas la cola.

Y la Gorriya se acercaba a ti y te miraba con su mirada triste de rumiante, y tendía la cabeza para que acariciaras su rizada testuz.

Luego te acercabas a la otra vaca, y señalándola con el dedo, decías: Ésta es la Beltza... Hum... qué negra... qué mala... A ésta no la queremos. A la Gorriya, sí.

Y el chico repitió contigo: A la Gorriya, sí; pero luego se acordó de que tenía mal humor, y empezó a llorar.

Y yo también empecé a llorar no sé por qué. Verdad es que los viejos tenemos dentro del pecho corazón de niño.

Y para acallar a tu hermano recurriste al perrillo alborotador; a las gallinas que picoteaban en el suelo, presididas del coquetón gallo; a los estúpidos cerdos que corrían de un lado a otro.

Cuando el niño callaba, te quedaste pensativa. Tus ojos miraban las nubes blancas que cruzaban el cielo pálido, las hojas secas que cubrían el monte, las ramas des-

carnadas de los árboles, y, sin embargo, no veían nada.

Veían algo, pero era en el interior del alma, en esas regiones misteriosas, donde brotan los amores y los sueños.

Hoy, al pasar, te he visto aún más preocupada. Sentada sobre un tronco de árbol, en actitud de abandono, mascabas nerviosa una hoja de menta.

Dime, Mari Belcha, ¿en qué piensas al mirar los montes lejanos y el cielo pálido?

Pío BAROJA.

POEMA DE INVIERNO

El loco decía: Amo la nieve, flor del invierno, tanto como las rosas de las mañanas tibias y las espigas de las tardes doradas; amo en la ciudad la blancura efímera de sus primeras horas, cuando el manto cándido hace mate la luz del sol o convierte en morados misterios la negrura de la noche; amo en el campo su eterna pureza irreprochable.

Si miro desde mi ventana cómo bajan los copos a lo largo de invisibles hilos temblorosos, o cómo los arrastra el viento a remolinos sin sentido, el alma se me cuaja de tristeza. Pero si hundo en la nieve los pies, si dejo que ella me azote cara y manos y no evito que

resbale a veces entre el vestido y la piel hasta derretírseme en la garganta, en el pecho, en la espalda, la sangre se me rejuvenece entonces y vuelve a mí la alegría de las locas carreras infantiles.

Nevado estaba el parque ayer; pequeñas colinas albas subían desde los diminutos albos valles. Nevado estaba y solitario. Y en el corazón de tanto silencio, sobre la blanca sabana de nieve las líneas quebradas de los árboles daban toda su música a los ojos. Uno que otro grito lejano oíase de súbito, también preciso y rápido como raya negra.

Con pies y manos aventé la nieve. Hice bolas para tirar a los ár-

boles. Me senté sobre la nieve amontonada en los bancos. Esculpí figuras rudimentarias. Construí castillos y fuentes fantásticos. Levanté trincheras. Me escondí en cuevas. Echéme a rodar por las pendientes. Abrí la boca para que en ella entrara la nieve y se derritiera.

Una bandada de muchachos pasó haciendo cabriolas. Los desafié y llenos de júbilo guerreamos largo rato. Hubo arrojo y temor, hubo saltos, carreras, encuentros, caídas, sorpresas. Al principio fingieron huir de mí; mas envalentados después, acabaron por cercarme y vencerme. Me ahogaba durante la lucha la risa y la fatiga, y reían ellos también a medida que arreciaban sus golpes, más y más certeros. Cuando al fin echaron a correr tenía yo nieve en los ojos, en las orejas, en la boca, y la sangre me cosquilleaba por todo el cuerpo. ¡Cuánta felicidad!

Decían los muchachos: El loco estaba ayer en el parque mordiendo la nieve y arremetiendo contra los árboles. (Cuentan que lleva largas las barbas y la cabellera porque con ella ata a los niños cuando los coge para clavarles las uñas y chuparles la sangre.) Juan nos decía: "Presto hemos de pasar porque la noche llega."

Y escondidos detrás de un recodo veíamos al loco patear y rabiar. Tan pronto apilaba la nieve, como la esparcía y aplanaba; o la echaba al viento con pies y ma-

nos; o se cubría con ella hasta la cintura. Sin quitar de él los ojos, nos consultamos y nos dimos valor:

—Volvamos a la Puerta Grande y sigamos al borde del río.

—No. Esperar será mejor.

—Pronto ha de rendirse y pasaremos.

—Si nos persigue le atacamos todos.

El loco cavaba hoyos e iba formando con la nieve un gran montón. (Cuentan que en esos hoyos esconde a los niños que mata.) En el montón hizo una cueva, en donde se metió luego. Buen rato estuvimos mirando la punta de sus pies, que dejó afuera; pero de pronto rascó con ellos en la nieve y desaparecieron también. Esperamos... Esperamos...

—¡Ahora! —dijo Juan, y corrimos todos.

Pero el loco nos espiaba; surgió de nuevo y se abalanzó contra nosotros. Sus barbas eran tan grandes que cerraban todo el camino. La cabellera le nevaba, y con la mano libre de la capa nos disparaba enormes bolas de nieve. (Cuentan que bajo la nieve los guardas del parque hallaron tres niños muertos el otro invierno.) Sobrecogidos de pavor, quisimos correr. Juan gritó: "Todos contra él", y nos defendimos.

A cada golpe certero que le dábamos saltaba él furioso y lanzaba alaridos horribles. Si era él quien pegaba rompía en una risa espan-

table que todavía nos llena de terror. Lo vencimos al cabo de muchas horas; lo obligamos a refugiarse cerca de un árbol y allí lo golpeamos con fuerza cada vez mayor. Él bufaba y gruñía. Doblóse al fin por la cintura y clavó la cabeza en la nieve. Entonces hui-

mos... (Cuentan que en las noches de luna el loco anda por el parque escarbando la nieve; cuentan que busca los cuerpecitos de los niños cuya sangre ha chupado.)

MARTÍN LUIS GUZMÁN.

NACIERON, SUFRIERON, MURIERON...

Cuando el joven príncipe, que había sido discípulo del ilustre doctor Zif, sucedió a su padre en el trono de Persia, mandó llamar a todos los sabios de sus dominios, y una vez que los vio reunidos les habló de esta manera:

—El doctor Zif, mi maestro, me dijo más de una vez que los soberanos que estuviesen enterados de cuanto había ocurrido en los tiempos pasados, cometerían de seguro menos errores. Por esta razón quiero estudiar los anales de los diferentes pueblos y, en consecuencia, ordeno y mando que os pongáis a escribir una historia universal, procurando que resulte lo más completa posible.

Retiráronse los sabios después de prometer al monarca que cumplirían fielmente su encargo; sin perder tiempo, pusieron mano a la obra. Al cabo de treinta años presentáronse ante el rey seguidos de una caravana de doce camellos, cada uno de estos camellos

llevaba encima quinientos volúmenes.

El decano de los historiadores hincóse de rodillas en las gradas del trono y habló en estos términos:

—Señor: los académicos de vuestro reino tienen el honor de poner a vuestras reales plantas la Historia Universal que han escrito obedeciendo las órdenes de Vuestra Majestad. Consta de seis mil tomos y encierran ellos cuanto nos ha sido posible reunir respecto de las costumbres de los pueblos y de las vicisitudes de los imperios. En ellos hemos insertado las antiguas crónicas que pudieron perpetuarse a través de las edades, habiéndolas completado e ilustrado con copiosas anotaciones geográficas y cronológicas.

El rey contestó a este breve discurso, diciendo:

—Señores: en mucho tengo y agradezco el penoso trabajo que os habéis impuesto. Pero las tareas gubernamentales me tienen muy

ocupado. Por otra parte, mientras vosotros trabajabais en esta obra, yo envejecía. Aun suponiendo que yo llegue a morir cargado de años, no puedo razonablemente esperar que me queden los necesarios para estudiar una historia tan voluminosa y extensa cual la que me ofrecéis, y quedará depositada en los archivos de la Corona. Pero, como no desisto de mi propósito, tened la bondad de escribirme un compendio histórico más en armonía con la brevedad de la vida humana.

Los académicos de Persia se retiraron y emprendieron su nueva tarea, para lo cual necesitaron veinte años más, hasta que se presentaron otra vez ante el soberano, seguidos de tres camellos conduciendo mil quinientos tomos, quinientos por camello.

—Señor —murmuró el decano, con acento debilitado por la edad y el trabajo—, aquí tenéis nuestra nueva obra; creemos no haber omitido nada de lo esencial.

—Así será —repuso el monarca—; pero no la leeré. Soy viejo y largas tareas no convienen a mi edad; abreviad más aún; abreviad y daos prisa.

Tanto cedieron los historiadores, que al cabo de diez años volvían al palacio, seguidos de un solo camello portador de quinientos volúmenes.

—Tengo la seguridad de haber

compendiado la historia universal todo lo posible —dijo el decano.

—Pero no lo suficiente —dijo el rey—. Estoy tocando el término de mi vida y si queréis que sepa antes de morir la historia de los hombres, tendréis que abreviar más.

Esta vez no necesitó la Academia más que cinco años para cumplir su cometido; y el decano, que apenas podía andar, se presentó sosteniéndose con un brazo en una muleta y llevando del cabestro a un borriquito sobre cuyos lomos veíase un grueso volumen, uno solo.

—Daos prisa —dijo el centinela—, el rey se muere.

En efecto, el monarca yacía sobre su lecho de muerte; al penetrar en la estancia el decano llevando el enorme volumen, volvió hacia él sus apagados ojos y dijo con voz expirante:

—Es ya demasiado tarde, y veo que es preciso morir sin haber sabido la historia de los hombres.

—Señor —pronunció el sabio, que estaba casi moribundo como el monarca—, tal historia os la reuniré en tres palabras: Nacieron, sufrieron y murieron.

Así fue como el rey de Persia aprendió la historia universal en el momento de pasar de esta vida a la otra.

ANATOLE FRANCE.

LA PRINCESA MENDOSIANA

La princesa Mendosiana tenía seiscientos años; hacía seis siglos vivía bordada sobre el terciopelo con su cara y sus manos de seda pintada, estaba revestida de perlas con una gola tan recargada de adornos que se doblaba, y los arabescos de su túnica eran del oro más puro.

Un manto azul, flordelisado de anémonas, estaba abrochado a su pecho por regias pedrerías y orlaban el borde de su traje cuentas de zafiro.

Había figurado mucho tiempo en las procesiones y en las fiestas reales. Se le sacaba entonces izada en el asta de una bandera, y el brillo de sus joyas animaba al pueblo y a las grandes damas. Eran los tiempos felices en que bajo el estremecimiento de las oriflamas deslumbrantes de las calles empujadas se aclamaba a la princesa Mendosiana. Después se la guardaba ceremoniosamente en el tesoro de la catedral y se la mostraba a los extranjeros que pagaban por verla.

Era una maravilla esta princesa milagrosa. Había nacido del sueño y del trabajo obstinado de veinte religiosas que durante cincuen-

ta años habían penado, haciendo con las madejas de seda y plata la deliciosa hierática figura.

Sus cabellos eran de seda amarilla; se habían incrustado en el sitio de sus pupilas dos turmalinas del más bello azul y tenía una gavilla de lirios del más bello terciopelo blanco apoyados sobre el corazón.

Luego pasó la era de las procesiones, se abolieron los tronos, desaparecieron los reyes, avanzaba la civilización y la princesa de perlas y de seda pintada permaneció confinada en la sombra y el silencio de la catedral.

Allí pasaba su vida en el claroscuro de una cripta, entre un montón de objetos extraños que gesticulaban en los ángulos: había viejas estatuas, copones junto con custodias, viejos ornamentos de iglesia, copas aún rígidas y como tejidas de sol y que se extinguían lentamente en la noche con cálices en los cuales no se oficiaba ya.

Había también un viejo Cristo arrimado en un rincón y velado de telas de araña y nunca se abría la puerta de la capilla súbitamente; todas estas viejas cosas dormían allí enterradas, olvidadas, y

una gran desesperación hirió en el pecho a la princesa Mendosiana.

Y prestó atención a los consejos del ratón rojo, un insidioso ratoncillo, vivo como el relámpago y tenaz e impertinente, que hacía años la asediaba: Y ¿por qué obstinarse en permanecer cautiva, acorazada por estas perlas y estas bordaduras que te aprisionan? La tuya no es vida, tú no has vivido nunca, ni el tiempo en que resplandecías bajo el cielo azul de las fiestas suntuosas, aclamada por la embriaguez de las multitudes, y ahora, ya ves, te han olvidado, estás muerta. Si quisieras, con mis agudos dientes desharía uno a uno los puntos de seda y de cordoncillo de oro que te tienen presa desde hace seiscientos años, inmóvil en el terciopelo espejeante que entre nosotros no tiene ya brillo. Esto quizá te haga daño, sobre todo cuando descosa cerca de tu corazón, pero empezaré por los anchos contornos, los de las manos y los del rostro, y podrás ya desperezarte y moverte, y verás qué hermoso es vivir y respirar. Bella como eres, con tu rostro de princesa de cuento y rica con los fabulosos tesoros que adornan tu vestido, te harás vestir por las grandes modistas, se te tomará por la hija de un banquero y te casarás por lo menos con un príncipe francés.

Tienes sobre ti caudales de pedrerías. Ven, déjame libertarte y revolucionarás el mundo.

¡Si supieras qué hermoso es ser libre, respirar voluntariamente el viento y seguir su solo capricho! Estás acorazada por esos ópalos y esos zafiros como un caballero en su armadura y jamás has combatido. Conozco el camino que conduce a la felicidad. Sal fuera de tu estuche de bordaduras, daremos juntos la vuelta al mundo y te prometo un trono y el amor de un héroe. Y la princesa Mendosiana consintió: el ratoncillo rojo comenzó inmediatamente su obra asesina; sus dientes aserraban, cortaban, limaban en el terciopelo roído por los mitos: resonaban las perlas al caer una a una, y en las noches claras como en los bellos días, en la cripta alumbrada por un respiradero, el ratoncillo rojo cortaba, roía, trabajaba siempre.

Cuando atacó la famosa gola de nácares y perlas, la princesa Mendosiana tuvo la impresión de un frío agudo en el corazón.

Hacia varios días se sentía como temblorosa y más ligera y singularmente ágil en medio de todos aquellos puntos deshechos, ondulaba en la tela como animada de un soplo, y esperaba, arrobada, que el ratón concluyera su obra.

Al introducirse el diente del roedor en su pecho, la princesa de seda y lentejuelas desfallecía; la cascada blanda de las coposas sedas, de los galones y de ceniza sobre las losas de la oscura capi-

lla; algunos cabujones rodaron como granos de trigo y el viejo terciopelo espejeante de la bandera se desgarró de arriba abajo.

Así murió la princesa Mendo-

siana por haber escuchado los insidiosos consejos de un ratoncillo rojo.

JEAN LORRAIN.

LAS ROSAS

Era una vez un hombre que había cogido en su jardín un ramo de rosas.

Unas eran blancas, otras rojas, otras amarillas...

Y como eran tan bellas, el hombre emprendió un viaje en busca del Maestro, para dejar el ramo a sus pies.

Llevaba ya recorrida buena parte del camino cuando encontró a un niño abandonado que lloraba desesperadamente.

Entonces, se sentó a su lado procurando consolarle. Y cuando lo vio más sereno continuó de nuevo la ruta, dejándole una de las rosas que llevaba para el ramo del Maestro.

Un poco más allá halló junto al camino a una viuda que estaba sumida en honda aflicción. Y se detuvo y le dio de su sabiduría, y para que aliviase su quebranto, le ofreció otra rosa de las más bellas que arrancara para ponerlas a las plantas del Maestro.

Más adelante se cruzó en la senda con una joven, y era tan hermosa, que, al mirarla, sintió

que su corazón ardía en amor. Y olvidando lo que iba a buscar, en su admiración dio a la joven una rosa, la mejor de todas, que tenía aún en sus pétalos perlas de rocío y que había juzgado digno presente para su Maestro.

Un poco más allá encontró a una muchacha que bailaba y cantaba. La niña era tan linda y alegre, que se entretuvo con ella largo tiempo, y en pago del placer que le habían proporcionado sus danzas y canciones, le arrojó una rosa de las que estaban destinadas al Maestro.

Luego, cuando había andado buen trecho del camino, vio a un hombre que le insultó y le ultrajó sin motivo. Y él, piadoso, le dio una de sus rosas, y el odio del que lo atacaba se aplacó a la vista de la flor que hubiera debido caer a los pies del Maestro.

Y así, en el transcurso del día, fue repartiendo rosas a los pobres y a los afligidos, a los alegres y los malos.

Y cuando llegó la noche y se vio ante el Maestro, no se atrevió

a levantar los ojos, avergonzado al ver que no le quedaba ya ni una sola rosa para poner a sus pies.

Y enmedio de su humillación oyó la voz del Maestro que le decía:

—Muy queridas me son las rosas que me diste, hijo mío.

Y entonces el hombre se atrevió a levantar su inclinada frente. Y vio, con admiración, que todas las rosas que él había repartido, estaban sobre el corazón del Maestro.

LINDLEY HUBBELL.

NUBES Y OLAS

Madre, los que viven en las nubes me gritan: "Mira; jugamos desde nuestro despertar hasta que se muere el día; jugamos con el amanecer de oro y con la luna de plata." Yo les pregunto: "Pero, ¿cómo subiré hasta donde estáis vosotros?" Y me contestan: "Llega hasta el borde de la Tierra, alza las manos al cielo y las nubes te levantarán." "Mi madre me está esperando en casa —digo yo—. ¿Cómo dejarla y subir?" Y ellos se sonríen y pasan flotando.

Pero yo sé un juego más bonito que ése, madre. Mira: yo seré una nube y tú serás la luna. Te taparé con mis manos y nuestro techo será el cielo azul.

Los que viven en las olas me

gritan: "Cantamos desde el alba hasta la noche; viajamos, más y más allá siempre y no sabemos por dónde pasamos." Yo les pregunto: "Pero ¿cómo podré unirme a vosotros?" Y me responden: "Ven a la orilla de esta playa, cierra los ojos, espera, y te llevarán las olas." Les digo: "Mi madre no quiere nunca que salga de noche. ¿Cómo voy a ir?" Y ellos se sonríen y pasan danzando...

Pero yo sé un juego mejor que ése, madre. Yo seré la ola y tú serás una playa desconocida. Llegaré rodando, y romperé, riéndome, en tu falda, y nadie sabrá en el mundo dónde estamos tú y yo.

RABINDRANATH TAGORE.

EN LAS PLAYAS

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. El cielo infinito en calma sobre sus cabezas; el agua impaciente se alborota. En las playas de todos los mundos, los niños se reúnen gritando y bailando.

Hacen casitas de arena y juegan con las conchas. Su barco es una hoja seca que botan, sonriendo, en la vasta profundidad. Los niños juegan en las playas de todos los mundos.

No saben nadar; no saben echar la red. Mientras el pescador de perlas se sumerge por ellas, y el mercader navega en sus navíos, los niños cogen piedrecillas y vuelven a tirarlas. Ni buscan tesoros ocultos ni saben echar la red.

El mar se alza en una carcajada y brilla pálida la playa sonriente. Olas asesinas cantan a los niños baladas sin sentido, igual que una madre que meciera a su hijo en la cuna. El mar juega con los niños y, pálida, luce la sonrisa de la playa.

En las playas de todos los mundos se reúnen los niños. Rueda la tempestad por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el mar sin rutas, anda suelta la muerte y los niños juegan. En las playas de todos los mundos se reúnen, en una gran fiesta, todos los niños.

RABINDRANATH TAGORE.

EL COMEDOR

Este es el lugar en que dos veces por día tomo conciencia de las cosas, sea que el pan haga penetrar en mí el alma de la mies que rechina bajo la canícula de julio, sea que el vino me comunique el paisaje púrpura de la vendimia y la alegría de las muchachas que cortaban, cantando, los racimos tenebrosos.

Así, cada alimento me parece sagrado por todo lo que hace pasar a mi sangre de fuerza poética. No puedo olvidar la humildad de la huerta en que se hundió la odorífera zanahoria; ni el verdor del prado que limitan los alisos y en que el buey, cuya carne como, ha vivido; ni la cabaña sembrada de hojas secas, hundida en el co-

razón de la montaña herbosa, en que este queso fue cuajado; ni el vergel donde, en la modorra de las vacaciones, una colegiala entre los frambuesos azules y granates, olvidó su boca ardiente sobre la de su prometido.

Conozco las soledades en que mana el agua que bebo y los tristes bosques que la rodean. Por allí fue donde encontré a aquel anciano alegre cuyos hermosos gallos he cantado, y aquel otro viejo que lloraba por la locura de su hija.

Es preciso que yo sepa que los platos que contienen estos alimentos han salido, como ellos, de la tierra, y que, sobre la copa de porcelana, los frutos parecen serme presentados en ofrenda por el cáliz mismo de la arcilla original. Y también es preciso saber que la garrafa de vidrio en que esta agua

se equilibra, ha salido del agua misma, de la mar sódica y arenosa que le ha dejado su transparencia.

Eres tú, comedor, la despensa divina: ya sea que encierres el higo que mordió el mirlo, o la cereza comida por el gorrión, o el arenque que ha visto el coral y las esponjas, o la codorniz que sollozó el nocturno de las mentas, o la miel de otoño cogida bajo los rayos del sol moreno, o la de la acacia cosechada a los pálidos rayos del sol moreno, o la de la acacia cosechada a los pálidos rayos de una avenida en lágrimas, o el aceite que contiene reflejos de nácar, o la pimienta que traían sobre sus galeras traficantes de misteriosa sonrisa...

FRANCIS JAMMES.

LAS DOS SERPIENTES

Eran dos cascabeles en una mañana azul...

Ella se enroscó al tronco de un castaño y trepó moviendo febrilmente sus caderas cambiantes. Arriba se columpiaba el nido de los mirlos. Era joven y hermosa, ágil y voluble.

Él permaneció al pie del castaño mirando ávidamente la caza de su compañera. Era ya viejo y no podía trepar. Arriba se columpia-

ba el nido de los mirlos... mas él era viejo y no podía trepar.

Aquella mañana azul, las dos serpientes riñeron...

Ella siguió enroscándose al tronco de los castaños y trepaba moviendo su largo cuerpo ondulante. Arriba se columpiaba el nido de los mirlos. Él, echado sobre los juncos secos, soñó escanciar en el pétalo de una margarita la sangre roja de los polluelos implumes.

Cuando despertó, ya el sol se iba hundiendo tras el tupido ramaje de los castaños, y entonces miró ávidamente la caída del sol. Arriba ya no se columpiaba

el nido de los mirlos y su compañera había traspasado el bosque.

CHARLES BAUDELAIRE.

EL HIMNO DE LA VIDA

¿Te eternizas? ¿Para qué? ¡La juventud y la vida están conmigo! No me verás debilitarme en la batalla fatal. Sobre las ruinas dispersas y sobre las angustias brillan mis veinte años.

No me quitarás esa fuerza divina que arde en mi corazón. No me detendrás en el vuelo impetuoso que me arrastra. Tus uñas son impotentes, ¡oh negra diosa!, yo sigo mi camino.

Ves, allá abajo, en el mundo, ¡qué luz de sueño y de rosas! ¿Oyes en el cielo gozoso los trinos de las alondras triunfantes?

¡Qué fulguración de fe y de ideal, qué estremecimiento de alas!...

Quiero el trabajo que diviniza y que con noble dominio gobierna todas las cosas. Quiero el sueño y la armonía, la juventud eterna del arte, la risa del azul y los bálsamos de las flores, los astros, los esplendores y los besos.

Pasas, bruja negra; pasas como una sombra funesta al sol. Pero todo renace, todo espera. Las violetas sonríen bajo las breñas, y yo, escapada de tus lazos, audaz y juguetona, canto el himno de la vida.

ADA NEGRI.

EL INFORTUNIO

Esta noche se apareció en mi cabecera una figura opaca. Con un relámpago en el ojo y un puñal en el costado, me miraba burlescamente a la cara. Tuve miedo... me dijo:

—Yo soy el infortunio.

"Nunca te dejaré, chiquilla tímida, nunca, nunca. Entre las zarzas y las flores, hasta la muerte y en la nada. Te seguiré, sin cesar, por todas partes adonde vayas."

—Aléjate... —sollocé.

Permaneció inmóvil cerca de mí, y me dijo:

—Está escrito allá arriba. Eres una flor lívida, una flor de ciprés, flor de nieve, de delito y de tumba. Allá arriba, allá arriba está escrito.

Yo salté, gritando: “Quiero la esperanza que brilla a los veinte años; quiero la trémula exaltación del amor; quiero el beso

del genio y de la luz... ¡Véte, oh funesto!”

Y dijo:

—Solamente alcanzará el resplandor de la gloria el que sufre y crea sangrando. Águila sublime, el Dolor alumbra la Idea. Al que lucha valientemente, la victoria.

Le respondí: “¡Quédate!”

ADA NEGRI.

AMO DE SU DESTINO

En medio de la noche que me cubre, negra como el abismo, de polo a polo doy gracias a los dioses, cualesquiera que sean, por mi alma invencible. Entre las crueles garras de los hechos no me he rebelado ni grité; bajo los golpes del Acaso, mi cabeza sangra, pero no se doblé. Más allá de este lugar de iras y de lágrimas se vislum-

bra sólo el Horror de la Sombra; pero, sin embargo, la amenaza de los años me encuentra y me encontrará impasible. Por angosta que sea la puerta, por cargada de castigo que esté la sentencia, yo soy el Amo de mi Destino, yo soy el Capitán de mi Alma.

WILLIAM ERNEST HENLEY.

EL SEMBRADOR INVISIBLE

Era una época terrible.

Los ríos, crecidos por las aguas primaverales, no habían recobrado su aspecto normal. Los pantanos y los prados, también llenos de agua, parecían lagos. Los campos estaban húmedos, y en los barrancos no se había fundido la nieve, protegida por la frialdad de

las noches. La primavera proseguía su obra de regeneración; pero el fuego, oculto hasta ahora, cautivo del invierno, había surgido ya, lanzando al cielo sus resplandores lúgubres. La serie de los incendios comenzaba.

Algo invisible había despertado antes de tiempo aquel fuego dor-

mido. Algo invisible rodaba, en las tinieblas, por la tierra rusa y a manos llenas aventaba el grano de la angustia y de la alarma, resucitaba las esperanzas perdidas, sembraba la semilla para una terrible recolección.

Por el pueblo se extendían noticias y rumores lúgubres; no los trasmitían palabras humanas, sino voces misteriosas. Los límites entre lo real y lo invisible habían desaparecido. Sabíase de antemano que tal o cual persona debía morir, y ya se la consideraba como muerta. Apenas comenzaba a arder una finca señorial cualquiera, cuando ya lo sabían los campesinos a treinta verstas de distancia, aun antes de ver teñido el cielo con el rojo resplandor del incendio; con sus carros y sus caballos acudían los pobladores de las aldeas próximas a aquella propiedad para apoderarse de los bienes señoriales. Diríase que la muchedumbre había adquirido un don misterioso de adivinación, o recibía avisos y sabía qué propiedades estaban destinadas al fuego y al pillaje y qué hombres iban a ser asesinados. El fuego y los fusiles habían entrado en acción, y llenaban de ruido y sembraban la alarma por los campos pacíficos.

Algo invisible rodaba en las tinieblas por la tierra rusa. Nadie podía alcanzarlo, detenerlo en su marcha. ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba? ¿Era el alma del pueblo, despierta en su

noche, sedienta de venganza, acechando a quienes le habían robado la luz del astro del día? ¿Era Dios mismo, ardiendo en ira, por la maldad de los que gobiernan la Tierra, y castigando no solamente a los culpables, sino también a los inocentes? ¿Qué era? ¿Quién era? ¿Qué quería? ¿Qué buscaba?

Las máquinas de imprenta, con ruido monótono, tiraban a diario grandes hojas, donde estaban cuidadosamente registrados los incendios, los crímenes, el dolor que agarrotaba a las gentes. Los habitantes de las ciudades, asustados, alarmados, dirigían miradas de terror, por encima de los muros, hacia los campos y los pueblos. Allá en las aldeas, todo era negro, oscuro, incomprensible, misterioso. Algo invisible rodaba en las tinieblas. Algún olvidado lanzaba, como fiebra herida, gritos de dolor, aullaba, plañía, injuriaba, se agitaba en la noche negra, se escondía en los bosques. Sólo se veían los resplandores lúgubres de los incendios.

Las gentes se buscaban, como perdidas, en la selva virgen.

—¿Están todos allá?

—Todos.

—¿Qué es lo que rueda en las tinieblas?

—No lo sabemos.

—¿Qué es lo que pasa?

—No se sabe.

Era una época terrible, llena de amenazas misteriosas.

LEÓNIDAS ANDREIEV.

UNA FAMILIA DE ÁRBOLES

Los encuentro después de atravesar una llanura quemada por el sol.

A causa del ruido, se apartan del camino. Habitan los campos incultos, cerca de una fuente que sólo los pájaros conocen.

De lejos, parecen impenetrables. Cuando me acerco, sus troncos se separan. Me acogen con prudencia; puedo descansar, refrescarme, pero adivino que me observan y desconfían.

Viven en familia, los más viejos en el centro, y los pequeños, cuyas hojas acaban de brotar, aquí y allá, sin apartarse jamás.

Mueren lentamente, y conservan a sus muertos de pie hasta que se deshacen en polvo.

Se acarician con sus largas ramas, como los ciegos para asegurarse de que todos están allí. Gesticulan coléricos si el viento se empeña en arrancarlos. Pero entre ellos no hay disputa. Sólo murmuran de acuerdo.

Comprendo que ellos deben ser mi verdadera familia. Pronto olvidaré la otra. Estos árboles acabarán por adoptarme, y para merecerlo aprendo lo que hace falta saber:

Ya sé mirar las nubes que pasan.

Sé quedarme en mi sitio.

Y sé casi callarme.

JULES RENARD.

LIBACIÓN POR EL DÍA FUTURO

He subido a lo más alto de la montaña para ofrecer mi brindis al día futuro (al nuevo día, al día que vendrá; tal vez suceda esta misma noche). ¡A lo más alto de la montaña, a esa copa de hielo que se eleva hasta los labios de la aurora! Estoy en ella desnudo; al entrar desbordé su plenitud y el

agua saltó como una catarata. Danzo en la ebullición de la fuente como un grano de uva en copa de champaña. Y no distingo el lecho brotante que modelo con mi vientre y con mis piernas del golfo aéreo que me rodea más allá de los delgados bordes; por encima de mí, surge el águila estridente.

¡Oh bella aurora! ¡De un solo golpe llegas desde el mar lejano entre las islas! Bebe: que yo sienta hasta mis plantas, hundido en el seno de este licor, el estremecimiento de tus labios que lo absorben. ¡Que el sol se levante! ¡Que-

ro ver la sombra ligera de mi cuerpo suspendido que se dibuja sobre la arena, en el fondo de la piscina, rodeada por el iris de siete colores!

PAUL CLAUDEL.

LA MOTOCICLETA

Somos el hombre acoplado a la rueda y a caballo sobre el espíritu.

Como feroz individualista, lo que me gusta en la moto es la disponibilidad en estado puro y directamente ajustable a nuestros miembros; les multiplica el poder, pero no los sustituye. Es la flecha y al mismo tiempo es el arco, la fuerza rígida y desnuda, despojada de todo el estorbo colectivo del automóvil, que ha dejado de ser un caballo para convertirse en embarcación. Se nos han reforzado las piernas, se ha ensanchado nuestra mirada y alargado los brazos. Todo lo tenemos al alcance de la mano, pero seguimos siendo nosotros quienes proporcionamos el esfuerzo, y de un punto a otro, lealmente, damos impulso a la carrera. Nadie se aprovecha de nuestra distracción o del sueño, como en ferrocarril o en avión, para escamotearnos la distancia y depositarnos bruscamente, a través de un lapso de bruma o de aburri-

miento, de un muelle a un andén, sino que nos hemos empleado a fondo y hecho el gasto de nosotros mismos. Con personal empuje, nos abrimos paso a través del mapa. No dejamos de sentir, ni un instante, la atracción de la meta. Y no esquivamos el contacto de un solo centímetro durante todo el trayecto. A través de algo, nos sentimos atrapados por alguien. Al llamado de lo desconocido, tenemos con qué responder entre las piernas. ¡Qué lejos está de nosotros el sueño del viejo Laotsé! Según él, lo propio del buen gobierno estatal, consistía en que cada hombre estuviera bien enraizado en su pedazo de tierra y que cada aldea sólo advinara la existencia de la otra mediante el canto de los gallos.

Nacido a unos cuantos kilómetros de Reims y de Lyon, tuve que esperar treinta años para hallarme en los umbrales de la doble catedral, a través de tantas dobles curvas y rodeos... Nuestros hijos

ya no conocerán un encarcelamiento semejante. Aparte del sueño, tendrán a su servicio otros medios de evasión, de aprehensión, de verificación y de conquista. Ahora su campo es el mundo, como reza la divisa hanseática. ¡Ya no os desoléis allá lejos, en el fondo de

vuestro castillo en ruinas, quejumbrosas Andrómedas! He aquí que llega Perseo, desde lo desconocido y lo remoto, para llevaros en ancas de la detonación y el relámpago!

PAUL CLAUDEL.

LA TIERRA VISTA DESDE EL MAR

Venimos del horizonte y nuestro navío se enfrenta al muelle del mundo. Y al surgir el planeta se despliega ante nosotros su inmensa arquitectura. En la mañana que una gran estrella decora, desde la pasarela se ofrece ante mis ojos la aparición azul de la Tierra. Para defender al Sol de la persecución del océano en movimiento, el Continente establece el orden profundo de sus fortificaciones, las brechas se abren sobre la campiña dichosa. Por largo tiempo, en pleno día, bordeamos la frontera del otro mundo. Animado por los vientos alisios, nuestro navío se desliza y salta sobre el abismo elástico en que se apoya con todo su peso. Y yo me siento flotar en el Azur. Cautivo de lo

infinito, suspendido en la intersección del cielo, miro por debajo de mí a la Tierra sombría desarrollarse como un mapa, al mundo enorme y humilde. La separación es irremediable; estoy alejado de todo, y solamente la mirada me liga a las cosas. No me será concedido apoyar mis pies en un suelo firme y seguro, ni construir con mis manos una morada de piedra y de madera, ni comer en paz los alimentos cocidos en el fuego doméstico. Pronto dirigiremos la proa hacia lo que ninguna ribera limita, y bajo el formidable aparato del velamen, nuestro paso en medio de la eternidad monstruosa, sólo será señalado por las luces de posición.

PAUL CLAUDEL.

LA SOÑADORA

Al morir sus padres, Marjolaine permaneció en la casita paterna junto a la vieja nodriza. Habíanle dejado un techo de paja bruñida y el manto de la gran chimenea. Pues el padre de Marjolaine había sido narrador y constructor de sueños. Algún amigo de sus bellas ideas le había prestado su tierra para construir y un poco de dinero para soñar. Durante largo tiempo había mezclado diversas especies de arcilla con polvos de metal, a fin de preparar un sublime esmalte. Había intentado fundir y dorar extrañas cristalerías. Había amasado bolitas duras perforadas de "linternas", y el bronce enfriado se irisaba como la superficie de los pantanos. Pero no quedaban de él más que dos o tres crisoles ennegrecidos, placas de bronce gastadas y deformadas por la escoria y siete grandes cántaros descoloridos sobre el hogar. De la madre de Marjolaine, piadosa hija del campo, nada quedaba: había vendido para el "arcillero" hasta sus rosarios de plata.

Marjolaine creció junto a su padre; éste usaba un delantal verde, tenía siempre las manos terrosas y las pupilas inyectadas de fuego. Ella admiraba los siete cántaros de la chimenea, impregnados de hu-

mo, plenos de misterio, semejante a un arcoiris hueco y ondulado. Morgana hubiera hecho salir del cántaro sangrante un bandido untado de aceite, con un sable cubierto de piedras de Damasco. En el cántaro anaranjado seguramente se podían encontrar, como lo hiciera Aladino, frutos de rubí, ciruelas de amatista, cerezas de granate, membrillos de topacio, racimos de ópalo y bayas de diamante. El cántaro amarillo estaba lleno de polvo de oro que Camaralzaman había escondido bajo un montón de aceitunas. Una de ellas asomaba bajo la tapa, y el borde de la vasija resplandecía. El cántaro verde debía estar cerrado por un gran sello de cobre marcado por el rey Salomón. El tiempo lo había cubierto de una capa de cardenillo; pues este cántaro había morado antaño en el océano y desde varios milenios atrás contenía un genio, que era príncipe. Una muchacha muy joven y prudente podría quebrar el encantamiento bajo la luna llena, con el permiso del rey Salomón, que dio voz a las mandrágoras. En el cántaro azul claro, Giauharé había encerrado todas sus vestimentas marinas, tejidas con algas, incrustadas de aguamarinas y teñidas con la

púrpura de los moluscos. Todo el cielo del Paraíso terrestre, los apetitosos frutos del árbol y las encendidas escamas de la serpiente estaban contenidos en el cántaro de color azul sombrío, semejante a la enorme cúpula azulada de una flor austral. Y la misteriosa Lilith había volcado todo el cielo del Paraíso celeste en el último de los cántaros, que se erguía violeta y rígido como la esclavina de los obispos.

Los que ignoraban estas cosas sólo veían siete viejos cántaros descoloridos sobre el hinchado manto de la chimenea. Pero Marjolaine conocía la verdad a través de los relatos de su padre. Durante las noches de invierno, en medio de la sombra cambiante de las llamas que brotaban de la leña y de la candela, seguía con la vista el hormiguesear de esas maravillas, hasta la hora en que se iba a acostar.

Mientras tanto, la hucha del pan estaba vacía lo mismo que el recipiente de sal, y la nodriza imploraba a Marjolaine:

—Cásate, mi florecilla amada. Tu madre pensaba en Juan; ¿no quieres casarte con Juan? Mi Jolaine, mi Jolaine, ¡qué linda esposa serás!

—La Marjolaine de los cuentos tuvo caballeros —respondió la soñadora—. Yo tendré un príncipe.

—Princesa Marjolaine —dijo la nodriza—, cástate con Juan y lo harás príncipe.

—Nada de eso, nodriza, prefiero hilar. Espero mis diamantes y mis vestidos para lucirlos ante un espíritu más bello. Compra cáñamo, ruecas y un huso pulido. Pronto tendremos nuestro palacio. Por el momento está en un oscuro desierto de África. Lo habita un mago cubierto de sangre y de venenos. En el vino de los viajeros echa un polvo moreno que los convierte en bestias velludas. El palacio está alumbrado por antorchas vivas y los negros que sirven las comidas ostentan coronas de oro. Mi príncipe matará al mago y el palacio vendrá a nuestra comarca y tú acunarás a mi hijo.

—¡Oh, Marjolaine, cástate con Juan! —repitió la vieja nodriza.

Marjolaine se sentó y comenzó a hilar. Pacientemente hizo girar el huso, torció el cáñamo y lo destorció. Las ruecas adelgazaban y volvían a engrosar. Juan iba a sentarse junto a ella y la admiraba. Pero ella no ponía atención en él. Pues los siete cántaros de la gran chimenea estaban llenos de sueños. Durante el día creía oírlos gemir o cantar. Cuando cesaba de hilar, la rueca ya no se estremecía por los cántaros y el huso dejaba de prestarles su zumbido.

—¡Oh, Marjolaine, cástate con Juan! —decíale todas las noches la anciana nodriza.

Pero a medianoche la soñadora se levantaba. Como Morgana, arrojaba granos de arena sobre las tinajas, a fin de conjurar los mis-

terios. No obstante, el bandido continuaba durmiendo; los preciosos frutos no se entrechocaban, no se escuchaba el deslizarse del polvo de oro ni el crujir de la seda de los vestidos, y el sello de Salomón pesaba implacablemente sobre el príncipe encerrado.

Marjolaine vertía uno a uno los granos de arena. Siete veces repicaban sobre la tierra dura de los cántaros; siete veces el silencio recomenzaba.

—¡Oh, Marjolaine, cástate con Juan! —le imploraba la nodriza todas las mañanas.

Marjolaine fruncía el entrecejo cada vez que veía a Juan; entonces, éste dejó de ir a verla. Y una madrugada encontraron muerta a la vieja nodriza, con una sonrisa en el rostro. Marjolaine se puso un vestido negro y una cofia oscura y siguió hilando.

Todas las noches se levantaba

e, igual que Morgana, arrojaba sobre los cántaros granos de arena para despertar los misterios. Pero los sueños siempre dormían.

Marjolaine tornóse vieja en su espera. Pero el príncipe cautivo bajo el sello del rey Salomón era siempre joven, sin duda, a pesar de haber vivido miles de años. Una noche de luna llena la soñadora se levantó y cogió un martillo, como una asesina. Golpeó furiosamente seis de los cántaros; por su frente corría un sudor de angustia. Los recipientes crujieron y se abrieron: estaban vacíos. Vaciló frente al cántaro en que Lilith había volcado el Paraíso violeta; luego, lo asesinó como a los otros. Entre los despojos rodó una rosa seca y gris de Jericó. Cuando Marjolaine quiso hacerla florecer, se deshizo en polvo.

MARCEL SCHWOB.

NOCHE DE AGOSTO

A las nueve se oculta el sol. La oscuridad se esparce sobre la Tierra y brillan algunas estrellas. Después se comienza a distinguir el reflejo de la luna.

Marcho al bosque con mi escoba y mi perro... Enciendo fuego y su luz alumbra todos los troncos de los pinos.

Comienza la helada. ¡La prime-

ra noche de helada!, pienso y me estremezco con alegría loca por hallarme allí a semejantes horas...

¡Alabad las noches solitarias en los bosques, hombres de las selvas! ¡Alabemos la oscuridad, el murmullo de los árboles y la dulce armonía del silencio! ¡Alabemos las hojas verdes y las hojas amarillas! ¡Alabemos la tranquili-

dad maravillosa de la tierra! ¡Alabemos las estrellas y la luna!...

Gracias sean dadas a la noche solitaria, a las montañas, a la oscuridad, al rumor del mar. La sangre golpea en mi corazón. ¡Gracias por mi existencia, por mi alimento, por el privilegio de vivir esta noche!

Escucho hacia el Oriente y luego hacia el Poniente. Este silencio es la sangre de la Naturaleza que

bulle, es Dios que llena el mundo entero, y me llama a mí también...

Veo una telaraña que brilla a la luz de mi hoguera... Veo una aurora boreal encenderse sobre el cielo del Norte.

La luna asciende siguiendo su camino. El fuego de mi luminaria comienza a extinguirse. Ya muy avanzada la noche torno a mi casa.

KNUT HAMSUM.

LA CEIBA

Hay el árbol bonito y alegre de la ceiba, que tiene el tronco liso y ancho y sus ramas largas y rectas, como un techo. De ahí cuelgan sus nidos los yuyumes de color de oro, que cantan al sol de la mañana, y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes de alas azules y verdes vuelan alrededor.

La tierra en que este árbol siembra sus raíces está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, da la sombra de la felicidad. Y por eso los hombres buenos, cuando se mueren, van a sentarse debajo de la ceiba grande, que está arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y ale-

gría, y lo mismo es para ellos un año que otro año.

Los hombres antiguos sembraban este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. Él estaba en medio de todas las casas y las protegía y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huéspedes y se ataban los amores puros, y allí se llevaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno que hay en el Mayab. Cuando vayas por tu camino mira bien los árboles y escoge.

ANTONIO MÉDIZ BOLIO.

EL VENADO Y EL FAISÁN

El venado, ligero y bello, que corría libre y feliz por las llanuras anchas, es hoy un pobre animalito temeroso y perseguido, que huye de los hombres con horrible pavor y se esconde, temblando, dentro del monte cuando oye las pisadas romper las hojas secas.

Vive como si estuviera atado y enjaulado, y su corazón late estremecido siempre por el riesgo. Ya no es lo que era.

Antes era tranquilo y contento, sin miedo de los hombres, que fueron buenos y lo sabían amar. El grano dorado era para él también, y se lo daban, con sus manos puras, las mujeres y los niños.

El venado era el cuerpo del Mayab y el faisán era su espíritu. ¡El faisán que volaba sobre las ciudades blancas como el rayo del sol que madura los frutos de la vida

y enciende el fuego sobre el altar de Aquel que lo hace y lo renueva todo!

Hoy el faisán no vuela más que abajo, escondiéndose del daño y de la mentira, y está triste, y tiene los colores de sus plumas oscurecidos en la sombra de este tiempo.

Pero la voz que sienten todos en el aire que llega de lejos, dice al hijo del Mayab que abra los ojos y encienda el corazón.

Porque el faisán ha de volar otra vez con vuelo alto y deslumbrante, y el venado trémulo, ha de saltar feliz y libre sobre la tierra de nuestros padres santos.

¡Ya se ha llorado mucho sobre ella!

ANTONIO MÉDIZ BOLIO.

LAS TINIEBLAS CAEN

Las tinieblas caen a la sombra del sol, las flores se hacen silenciosas y las piedras se vuelven a cerrar — las flores se vuelven a cerrar y las tinieblas se hacen silenciosas, oigo mis pasos en el ca-

mino de cristal lejano con ojos o sin ellos cuando las tinieblas caen, y el crepúsculo en los bosques del sol, y las sombras del mundo sin horizonte en alguna parte a la derecha o a la izquierda. En estos

trémulos reflejos de mí mismo se abre la nefasta influencia de las estrellas y el silencio se detiene a lo lejos en el camino con el cristal o sin ojos.

Caigo a la sombra del sol, la noche se acerca y la influencia nefasta de las estrellas. Los copos de nieve empiezan a caer lentamente

al suelo como flores abiertas de la Nada en la sombra del crepúsculo y de las flores surge la Nada, y caen lentamente al suelo con ojos cristalinos.

Sentado, oigo mis pasos que se alejan cada vez más y desaparecen en los espacios.

GÜNNAR EKELOF.

DE UN HIDALGO

Para ella hice construir una casa de piedra labrada y mandé colocar en el nicho de la esquina la imagen de su patrono, San Juan.

...Para ella hice revestir el piso de los aposentos con alfombras suaves, y mandé poner espejos venecianos en los muros para que se contemplara al pasar.

...Para ella torneó finamente un ebanista las columnas salomónicas del lecho, y sabias manos monjiles bordaron sus cortinas de seda oscura, con alamares de seda clara.

...Para ella busqué las arcas de más rico tallado, y las llené con sayas, y basquiñas, y puños de encaje tramado con hilo de oro.

...Para ella compré joyas raras, las más raras joyas que hubo

en la calle de la Platería; pudo cubrir su cuello con las sargas de perlas que reuní para ella, y todavía esperaba ansioso los tesoros de porcelana y de marfil traídos por la Nao de China...

...Mas ella prefirió acariciar con sus dedos las cuentas negras de un rosario, en lugar de las sargas de perlas que yo le ofrecía; cubrió su cuerpo con el hábito burdo, desdeñando las ropas de lino y de seda; quiso vivir entre las paredes ásperas y las frías losas de una celda, olvidando los espejos y las alfombras de mi casa.

...Entró para siempre a un convento, ella, Juana de Asbaje, a quien por mi mal no supe convencer para que fuera mi esposa.

FRANCISCO MONTERDE.

BALADA DE LAS HOJAS MÁS ALTAS

Nos mecemos suavemente en lo alto de los tilos de la carretera blanca. Nos mecemos levemente por sobre la caravana de los que parten y los que retornan. Unos van riendo y festejando; otros caminan en silencio. Peregrinos y mercaderes, juglares y leprosos, judíos y hombres de guerra pasan con presura, y hasta nosotros llega a veces su canción.

Hablan de sus cuitas de todos los días, y sus cuitas podrían acabarse con sólo un puñado de dolones o un milagro de Nuestra Señora de Rocamor. No son be-

llas sus desventuras. Nada saben, los afanosos, de las matinales sinfonías en rosa y perla, del sedante añil del cielo en el mediodía, de las tonalidades sorprendentes de las puestas del sol cuando los lujuriosos carmesíes y los cinabrios opulentos se disuelven en cobaltos desvaídos y en el verde ultraterrestre en que se hastían los monstruos marinos de Böcklin.

En la región superior, por sobre sus trabajos y anhelos, el viento de la tarde nos mece levemente.

JULIO TORRI.

AL FONDO DEL PAÍS LITUANO

Venid. Os conduciré en espíritu hacia una comarca extraña, vaporosa, velada, murmurante. Emprendamos el vuelo sobre un país donde todas las cosas tienen el mortecino color de los recuerdos. Un aroma de nenúfares, un vapor de selva enmohecida nos envuelve. Es Liétuva, la Lituania de Yedimán, la tierra de Yaguelón. El cielo tibio y pálido de la comarca pensativa que se abre ante nosotros tiene la fresca mirada de las

razas primitivas, que ignoran la suntuosa tristeza de la madurez. Al pasar un letargo de siete meses invernales, despierta sobresaltado con la belleza repentina de la primavera, pero ya a mediados de septiembre, este renuevo fecundo y sin verano reclama otra vez, en el graznido de los cuervos, el largo invierno de siete meses. Y el estío perfumado de miel cede a los aromas del otoño, que parece el alma de Lituania. Olor dulce-

amargo, como el de un árbol viejo y caído, sepultado bajo el musgo. Olor de ruinas bajo el aguacero estival. Luz lívida envuelve la llanura, niebla de azufre cae sobre los bosques y la palidez de una idea fija ahoga la fuerza silenciosa del sol. No hay nieve todavía, pero ya el trineo suple a la carreta sobre los caminos inundados. El olor del lino que se pudre a

orillas del río se extiende sobre las campiñas. Finalmente aparecen las nieves de noviembre, y los perros guardianes recomienzan en la noche sus largos coloquios con los lobos de la selva antigua y perdida entre las brumas.

OTKAZ BRATISLAS
DE LUBICZ MILOSZ.

EL ARTISTA

Una tarde nació en su alma el deseo de modelar una imagen del "Placer que dura un instante". Y marchó por el mundo buscando bronce. Porque sólo en bronce podía ver sus obras.

Pero todo el bronce del mundo entero había desaparecido y en parte alguna podía encontrarse bronce, fuera del bronce de la estatua del "Dolor que se sufre toda la vida".

Y él mismo, con sus propias manos, había fundido esta estatua y la había colocado sobre la tumba del único ser que amara en su vida. Sobre la tumba del ser muer-

to que había amado tanto, colocó esta estatua que era su creación, para que allí fuese como un signo del amor del hombre, que no muere, y un símbolo del dolor del hombre que sufre toda la vida; y en el mundo entero no había más bronce que el bronce de esta estatua.

Y cogió la estatua que había creado y la colocó en un gran horno y la entregó al fuego.

Y del bronce de la estatua del "Dolor que se sufre toda la vida" modeló una estatua del "Placer que dura un instante".

OSCAR WILDE.

EL AVE DE LAS TEMPESTADES

El ave de las tempestades hace su nido en donde la tierra falta: lo he oído contar a un viejo capitán.

En la espuma de las olas moja sus alas, marcha sobre las aguas: no se hunde jamás.

Desciende con el mar, con el mar sube. Cuando el mar está tranquilo, calla; durante la tempestad, grita.

Tan pronto nada, tan pronto

vuela, como, entre el cielo y el abismo, vuela el sueño.

Demasiado pesado para el aire, demasiado ligero para las aguas... ¡ave poeta, ave poeta... mira lo que es de ti!

Sí, y lo que es aún peor, es que a los ojos del sabio, esto pasa a menudo por una mentira del capitán.

HENRIK IBSEN.

EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

Como si fuese de ámbar la desnudez del hindú, ante la fila incauta de la multitud infantil, sonambúlicamente hace sonar la flauta, lenta, pueril, y de la caja de bambú, al pie mismo de los grandes zócalos de piedra de los templos brahmánicos, van saliendo las cobras y los crótalos, como las ramas de una yedra que tuviese en sí todos los esmaltes volcánicos.

Y comienza la danza mística:

Las serpientes, una a una, enroscan sus anillos de zafiro y topacio en la escultura ocre del fakir; hasta una cobra blanca, como

rastros de luna, que yergue el cuerpo elástico y lacio, como una vara de marfil.

Los sacerdotes de Vichnú, desnudos; los santones, cubiertos de ceniza; las mujeres envueltas por un tisú de plata —que moviliza el ácido viento de los limoneros—, siguen con los ojos atónitos y largos la oración de las víboras, que ondulan, como el humo de pebeteros que quemaran licopodios amargos.

El fakir queda inmóvil. En torno de su cuello hierático y bajo sus pupilas radiosas, detiénese el desdoble de las cobras,

con un temblor extático que es una voluptuosidad de piedras preciosas.

En ese momento, por el cielo verde, pasa un águila que arrastra una mancha en cruz con el ala.

Las serpientes, como quien desata una cáliga, desatan las cabe-

zas en torno del fakir; abren los ojos de esmeralda y de lumbré, y sobre la estatua de la mansedumbre parece que se encendieran los fuegos de Bengala en el cielo de Ofir.

XAVIER SORONDO.

LA NEGRA Y LA ROSA

La negra va dormida, con una rosa blanca en la mano. (La rosa y el sueño apartan, en una superposición mágica, todo el triste atavío de la muchacha: las medias rosas caladas, la blusa verde y transparente, el sombrero de paja de oro con amapolas moradas.) Indefensa con el sueño, se sonríe, la rosa blanca en la mano negra.

¡Cómo la lleva! Parece que va soñando con llevarla bien. Inconsciente, la cuida con la seguridad de una sonámbula y es su delicadeza como si esta mañana la hubiera dado ella a luz, como si ella se sintiera, en sueños, madre del alma de una rosa blanca. (A veces, se le rinde sobre el pecho, o sobre un hombro, la pobre cabeza de humo rizado, que irisa el sol cual si fuere de oro, pero la

mano en que tiene la rosa mantiene su honor, abanderada de la primavera.)

Una realidad invisible anda por todo el subterráneo, cuyo estrepitoso negror rechinante, sucio y cálido, apenas se siente. Todos han dejado sus periódicos, sus gomas y sus gritos: están absortos, como en una pesadilla de cansancio y de tristeza, en esta rosa blanca que la negra exalta y que es como la conciencia del subterráneo.

Y la rosa emana, en el silencio atento, una delicada esencia y eleva como una bella presencia inmaterial que se va adueñando de todo, hasta que el hierro, el carbón, los periódicos, todo, huele un punto a rosa blanca, a primavera, a eternidad.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.

LO FEO

El enigma de la fealdad tú no lo has descifrado. Tú no sabes por qué el Señor, dueño de los lirios del campo, consiente que la culebra vaya entre los lirios. Él la deja atravesar sobre los musgos perfumados.

En lo feo la materia está padeciendo: yo he escuchado su gemitos. Mira su dolor y ámalos.

Ama a la araña porque no tiene, como la rosa, la expresión de la dicha y no alegra los ojos que la miran.

Ámala porque es, con el escarabajo, con el gusano de la tierra, un anhelo malogrado de armonía, una ansia no escuchada de perfección.

Son como algunos de tus días, mezquinos y vulgares a pesar de ti mismo.

Ámalos también porque no te recuerdan a Dios, ni los semblantes que has amado, como te los recuerda una azucena, y por esto mismo no alcanzan a inspirarte amor.

Ten piedad de ellos que buscan ávidamente, dolorosamente, la belleza que no trajeron y a la cual aspira todo lo inanimado.

La araña ventruda, en su tela leve, sueña con la idealidad, y el escarabajo deja el rocío sobre su dorso para que le finja, siquiera unos instantes, con la luz, un resplandor.

AMADO NERVO.

AUTORRETRATO

Soy el autodidacto neto, y el autodidacto es grande únicamente si consigue madurarse y formarse. Soy el enciclopédico, el hombre de los manuales y de los diccionarios, y el enciclopédico es maravilloso cuando sabe ligar con los anillos de hierro de las ideas madres los haces marchitos y sin flo-

res de los hechos regados aquí y allí por las librerías.

Puedo deslumbrar a más de uno con la bibliografía; puedo sostener conversaciones docentes, incluso con especialistas. Pero pasados cinco minutos o cinco días, héteme a secas; mi panera está vacía. Tengo muchos sacos en

mi casa, pero ninguno a la medida.

Adondequiera que me vuelva no soy un profano, mas tampoco un iniciado. No tengo sitio reconocido en las reuniones de los doctos, y no llevo carteles en la frente. Soy un desarraigado que puede estar en cualquier parte mientras no lo echen.

Judío errante del saber, no me he detenido en país alguno, no he tomado domicilio estable en ninguna ciudad. Perseguido por el demonio de la curiosidad he explorado ríos y bosques sin designio y sin paciencia, de paso, al vuelo. Tengo muchas reminiscencias, pero pocos fundamentos. Soy como un rey que posee un gran imperio compuesto de mapas. Lo he empezado todo y no he concluido nada. Apenas emprendido un camino, he vuelto por la primera travesía abierta a mi derecha o a mi izquierda, y de ésta, por los atajos, he ido a dar a los senderos y por los senderos a otra carretera.

Cuando alguien se maravilla de mi saber, de mi erudición, me entran ganas de reír. Yo sólo sé los vacíos espantosos que hay en mi cerebro. Yo solo, que he querido saberlo todo, sé cuán próximos están los confines de mi ciencia.

Las hazañas de la antigüedad, las lenguas muertas de las grandes naciones, las ciencias de la luz, del movimiento, de la vida, me están casi cerradas. Conozco el vocabulario y algún párrafo, tengo una idea del conjunto, y no sé andar con mis piernas. Soy ignorante, desmesurada e incurablemente ignorante. Y lo peor es que mi ignorancia no es la pura y natural del hombre de los bosques y de los campos, que puede ir unida a la frescura, a la paz e incluso a una cierta ingeniosidad.

No; yo soy un ignorante que se ha revolcado entre libros; soy un ratón de biblioteca; soy el que ha aprendido tanto, que ha perdido la espontaneidad sin adquirir sabiduría.

GIOVANNI PAPINI.

JARDÍN MUERTO

Cae lluviosa la mañana sobre el jardín... Al fin de una cuesta fangosa y junto a una cruz, verde y negra por la humedad, está la puerta de madera carcomida que da entrada al recinto abando-

nado. Más allá hay un puente de piedra gris y en la distancia brumosa una montaña nevada. En el fondo del valle y entre peñas corre el río manso tarareando su vieja canción.

En una covacha negra que hay junto a la puerta, dos viejos con capas rotas se calientan a la lumbré de unos tizones mal encendidos... El interior del recinto es angustioso y desolado. La lluvia acentúa más esta impresión. Se resbala con facilidad. En el suelo hay grandes troncos muertos... Las paredes, altas y amarillas, están cruzadas de grietas enormes, por las que salen las lagartijas, que pasean formando con sus cuerpos arabescos indescifrables. En el fondo hay un resto de claustro con yedras y flores secas, con las columnas inclinadas. En las rendijas de las piedras desmoronadas hay flores amarillas llenas de gotas de lluvia; en los suelos hay charcos de humedad entre las hierbas...

No quedan más que las altas paredes donde hubo claustros soberbios que vieron procesiones con custodias de oro entre la magnífica seriedad de los tapices...

Una columna se derrumbó sobre la fuente, y al celebrar sus bodas de piedra el musgo amoroso los cubrió con sus finos mantos. Por los huecos de un capitel yacente asoman hierbas menudas de verde luminoso.

Las plantas se abren unas con otras, la yedra cubre a las viejas columnas que aún se tienen en pie, el agua que rebosa de la fuente lame el suelo de piedra que hay a su alrededor y después se entrega a la tierra, que se la bebe con

asco... La restante se pierde por un agujero negro, que se la bebe con avidez.

Hay cortinas recias de telarañas, los helechos cubren los bancos de piedra... Se oye un continuo gotear..., es el agua, que llora las tristezas del muerto jardín. Nada hay nuevo en el recinto..., hasta el agua es siempre la misma..., penetra por el suelo y vuelve a salir por el mascarón de la fuente.

No se puede andar, porque las plantas trepadoras se enredan en los pies..., parece como si el genio oculto del jardín quisiera retener algo vivo entre tanta desolación y muerte... Detrás del resto del claustro hay un panteón. Han desaparecido los sepulcros..., sólo entre penumbra y telarañas unas letras borrosas hablan una inscripción en latín... No se distinguen más que dos palabras: una que dice *Requiescit* y otra *Mortuus*...

La lluvia arrecia y cae sobre el jardín produciendo un ruido sordo y apagado... Unas hojas grandes se estremecen suavemente y entre ellas asoma su cabeza aplastada un gran lagarto... que sale corriendo a esconderse entre unas piedras. Deja el rabo fuera y después se introduce del todo... Las hierbas que el peso del lagarto inclinó vuelven perezosamente a ocupar su primitiva posición... Con el aire, todas las flores amarillas tiemblan y se sacuden del

agua que tienen entre sus pétalos... Hay caracoles pegados a los muros... El tiempo fue despiadado con este jardín: secó sus rosales y cinamomos y en cambio,

dio vida a plantas traidoras y malolientes...

No cesa la lluvia de caer.

FEDERICO GARCÍA LORCA.

HUERTOS DE LAS IGLESIAS RUINOSAS

A la salida de las sacristías húmedas, donde hay altares derrumbados, cómodas negras y espejos borrosos, están los huertos humildes y desaliñados.

Casi siempre son cementerios antiguos cubiertos de hierba, en los cuales algún alma de cura plantó rosales y enredaderas.

Son húmedos a pesar de tener sol. En los rincones viven reptiles. Por un ventanal roto de la iglesia llega el vaho religioso del incienso. Nadie los cuida, y si los cuidara, la maldición antigua los llenaría de ortigas, de cicuta, de hongos y de otras plantas venenosas... Todos ellos son grandes, con las paredes de piedras oscuras por las que trepan rosales de té, madre-selvas y enredaderas de yedra... Tienen bancos de capiteles medio enterrados y sombrajes de arcos cubiertos de espigas y amapolas.

Una fuente rota medio enterrada en las yerbas canta alguna vez, cuando hay exceso de agua en la ciudad. Están llenos de higueras, de manzanilla, de hinojos, de dompedros.

En algunos hay lápidas funerarias con nombres borrados, arrinconadas en algún sitio maloliente; en otros hay palomas de toca que cuidan los hijos del sacristán, y perros encadenados que quieren morder; en los más hay charcos de humedad y tapias con guirnalda de bocas de león.

En los laureles hay hilos de plata casi invisibles, chorroneos de agua incrustada..., y en las esquinas que nadie pisó hay rosales blancos a medio secar.

En estos lugares de abatimiento suele haber, entre las tramas verdes de enredaderas, portadas antiguas, hoy tapiadas, que tienen en hornacinas deshechas santos carcomidos que llevan sudarios de musgo, penachos de yerbas y que bendicen rígidamente con una mano crispada.

Algunos de estos huertos perdieron su carácter grave al cubrir sus paredes con enredaderas...; pero en otros, que están completamente desnudos..., se ven dibujadas en las paredes las arquerías de los nichos y alguna cruz de hierro, enmohecida por los

años, que se retrepa lánguidamente en las yerbas de los suelos.

Otros, de las iglesias de los arrabales, se abren a los campos vibrantes de color... En muchos, las yedras y los rosales se asoman ansiosos por las tapias y caen después dulcemente... Entre las piedras se abrazan los beleños, las rudas, las adormideras, los lirios, las espigas del diablo...

Algunas veces la tierra eleva su desnudez de flores para sostener una piedra con dibujos raros, quizá algún trozo de friso desaparecido, que se derrite plácidamente al sol..., y así todos... Raros serán los que tengan rosas frescas y lozanas, y fuentes limpias con peces de colores.

FEDERICO GARCÍA LORCA.

DE CÓMO EL BUEN DIOS SE CONVIRTIÓ EN UN DEDAL

Cuando me separé de la ventana todavía estaban allí las nubes de la tarde. Parecían esperar. ¿Debo también contarles un cuento? Se los propuse. Pero ni siquiera me oyeron. A fin de que me entendieran, y para reducir la distancia que nos separaba, les grité:

—También yo soy una nube de la tarde...

Se detuvieron. Me miraban sin duda. Luego extendieron hacia mí sus finas alas rosadas y transparentes. Así se saludan entre ellas. Me habían pues reconocido.

—Estamos por encima de la tierra, más exactamente, arriba de Europa. ¿Y tú?

Dudé.

—Hay allí un país...

Ellas se informaron:

—¿A qué se parece?

—Al crepúsculo, entre otras cosas...

—Pero toda Europa es así...

Y una joven nube se echó a reír.

—Veo que difícilmente nos pondremos de acuerdo. Si me lo permiten, les contaré lo que en estos últimos tiempos vi desarrollarse debajo de mí. Creo que es lo mejor.

—Se lo ruego, dijo una vieja nube en nombre de todas.

Yo comencé:

—Unos hombres están en un cuarto. Como estoy muy alto, parece que fueran niños. Diré pues simplemente: eran unos niños. Unos niños estaban pues en un cuarto. Dos, cinco, seis, siete niños. Sería muy largo pedirles sus nombres. Por lo demás, los niños hablan con animación y sin duda

alguna la charla denunciará los nombres de uno y otro. Parece que están reunidos hace largo tiempo, porque el mayor (he oído que se llama Hans), dice a manera de conclusión:

—No, decididamente, no podemos seguir así. Oí decir que en otro tiempo, por la noche —las noches por lo menos en que uno se portaba bien—, los padres les contaban siempre historias a los niños hasta la hora de acostarse. Dígame, ¿cosas como éstas suceden todavía?

Una pequeña pausa y luego Hans se respondió a sí mismo:

“No, ya no suceden en ninguna parte. Como ya soy grande, estoy de acuerdo en devolverles algunos dragones que no dejarían de hacerles daño. Pero, en suma, ellos tienen el deber de decirnos que hay ondinas, enanos, príncipes y monstruos.”

—Yo tengo una tía —hizo notar una niña—, que me contaba algunas veces. . .

—Déjate de tonterías —interrumpió Hans—, las tías no cuentan. las tías mienten.

Toda la compañía pareció muy intimidada ante afirmación tan astuta como irrefutable.

Hans prosiguió:

—Aquí se trata sobre todo de los padres, porque ellos tienen de algún modo el deber de instruirnos en estas cosas; si los demás llegan a hacerlo es por bondad. Pero no podemos exigirlo. Escú-

chenme ustedes, ¿qué hacen nuestros padres? Van de un lado a otro con cara de pocos amigos; nada les satisface, gritan y gruñen, pero siguen indiferentes. Llegaría el fin del mundo sin que se dieran cuenta. Tienen algo que llaman “ideales”. Tal vez se trate de una especie de niñitos que nunca pueden quedarse solos y que dan mucho que hacer. Si así es, no deberían habernos tenido a nosotros. He aquí lo que yo pienso, niños: seguramente es muy triste que los padres se olviden de nosotros. A pesar de todo, los soportaríamos si esto no fuera una prueba de que los grandes en general se van haciendo cada vez más tontos. Van para atrás, si puedo decirlo así. Nosotros no podemos impedir su ruina, porque durante el día no tenemos ninguna influencia sobre ellos, y cuando volvemos tarde de la escuela, ya no se puede exigir que nos sentemos a hablar con ellos para interesarlos en alguna cosa seria. Estamos realmente apenados al quedarnos así sobre yo no sé cuanto tiempo, bajo la lámpara, sin que nuestra señora madre comprenda siquiera el principio de Pitágoras. Tanto peor, porque no podemos hacer nada. Los grandes se harán cada vez más tontos. . . Poco importa, al fin y al cabo, porque nada salimos perdiendo. ¿La cultura? Se quitan el sombrero unos ante otros y cuando por azar aparece una calva se mueren de risa. Os lo digo en ver-

dad, si nosotros no fuéramos lo bastante razonables para llorar de vez en cuando, ya no habría el menor equilibrio ni siquiera en estas circunstancias. ¡Y a pesar de todo, cuánta presunción! Hasta pretenden que el emperador es una persona grande. Pero yo leí el otro día en un periódico, que el rey de España es un niño. Y eso es lo que son todos los reyes y todos los emperadores. Ésta es la verdad. Pero junto a tantas cosas superfluas, los grandes tienen algo que no puede sernos del todo indiferente: el buen Dios. Es cierto que yo no lo he visto andar nunca con ellos y eso es precisamente lo sospechoso. Pienso que como van tan distraídos con todas sus preocupaciones y sus prisas, lo perdieron en alguna parte. Pero creo que de todos modos es necesario. Muchas cosas no pueden hacerse sin él: el sol no se levantaría y los niños no podrían venir al mundo. Y hasta el pan dejaría de salir, aunque sale en apariencia de casa del panadero, porque es el Buen Dios quien, allí sentado, le da vuelta a los molinos. En una palabra, es muy fácil demostrar con razones que Dios es indispensable. Pero como es un hecho que los grandes no se ocupan ya de él, nosotros debemos tomar la iniciativa. Vean lo que se me ha ocurrido. Somos aquí siete niños. Cada uno de nosotros debe llevar al Buen Dios durante un día: esto quiere decir que estará

con nosotros toda la semana y siempre sabremos dónde se encuentra.

Aquí hubo un momento de gran confusión. ¿Qué hacer? ¿Puede uno tomar al Buen Dios en su mano o metérselo en el bolsillo? Sin embargo, un niño se puso a contar:

—Estaba solo en mi cuarto. Una lamparita brillaba cerca de mí. Sentado en la cama, rezaba muy fuerte. Algo bulló entre mis manos juntas. Algo dulce y tibio como un pajarito. No pude abrir las manos porque no había acabado la oración. Pero sentí tanta curiosidad que rezaba horriblemente aprisa. Luego, al decir amén, hice así (el niño extendió las manos y separó los dedos): pero no había nada dentro.

Todos podían imaginárselo. Hans mismo no sabía qué aconsejar. Todos lo miraban. De pronto dijo:

—¡Pero qué tontería! Cualquier cosa puede ser el buen Dios. No hay más que decírselo.

Se volvió hacia el muchacho más cercano a él, un pelirrojo:

—Naturalmente no un animal. Se nos escaparía. Pero un objeto, tú lo ves, allí está. Tú entras de día, tú vienes de noche, y ahí está siempre en el cuarto. Él puede ser muy bien el Buen Dios.

Poco a poco se convencieron los demás.

—Pero tenemos necesidad de una cosa pequeña que podamos llevar a todas partes con nosotros,

si no, esto no tiene sentido. ¡Saque lo que traigan en las bolsas!

Se vieron aparecer cosas extrañas: pedacería de papel, navajas, una goma, plumas, hebras de hilo, piedritas de río, tornillos, silbatos, trocitos de palo y muchas cosas que no se pueden identificar a distancia y cuyos nombres ignoro. Todas estas cosas reposaban en las manos abiertas de los niños, como asustadas ante la perspectiva inmediata de convertirse en el buen Dios. Las que tenían algún brillo, destellaban para agradar a Hans.

Durante largo tiempo la elección se mantuvo en suspenso. Finalmente se vio en manos de la pequeña Resi un dedal de coser que procedía de su madre. Brillaba como plata y gracias a su belleza se convirtió en el Buen Dios. Hans se lo echó a la bolsa porque en él comenzaba la serie. Todos los niños caminaron tras él durante el resto de la jornada, orgullosos de Hans. Mas difícilmente se pusieron de acuerdo en quién debería ser el portador del dedal para el día siguiente, pero Hans, previsor, fijó desde luego el programa de toda la semana a fin de que ya no hubiera discusión sobre el tema.

La organización fue en sumo grado excelente. A primera vista y en cualquier momento se podía saber quién portaba al Buen Dios, porque el afortunado iba más tieso y más solemne que de costumbre, con facha de domingo. Los

tres primeros días, nadie habló de otra cosa. A cada momento alguien solicitaba ver al Buen Dios, y aunque la influencia de tan gran dignidad no transformó el dedal en lo más mínimo, su calidad de dedal no aparecía ya más que como una vestidura discreta en torno a su forma verdadera. Todo siguió en buen orden. A Pablo le tocó el miércoles y el jueves a Anita. Llegó el sábado. Los niños jugaban a la roña y corrían sin aliento unos tras otros, cuando Hans preguntó de pronto:

—¿Quién tiene ahora al Buen Dios?

Todos se detuvieron. Cada quien miraba a otro. Nadie se acordaba de haberlo visto desde hacía dos días. Hans sacó la cuenta para ver a quién le tocaba. Era la pequeña María. Y sin más ni más le pidió el Buen Dios. ¿Qué hacer? La niña se buscó primero en los bolsillos; sólo se acordaba de que lo recibió por la mañana. Pero había desaparecido. Sin duda lo perdió mientras jugaba.

Cuando los demás se fueron a su casa, la niña se quedó en el prado a buscar. La hierba era muy alta. Por dos veces las gentes que pasaban le preguntaron si había perdido alguna cosa. Por dos veces la niña respondió: "un dedal", y seguía buscando. Los transeúntes le ayudaban durante algunos instantes, pero luego, fatigados por inclinarse, le aconsejaban al seguir su camino:

—Mejor vete a tu casa. No tienes más que comprar otro dedal.

Pero Marieta seguía buscando. En el crepúsculo, el prado se iba haciendo cada vez más extraño y la hierba comenzaba a humedecerse. Luego llegó un hombre distinto. Se inclinó hacia la niña.

—¿Qué buscas?

Esta vez Marieta, a punto de llorar, respondió con terca valentía:

—Al Buen Dios.

El extranjero sonrió. La tomó simplemente de la mano y ella se dejó conducir, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Caminando, el desconocido le dijo:

—Mira qué dedal más lindo me encontré hoy...

Las nubes se impacientaban desde hacía largo rato. La más pacífica entre ellas, que había engrosado mucho en el intervalo, se volvió hacia mí:

—Perdóneme usted, pero no podría decirme el nombre del país por encima del cual...

Pero las otras nubes se acercaron riendo por el cielo, llevándose de la mano a la anciana.

RAINER MARIA RILKE.

EL RUISEÑOR CANTABA

El ruiseñor cantaba. Primero lanzó como un grito de júbilo melodioso, unos trinos fáciles que cayeron en el aire con el ruido de perlas que saltan sobre los cristales de una armonía. Sucedió una pausa. Un gorjeo se levantó agílisimo, prolongado extraordinariamente, como para dar una prueba de fuerza, como un desafío a un rival desconocido. Hubo una segunda pausa. Un tema de notas, de un sentido interrogativo, pasó por una cadena de variaciones ligeras, repitiendo la pregunta cinco o seis veces, modulado como por una flauta de caña. Tercera pausa. El canto se convirtió en

alegría, se desarrolló en un tono menor, suavizóse como un suspiro, se debilitó como un gemido; expresó la tristeza de un amante solitario, de un deseo vano, de una espera falsa; lanzó un grito final, agudo como un clamor de angustia, y calló. Otra pausa, más larga. Se oyó entonces un acento nuevo, que no parecía salir de la misma garganta, tan humilde, tímido y débil era: tan parecido al piar de los pájaros que nacen; luego con una volubilidad admirable, aquel acento ingenuo se convirtió en una progresión de notas siempre más rápidas, que sonaron alocadas de trinos; vibraron en gor-

jeos nítidos, clamaron en notas agudísimas, disminuyeron, crecieron, alcanzaron la actividad de la voz de una tiple.

El cantor se embriagaba en su propio canto. Con pausas tan breves que casi no daban tiempo a que las notas se sucedieran unas a otras expandiendo su sonoridad; exhalaba su entusiasmo en una melodía siempre varia, apasionada y dulce, sumisa y vibrante, ligera y grave, tan pronto cortada por quejas lastimosas como por escalas impetuosas que expresaban el deseo; ya el furor, ya la

evocación suprema. Parecía que el jardín escuchara, que el cielo se inclinara sobre el árbol melancólico desde cuya copa un poeta tan acabado vertía tales torrentes de armonía. La selva de las flores tenía una respiración profunda y callada. Algunos resplandores claros aparecían aún en la zona occidental; y aquella última mirada del día era triste, casi lúgubre. Pero una estrella apuntó. viva y temblorosa, como una gota de luminoso rocío.

GABRIEL D'ANNUNZIO.

EL LIRIO AZUL

(Leyenda gótica)

I

Amplia cámara de un castillo feudal, que se yergue altivo en áspera sierra levantina.

Es noche de invierno, fría y desapacible. Silba el viento, filtrándose por las rendijas de los ventanales trebolados; o allá fuera, murmura como mar encrespado, abatiendo la espesa pinada que rodea el castillo y aullando pavorosamente por el cañón de la chimenea señorial.

Frente al hogar de mármoles y bronces, reposa el castellano en alto sitio, viste blanca túnica y lleva bordada en el pecho la roja

cruz de los templarios. Es hermoso y es altivo: relampaguea en sus ojos el fuego de su raza indomable y late su corazón apasionado con feliz ritmo, al verse otra vez entre los suyos, después de larga y penosa cruzada...

A su lado, la castellana reclina lánguidamente su cabeza de virgen gótica sobre los cojines de su silla de roble, de complicadas y quiméricas labores. Reclinado sobre el regazo, juega con las trenzas de oro de la dama, un infante rubio como un arcángel; tiene la mirada fiera de su padre y señor, y la dulce sonrisa de su madre adorada: de vez en cuando

torna la cabeza y mira, con los relámpagos de sus ojos, al juglar que en el centro de la cámara acuerda su salterio dulcemente.

A los pies del castellano un mastín negro como el diablo, tendido sobre las marmóreas losas, contempla con asombrados ojos los juegos diabólicos de las llamas del hogar. Cada vez que un tronco, verde aún, estalla en rosarios de chispas, el mastín levanta la cabeza y sigue con la mirada las brillantes partículas que vuelan por la cámara un momento y caen al apagarse de súbito convertidas en diminutos copos de ceniza.

Sobre la blanquísima piel de oveja duerme otro infante, rubio también como su hermano. Descansa la dormida cabecita sobre el lomo del mastín y una de sus manos sujeta aún la dorada cadena del collar de la negra bestia. Durmióse jugando con el mastín y éste no osa moverse para no despertar a su pequeño amo y tirano: sabe que es el Benjamín del castillo y que podía costarle caro interrumpir su sueño.

Un poco más lejos, rodeando a los castellanos y al juglar, están los servidores del castillo: escuderos, pajes, palafreneros, hombres de armas, dueñas y doncellas... Un fraile reza en un rincón, desgranando soñoliento su rosario de huesos de oliva del huerto sagrado de Palestina. El viejo cronista, junto al tonsurado, aprieta contra su pecho cavernoso el apolillado

librote en que leía cuando entró el juglar... Y sentados sobre un arca de hierro, que guarda los cronicones y las ejecutorias de los castellanos, disputan en voz baja el verdugo y el bufón del castillo, los dos vestidos de rojo: ¡son la Risa y la Muerte! ¡Tanto monta una como otra! ¡Siempre juntas!

Todos esperan que el juglar comience la leyenda que ha prometido cantar, acompañada de músicas sutiles y acordadas.

Y el juglar sonríe en medio de la amplia cámara, sentado en su escabel de roble. A sus pies están revueltos la capa, la espada y su gorra de velludo. De súbito, al bajar la cabeza para acordar mejor la nota del salterio, ve que el pomo de su espada troncha la pluma bermeja de su gorra... y la aparta con el pie.

¡Ya ha acordado el poeta su salterio! ¡Ya sabe qué leyenda va a recitar! Una mirada de contento que escampa el juglar por la cámara, así lo dice... Un suspiro amortiguado de todo el auditorio da a entender que esperan afanosos aquel momento... ¡Hace tanto tiempo que no venía ningún trovador al castillo! El castellano, antes de partir a Tierra Santa, dejó mandado que no entraran en el castillo ni los vencejos. Había vuelto el señor sano y salvo, y con él tornaron la alegría y el bullicio. El castillo volvía a ser lo que fue: palacio de fiestas y alcázar de la felicidad. El castellano había ase-

gurado que las guerras eran acabadas y que comenzaba el reinado de la paz.

Pero el juglar sonríe... Suenan el salterio muy suave y dulcemente, y sin cesar la música, comienza el poeta a recitar su leyenda, con voz clara y un tanto trémula de emoción. Según baja o sube el acento sentido del trovador así suena el salterio con mayor o menor dulzura. Si la palabra es lenta, para que llegue al corazón de los oyentes toda entera, así también el músico poeta retarda el ritmo de su melopea... El auditorio piensa que una misma cosa, un solo ser son hombre e instrumento; por lo menos, cree que una misma alma inspira a los dos...

Escuchad... La voz dulce y melodiosa del juglar dice así, en lengua preciada y rica de los sabios y los viejos:

"La flor del lirio azul.

"Loado sea el nombre de Dios, señor de los señores, rey de reyes...

"Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura...

"Cuando a otro haces mal, a ti mismo lo haces...

"Era un rey, rico y poderoso, que poseía el bien de una esposa virtuosa y de dos príncipes nobles y hermosos. Y sus vasallos adoraban al buen rey; pero el buen rey no vivía contento, porque estaba enfermo de mal del alma. Y

ningún sabio conocía su dolencia y ninguna hierba tenida por milagrosa lo sanaba...

"Él sabía que el príncipe, su primogénito, tenía celos de su hermano menor, y éste era el mal que entristecía los días del rey sabio y valeroso.

"Y llamaron a una hada, porque los sabios doctores de la corte no entendían de dolencias del ánimo.

"Y el hada vino; acercóse al lecho de roble y oro del señor rey, y dijo que la flor del lirio azul lo sanaría, y que sólo el príncipe digno de reinar la encontraría y poniéndola sobre el corazón del doliente, sanaría. Y dicho esto, el hada desapareció, como rayo de luna entre sombras...

"Y el rey doliente llama a sus dos hijos, díceles que cabalguen en sus alazanes y mándales que busquen y traigan la flor preciada que ha de curar su invencible melancolía. Y promete, delante de toda su corte, que aquel de sus hijos que traiga la flor azul, heredará su cetro y su corona de oro, su manto de armiño y púrpura, y los viejos libros en donde está escrita toda la sabiduría, y reinará sobre sus vasallos.

"Y los dos príncipes cabalgan, salen por la puerta del gótico alcázar con el vendaval y caminan por el mundo a la ventura. El primogénito camina por las ásperas sierras, siempre peñas arriba, buscando la aspereza bravía que an-

helaba su alma. Y su hermano menor bajaba de las sierras al llano, añorando la tranquila placidez de los verdes valles, acordes con la poesía de que estaba lleno su corazón. A aquél lo guían la Ambición y la Envidia; a éste el Amor...

"La Envidia conturba y pierde por las ásperas montañas al príncipe celoso de su hermano. El Amor aclara el entendimiento y enseña el camino real, llano y sin tropiezos, al príncipe que amaba a su hermano primogénito.

"Y vinieron las tinieblas tras el día luminoso y la tierra fue envuelta por densa oscuridad. Pero una luz blanca guiaba al rubio infante y a su alazán por el camino que conducía al llano. Y las tinieblas ofuscaron y extraviaron por barrancas y bosques al primogénito del rey.

"Llegó el buen príncipe, que amaba a su hermano, a donde brillaba la luz blanca y vio a un leñador en su choza, aderezando su cena, y díjole:

"—Buen hombre, buen leñador, ¿me dirías dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarle ha.

"—Sigue, príncipe, el camino real... ¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, verde como la esperanza? Ella te guiará... Cuando llegues a esa luz, verás junto a ella una viejecita hilando

su copo; interrógala. La viejecita te indicará el camino que has de seguir.

"—Gracias, buen leñador. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"Y camina que caminarás, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipicios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la plana.

"Y llega a la luz, verde como la esperanza de sus ensueños, y pregúntale a la vieja que hilaba su copo:

"—Buena mujer, ¿me diríais dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarlo ha.

"—Sigue, príncipe, el camino real... ¡No te apartes jamás de él! ¿Ves aquella luz, azul como el cielo? Ella te guiará... Cuando llegues, verás junto a ella una hada joven y hermosa como el Amor, regando las flores del jardín de la Dicha: interrógala. El hada te dirá dónde crece la flor que sanará al sabio y buen rey de tu padre.

"—Gracias, buena mujer. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"Y camina que caminarás, que pronto llegarás, pasa puentes y gargantas, precipios y montañas, sin dejar nunca el camino que conduce a la plana, y llega a ésta

y al palacio del hada de la Dicha. Y la lucecita azul como el cielo, era la luz del día, que surgía por Oriente al encuentro del buen príncipe.

"Y el príncipe interroga al hada que regaba las flores del jardín del Amor.

"—Buena hada, ¿me dirías dónde florece el lirio azul que cura las dolencias del alma? Mi padre, el sabio y buen rey mi padre, muere de melancolía y una hada manda que le lleve el lirio que curarlo ha.

"—Sigue, príncipe, el río que besa los cimientos de mi alcázar y pasa el puente de piedra: descabalga en la opuesta ribera; baja a la orilla del río, nombrado Riu d'Arenes, y allí encontrarás hundidos sus raíces y sus tallos en el agua pura y cristalina, el lirio azul que cura las dolencias del alma. Coge dos flores: guarda una en tu pecho; cabalga llevando la otra en la diestra; vuelve al palacio del sabio y buen rey tu padre y él sanará llevando la flor sobre su corazón.

"—Gracias, buena hada. Dios os premiará y el señor rey os pagará.

"—Escucha aún, buen príncipe: no hayas desesperanza si la Ambición y la Envidia te salen al camino; no dudes aunque llegues al martirio... Ten fe en Dios, en mí y en la milagrosa flor... Ten también fe en ti mismo, y la fe te salvará y sanará el corazón del rey.

"Y el buen príncipe dobla la rodilla, besa la mano del hada blanca como la nieve y pura como la mística azucena, cabalga y se aleja pensando que es el hada muy hermosa; de un azul de hechizo la luz de sus ojos y de una dulzura incomparable su voz célica y divina. Y cuanto más se aleja, más hondo se clava el dardo amoroso en su corazón, virgen aún de amores... y piensa que si no hubiera de buscar el lirio que cura las dolencias del alma para el señor rey que muere de melancolía, él se quedara, para siempre, en el palacio del hada hermosa...

"Y siguió el curso del río, y llegó al puente de piedra, obra de gigantes, y descabalgó en la ribera opuesta, cuajada de lirios que surgían como verdes sonrisas de esperanza en la misma orilla de la corriente clara y rumorosa. Pero los lirios estaban sin flor y el infante quedó sorprendido y maravillado. Y con los ojos cuajados con las perlas de su llanto, clamaba al cielo:

"—¿Cómo sanará el sabio y buen rey mi padre? ¡Buena hada, acudidme, que el rey morirá si no le llevo la flor del lirio que cura las dolencias del alma!

"Y de la misma orilla del río de entre las verdes matas de lirios sin flor y la corriente diáfana y rumorosa, surgió el hada de los ojos azules y la voz dulcísima. Y mirándole con el suave fulgor de sus ojos de cielo, hablóle con el

hechizo de su voz, dulce como miel de abejas, mostrándole en sus manos de mística azucena, dos floridos lirios azules como dos jirones del cielo.

"—Toma, buen príncipe, y corre al palacio donde gime el buen rey tu padre. Esconde esta flor en tu pecho, libre de envidia; lleva esta otra en la mano y cabalga... y camina a tu martirio, que será tu gloria. Yo soy el hada que fue al palacio del rey tu padre a curarle la dolencia del alma; yo era la luz verde como la esperanza, que te guió por las ásperas sierras durante la noche tenebrosa; fui también la lucecita azul como el cielo que te guió a mi palacio, y soy también el hada que regaba las flores del jardín del Amor, cuando llegaste a él. Te estimo con sano corazón y puro pensamiento. Y sabe, buen príncipe, que la buena hada mi madre, que estuvo presente en tu nacimiento, predijo que serías rey, pero que no sería sin ceñir antes tus sienes la corona del martirio... Ve; sigue tu camino. Camina que caminarás por la senda de tu destino: yo velo por ti...

"Y desapareció. Quedóse el príncipe con las dos flores azules en sus manos puras de envidia, guardando en su alma el recuerdo del suave fulgor de los ojos de hechizo y el eco de la voz dulce, dulcísima del hada hermosa.

"Y sacóle de su ensueño de amor, un caballero que a lomos

de un caballo, negro como la Muerte, cruzaba el puente y venía hacia él. Y guardó una flor en su pecho, junto a su corazón, como había mandado la buena hada, y teniendo la otra en la diestra, cabalgó y esperó.

"Y se encontraron los dos hermanos junto al puente famoso de Riu d'Arenes. Porque el caballero que venía vestido con negra armadura y cabalgando sobre negro potro, era el príncipe primogénito del sabio y buen rey, a quien guió la Ambición por las ásperas sierras; y que bajaba al llano, después de buscar vanamente por aquéllas el lirio que cura las dolencias del alma.

"Y el príncipe, su hermano, no le reconoció al pronto porque sus armas de bruñida plata eran negras como la noche; y hasta su bravo alazán habíase tornado negro como la Muerte, que tanto es el poder de la Ambición desmedida y de la Envidia sin freno.

"Y el príncipe negro vio que su hermano tenía el lirio miraculoso en la diestra y que otro no florecía en la ribera; y fue a él y lo mató, hundiéndole su negra espada en el pecho, y le quitó el lirio; y cavando una fosa con sus uñas diablicas, enterró al inocente príncipe bajo el puente, en las arenas del río.

"Pero como lo enterró de prisa y con miedo en el corazón, al echar con sus zarpas montones de arena sobre el cuerpo del prínci-

pe su hermano, el fratricida dejó, mal tapados a flor de tierra, algunos rizos de la rubia y sedosa cabellera, que milagrosamente comenzaron a crecer, cubriendo las removidas arenas de un espeso y verde cañaveral. Y al fratricida, lejos de asombrarle aquel prodigio, le hizo sonreír... Creía que el diablo le ayudaba a borrar las huellas de su crimen; lanzó una carcajada, que resonó sobre la tierra como la de Caín al ver caer muerto a Abel a sus manos, cabalgó y presto tornó al palacio del sabio y buen rey; entrególe el lirio y el señor rey sanó.

"Pero ciertamente que toda la corte espera al buen príncipe, y el buen príncipe no torna a palacio. Y el señor rey manda a sus caballeros que lo busquen y lo traigan a su palacio. Y la reina, su madre, llora la ausencia del hijo amado, sin recatar su llanto. Pero el sabio rey esconde sus lágrimas... ¡que es hombre y es rey!

"Y los caballeros de corte salieron y no lo encontraron en la sierra, ni en el llano, ni en parte alguna... Y ya retornaban desesperanzados, cuando al pasar en sus caballos por el puente de Riu d'Arenes, vieron a un pastorcillo sentado junto a un cañaveral, abstraído en su labor de cortar una caña para hacer un caramillo.

"Y los caballeros detuvieron sus caballos y uno de aquellos descabalgó, acercóse al pastor y

preguntóle por el hijo del rey. Y el pastorcillo se puso a tocar el caramillo y de éste salió una voz quejumbrosa que cantaba:

"—Pasa, pasa, bon pastor; pasa, pasa, y no'm nomenes, que m'han mort en Riu d'Arenes per la flor del lliri blau...

"Y al oír la voz del príncipe que sonaba dentro del caramillo en su dulce lengua nativa, llevaron al pastor al palacio del señor rey, al cual dijeron que no sabían del príncipe más que lo que el caramillo del pastor lloraba y cantaba.

"Y el señor rey hizo sonar el caramillo y la voz doliente decía:

"—Pasa, pasa, señor rey; pasa, pasa, y no'm nomenes, que m'han mort en Riu d'Arenes per la flor del lliri blau...

"Y toda la corte, llevando al rey sabio y bueno al frente, y al pastor con su caramillo al lado, y al primogénito entre sus caballeros, se encaminó a Riu d'Arenes; y el leñador y la vieja les guiaron; llegaron al puente; lo pasaron y detuviéronse todos juntos al cañaveral. Y una vez allí sonaron el rey, y el pastor, y los caballeros el caramillo, y el caramillo lloraba y cantaba su triste queja.

"E hicieron tomar el caramillo al príncipe fratricida, y asesino por envidia, y el instrumento no

sonó. Y el señor rey tornó a mandar a su primogénito que tocara el caramillo, y el caramillo no sonaba.

"Y entonces todas las cañas del cañaveral, movidas por la brisa marina, sonaron con dulce música y entre ellas una voz dulce y apagada lloraba y cantaba:

"—Pasa, pasa, mal germá; pasa, pasa, y no'm nomenes, que m'has mort en Riu d'Arenes per la flor del liri blau...

"Y toda la corte y el señor rey miraron fieramente al asesino por envidia, y allí mismo maniataron al fratricida, que temblaba de remordimiento.

"Y buscaron el cuerpo del buen príncipe entre las cañas; y al tocar éstas el sabio y buen rey, trocaronse en los rubios cabellos del hijo amado y perdido... y éste surgió de la fosa, llevando aún la flor escondida en el pecho; todos querían que el príncipe asesino fuese muerto y enterrado en la misma fosa que él abrió para su hermano. Pero éste no quiso.

"Y el señor rey quería que fuese cargado de cadenas y encerrado vivo por toda su vida, en un castillo roquero y desierto. Pero el buen príncipe no quiso... y le perdonó de todo corazón y mandó que le dejaran libre. Así lo hicieron... y el fratricida cabalgó en su caballo negro como la Muerte y salió de la presencia del rey y

de su reino. Y por el mundo camina, hostigado por la Envidia y espoleado por la Ambición, aún furioso y malcontento... cruzando sierras, atravesando valles, buscando la flor del lirio azul que cura el mal de Envidia, sin encontrarla nunca. Que este mal de la Envidia no lo cura la flor del lirio ni otras flores de este mundo, ni tal vez del otro...

"Y la corte, el señor rey, el buen príncipe y el pastor con su caramillo, tornaron contentos al palacio guiados por la hermosa hada, y encontraron a la señora reina y buena madre, llorando de alegría por el retorno del hijo amado y de pena por la maldad del hijo ausente.

"Y el buen príncipe, que tenía henchido de amor el corazón, casó con el hada de ojos de azul de hechizo y reinó, cuando de mal de vejez murió el sabio y buen rey, entregándole al morir su cetro y corona de oro, su manto de púrpura y armiño, y los viejos libros en los que estaba escrita toda la sabiduría.

"Y vivieron luengos años, felices el buen príncipe y la hermosa hada; y hubieron de amor muchos y nobles hijos, y ninguno de ellos padeció de mal de Envidia, porque eran sanos y limpios de corazón...

*

"Y aquí acaba la leyenda del lirio azul.

"Loado sea el nombre de Dios, señor de señores, rey de reyes..."

"Amiga del hombre es la sabiduría, y su enemiga la locura..."

"Cuando a otro haces mal, a ti mismo lo haces..."

II

Calló el juglar, y aún seguía sonando la acorde música en el salterio, como un comentario de la poética leyenda que no quería extinguirse de súbito en los corazones de los oyentes.

Un rumor de alegría y de aprobación coronó el recitado del juglar. Todos le miraron asombrados... y pensaron por si el castellano le dejaba salir del castillo roquero sin narrar todas las historias que sabía el poeta errabundo. "¡Era un bello trovador! No parecía miserable: joven y gentil, tenía la distinción y la arrogancia de los nobles de raza y de corazón. ¡Quién sabe quién sería! ¡Quizá algún noble mal avenido con la etiqueta palaciega y enamorado del oficio de músico y poeta y narrador de glorias y tragedias principescas! ¡Quizá corriera sangre real, aunque bastarda, por sus venas! ¡quién sabe...!" —pensaban los oyentes.

La castellana de trenzas de oro y dulce mirar, contemplaba al trovador con los ojos arrasados en lágrimas, mirando alternativamente al infante dormido sobre la piel de oveja y al que reclinado en su

regazo jugaba con sus crenchas áureas... ¡Quién sabe las congostas que aquella historia había levantado en el pecho de la amorosa madre!...

El mastín seguía con la mirada fiera y asustada, las chispas de oro que estallaban los retorcidos tizones en el hogar de mármoles y bronce...

El viejo cronista del castillo templario escribía en su viejo librote, forrado de pergamino, la leyenda del Lirio Azul que acababa de recitar, quizá de improvisar a la vista de los dos tiernos infantes, el gentil trovador. Y la leyenda improvisada la convierte en crónica legendaria el viejo cronista. "Hay que escribirla y comentarla. Estos poetas, que tienen tanto de músicos y narradores como de locos y tornadizos, pueden olvidar o reformar en detrimento de la verdad y de la belleza sus propias creaciones... Hay que escribir e incrustar en las crónicas del castillo esa bella leyenda..." —piensa el cronista; y con su nombre pasa a la historia aquella narración y la historia ignorará siempre el nombre del gentil juglar que la inventó. ¡Oh, él no se apena por cosa de tan poca monta! Sabe que, en cuanto desaparezca del castillo, olvidarán también el nombre del juglar que recitaba tan lindas trovas y leyendas... y le basta con la gloria de un instante de triunfo...

Después, todo sigue como antes...

El bufón cabalga sobre el verdugo... ¡La Risa y la Muerte siempre juntas! Los dos se acercan al fraile, que reza aún, cabeceando, pasando las cuentas de huesos de oliva del huerto santo de Palestina...

El cogulla, que perdió la hermosa leyenda por no interrumpir su rezo, ríe con el bufón y con el verdugo. Los dos hacen burla del juglar... éste no repara en ello. Se irá del castillo antes que detener sus ojos soñadores en los dos espantajos trágicos...

El castellano descíñe su bolsa de cuero; de ella saca unas do-

blas de oro y las arroja con gesto magnífico sobre el revoltijo que forman la caja, la espada y la gorra de velludo del juglar.

El poeta no las recoge... diríase que no ha percibido el grato son del oro sobre el acero de su espada. Mira sonriente a su alrededor, desvanecido por su primer éxito de poeta, y buscando luz de inspiración en los ojos de azul de hechizo de la castellana de las trenzas de oro, acuerda su salterio dulcemente y comienza a narrar, quizá a improvisar, otra poética leyenda...

BERNARDO MORALES
DE SAN MARTÍN.

EL BRUJO POSTERGADO

En Santiago había un deán que tenía gran deseo de saber el arte de la nigromancia. Oyó decir que don Illán de Toledo la sabía más que ninguno; fue a Toledo a buscarlo.

El día que llegó a Toledo enderezó a la casa de don Illán y lo encontró leyendo en una cámara muy apartada. Éste lo recibió con bondad; le dijo que lo alegraba mucho su venida. Después de almorzar, el deán le refirió la razón de aquella visita y le rogó que le enseñara la ciencia mágica. Don Illán le dijo que adivinaba que era deán, hombre de buena posi-

ción y buen porvenir, y que temía ser olvidado luego por él. El deán le prometió y aseguró que nunca olvidaría aquella merced y que estaría siempre a sus órdenes. Ya arreglado el asunto, explicó don Illán que las artes mágicas no podían aprenderse sino en lugar apartado, y tomándolo por la mano, lo llevó a una pieza contigua en cuyo piso había una gran argolla de hierro. Antes le dijo a una sirvienta que trajese perdices para la cena, pero que no las pusiera a asar hasta que la mandara. Levantaron la argolla entre los dos y descendieron por una esca-

lera de piedra bien labrada, hasta que al deán le pareció que habían bajado tanto que el lecho del Tajo estaba sobre ellos. Al pie de la escalera había una celda y luego una biblioteca. Revisaron los libros y en eso estaban cuando entraron dos hombres, con una carta para el deán, escrita por el obispo, su tío, en la que le hacía saber que estaba muy enfermo y que si quería encontrarlo vivo no demorase. Al deán lo contrariaron mucho estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tío, lo otro, por tener que interrumpir los estudios. Optó por escribir una disculpa y la mandó al obispo. A los tres días llegaron unos hombres de luto con otras cartas para el deán, en las que se leía que el obispo había fallecido, que estaban eligiendo sucesor, y que esperaban por la gracia de Dios que lo eligieran a él. Decían también que no se molestara en venir, puesto que parecía mucho mejor que lo eligieran en su ausencia.

A los diez días vinieron dos escuderos muy bien vestidos, que se arrojaron a sus pies y besaron sus manos y lo saludaron obispo. Cuando don Illán vio estas cosas, se dirigió con mucha alegría al nuevo prelado y le dijo que agradecía al Señor que tan buenas nuevas llegaran a su casa. Luego le pidió el decanazgo vacante para uno de sus hijos. El obispo le hizo saber que había reservado el decanazgo para su propio hermano,

pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Santiago. Fueron para Santiago los tres, donde los recibieron con honores. A los seis meses el obispo recibió mandaderos del Papa, que le ofrecía el arzobispado de Tolosa, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto, le recordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El arzobispo le hizo saber que había reservado el obispado para su propio tío, hermano de su padre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Tolosa. Don Illán tuvo que asentir.

Fueron para Tolosa los tres, donde los recibieron con honores y misas. A los dos años el arzobispo recibió mandaderos del Papa, que le ofrecía el capelo de cardenal, dejando en sus manos el nombramiento de sucesor. Cuando don Illán supo esto le recordó la antigua promesa y le pidió ese título para su hijo. El cardenal le hizo saber que había reservado el arzobispado para su propio tío, hermano de su madre, pero que había determinado favorecerlo y que partiesen juntos para Roma. Don Illán tuvo que asentir. Fueron para Roma los tres, donde los recibieron con honores y misas y procesiones. A los cuatro años murió el Papa y el cardenal fue elegido para el Papado por todos los demás. Cuando don Illán supo esto, besó los pies de Su Santidad,

le recordó la antigua promesa y le pidió el cardenalato para su hijo. El Papa lo amenazó con la cárcel, diciéndole que bien sabía él que no era más que un brujo y que en Toledo había sido profesor de artes mágicas. El miserable don Illán dijo que iba a volver a España y le pidió algo para comer durante el camino. El Papa no accedió. Entonces don Illán dijo con una voz sin temblor:

—Pues tendré que comerme las perdices que para esta noche encargué.

La sirvienta se presentó y don Illán le dijo que las asara. A estas palabras el Papa volvió a hallarse en la celda subterránea, solamente deán de Santiago, y tan avergonzado de su ingratitud que no atinaba a disculparse. Don Illán dijo que bastaba con esa prueba, le negó su parte de las perdices y lo acompañó hasta la calle, donde le deseó feliz viaje y lo despidió con gran cortesía.

DON JUAN MANUEL.

ANÍBAL

Era entonces Aníbal mancebo de hermosa disposición, alto y bien delgado de cuerpo; la cara la tenía larga, la nariz ahilada, las barbas y cabellos encrespados y mucho bien puestos; era muy razonado y muy cortés en demasía; la conversación mucho dulce, con la cual tenía mezclada gravedad mansa y amorosa, llena de buen donaire. Cuando le hicieron esta vez gobernador y capitán de los ejércitos y señoría que Cartago tenía dentro de España, sería de hasta unos veintiséis años; y puesto que fuese mozo, conocíase de él tanta sagacidad y prudencia, que primero ni después nunca se halló capitán de las cosas de la guerra más industrioso ni sabio. Jamás

tuvo persona tal ingenio para dos cosas diversas, que son obedecer y mandar, ni con más entendimiento lo supo hacer; tanto, que la gente del ejército de ningún otro se confió más, ni con igual osadía venía a las afrentas que cuando sabía estar él presente.

Fue muy osado en acometer cosas peligrosas, y muy inclinado a tratar hechos difíciles; y lo que suelen tener pocos hombres, de que le venían mayores peligros, no se turbaba para que por ellos dejase de tomar consejo reposadamente y usar dél. Nunca receló fatiga, ni su corazón fue vencido de pensamientos ni cuidados, como quiera que los tuvo muy continuos y mayores que ninguno otro

de su tiempo. Sufría con igual perseverancia la calor y los fríos; en su comer templadísimo. No tenía tiempo señalado para dormir, sino cuando le faltaban ocupaciones o negocios. Allí no descansaba sobre lechos o camas delicadas, porque muchas veces en las guerras que tuvo después lo hallaron en el suelo, revuelto con las velas y guardas de su real, cubierto con las mantas groseras que traía la gente. Sus vestiduras y trajes como los comunes del ejército; toda su pompa y arreo fue siempre guardar armas, procurar caballos, y allegar y favorecer las personas valientes dondequiera que se hallasen. Cuando venía al frente, pri-

mero que nadie rompió las batallas de a pie o de caballo como lo tomaban, y postrero de todos salió de ellas. Tenía maravillosa presteza para seguir cuantas buenas ocasiones le viniesen; que fue siempre cosa muy principal en la guerra y en los otros negocios humanos. Finalmente, cuando debió tener un capitán muy perfecto y esmerado, lo tuvo tan acabado, que si le vencieron alguna vez, no fue por su falta ni por dejar de hacer todo su deber, sino por la mucha flaqueza de los suyos, o por sobrada valentía de los contrarios.

FLORIÁN DE CAMPO.

CONOCIMIENTO DE DIOS POR LAS CRIATURAS

Somos como los niños, que cuando les ponen un libro delante con algunas letras iluminadas y doradas, huélganse de estar mirándolas y jugando con ellas, y no leen lo que dicen ni tienen cuenta con lo que significan. Así nosotros, muy más anañados que los niños, habiéndonos Vos, Señor, puesto delante este tan maravilloso libro de todo el universo, para que por las criaturas dél, como por unas letras vivas, leyésemos y conociésemos la excelencia del

Creador que tales cosas hizo y el amor que nos tiene. Quien para nosotros las hizo, y nosotros, como niños no hacemos más que deleitarnos en la vista de cosas tan hermosas, sin querer advertir qué es lo que el Señor nos quiere significar por ellas. ¡Oh perversos de las obras divinas! ¡Oh niños y más que niños en los sentidos! ¡Oh prevaricadores y trastornadores de todos los propósitos y consejos de Dios!...

A todos, Señor, nos acaece,

cuando nos ponemos a considerar las maravillas desta obra, como a un rústico aldeano, que entra de nuevo en alguna grande ciudad, o en alguna casa real que tiene muchos y diversos aposentos; y, embebecido en mirar la hermosura del edificio, olvídate de la puerta por do entró, y viene a perderse en medio de la casa y ni sabe por dónde ir, ni por dónde volverse, si no hay quien le adiestre y encamine. Pues, ¿qué son, Señor, todas las ciudades y todos los palacios reales sino unos nidos de golondrinas, si los comparamos con esta casa real que Vos criaste? Pues si en aquel tan pequeño agujero se pierde una criatura de ra-

zón, ¿qué hará en caso de tanta variedad y grandeza de cosas? ¿cómo nadará en tan profundo piélago de maravillas quien se ahoga en tan pequeño arroyuelo? Pues guiadme Vos, Señor, en esta jornada; guiad a este rústico aldeano por la mano y mostradle con el dedo de vuestro espíritu las maravillas y misterios de vuestras obras, para que en ellas os adore y renazca en vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra hermosura, vuestra providencia, para que así os bendiga y alabe y glorifique, en los siglos de los siglos...

FRAY LUIS DE GRANADA.

AUTORRETRATO

Éste que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos: ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de es-

paldas y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de Galatea y de Don Quijote de la Mancha, y del que hizo el Viaje del Parnaso, a imitación del de César, Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un

arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando deba-

jo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

DON QUIJOTE Y EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN

...En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido, parecían mejor que si fueran de oro puro.

Cuando llegó a ellos el caminante los saludó cortésmente, y picando a la yegua se pasaba de largo; pero Don Quijote le dijo: "Señor galán, si es que vuestra merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darle prisa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos." Detuvo la rienda el caminante, admirándose de la apostura

y rostro de Don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde a Don Quijote, mucho más miraba Don Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente, en el traje y apostura daba a entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de Don Quijote de la Mancha el de lo Verde fue, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longuera de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra.

Notó bien Don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyó en la suspensión su

deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto a todos, antes que le preguntase nada, le salió al camino, diciéndole: “Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaría yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero

destos que dicen las gentes
que a sus aventuras van.

“Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevase donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras o en una sola, digo que yo soy Don Quijote de la Mancha, por

otro nombre llamado “el Caballero de la Triste Figura”; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mías, y esto se entiende, cuando no se halla presente quien las diga; así que, señor gentilhomme, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo sabido ya quién soy y la profesión que hago.”

Calló en diciendo esto Don Quijote, y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, parecía que no acertaba a hacerlo; pero de allí a buen espacio le dijo: “Acertasteis, señor caballero, a conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado a quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís que el saber ya quién sois me la podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que haya hoy caballeros andantes en el mundo y que haya historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir de que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced me dice que está impresa de sus

altas y verdaderas caballerías, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias". "Hay mucho que decir, respondió Don Quijote, en razón de si son fingidas o no las historias de los caballeros andantes." — "¿Pues hay quien dude, respondió el de Verde, que no son falsas las tales historias?" — "Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar a entender a vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas."

Destá última razón de Don Quijote tomó barruntos el caminante de que Don Quijote debía de ser algún mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, Don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán: "Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza o pesca, pero no

mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros. Los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España; alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón del más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor."

Atentísimo estuvo Sancho a la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio, y con gran priesa le fue a asir del estribo derecho,

y con devoto corazón y casi lágrimas, le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó: “¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son éstos?” — “Déjeme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo a la jineta que he visto en todos los días de mi vida.” — “No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran

pecador; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.” Volvió Sancho a cobrar la albarda, habiendo sacado a plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiración a Don Diego.

MIGUEL DE CERVANTES
SAAVEDRA.

MARCO BRUTO

Texto

Fue inclinado a los estudios de la filosofía, y en ellos fatigó con felicidad, y mereció grande aplauso de los griegos. Prefirió la doctrina del divino Platón a todas, y siguióla. No aprobó la nueva y media Academia, y agradóse más de la antigua, y siempre entre todos los sabios reverenció a Antíoco Ascalonita. Fue Marco Bruto en la lengua latina bien acomodado al estilo militar y cortesano. En la griega, con dicha afectó la breve-

dad lacónica. Prueban esta sentenciosa brevedad sus cartas, donde pocas palabras dan luz a grandes discursos, sin que el lector eche de menos lo que falta, ni deje de leer lo que no está escrito. Lo poco en sus epístolas parece que sobra, y lo que sobrara en otro no parece que falta en él. Usó de las palabras como de la moneda. Razonaba oro y no metal bajo; valía una razón ciento: tantos quilates subía su lenguaje.

Discurso

Puede el hombre con ardimiento y con bondad ser valiente y virtuoso; mas faltándole el estudio, no sabrá ser virtuoso ni valiente. Mucho falta al que es lo uno y lo otro, si no lo sabe ser. La valen-

tía mal empleada se queda en temeridad, y la virtud necia hace mal en el bien que no sabe hacer; y es a veces peor la virtud viciosa y la valentía desatinada que la cobardía cuerda y el vicio consi-

derado, cuanto es mejor lo malo que se enmienda que lo bueno que se empeora.

Poco se diferencian el hacer mal con lo bueno, por no saber hacer bien, y el aprovechar el malo con lo malo, porque sabe hacer bien y mal. Dificultoso parece que la virtud, siendo santa, pueda hacer delito el mal ejercicio. El oro es precioso, y dado en moneda es merced, y disparado en bala es muerte; y sin perder lo precioso queda culpado.

El que dijo que las virtudes consistían en el medio, no consideró el medio de la geometría, sino el de la aritmética, que resultaba de lo bastante, entre lo falto y lo demasiado: de la manera que la religión está con majestad entre la herejía menguada y la superstición superflua. Contrarios de la virtud son quien la quita al número y quien se los añade, como el número siete lo deja de ser bajando a cinco y creciendo a nueve.

El conocer en Marco Bruto que era virtuoso y que sabía serlo, le encaminó para su riesgo los buenos y los malos que en su edad

vivieron en Roma. Los unos la acompañaban, los otros la aventuraron. Era apacible al pueblo su vida, y a los padres agradable su conversación y el estilo de sus escritos, en que ni él se cansaba ni cansaba; al revés de muchos que ponen la elegancia en no empezar a decir ni acabar de hablar.

Lo que más le autorizó el seso, es afianzarle en que aborrecía las novedades cuando aprobó la Academia antigua contra las opiniones modernas. Esto fue promesa de su puñal contra la nueva introducción del imperio de Julio César. Perdió el mundo el querer ser otro, y pierde a los hombres el querer ser diferentes de sí mismos. Es la novedad tan mal contenta de sí, que cuando se desagrada de lo que ha sido, se cansa de lo que es.

Y para mantenerse novedad, ha de continuar sin dejar de serlo, y el novelero tiene por vida muertes y fallecimientos perpetuos. Y es fuerza, o que deje de ser novelero, o que siempre tenga por ocupación el dejar de ser.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

LA VERDADERA CIENCIA DE LA VIDA

Cuentan que en una ciudad en donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era gallardo y estudioso, y aunque nada

faltaba a la felicidad de su vida, tenía el deseo de aprender siempre más.

Un día, merced al relato de un

mercader viajero, supo que en cierto país muy lejano, existía un sabio y santo que poseía él solo tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos.

Se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él.

Cuando hubo oído estas palabras, entró en su casa, tomó sus sandalias, su alforja y su báculo y abandonó inmediatamente su ciudad y a sus amigos.

Se encaminó al país lejano en que vivía el santo maestro, para ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches y después de muchos peligros y fatigas llegó a la ciudad donde vivía el herrero.

Al punto fue al barrio de los herreros y se presentó a aquel cuya tienda le habían señalado todos los transeúntes. Después de besarle la orla del traje, quedó en pie ante él en actitud de respeto.

El herrero, que era hombre de edad y de rostro beatífico, le preguntó:

—¿Qué deseas, hijo mío?

—Aprender ciencia —contestó el joven.

El herrero, por toda respuesta, le puso en las manos la cuerda del fuelle de la fragua y le dijo que tirara de ella.

El nuevo discípulo se puso a tirar de la cuerda hasta la puesta del sol. Al día siguiente se dedicó al mismo trabajo. Y así los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie, en la herrería, ni el maestro, ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan ruda como la suya, le dirigiesen una sola vez la palabra. Así pasaron cinco años.

Un día el discípulo se aventuró a decir:

—¡Maestro!

El herrero interrumpió su trabajo, y ansiosos todos los discípulos hicieron lo mismo. El maestro dijo a su vez:

—¿Qué quieres?

—¡Ciencia!

—Tira de la cuerda. . .

Sin pronunciar una palabra más reanudó su trabajo. Y transcurrieron otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción.

Cuando algún discípulo tenía necesidad de preguntar algo, escribía la demanda y la presentaba al maestro, por la mañana, al entrar a la herrería.

El maestro, sin leer lo escrito, lo arrojaba al fuego o lo guardaba entre los pliegues de su turbante. En el primer caso era porque la pregunta no merecía respuesta. En el segundo caso, el discípulo que había preguntado, encontraba

por la noche la respuesta escrita con letras de oro en la pared de su celda.

Pasados diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó el hombro. Por primera vez, después de aquel tiempo, el discípulo dejó la cuerda del fuelle, sintiendo una gran alegría.

El maestro dijo:

—Hijo mío, ya puedes volver

a tu país y a tu morada llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida, puesto que has adquirido la virtud de la paciencia. Y le dio el beso de paz.

El discípulo regresó a su país con el espíritu iluminado. Era sabio y santo, porque era paciente y perseverante.

ANÓNIMO HINDÚ.

RETRATO DEL DANTE

Para mí es un semblante conmovedor, tal vez de los más conmovedores que conozco. Solitario y como si saliese del vacío, con el sencillo laurel en la frente; los dolores y pesares que nunca mueren y la esperanza del triunfo que tampoco muere: ésta es la historia del Dante. Creo que es una de las caras más lúgubres que jamás se pintaron en la realidad. Trágica y conmovedora a la vez. Hay en ella, como fundamento, la dulzura, el cariño y la afectuosa docilidad del niño; pero todo esto como congelado en una contradicción discordante: abnegación, aislamiento y el dolor del orgullo desesperado. Un alma tan dulce-mente etérea, con un mirar tan severo, torvo y punzante, como si saliese de entre las duras y reforzadas prisiones de hielo. Al mismo tiempo un dolor silencioso,

despreciativo y altanero; el labio plegado en una especie de soberano desdén por el objeto que le roe el corazón, como cosa despreciable e insignificante, y como si aquel a quien podía torturar y martirizar fuese superior a todo dolor. Cara de uno de aquellos que viven en eterna protesta y batalla con el mundo; de los que mueren, mas no se rinden. Amor transformado en indignación; indignación implacable, lenta, igual, callada como la de un dios. La mirada también os mira como sorprendida y asombrada y como si os preguntase: "¿Por qué el mundo fue así amasado?" Éste es el Dante: así se os aparece esta voz de diez siglos silenciosos, que se levanta y nos entona su místico e insondable canto.

TOMÁS CARLYLE.

JUVENTUD Y VEJEZ DEL PARAÍSO

Es verosímil suponer que el autor de la Naturaleza plantó al principio antiguas selvas y jóvenes bosques talaes y que los animales nacieron, unos llenos de días, otros adornados con las gracias de la infancia. Los robles, al emerger de la tierra fecundada, sin duda llevaban a la vez los viejos nidos de los cuervos y la nueva posteridad de las palomas. Gusano, crisálida y mariposa, el insecto se arrastraba por el pasto, suspendía su huevo de oro en los bosques o temblaba en el aire. La abeja, que sólo había vivido una mañana, contaba su miel por generaciones de flores. Debemos creer que la oveja no estaba sin su cordero y el gorrión sin sus pichones y que las malezas escondían ruiseñores atónitos de cantar sus primeras notas, al animar las frágiles esperanzas de sus primeros goces.

Si el mundo no hubiera sido, a la vez, joven y viejo, lo grande, lo serio, lo moral hubiera desaparecido de la Naturaleza, porque tales sentimientos dependen esencialmente de las cosas antiguas. Cada lugar hubiera perdido sus maravillas. El ruinoso peñasco no hubiera colgado sobre el abismo con sus largas gramíneas; los bosques,

despojados de sus accidentes, no hubieran mostrado ese patético desorden de árboles inclinados y de troncos que se reflejan en el curso de los ríos. Los pensamientos inspirados, los ruidos venerables, las voces mágicas, el santo horror de los bosques, hubieran desaparecido con las bóvedas, que les sirven de refugio, y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desencantadas, al perder las comunas de robles que las unen. El mismo día que el océano derramó sus primeras olas sobre sus márgenes, bañó, no lo dudemos, escollos gastados por las mareas, playas sembradas de fragmentos de caracoles y cabos descarnados que sostenían contra las aguas las ruinosas riberas de la tierra.

Sin esta vejez original, no hubiera habido ni pompa ni majestad en la obra del Eterno y, lo que es imposible, la Naturaleza en su inocencia hubiera sido menos bella que ahora, en su corrupción. Una insípida niñez de plantas, de animales, de elementos hubiera coronado una tierra sin poesía. Pero Dios no fue tan mal dibujante de los vergeles del Edén, como los incrédulos lo imaginan.

El Hombre-rey nació a los treinta años, para que su majestad concordara con las antiguas grandezas de su nuevo imperio, así como su compañera contó, sin duda, dieciséis primaveras, que sin em-

bargo no había vivido, para estar en armonía con las flores, los pájaros, la inocencia, los amores y toda la juventud del universo.

CHATEAUBRIAND.

ENRIQUE VE LA FLOR AZUL

Enrique se hundió progresivamente en dulces fantasías y se durmió.

Soñó entonces en lejanías que se perdían de vista y en regiones agrestes y desconocidas. Iba sobre el mar con facilidad incomprensible; vio animales maravillosos; vivió con hombres diferentes, ya en guerra, en salvajes tumultos, ya en tranquilas cabañas. Cayó cautivo y en la miseria más ignominiosa. Todos los sentimientos se excitaron en él hasta un grado que jamás había conocido.

Le pareció ir solo a una sombría floresta; únicamente de trecho en trecho la luz se abría paso entre la espesura. Pronto llegó a la orilla de un barranco. Tuvo que subir sobre piedras cubiertas de musgo; un antiguo torrente las había llevado hacia allí. Cuanto más avanzaba, se aclaraba la floresta. Al fin llegó a una pequeña pradera a la falda de la montaña. En el confín de esa pradera se levantaba una gran piedra a cuyo pie vio una abertura que parecía ser

la entrada de una galería abierta en la roca. Esta galería lo condujo a una gran explanada iluminada con luz tan viva, que desde muy lejos se distinguía su claridad.

Al entrar vio un chorro luminoso que, como si brotase de un manantial, subía hasta la bóveda y allí se quebraba en millares de chispas que caían en un amplio estanque. Brillaba el chorro como oro fundido. No se escuchaba el menor ruido: un silencio sagrado rodeaba aquel magnífico espectáculo. Se aproximó al estanque cuya superficie estaba cubierta con ondas de mil colores. Las paredes de la gruta se bañaban en aquel extraño líquido que no quemaba, sino que estaba helado y proyectaba sobre ellas claridad azulada.

Enrique metió la mano en el estanque y humedeció sus labios.

Entonces sintió como si un aliento sobrenatural penetrase en él, sintiéndose en lo más profundo de su ser, fortificado y refrescado. Experimentó un irresistible

deseo de bañarse, se desnudó y se metió al estanque. Parecía que las brumas crepusculares lo envolvían y una sensación deliciosa lo llenó completamente. Innumerables ideas bullían en su imaginación.

Imágenes nuevas, jamás vistas, aparecían a sus ojos, fundiéndose unas en otras para convertirse en seres reales. Cada onda del estanque lo enlazaba dulcemente como en un abrazo...

Embriagado de asombro, pero consciente de cada impresión, nació cómodamente siguiendo el curso luminoso que iba a verse del estanque a las rocas. Un dulce sopor se apoderó de él y soñó aventuras indescriptibles. Lo despertó otra claridad. Encontróse sobre una blanda alfombra de césped, al borde de una fuente que lanzaba sus aguas al aire, donde parecía evaporarse. Rocas de color azul sombrío, con vetas de todos colores, se erguían a distancia.

La luz del día que lo bañaba era más clara y suave que de cos-

tumbre y el cielo era azul oscuro, absolutamente limpio.

Pero lo que le atrajo extraordinariamente fue una gran flor de un azul luminoso que se erguía junto a la fuente y la rozaba con sus hojas largas y brillantes. Alrededor de ella y en número infinito, había flores de todos matices. El ambiente estaba lleno del más delicado aroma.

Enrique no veía más que la Flor Azul; la miró durante algún tiempo con ternura inexplicable. Al fin quiso acercarse a ella cuando, de pronto, la flor comenzó a moverse y a transformarse. Las hojas se hicieron más brillantes y se apretaron contra el tallo que crecía. La flor se inclinó hacia él y los pétalos dejaron ver en un cáliz azul, un delicado rostro. Su dulce emoción iba creciendo con esta metamorfosis maravillosa, cuando de pronto, la voz de su madre lo despertó.

Se encontraba en su alcoba ya iluminada por el sol de la mañana.

NOVALIS.

EN DÍAS DE TERRIBLE EPIDEMIA

Salió de una puerta y avanzó hacia el convoy, una mujer cuyo aspecto indicaba una juventud madura, pero no ajada. Tenía una belleza velada e incierta, que no acusaba el ardor de una pasión

violenta, sino mortal languidez: era esa hermosura al mismo tiempo dulce y majestuosa, que caracteriza a las mujeres lombardas. Su paso era fatigoso, pero no claudicante; los ojos no derramaban lá-

grimas, mas tenían huellas de haberlas vertido en abundancia. Había en aquel dolor algo de callado y profundo, que indicaba una alma bien consciente de su pena.

Pero no era sólo su aspecto lo que, entre tanta desgracia, le captaba muy especialmente la compasión de todos y reavivaba para ella el sentimiento amortiguado y casi desaparecido en los corazones. Llevaba en brazos una niña de cerca de nueve años, muerta; pero muy bien arreglada, con los cabellos peinados sobre la frente, con un vestido blanquísimo, como si la hubiesen adornado para ir a una fiesta preparada desde hacía mucho tiempo y ofrecida como premio. No la llevaba acostada, sino erguida, sentada en un brazo, con el pecho apoyado contra su pecho, cual si estuviese viva. Pero una manita blanca como la cera, caía a un lado con cierta gravedad inanimada, y la cabeza se reclinaba sobre el hombro de la madre con un abandono más pesado que el del sueño; de la madre, sí, porque así lo había dicho claramente el duelo que expresaba.

Un hombre avanzó para recoger a la chiquilla, demostrando cierto respeto inusitado, una involuntaria vacilación. Pero ella retrocediendo, sin mostrar desdén ni desprecio, dijo:

—¡No, no la toquéis ahora, quiero ponerla yo misma en el carro, tomad! —y así diciendo, abrió

una mano enseñando una bolsa que dejó caer entre los dedos que tendió el hombre. Luego continuó:

—Prometédme no quitarle ni una hebra, ni dejar que otro se atreva a hacerlo, y enterradla tal como está.

El hombre se llevó la mano al pecho jurando, y después, presuroso y amable, más por la piedad que sentía que por la inesperada recompensa, fue a disponer un buen sitio en el carro para la muertecita. La madre, dando a la niña un beso en la frente, la colocó lo mismo que en un lecho, la arregló, la cubrió con un lienzo blanco y le dio el último adiós:

—¡Adiós, Cecilia, descansa en paz! Esta misma tarde iremos a reunirnos contigo para estar juntas siempre. Mientras, ruega por nosotras, yo rezaré por ti y por los demás.

Se volvió de nuevo al hombre del carro y le dijo:

—Cuando paséis por aquí en la noche, bajad a recogerme y no a mí sola.

Entró a la casa y pocos momentos después se asomó a la ventana llevando en brazos otra niña más pequeña todavía, viva, pero ya con señales inequívocas de muerte. Se quedó contemplando los míseros funerales de la hija mayor, mientras alcanzó a ver el carro; en seguida desapareció.

¿Qué podía hacer ya sino colocar en el lecho a la niña que le quedaba y acostarse cerca de ella

para morir juntas? ¡Lo mismo que la flor plenamente abierta sobre el tallo cae junto con la florecilla todavía en botón, cuando pasa la

hoz que siega toda la hierba del prado!

ALEJANDRO MANZONI.

UNA CACERÍA FANTÁSTICA

Julián había cruzado el parque, y caminaba con paso nervioso por el bosque, gozando de la blancura del césped y la tibieza del aire.

La sombra de los árboles se extendía sobre el musgo. Alguna vez la luna trazaba en los claros, rayas de plata, y entonces vacilaba en avanzar, creyendo encontrarse en una corriente de agua; y otras, la superficie inmóvil de una charca se confundía con el color de la hierba. Un gran silencio le seguía y por ninguna parte asomaban los animales, que minutos antes había visto errar en torno del castillo.

Cerrábase el bosque, la oscuridad era cada vez más profunda. Pasaban bocanadas de viento cálido, lleno de aromas enervantes. Hundiéndose en montones de hojas muertas, apoyóse contra una encina para alentar un poco.

De pronto saltó a su espalda una masa más negra: un jabalí. Julián no tuvo tiempo de coger su arco, y se afligió de ello como de una desgracia.

Luego, al salir del bosque, divisó un lobo que se escurría a lo largo de un seto. Julián le envió una flecha. El lobo se detuvo; vol-

vió la cabeza para verle y siguió su carrera. Trotaba, guardando siempre la misma distancia, deteníase de tiempo en tiempo, y tan pronto como le apuntaba, otra vez volvía a huir.

De esta manera recorrió Julián una llanura interminable; luego, montículos de arena, y al fin se encontró en lo alto de una meseta que dominaba gran extensión de terreno. Había allí, diseminadas entre unas cuevas en ruinas, muchas piedras planas. Se tropezaba en osamentas de muerto; aquí y allá, cruces carcomidas inclinábanse con aire tétrico. Pero en la sombra indecisa de las tumbas se removían unos bultos, y surgieron las hienas, azoradas, jadeantes. Sonaba el golpe blando de sus uñas al caer sobre las baldosas, y así vinieron hasta él y le olfatearon con un bostezo que mostraba sus encías. Desenvainó el sable, y corrieron a un tiempo en todas direcciones. Con su galope cojo y precipitado, se perdieron a lo lejos tras una ola de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso, con los cuernos en alto y escarbando

la arena con el pie. Julián le clavó su lanza en el pecho por la papada. La junta se quebró, como si el animal hubiera sido de bronce. Cerró Julián los ojos esperando la muerte; pero cuando los abrió, el toro había desaparecido.

Entonces su alma se rindió de vergüenza. Un poder superior destruía su fuerza, y pensando en volver a su casa, penetró de nuevo en el bosque. Las lianas obstruían el paso e iba cortándolas con su sable, cuando una garduña gigantesca resbaló bruscamente entre sus piernas; una pantera dio terribles saltos por encima de sus hombros; una serpiente subió en espiral alrededor de un fresno.

Asomó entre las ramas un grajo monstruoso que le miraba, y por todas partes aparecían infinidad de chispas, como si el firmamento hubiera hecho llover sobre el bosque todas sus estrellas. Eran los ojos de los animales: gatos salvajes, ardillas, búhos, papagayos, monos...

Julián asestaba contra ellos sus flechas; las flechas, con sus plumas, posábanse sobre las hojas como mariposas blancas. Les arrojó piedras; las piedras, sin tocar a nada, volvían a caer. Se maldecía, hubiera querido golpearse, rugía imprecaciones, se ahogaba de rabia.

Y todos los animales que había perseguido se le presentaron formando a su alrededor un estrecho círculo. Unos sentados sobre la

grupa, otros levantados en toda su alzada. Permaneció en medio, helado de terror, incapaz de todo movimiento. Por un esfuerzo supremo de su voluntad dio un paso. Los que se posaban en los árboles, abrieron las alas; los que hollaban el suelo, desplazaban sus miembros, y todos le acompañaban...

Las hienas caminaban delante de él; el lobo y el jabalí, detrás. El toro, a su derecha, balanceaba la cabeza, y a su izquierda, la serpiente ondulaba entre la hierba, mientras que la pantera, arqueando su espalda, avanzaba a grandes zancadas con paso callado. Iba él lo más lentamente posible para no imitarles, y veía salir de la hondura de los zarzales zorros, víboras, puerco-espines, chacales y osos.

Julián se puso a correr; corrieron ellos. La serpiente, silbando; las bestias hediondas, babeando. El jabalí le rozaba los talones con sus defensas; el lobo, la palma de las manos con los pelos del hocico. Pinchábanle los monos, gesticulando; la garduña rodaba junto a sus pies. Un oso le quitó con sus patas el sombrero de un revés, y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en la boca.

Veíase en sus gestos socarrones que se burlaban. Al mismo tiempo que le observaban con el rabillo del ojo, parecían meditar un plan de venganza. Y ensordecido

por el zumbar de los insectos, golpeado por las colas de los pájaros, sofocado por sus alientos, él caminaba con los brazos extendidos y los párpados cerrados, como un ciego, sin tener fuerza siquiera para gritar: "¡Perdón!"

Vibró en el aire el canto de un gallo. Respondieron otros. Era el alba. Al otro lado de los naranjos distinguió la techumbre de su palacio...

GUSTAVO FLAUBERT.

EL TESORO DE LOS POBRES

Había una vez, ya no recuerdo en qué país, dos pobres, tanto, que no poseían nada; pero nada de nada.

No tenían pan que poner en la alacena ni alacena en que poner el pan.

No tenían casa para poner la alacena, ni terreno donde construir una casa.

Si hubieran tenido un poco de terreno, podrían haber ganado con qué construir una casa.

Teniendo casa, hubieran podido colocar la alacena.

Y si hubieran tenido alacena, seguramente que en uno cualquiera de sus rincones hubieran encontrado un pedazo de pan. Pero no tenían ni terreno, ni casa, ni alacena, ni pan: eran verdaderamente pobres.

Lo que más echaban de menos no era el pan, sino la casa.

Porque de pan siempre encontraban algún mendrugo que llevarse a la boca, y a veces, un poco de tocino y hasta un poco de cidra.

Pero hubieran preferido ayunar siempre, sabiendo que tenían una casa donde podrían quemar alguna leña y conversar al lado de las brasas.

Porque lo mejor que hay en el mundo, mucho mejor que comer, es ser dueño de cuatro muros, sin los cuales uno no es más que una bestia errante.

En el camino, por el que iban lamentando su desgraciada suerte, encontraron un pobre gato que maullaba. Era en verdad un desgraciado, tan pobre como ellos, pues no tenía más que la piel pelada sobre sus huesos.

Si hubiera tenido pelos en la piel, sin duda no hubiera sido tan miserable.

Si su piel no hubiera sido tan miserable, seguramente no se le verían los huesos.

Y si hubiera tenido algo más que la piel, sin duda que hubiera sido bastante fuerte para atrapar el alimento.

Pero como no tenía pelos y con

su pobre piel sobre los huesos, era, en verdad, un pobre gato.

Los pobres son buenos y se ayudan los unos a los otros.

Los pobres de nuestro cuento se regocijaron al encontrar el gato, y no pensaron en comérselo; por el contrario, le dieron un poco de tocino que les habían dado a ellos por caridad.

El gato, después de haber comido, echó a andar delante de ellos y los condujo a una vieja choza abandonada.

Había en ella dos asientos y una chimenea, según pudieron ver al entrar, merced a un rayo de luna que desapareció enseguida.

Cuando se encontraron en las tinieblas delante de la chimenea, que la ausencia del fuego hacía más negra todavía, dijeron:

—¡Ah! Si tuviéramos aunque no fuera más que algunos tizones... ¡Hace tanto frío!... sería bueno pasar aquí la noche, al lado del hogar, contándonos historias.

Pero no había fuego en la chimenea, porque, como he dicho, eran dos pobres, tan pobres, que no tenían nada absolutamente.

De pronto, dos ascuas brillaron en el fondo del hogar, dos hermosas ascuas amarillas como el oro.

Y el viejo se frotó alegremente las manos diciendo a su mujer:

—¿Notas ese hermoso calor?

—Sí que lo noto —respondió la vieja— y alargaba las manos hacia el fuego.

—Sopla un poco y el fuego se avivará.

—No —replicó el marido— se acabaría demasiado pronto.

Y se miraron alegres ante aquellos dos tizones, tan relucientes que les hicieron olvidar sus pasadas miserias.

Toda la noche estuvieron al lado de la chimenea con las manos extendidas hacia aquellas ascuas, que relucían como dos luses de oro, y que seguían ardiendo sin consumirse.

Y cuando llegó la mañana, los pobres que habían pasado satisfechos y sin frío la noche, vieron en el fondo de la chimenea al pobre gato que los miraba con sus grandes ojos de oro.

Entonces comprendieron que el reflejo de aquellos ojos era el fuego que los había calentado toda la noche.

Y el gato les dijo:

“La ilusión es el tesoro de los pobres.”

JEAN RICHEPIN.

EL RUISEÑOR Y LA ROSA

—Ha dicho que bailarí conmi-
go si le llevaba unas rosas rojas
—se lamentaba el joven estudian-
te—, pero no hay en todo mi jar-
dín una sola rosa roja.

Desde su nido de la encina,
oyóle el ruiseñor. Miró por entre
las hojas, asombrado.

—¡No hay una sola rosa roja
en todo mi jardín! —gritaba el es-
tudiante.

Y sus bellos ojos se llenaban
de lágrimas.

—¡Ah! de qué cosa más insig-
nificante depende la felicidad. He
leído todo cuanto han escrito los
sabios, poseo todos los secretos de
la filosofía y tengo que ver mi
vida destrozada por falta de una
rosa roja.

—He aquí por fin el verdadero
enamorado —dijo el ruiseñor—.
Le he cantado todas las noches,
aun sin conocerlo; todas las no-
ches repito su historia a las estre-
llas, y ahora le veo. Su cabellera
es oscura como la flor del jacinto
y sus labios rojos como la rosa
que desea; pero la pasión ha tor-
nado su rostro pálido como el
marfil y la pena le ha marcado en
la frente con su sello.

—El príncipe da un baile ma-
ñana por la noche —murmuraba
el joven estudiante—, y mi adora-

da asistirá a la fiesta. Si le llevo
una rosa roja, bailaré conmigo
hasta el amanecer. Si le llevo una
rosa roja la tendré en mis brazos.
Reclinará su cabeza sobre mi hom-
bro y su mano estrechará la mía.
Pero no hay rosas rojas en mi jar-
dín. Por lo tanto, tendré que estar
solo y no me hará caso ninguno.
No se fijará en mí para nada y mi
corazón se desgarrará.

—He aquí el verdadero enamo-
rado —dijo el ruiseñor—. Sufre
todo lo que yo canto; todo lo que
es alegría para mí, para él es pena.
Realmente el amor es una cosa
maravillosa; es más precioso que
las esmeraldas y más caro que los
finos ópalos. Perlas y granates no
pueden pagarlo porque no se ha-
lla expuesto en el mercado. No
puede uno comprarlo al vendedor
ni pesarlo en una balanza para ad-
quirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su es-
trado —decía el joven estudian-
te—. Tocarán sus instrumentos de
cuerdas y mi adorada bailaré a los
sones del arpa y del violín. Baila-
rá tan vaporosamente que su pie
no tocará el suelo; y los cortesa-
nos con sus alegres atavíos la ro-
dearán solícitos; pero conmigo no
bailaré porque no tengo rosas que
darle.

Y dejándose caer sobre el césped, hundía su cara en sus manos y lloraba.

—¿Por qué llora? —preguntó una lagartija verde correteando cerca de él con su cola levantada.

—Sí, ¿por qué? —decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso es, ¿por qué? —murmuró una margarita a su vecina, con una dulce vocecilla.

—Llora por una rosa roja.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué ridiculez!

Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír con todas sus ganas.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció silencioso en la encina, reflexionando en el misterio del amor.

De pronto desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo.

Pasó por el bosque como una sombra y como una sombra atravesó el jardín.

En el centro del parterre se levantaba un hermoso rosal, y al verlo voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal sacudió su cabeza.

—Mis rosas son blancas —contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve de la montaña. Pero ve en busca del hermano mío que crece al

rededor del viejo reloj de sol y quizá él te dé lo que pides.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del reloj de sol.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal sacudió su cabeza.

—Mis rosas son amarillas —respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol; más amarillas que el narciso que florece en los prados, antes de que llegue el segador con su hoz. Pero ve en busca de mi hermano el que crece debajo de la ventana del estudiante y quizá él te dé lo que pides.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja —le gritó—, y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el arbusto sacudió su cabeza.

—Mis rosas son rojas —respondió—, tan rojas como las patas de las palomas; más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas; las heladas han marchitado mis botones; el huracán ha partido mis ramas y no tendrá ya rosas en todo este año.

—No necesito más que una rosa roja —gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

—Hay un medio —respondió el rosal—, pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo —contestó el ruiseñor—. No soy asustadizo.

—Si necesitas una rosa roja —dijo el rosal—, tienes que hacerla con notas de música, al claro de la luna y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón; la sangre de tu vida correrá por mis venas, y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja —replicó el ruiseñor—, y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro de perlas. Dulce es el olor de las nobles espinas. Dulces son las campanillas que se esconden en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida, y ¿qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces desplegó sus alas oscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra y como una sombra cruzó el bosque.

El joven estudiante permanecía tendido sobre el césped, allí donde el ruiseñor lo dejó, y las lágrimas no se habían secado aún en sus bellos ojos.

—Sed feliz —le gritó el ruise-

ñor—, sed feliz; tendréis vuestra rosa roja. La crearé con notas de música al claro de la luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que os pido en cambio es que seáis un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta lo sea, y más fuerte que el poder, aunque éste también lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su aliento es como el incienso.

El estudiante levantó los ojos del césped y prestó atención, pero no pudo comprender lo que le decía el ruiseñor, pues únicamente sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñor que había construido el nido en sus ramas.

—Cántame la última canción —murmuró—. ¡Me quedará tan triste cuando te vayas!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina; y su voz era como el agua reidora de una fuente argentina.

Al terminar su canción, el estudiante se levantó sacando al mismo tiempo su cuaderno de notas y su lápiz del bolsillo.

El estudiante se decía paseándose por la alameda:

—El ruiseñor posee una belleza innegable; ¿pero siente? Me temo que no. Después de todo es como muchos artistas: todo estilo

sin nada de sinceridad. No se sacrifica por los demás. No piensa más que en la música y en el arte; como todo el mundo lo sabe, es egoísta. Ciertamente no puede negarse que su voz no tenga sentido alguno; que no persiga ningún fin práctico.

Y volviendo a su habitación se acostó sobre su jergón y se puso a pensar en su adorada.

Al poco rato se durmió.

Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas.

Y toda la noche cantó con el pecho apoyado sobre las espinas; y la fría luna de cristal se detuvo y estuvo escuchando toda la noche.

Cantó durante toda la noche y las espinas penetraban cada vez más en su pecho y la sangre de su vida fluía de su pecho.

Al principio cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha; y sobre la rama más alta del rosal, floreció una rosa maravillosa, pétalo por pétalo, canción tras canción.

Primero era pálida como la bruma que flota sobre el río; pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora.

La rosa que florecía sobre la rama más alta del rosal, parecía la sombra de una rosa en un espejo de plata, la sombra de la rosa en un lago.

Pero el rosal gritó al ruiseñor que se apretara más sobre las espinas.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor apareció sobre los pétalos de la rosa, lo mismo que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su prometida.

Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco; porque sólo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

—¡Apriétate más, pequeño ruiseñor! —le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó aún más contra las espinas y las espinas tocaron el corazón; y él sintió en su interior un cruel tormento de dolor.

Cuanto más acerbo era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimizado por la muerte, el amor que no acaba en la tumba.

Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Púrpureo como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos.

Su canto se fue debilitando cada vez más. Sintió que algo le ahogaba en la garganta.

Entonces su canto tuvo un último fulgor. La blanca luna le oyó y olvidándose de la aurora se detuvo en el cielo.

La rosa roja le oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío de la mañana.

El eco le condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de su sueño a los rebaños dormidos.

El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

—Mira, mira —gritó el rosal—, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió; yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espigas.

A mediodía el estudiante abrió su ventana y miró hacia afuera.

—¡Qué extraña buena suerte! —exclamó—. ¡He aquí una rosa roja! No he visto una rosa semejante en toda mi vida. Es tan bella que estoy seguro de que debe de tener en latín un nombre enrevesado.

E inclinándose, la cogió.

En seguida se puso el sombrero y corrió a casa del profesor con su rosa en la mano.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta. Devanaba seda azul sobre un carrete, con un perrito echado a sus pies.

—Dijisteis que bailaríais conmigo si os traía una rosa roja —le dijo el estudiante—. He aquí la rosa más roja del mundo. Esta noche, la prenderéis cerca de vuestro corazón y cuando bailemos juntos, ella os dirá lo mucho que os amo.

Pero la joven frunció las cejas.

—Temo que esta rosa no armonice bien con mi vestido —respondió—. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado varias joyas de verdad. Y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—¡Oh! ¡A fe mía que sois una ingrata! —dijo el estudiante lleno de cólera.

Y tiró la rosa al arroyo.

Un pesado carro la aplastó.

—¡Ingrato! —dijo la joven—. Os diré que os portáis como un grosero, y después de todo, ¿qué sois? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que podáis tener nunca hebillas de plata en los zapatos como las del sobrino del chambelán.

Y levantándose de su silla se metió en su casa.

—¡Qué bobería es el amor! —se decía el estudiante a su regreso—. No es ni la mitad de útil que la Lógica porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace

creer a la gente cosas que no son ciertas. Realmente, no es nada práctico, y como en nuestra época todo estriba en ser práctico, voy a volver a la Filosofía y al estudio de la Metafísica.

Y dicho esto, el estudiante, una vez en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

OSCAR WILDE.

A LA PRIMAVERA

¡Oh, primavera! ¡Primavera! Nadie te ha amado como yo.

Tus primeros brotes de hierba tienen para mí más valor que una esmeralda. Llamo a tus anémonas la gloria del año, aunque sepa que más tarde se abrirán las rosas.

Muchas veces vi abrirse las rosas e inclinarse hacia mí, como princesas que me hubieran amado. Pero yo pasaba indiferente. ¡Anémona, hija de la primavera, a ti es a quien yo amo!

Anémona, ante ti me he arrodillado con fervor.

Florece silvestres desprecia-das, os estimo más que al oro, porque sois hijas de la primavera.

Golondrina, te he festejado como al hijo pródigo, porque anuncias la primavera.

Ruega al que está encima de los mundos, que no mande ya que caigan las frías aguas del hielo.

Árbol añoso, te he adorado como una divinidad, y cada primavera cuento tus brotes, como si fueran perlas. Frecuentemente te he rodeado con mis brazos, con más respeto que el del nieto hacia su abuelo. Muchas veces he deseado ser un retoño nuevo salido de tu tronco inmortal, para mezclar mis frondas con las tuyas.

Sé testigo tú de mi amor a la primavera. Te creerán, porque eres digno de respeto como un patriarca.

Intercede por mí y yo verteré el agua sobre tus raíces y curaré con besos tus heridas.

¡Oh, primavera! El viejo árbol implora por mí, y las anémonas, tus hijas de ojos azules, se arrodillan para pedirte que me salves, a mí, que tan tiernamente te amo.

HENRIK WERGELAND.

ANTE LA LEY

Ante la ley hay un guardián. Un campesino se presenta frente a este guardián, y solicita que le permita entrar en la Ley. Pero el guardián contesta que por ahora no puede dejarlo entrar. El hombre reflexiona, y pregunta si más tarde lo dejarán entrar.

—Es posible —dice el portero—, pero no ahora.

La puerta que da a la Ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, el hombre se inclina para espiar. El guardián lo ve, se ríe y le dice:

—Si tanto es tu deseo, haz la prueba de entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda que soy poderoso. Y sólo soy el último de los guardianes. Entre salón y salón también hay guardianes, cada uno más poderoso que el otro. Ya el tercer guardián es tan terrible que no puedo soportar su aspecto.

El campesino no había previsto estas dificultades; la Ley debería ser siempre accesible para todos, piensa él, pero al fijarse en el guardián, con su abrigo de pieles, su nariz grande y aguileña, su barba larga de tártaro, rala y negra, decide que le conviene más esperar. El guardián le da un banqui-

to, y le permite sentarse a un costado de la puerta. Allí espera días y años. Intenta infinitas veces entrar, y fatiga al guardián con sus súplicas. Con frecuencia el guardián mantiene con él breves conversaciones, le hace preguntas sobre su país, y sobre muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y para terminar, siempre le repite que todavía no puede dejarlo entrar. El hombre, que se ha provisto de muchas cosas para el viaje, sacrifica todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste acepta todo, en efecto, pero le dice:

—Lo acepto para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

Durante esos largos años, el hombre observa casi continuamente al guardián: se olvida de los otros, y le parece que éste es el único obstáculo que lo separa de la Ley. Maldice su mala suerte, durante los primeros años temerariamente y en voz alta; más tarde, a medida que envejece, sólo murmura para sí. Retorna a la infancia, y como en su larga contemplación del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de piel, también suplica

a las pulgas que lo ayuden y convengan al guardián. Finalmente, su vista se debilita, y ya no sabe si realmente hay menos luz, o si sólo lo engañan sus ojos. Pero en medio de la oscuridad distingue un resplandor, que surge inextinguible de la puerta de la Ley. Ya le queda poco tiempo de vida. Antes de morir, todas las experiencias de esos largos años se confunden en su mente en una sola pregunta, que hasta ahora no ha formulado. Hace señas al guardián para que se acerque, ya que el rigor de la muerte endurece su cuerpo. El guardián se ve obligado a agacharse mucho para hablar con él, porque la disparidad de estaturas entre ambos ha aumentado

bastante con el tiempo, para desmedro del campesino.

—¿Qué quieres saber ahora? —pregunta el guardián—. Eres insaciable.

—Todos se esfuerzan por llegar a la Ley —dice el hombre—: ¿cómo es posible entonces que durante tantos años nadie más que yo pretendiera entrar?

El guardián comprende que el hombre está por morir, y para que sus desfallecientes sentidos perciban sus palabras, le dice junto al oído con voz atronadora:

—Nadie podría pretenderlo, porque esta entrada era solamente para ti. Ahora voy a cerrarla.

FRANZ KAFKA.

ESTA CALAMIDAD DE LOS ZAPATOS

“Inútil pensar en los zapatos”, decía uno de mis amigos.

Por mi parte, he sido siempre dado a mirar especialmente los zapatos, y a reflexionar sobre ellos. Tengo esta idea extraña: que las cuestiones más arduas podrían expresarse en términos de calzado, y a esto se debe quizá que los zapateros remendones sean tan a menudo filósofos. Probablemente una casualidad me ha proporcionado esta convicción. Gran parte de mi infancia transcurrió en la cocina de un entresuelo; la ventana se

abría sobre un pasillo enclavado, provisto de un enrejado, delante de la ventana de la tienda de mi padre. De modo que, cuando miraba yo por la ventana, en lugar de ver —como los niños de una “educación superior”— la cabeza y el cuerpo de las gentes, sólo veía su base. Y tuve conocimiento de todas las especies de tipos sociales, simplemente por los zapatos. No fue sino más tarde, y no sin estudio, cuando ajusté a estas bases sus cabezas, sus cuerpos y sus piernas.

Acababan de detenerse en la tienda, botines y zapatos (sin duda alguna con gentes encima): finas y presuntuosas botitas de mujer, buenas o malas, unas nuevas y en buen estado, otras fatigadas por la marcha, remendadas o por remendar; zapatos de hombre, corrientes y finos, zapatos de caucho, zapatos de tennis, chanclos. Zapatos amarillos no vi, porque aún no estaban de moda; pero vi zuecos. Los zapatos venían a conferenciar en la ventana, y el desarrollo emocional de estos días se expresaba por la agitación continua y movimiento de los pies.

...Hasta cierto punto, esto puede explicar mi preocupación por los zapatos.

Pero mi amigo opinaba que "no había que pensar en los zapatos".

Era mi amigo un novelista realista, y un hombre abandonado de toda esperanza hasta un grado tal, que no puedo decir a ustedes; alguna sutil enfermedad del alma había terminado por privarlo de toda iniciativa y de toda fe en las cosas del futuro, y trataba de vivir los pocos años de decadencia que le quedaban, en una especie de confort libresco, rodeado de cosas que parecían apacibles y bellas, cuando no se pensaba en las que son penosas y crueles.

Fuimos cruzados por un ferrocarrilero que arrastraba la calle.

"Talón torcido", dije cuando lo hubimos pasado, "y por estos malos caminos pedregosos nadie va

con los pies desnudos." Mi amigo hizo un gesto; hubo un pequeño silencio entre nosotros. Los dos recordamos algo; en seguida, poco tiempo después, cuando reanudamos nuestra charla, hicimos la cuenta de las calamidades de los zapatos, hasta que él no quiso oír más.

Llegamos al acuerdo de que para la gran mayoría de los habitantes de este país, los zapatos son constantemente un manantial de penas, una causa de sufrimientos, de malestar, de molestia, de inquietud. Para formarnos una idea concreta de esto, intentamos estadísticas atrevidas. "En este momento, dije, y en estas islas, de cada diez personas, una sufre por sus zapatos."

Mi amigo pensó que más bien era una de cada cinco.

"En la vida de un pobre hombre, o de la mujer de un pobre hombre, y más aún en la vida de sus hijos, esta calamidad de los zapatos se presenta y se repite cada año y por muchos días."

Hicimos una especie de clasificación de estos males. Existe la calamidad de los "zapatos nuevos":

I. Son hechos de malos materiales, impermeables al aire, y "hacen los pies pesados", como se dice vulgarmente.

II. No son a la medida. Muchas personas compran zapatos ya hechos; no pueden darse el lujo de otros, y con la débil filosofía de

la pobreza, los llevan "para acostumbrarse a ellos". Se siente el pulgar apretado, el meñique oprimido, lo ancho del pie oprimido e inflamado; y como una especie de consecuencia crónica de estas apretaduras, los callos, toda la calamidad de los callos. Los pies de los niños se ponen seriamente torcidos por este método de querer adaptar el ser humano a la cosa; y como resultado de todo esto, muchas gentes tienen vergüenza de presentarse con los pies desnudos. (Tenía yo costumbre de invitar a las personas que venían a visitarme durante los hermosos días de verano, a jugar al tennis con los pies desnudos en la hierba —una cosa deliciosa—; pero me di cuenta que muchos se cohibían con sólo pensar que tenían que enseñar dedos torcidos, callos y otras desgracias por el estilo.)

III. El tercer mal de los zapatos nuevos es éste: mal hechos y de malos materiales, rechinan y hacen un insolente comentario al paso de las personas.

Mas estos males son ligeros en comparación de los que sufren cuando los zapatos han sido usados algún tiempo. Es entonces cuando pellizcan de lo lindo. De estas calamidades de los "zapatos usados", mi amigo y yo, antes de que abandonara la partida, contamos tres clases principales.

I. Existen las diversas especies de irritaciones debidas al frotamiento: la peor, indiscutiblemen-

te, es la del talón, cuando alguna cosa va mal en la caña cerca del talón. Cuando era yo chamaco, debía soportarla días y más días, pues no había zapatos nuevos para mí. Viene después la irritación que se produce cuando el forro interior del zapato se pliega, muy semejante a la que las pobres gentes conocen por medio de calcetines muy zurcidos y de prisa. Y después, está la irritación de los zapatos hechos que se han comprado un poco largos o un poco anchos, para evitar la apretadura y los callos. Al cabo de poco tiempo se forma un pliegue a través de la parte vacía, hacia adelante, y cuando el zapato se entiesa por la humedad o por cualquier otra causa, la base de los dedos es pellizcada. De modo que es inútil todo lo que se haga; no hay escapatoria. Conservo también un vivo recuerdo del frotamiento de los nudos que se hacen para arreglar los cordones que se revientan —pues no siempre puede uno comprar cordones nuevos— y que se hacían sentir por dentro. En fin, el frotamiento de la lengüeta que se dobla.

II. En seguida, las calamidades que provienen del desgaste de la suela. Hay torsión del tobillo, porque no existe ya talón y se experimenta la sensación de que está uno mal de la espalda, cosa que temen no pocas personas. Casi siempre me es penoso ir detrás de las muchachas que van a su tra-

bajo, cuando tienen mucho camino que recorrer para ir y regresar y gastan mucho sus zapatos, porque sus talones siempre están chuecos. Las muchachas deberían siempre ser tan bonitas, que mirar sus pobres pies chuecos, la gracia de su aspecto deteriorada, y adivinar una especie de desviación de su columna vertebral, me pone desolado y me enfurece contra un mundo que las trata así. Por otra parte, están los clavos que salen en los zapatos. Se esfuerza uno valientemente por caminar, con la esperanza de encontrar pronto un rincón aislado y un momento favorable para componer el clavo. Tercero, coloco en este capítulo la suela que se despega. Mis zapatos acababan siempre así; se gastaba primero la parte delantera, y la suela se doblaba de adelante hacia atrás. Al caminar se raspa el suelo; se dan pasos fantásticos para evitarlo; se avergüenza uno horriblemente. Acaba uno por sentarse francamente a la orilla del camino a cortar la suela.

III. Nuestra tercera clase de calamidades fue la de las roturas y los caminos llenos de agua. Son, sobre todo, sufrimientos morales, la humillación de ver esta horrible abertura, por ejemplo, en la parte que cubre los dedos; y hay también que agregar los resfriados, los catarros y una larga serie de consecuencias desagradables. Y hablamos también de la calami-

dad de sentarse a trabajar (como lo hacen tantos estudiantes de Londres los días de lluvia) con zapatos de suelas gastadas o agujeradas que han absorbido agua; y el peligro de pescar un catarro en el camino...

Y mi pensamiento iba de estos ejemplos a otros. Hice un descubrimiento. Yo siempre había censurado a la gran masa de londinenses pobres por no pasar los domingos y días festivos haciendo buenas caminatas que son el mejor de los ejercicios. Me permití decir alguna vez a Margate: "Cómo serán gazzápiros todos estos jóvenes, parados alrededor del kiosco de la música en lugar de irse a pasear por las colinas de Kent"; pero ahora me arrepiento de mis palabras. Sí, grandes caminatas... Sus zapatos les habrían hecho daño y además no habrían resistido. Entonces comprendí todo.

"Mi discurso seguía muy lejos. *Ex pede herculem*, dije, estas calamidades de los zapatos no son sino un ejemplo. Las ropas que llevan las gentes no son mejores que sus zapatos y son mucho peores las casas en que habitan. Pensemos en el triste bagaje de ideas, en los errores y en los prejuicios que han estrangulado a sus pobres espíritus durante su educación. Pensemos cómo debe agobiarlos e irritarlos eso. Si alguien descubriese las miserias de estas cosas... Pensemos, por ejemplo, en los re-

sultados de un mísero alimento, malo, malsano; en los ojos, en los oídos, en los dientes mal cuidados. Pensemos en la cantidad de enfermedades de los dientes."

"Repito, no hay que pensar en estas cosas", gimió mi amigo en una especie de desesperación; y no quiso oír más por nada de este mundo.

Antes de que la desesperación se posesionara de él, había escrito libros repletos de estas mismas cuestiones.

II. Los que no sufren por sus zapatos

Pues bien, no hablaba yo simplemente por causarle enojo; y no he escrito esto simplemente por molestar. Tengo la firme convicción de que todos estos males son males evitables, que está en la posibilidad de los hombres evitarlos.

No todo el mundo sufre por sus zapatos.

Conozco a alguien, otro de mis amigos, que no me dejará mentir, que sufrió todas las calamidades de los zapatos, y que ahora se encuentra exento de ellas, pero no las ha olvidado. Una bella oportunidad, ayudada quizá por cierta habilidad de su parte, lo ha elevado desde la clase que se compra sus zapatos y sus vestidos con lo que le sobra de 25 francos semanarios, hasta aquella que se gasta de 1,800 a 2,000 francos anuales para vestirse. O bien com-

pra zapatos y botines en muy buenos almacenes, o bien los manda hacer; los coloca en un armario conveniente y les prodiga grandes cuidados; de manera que sus botines, sus zapatos, sus pantuflas, ni frotan, ni aprietan, ni rechinan; no le hacen daño, ni lo incomodan, ni lo molestan nunca, y cuando extiende sus pies delante de la estufa, no le hacen recordar que fue un pobre diablo que buscaba su malhadada subsistencia en los desechos del mundo.

Se podría creer que esa persona tiene todas las razones posibles para felicitarse por ser dichosa, al pensar que le han venido días buenos detrás de los malos; pero es tal la rareza del corazón humano, que no está contento. El pensamiento de que tantos otros están mal en materia de calzado, no le causa ninguna satisfacción. Por asociación de ideas, sus zapatos le hacen daño.

La negra ira que experimentó antes al sufrir él mismo, cuando arrastraba tristemente los pies a través de la animación gozosa de los barrios de moda en Londres, con zapatos torcidos que le hacían daño, la experimenta, igualmente viva, hoy que camina a su gusto, pero entre seres que sabe, por una despiadada clarividencia, que sufren de un modo casi intolerable. No tiene la ilusión optimista de que las cosas marchan bien para ellos. Gentes estúpidas que han estado siempre a sus anchas, que han

tenido siempre buen calzado, pueden pensar así; pero él no. Por algo el pensamiento de los zapatos le enfada hoy más que antes. Estaba descontento de su suerte antes; descontento sin esperanza; pensaba que los malos zapatos, los vestidos feos y molestos, las cosas viejas y sucias, entraban en la naturaleza de las cosas. Hoy, si ve un niño que llora y refunfuña y cae sobre el pavimento, o una anciana campesina arrastrarse trabajosamente a lo largo de un sendero, no ve ya en ello la garra del Destino. Su cólera se aviva al pensar que hay locos en este mundo, que se habría debido prever e impedir todo eso. No maldice ya al Destino, sino a la fatuidad de los hombres de Estado y a los poderosos y responsables, que no han tenido ni el corazón, ni el valor, ni el espíritu, para cambiar esta mala organización que engendra estas cosas.

No se crea que insisto sin razón sobre la buena suerte de mi segundo amigo; sí digo que antes estaba siempre sumido en el fastidio y lo asaltaban pensamientos lúgubres, que pescaba catarros a causa de sus malos vestidos, que se avergonzaba por su apariencia repugnante, que sufría por sus dientes mal cuidados, por su alimento mediocre tomado en horas impropias y por la casa sucia, antihigiénica en que vivía, y por el aire pestilente de este barrio de Londres, cosas que, verdadera-

mente, no puede remediar un pobre hombre rendido de trabajo, si no se le ayuda. Hoy todas estas cosas enfadosas ya no le amargan la vida; ha consultado dentistas y médicos, casi no tiene días oscurecidos por los catarros, ni tiene ya enfermedades de los dientes, ni indigestiones. . .

No he tenido la intención de referir la buena suerte de este hombre feliz. Mi objeto fue demostrar que las calamidades de los zapatos no son una maldición inevitable, arrojada sobre la Humanidad. Si algunos han podido escapar de esas miserias, los demás lo pueden también; y serían completamente suprimidas si se propusiera uno hacerlo. Si uno sufre, o lo que importa más a la mayoría de los hombres, si algún ser que amamos sufre por sus zapatos que le hacen daño o porque son muy feos, y si no podemos remediarlo, es sencillamente que nos tocó en suerte el lado malo de un mundo mal arreglado. No es ésta la suerte de todos.

Lo que afirmo de los zapatos, se puede decir de todas las demás pequeñeces de la vida. Si nuestra mujer pesca un catarro porque sus zapatos son demasiado delgados para la estación, o no puede salir a la calle por estar muy mal trajeada; si nuestros hijos se afean a causa de las malas digestiones, o sufren por los vestidos sucios, viejos y fuera de su medida; si estamos de mal humor y dispuestos

a reñir con cualquiera por falta de distracciones inteligentes y de cambios de ambiente, no debemos aceptar la broma insulsa de que todo se reduce a que nos tocó la parte sombría de la Humanidad. Los seres amados viven en un mundo mal arreglado, cuya parte mala les ha correspondido, y todas sus desgracias son la prueba diaria de ello.

No se diga "así es la vida". No se crea que esas miserias sean el resultado de una maldición original irremediable. Todos podemos tener la prueba de lo contrario. Hay gentes, no más merecedoras que otras, que no sufren nada. Podemos pensar que no merecemos sino una vida mísera y triste en la que los zapatos nos harían siempre daño; pero, ¿los pequeños, los jóvenes y toda esta multitud de paupérrimas y honradas gentes, no merecen algo mejor?

III. Aquí cabe una discusión

Ahora supongamos que alguno discute lo que voy a decir. Supongo que nadie discutirá mi aserto de que una gran parte del sufrimiento en nuestro mundo civilizado (no digo todo, sino sólo una gran parte) proviene del conjunto de miserables insuficiencias, cuyo más simple ejemplo he tomado en la calamidad de los zapatos. Pero creo que muchas gentes estarán dispuestas a afirmar que estos sufrimientos son inevitables. Dirán

que es imposible que todo el mundo tenga lo mejor; que de todas las cosas buenas, inclusive el buen cuero y los buenos zapatos, no hay suficiente para todo el mundo; que las clases bajas no deberían quejarse de su vida miserable e incómoda, sino estimarse felices siquiera con vivir, considerando lo que son, y que no es bueno rebelarse contra lo que no se puede cambiar ni hacer mejor.

Estos argumentos no pueden desecharse con un ademán; es muy cierto que todo el mundo no puede tener lo que hay de mejor; está en la naturaleza de las cosas que algunos zapatos sean mejores y otros menos buenos. A algunas personas —sea por pura casualidad, sea por fuerza de voluntad— les tocarán zapatos superiores en calidad, el cuero más fino y el corte más elegante. Nunca he negado esto. Nadie sueña con un tiempo en que todos tuvieran zapatos absolutamente iguales; no predico una igualdad tan infantil y tan imposible. Pero hay diferencia entre reconocer la necesidad de cierta variedad pintoresca e interesante en cuestión de zapatos y admitir que la mayor parte de las gentes no pueda esperar nada mejor que ser calzada de manera a menudo incómoda, penosa, malsana, o repugnante a la vista. Existe suficiente buen cuero en el mundo para hacer bonitos y buenos zapatos para todos los que tengan necesidad; hay muchos

hombres desocupados y bastante fuerza y máquinas para hacer todo el trabajo necesario; bastantes inteligencias sin empleo para organizar la fabricación de los zapatos y su distribución a todo el mundo. ¿Dónde está el obstáculo?

Propongamos la cuestión de otro modo. Tenemos por una parte (se puede considerar, no importa qué lugar "chic" de la Gran Bretaña) gentes calzadas mal, incómoda y penosamente, con zapatos viejos, podridos, horrorosos; y por otra parte, inmensas extensiones de terreno en el mundo con posibilidades ilimitadas para criar ganado y obtener cuero, y muchas gentes que, sea porque poseen fortuna o por efecto de una crisis en los negocios, están de ociosas. Y nosotros preguntamos: ¿por qué no poner a gentes a la obra para hacer y distribuir los zapatos?

Imaginemos que nosotros mismos tratamos de organizar algo de esta especie de "Empresa de los Zapatos Gratuitos", y consideremos las dificultades que encontraríamos desde luego. Primero buscaríamos cuero. Imaginémonos partiendo para la América del Sur, por ejemplo, en busca de cuero; para comenzar por el principio nos ponemos a matar y a desollar una punta de ganado. Seremos inmediatamente combatidos y nuestro primer obstáculo se presenta en la forma de un hombre que nos dice que el ganado y el cuero

son de su propiedad. Explicamos que hay necesidad de cuero para gentes que no tienen zapatos en Inglaterra. Él replica que le importa un comino lo que queremos hacer: antes de tomar el ganado tenemos que comprárselo porque es su propiedad privada el cuero, el ganado y la tierra donde éste discurre. Le preguntamos lo que quiere por su cuero y nos dice franca y precisamente lo que pretende sacarnos. Si por casualidad es persona de una suavidad de carácter completamente excepcional, podremos tal vez discutir; podremos exponerle que este proyecto de dar a las gentes excelentes zapatos, es magnífico, pues pondrá fin a muchas calamidades humanas. Me atrevo a suponer que simpatice con nuestro generoso entusiasmo; pero en lo que lo encontraremos firme como una piedra, es en su resolución de sacarnos por su cuero todo lo que podamos pagar con el máximo de esfuerzo.

Supongamos ahora que le decimos: "¿Pero cómo ha llegado usted a poseer este suelo y este ganado, conservándolos y sacándoles provecho, viviendo entre las gentes que tienen necesidad de ellos?" De dos cosas, una: o bien se perderá en una vana palabrería o, lo que es más probable, se molestará y rehusará contestar. A pesar de nuestras dudas en cuanto a la justicia de su propiedad, podríamos admitir que merece al-

gún salario razonable por el cuidado material que ha tenido del terreno y del ganado; pero los ganaderos son una raza violenta y brutal, y es dudoso que pudiéramos salir bien librados con nuestra proposición de un "salario razonable". Estaremos obligados a comprarle el cuero a buen precio, si es que queremos proseguir nuestro proyecto. (Él buscará la manera de sacarnos todo lo más que pueda.)

Bien, ahora tendríamos que traer este cuero, y para eso sería necesario expedirlo por ferrocarril y en un buque y otra vez encontraríamos gentes, sin deseo ni voluntad de ayudar en nuestro proyecto, obstruccionando nuestro camino, resueltos a sacarnos hasta el último centavo, en el curso de nuestra empresa de proporcionar buenos zapatos a todo el mundo. Nos encontramos con que el ferrocarril es una propiedad privada, con uno o varios propietarios, y que ninguno de ellos estará satisfecho con percibir un simple salario proporcional a sus servicios. Ellos también estarán decididos a exigir hasta el último centavo. Si hiciéramos investigaciones sobre la cuestión, encontraríamos seguramente que los verdaderos propietarios del ferrocarril y del buque son compañías de accionistas, y que el provecho arrebatado en esta etapa de la empresa de los zapatos para la gente pobre, va a llenar las arcas de ancianas damas

en Torquay, del manirroto en París, de "gentlemen" bien calzados de los clubes de Londres, todos, especies de gentes "chic"...

He aquí, por fin, nuestro cuero en Inglaterra; ahora queremos hacer calzado con él. Lo llevamos a un centro de población, invitamos a los obreros a venir, instalamos talleres y máquinas en un terreno ocupado, y nos lanzamos en una febricitante y generosa industria, a hacer zapatos... ¿Lo logramos? Pronto un propietario se adelanta, reclama este terreno como su propiedad, exige por el alquiler una suma enorme. Y descubrimos que nuestros obreros no pueden tener casa, a menos de pagar también un alquiler, cada pulgada del país es la propiedad de alguno, y un hombre no puede cerrar los ojos durante una hora sin el consentimiento de algún propietario. El alimento que comen nuestros zapateros, los vestidos que llevan, han pagado todos tributo y beneficio a propietarios de la tierra, de carros, de casas, tributo sin fin, y muy superior al justo salario del trabajo que ha sido ejecutado por dichos propietarios.

Podríamos continuar así; mas, comenzamos a ver ahora una parte por lo menos de las razones por las cuales no todos tienen buenos y confortables zapatos. Habría bastante cuero, y ciertamente hasta bastante fuerza de trabajo e inteligencia en el mundo para organizar eso y una multitud de otras

buenas empresas. Pero la institución de la propiedad de la tierra y de los productos naturales, el obstáculo de estas reclamaciones que nos impiden emplear el suelo, o transportar el material que es preciso comprar a precios exorbitantes: he aquí lo que obstruye el camino. Todos estos propietarios se pegan como parásitos a nuestra empresa, en cada nueva etapa; y cuando llegáramos a tener buenos zapatos hechos en Inglaterra, nos daríamos cuenta de que cuestan alrededor de 25 francos el par, un precio muy superior a los medios de que disponen la mayoría de las gentes. Y no se me tachará quizá de una imaginación demasiado extravagante, si confieso que, cuando pienso en todo eso y miro en la calle los zapatos de las gentes pobres, y los veo rotos, deformados y completamente feos, me parece ver también una cantidad de pequeños fantasmas de propietarios del suelo, de propietarios de todas clases, moviéndose como sanguijuelas sobre sus pobres, cansados y heridos pies, acaparando mucho y no produciendo nada y constituyendo la sola y verdadera causa de todas estas calamidades.

Ahora bien, ¿es esto algo necesario e inevitable? Es nuestra pregunta. ¿No hay ningún otro medio de arreglar las cosas, que dejar a estos propietarios exigir lo que reclaman y que absorban la vida de la comunidad del pueblo,

las comodidades, la felicidad? Naturalmente que no sólo los zapatos son insuficientes y malos por causa de ellos. Las exigencias y los beneficios del propietario de la tierra y del propietario de inmuebles, son los que hacen nuestras casas tan feas, lóbregas y caras, los que hacen nuestras carreteras y ferrocarriles tan sombríos y tan incómodos, los que carcomen nuestras escuelas, nuestros vestidos, nuestros alimentos: los zapatos no han sido sino un sencillo ejemplo de un mal universal.

Pues bien, hay muchas gentes que afirman que hay algo mejor, y que el mundo podría ser infinitamente mejor desde todos estos puntos de vista, más feliz de lo que ha sido hasta hoy, negando que existe la propiedad privada, para todas las cosas universalmente necesarias. Dicen que es posible que el suelo sea valorizado, y que sean producidas las cosas comunes y necesarias como el cuero y los zapatos hechos y desempeñada una serie infinita de otros muchos servicios de utilidad general, no para el provecho particular de los individuos, sino para el bien de la comunidad. Proponen que el Estado desposea de la tierra, de los ferrocarriles, de los buques, y de otras muchas y grandes empresas, a sus propietarios, que no usan de ellas sino para extraer de la comunidad del pueblo los medios de hacer estériles gastos privados: y administrarlas ge-

nerosa y valientemente, no para obtener provecho, sino para prestar un servicio. La idea de sacar provecho es considerada como la verdadera raíz del mal. Los socialistas son los únicos que abrigan

la esperanza de llegar a un cambio en el desorden actual, cuyo símbolo típico es esta indecible angustia de los zapatos.

H. G. WELLS.

EL VISITANTE

Tú no lo sabes, te habrían distinguido de momento en lo alto de la calle. Me pregunto aún qué vestido llevarías. Pero bajo tu brazo izquierdo guardabas una camisa de franela envuelta en un periódico. Te la darían por el camino y tú la aceptaste. No tendrías pan en los bolsillos, porque tu sistema era, sí, sentarte en casa de la gente, a su mesa. Una bolsa de cuero es algo muy pesado, y los que llevan maletas no quieren deshacerse de ellas. Por otra parte, no tenías nada para poner dentro.

Habrían adivinado todo aquello al primer golpe de vista. Tú preguntabas el camino en una de las casas del pueblo. Te iban a descubrir pronto. Cada uno te clasificaría según su propia ciencia. Un niño diría:

—Madre, este señor lleva una barba larga.

Y la madre le habría respondido:

—Y tiene un aire pacífico.

Entonces llegabas a nuestra casa. Mi madre te abriría la puer-

ta. Inmediatamente te hubieras puesto a referirnos tu historia:

—En verdad, señora, acabo de llegar a pie de Moulins. He pasado por Bourbou y luego me perdí en el bosque. Acabé por encontrarme en Gennetines. Allí los almadreñeros me han dicho: "Mira, el primer pueblo que encontrarás es Cerilly. Puedes hacer alto en casa de algún almadreñero, por ejemplo, en la Cruz Blanca. Los almadreñeros son buena gente." Rieron, me ofrecieron un vaso de vino blanco, pero no acepté. "No me gusta el vino, señora."

Y mi madre te habría contestado:

"He oído hablar tanto de usted que casi le hubiera ya adivinado. Nació por Navidad, me acuerdo porque lucía una magnífica estrella."

Y mi padre, habiendo oído tu voz, acudiría al punto, casi sin tiempo para dejar la herramienta. Y sin saber que eras el Hijo de Dios, habría dicho:

—Oh, yo conocía al padre de

usted. No sé por qué han contado que era carpintero: era aserrador de tablones. Una vez yo atravesaba el bosque con un cochecito que tiraba mi asno. El padre de usted trabajaba con otro hombre, muy cerca del camino. Yo bajé del coche y hablamos largo rato.

Y mi madre añadiría enseguida.

—Bien podrías haber dejado la herramienta para contar todo esto.

Tú te habrías reído. Mientras, ella proseguiría:

—Pero, señor. No atino en nada. Primero debe usted tener sed y luego tal vez hambre también.

Y tú habrías respondido:

—En verdad, señora, que soy hábil para descubrir fuentes. Pero no tenía sed. A lo largo del camino he visto mucho trigo. Los campos son tan hermosos que no se piensa en el esfuerzo: diríase que la tierra produce directamente el pan blanco. No, señora, es que tengo los pies un poco lastimados. He andado desde la madrugada cuarenta kilómetros.

Sólo algunos días más tarde se nos habría ocurrido: “Debíamos haber bajado el sillón del cuarto de arriba, para que descansara mejor.”

Cuando el mantel fuera puesto sobre la mesa, tú habrías dicho:

—Pero, señora, no se tome tanta pena...

Te aseguro que habrían puesto un mantel. Y que la madre añadiría:

—Es cierto, no tengo gran cosa para ofrecerle. En fin, tal vez encontraremos una tortilla, ensalada y un poco de queso. Pero aguarde un momento: voy a buscar algún embutido.

Tú te habrías resistido:

—Nada de esto, señora. Si hubiera sabido que os iba a molestar de tal manera, no me habría detenido entre vosotros.

A pesar de todo hubiera ido por unos embutidos:

—Está usted cansado y le conviene comer algo sustancioso y reconfortante.

Y mi padre proseguiría:

—Decía usted, a poco de entrar, que no le gustaba el vino, aun cuando no le gustase, debe tomar algo porque nos da mucha fuerza.

—Pero si es que ya estoy acostumbrado a la miseria. ¿Creéis que en todas partes me atienden como lo hacéis vosotros?

Y habríamos quedado muy contentos.

Tú comerías abundantemente, pero sin glotonería y sólo como para librarte del hambre. Y como te gustaba hablar, nos habrías dicho:

—Ya lo veis, el ideal de hoy ya no es el ideal de un joven de Balzac, a quien le faltaba gloria, fortuna y amor. Por lo que hace al amor, no os diré más que una palabra: creedme, el amor no se recibe, se da. Por otra parte, mirad, Satanás me tentó ya por tres ve-

ces. Llevaba muchos días sin comer. Entonces fui a dar con él, porque sigue a los que pasan hambre. Y me dijo: "Si eres el Hijo de Dios ordena a esta roca que se torne pan." Y le respondí: "¿Y qué dirán de mí los que no tienen el poder de tornar las piedras en pan?" Luego me condujo a la cima del Puy-de Dôme. Desde allí se divisa toda Francia. Y me dijo: "Si te prosternas ante mí, te haré su rey." Entonces, sólo de pensarlo, me ref. Después me mostró un precipicio y me dijo: "Si eres el Hijo de Dios, tírate por aquí abajo, pues está escrito que ordenará a sus ángeles que vengan a salvarte en sus brazos." Y le respondí: "¿Ignoras que yo he venido al mundo para ser un hombre como los demás?"

Luego he pensado mucho en la realeza. No, sabedlo bien, no pertenezco a la raza de los ricos. Mirad, he aquí una pequeña anécdota: estoy cierto que os reconoceréis en ella. Conocí en París a un escritor pobre y tenía por costumbre andar diciendo: "Eso ya hace mucho tiempo que dura." Un día se le presentó un negocio: uno de sus libros iba a reportarle algunos miles de francos. Y se ejercitaba en la idea de hacer un viaje y en la de abandonar el despacho donde estaba empleado. Al cabo de algún tiempo vino a suceder que se frustró el negocio. Alguien le dijo: "Qué disgusto debe haber tenido usted." Y respondí:

"Ah, no lo crea, señor, usted no puede comprender qué alegría profunda y como orgánica me ha sobrecogido. Me pareció que dos manos asían de mí y me volvían a los de mi raza." Además, conocí un obrero que ganaba mucho. Y que andaba diciendo: "No me envidiéis. Si me da la gana tomo un coche, como en abundancia, fumo cigarros de treinta y cinco céntimos. ¿Queréis que os confiese la verdad? No he logrado encontrar el equilibrio. Toda la vida me hago el efecto de un obrero descentrado."

Habrías dicho todas estas cosas sin detenerte, como en un movimiento de charla. Se hubiera podido pensar: "¡Ah, cuándo los hijos de los obreros tendrán educación!" Hay un hijo del notario que es coronel, pero oíd cómo se expresa. Es más entendido que un general. Aquel otro tiene una condecoración pero es sencillito, muestra tanta llaneza...

Y todo ello nos habría devuelto a la cuestión importante. Mi padre te preguntaría:

—¿Es usted verdaderamente el Hijo de Dios?

Y tú responderías:

—Sí, lo soy.

Habrías bajado los ojos y enrojecido modestamente.

En ese momento mi hermanita y yo llegaríamos de la escuela. Tú nos hubieras dicho:

—¡Oh, los dos pequeños! Ven a mí, Luisín; ven, Luisita...

Porque ya sabías nuestro nombre.

—Venid, os abrazaré a los dos.

Y nos habrías abrazado y besado en la frente. Todo el resto de mi vida hubiera sido yo un genio. Tal vez sería yo quien escribiera los Evangelios.

Hasta llego a creer que tú habrías hablado de eso:

—Mi buen muchacho, si eres bueno y te aplicas mucho en la escuela, cuando seas grande te emplearé en escribir mis Evangelios.

Me habrías evitado muchos pesares. Desde el primer momento hubiera tenido una hermosa tarea para llevar a cabo. Y además, ¡el tema me hubiera gustado tanto!

Entonces me habría sentado en una sillita sin ningún miedo. No me atrevería a separar mucho los brazos y las piernas, porque los niños tenemos siempre miedo a excedernos, de no ser lo bastante comedidos. ¿Sabes lo que voy a decirte? Sé muy bien que te querremos por tu corazón, y que es algo como un amor por correspondencia, pero yo hubiera referido cómo eras tú. Y te miraría tanto, que no me hubiera sido preciso volverte a ver. Tu barba era rubia, se diría que iba bajando según el declive, y que no la llevabas cuidada, sino tal como te salía. No te parecías a las pinturas que vemos, donde para ser tú mismo tienen que cuidarte la cabeza. Pero tus ojos... Existen ojos activos, cuya mirada parece salir,

vigilarnos, mondarnos, como que nos hace caminar ante ellos. No eran así. Tus ojos existían en ti, distinguíamos su doble ventana, formaban parte de tu casa, y nosotros tratábamos de acercarnos a ellos, como para ver en su interior. Y así es como te apoderabas de los hombres. Tus ojos comunicaban directamente con tu corazón, los distinguíamos enseguida, y ya no podíamos apartarnos. Bien lo sabes, en tu país de Oriente, existen unos frescos licores, que en cuanto has mojado en ellos los labios, ya no puedes defenderte, y de sorbo en sorbo los has de apurar hasta que no queda una gota. Así era lo que pasaba con tus ojos.

Tus mejillas tenían un rojo de ladrillo, a causa del aire libre, y los huesos de tu cráneo estaban bien soldados. Tenías verdaderamente el aire del hijo de un carpintero.

Y yo te habría mirado para retenerte en mi memoria, con pensamientos como éste: "Un poco más, porque casi me iba a olvidar cómo eran sus manos." Y te hubiera pintado hasta en tu carne.

No habría necesitado ser una mujer para sentir deseos de derramar perfumes en tus cabellos.

Siguiendo la charla, habrías dicho cosas como éstas:

—No es necesario estudiar la cuestión. A ojos cerrados, yo sé muy bien que son los pobres los que tienen razón.

Y como te fijabas en todo, y como te interesabas también por los niños, habrías notado que te escuchaba. Y te referías a eso:

—Compañerito, es preciso escuchar mucho a los demás.

Y de súbito, tú que no haces frases, y que no preparas tus efectos, habrías añadido:

—Y ahora que digo de escuchar, me parece que hace mucho rato que estoy hablando. Ya veis, no me aburro con vosotros, pero es preciso que me marche. He de pasar aún por la selva para ver a los leñadores. Es preciso que les encuentre cuando terminan el trabajo. Tengo muchas cosas para decirles.

Y como eras ya para nosotros un personaje importante, obediéndote, no intentaríamos ~~rete-~~nerne. Entonces te marchabas, pero ya habías estado con nosotros.

Lo que pasó después no podría recordarlo exactamente. Tal vez

nos quedamos sentados los cuatro alrededor de nuestra mesa. Tú eras el declive natural de nuestras almas.

Un hermoso día, tras un silencio, sin que ninguno de nosotros hubiera hablado especialmente de ti, tal vez mi padre diría:

—No comprendo por qué tienen tantas cosas que reprocharle. Todo cuanto dijo era perfectamente cabal y lleno de justicia.

Más luego, al acordarnos de tus palabras, habríamos llegado a comprenderlas. Y como nos lo dijiste todo de golpe, algunas veces nos hallaríamos confusos ante las cosas. Pero esto no iba a durar mucho:

Tú has dicho: “Yo no soy el Consolador, pero os envío al Consolador.”

¿No era así como lo entendías?

CHARLES LOUIS PHILIPPE.

EL QUE HABLABA A LAS PIEDRAS

Estoy de nuevo con mi amigo el parálítico. Sonríe de su manera particular:

—Usted no me ha contado nada de Italia...

—¿Esto quiere decir que debo recuperar lo más pronto posible el tiempo perdido?

Ewald inclina la cabeza y cie-

rra ya los ojos para escucharme. Comienzo entonces:

—Lo que nosotros sentimos como primavera, Dios lo ve pasar sobre la tierra como una breve sonrisa fugitiva. Parece entonces que recuerda algunas cosas; hablaré de ella a todos en el verano, hasta que se vuelva más sabia en

el gran silencio del otoño, cuando se confíe a los solitarios. Todas las primaveras que usted y yo hemos vivido no bastan para llenar un segundo de Dios. Para que Dios se dé cuenta de ella, la primavera no debe limitarse a los árboles y a las praderas. Hace falta que se vuelva de algún modo poderosa en el corazón de los hombres, porque se desenvuelve entonces no sólo en el tiempo, sino en la eternidad y en presencia de Dios.

Un día en que esto sucedió, las miradas de Dios suspendieron su vuelo oscuro sobre Italia. Allá abajo, en el claro país, el tiempo brillaba como el oro. Pero oblicua como un camino sombrío, se extendía la sombra pesada y negra de un hombre de anchas espaldas. Delante de él y a lo lejos, la sombra de sus manos que trabajaban se agitaba inquieta y sobresaltada, tan pronto sobre Pisa como por encima de Nápoles, para perderse luego sobre el incierto movimiento del mar. Dios ya no pudo apartar sus ojos de esas manos que primero le parecieron juntas en una plegaria. Pero la plegaria que surgía de ellas las separaba ampliamente. Y hubo un largo silencio en los cielos. Todos los santos siguieron las miradas de Dios y contemplaron la sombra a la mitad de Italia, y los himnos de los ángeles se detuvieron en sus labios, y las estrellas temblaron con miedo de haber cometido una fal-

ta, esperando humildes el reproche de Dios. Pero nada de esto sucedió. Los cielos se abrían con toda su anchura sobre Italia, de manera que Rafael apareció en Roma de rodillas y el bienaventurado fray Angélico de Fiésole estaba de pie en una nube con aspecto regocijado. Muchas plegarias se pusieron en camino entre la tierra y el cielo, pero Dios no escuchaba más que una: el vigor de Miguel Ángel llegaba hasta Él como un aroma de viñedos. Y Dios aceptó que ocupara todos sus pensamientos. Se inclinó más todavía, hasta situar al hombre que trabajaba. Miró por encima de sus hombros las manos que escuchaban a lo largo de las piedras y sintió un miedo repentino: ¿Tienen alma las piedras? Y he aquí que las manos despertaban y se ponían a buscar entre la piedra como en una tumba donde vacila una voz débil y moribunda. Dios gritó angustiado:

—Miguel Ángel, ¿quién está en la piedra?

Miguel Ángel aguzó el oído y sus manos temblaron. Luego respondió con voz sorda:

—Tú, Dios mío. ¿Quién más podría ser? Pero no puedo llegar hasta ti.

Dios comprendió entonces que también Él estaba en la piedra y se sintió inquieto y oprimido. Todo el cielo no era más que una piedra y Él estaba encerrado en el centro esperando que las ma-

nos de Miguel Ángel lo desataran. Las sentía venir, pero muy lejos. Entre tanto, el maestro se había inclinado otra vez hacia su obra. Y pensaba obstinado:

Eres un bloque pequeño, y otro que no fuera yo apenas podría hallar un hombre dentro de ti. Pero aquí un indicio de espalda: Es el hombro de José de Arimatea. Aquí se inclina María: siento sus manos temblorosas que sostienen a Jesús, nuestro Señor, que acaba de morir crucificado. Si estos tres tienen espacio suficiente en este trozo de mármol ¿cómo no iba yo a hacer surgir de la cantera toda una raza dormida? Y con amplios golpes libertó las tres figuras de la *Pietà*. Pero no apartó por completo el velo de piedra de sus rostros, como si temiera que la profunda tristeza pudiera posarse sobre ellas — se posara sobre sus manos, paralizándolas. Por eso iba sin cesar de piedra en piedra. Pero cada vez renunciaba a dar a una frente su claridad más plena, y a un hombro su curva más pura, o cuando formaba una mujer, nunca puso en sus labios la última sonrisa por miedo a que su belleza fuera de pronto traicionada.

Por aquel tiempo esbozó la tumba de Julio de la Róvere. Quería erigir una montaña encima del papa de hierro y crear toda una raza para poblarla. Agitado por múltiples proyectos oscuros iba de un lado a otro en sus canteras. Por encima de la aldea miserable

se elevaba rígida la pendiente. Bordeadas de olivos y de piedras rotas aparecían hendiduras frescas, como en un gran rostro pálido bajo una cabellera envejecida. Largo tiempo quedó Miguel Ángel arrobado ante aquella frente sepultada. De pronto, percibió bajo el velo de piedra dos ojos inmensos que lo contemplaban desde el bloque y sintió que él mismo crecía bajo la influencia de esa mirada. Erguido sobre la tierra, sintió que desde la eternidad había sido el vecino fraterno de la montaña. El valle retrocedía bajo él como detrás de un hombre que asciende sin cesar: las aldeas se apretaban unas contra otras como rebaños, y el rostro de roca le parecía más próxima y familiar bajo sus velos de piedra blanca. Percibía una espera inmóvil, y sin embargo al borde del movimiento.

Miguel Ángel se puso a reflexionar:

—Nadie puede romperte a golpes porque eres Uno.

Pero luego elevó la voz:

—Quiero acabarte. Tú eres mi obra...

Volvió el rostro hacia Florencia. Miró una estrella y la Torre del Domo y alrededor de sus pies, la tarde.

Al llegar a la Puerta Romana dudó de pronto. Las dos hileras de casas se extendían como arboledas y se apoderaron de él, arrastrándolo hasta la ciudad por ca-

lles cada vez más estrechas y crepusculares. Cuando llegó a su casa, se sintió entre dos manos oscuras a las que ya no podía escapar. Huyó hasta la sala y de allí al cuarto donde le gustaba escribir y que no tenía más de dos pies de largo. Los muros de la pieza se apretaron sobre él como si lucharan contra su desmesura, devolviéndolo a una forma antigua y limitada. Y él se sometió. Se puso de rodillas y se dejó formar por las paredes. Humilde, sintió la necesidad de ser pequeño y una voz vino a él:

—Miguel Ángel, ¿quién está en ti?

En su cámara estrecha, el hombre hundió la frente entre las manos y dijo en voz baja:

—Tú, Dios mío, ¿quién sino tú?

Entonces el espacio se agrandó alrededor de Dios, que pudo levantar libremente su rostro inclinado hasta entonces sobre Italia. Miró en torno: con sus mantos y mitras, los santos estaban de pie y los ángeles iban y venían transportando sus cantos como ánforas de agua resplandeciente, en medio de las estrellas sedientas. Y los cielos eran sin fin.

Mi amigo el paralítico levantó los ojos y siguió, a través del cielo, las nubes de la tarde.

—Entonces... ¿Dios está allí?

Me quedé callado. Luego me incliné hacia él:

—Ewald, ¿estamos usted y yo aquí?

Y nos dimos la mano con emoción.

RAINER MARIA RILKE.

LAS HUELLAS DEL ALMA

El alma se expresa en la palabra y en el gesto, pero, además, se imprime en la obra. El gesto y la palabra dicha se volatilizan, y queda del alma que fue sólo la obra y la palabra escrita. Son sus huellas, sus presiones sobre la materia, llenas de significación. No es desdeñable enseñanza que la materia, lo más opuesto al alma, sea la encargada de hacer pervivir a ésta. El resto del espíritu que

no ha logrado materializarse se evapora.

Para penetrar en un alma tenemos que inclinarnos sobre la materia y arrastrar sus huellas como para dar caza a un animal fugaz. El alma tiene la facultad de impregnar la materia en torno; no puede llegarse a ella sin darle alguna forma que sale de su propio fondo, que es su íntima emanación. Estas conformaciones o de-

formaciones son la confesión perdurable que la espiritualidad deja, como prenda de su fluido ser, en nuestras manos.

Y sería un error creer que, de esos dos medios de manifestación duradera que el alma posee —la palabra escrita y la obra—, es aquélla la que nos revela los mayores secretos. En la palabra, ciertamente, se propone el alma exteriorizar algo de sí misma; por esto decimos que se expresa. En la obra no se propone nada parecido, sino simplemente producir un objeto útil o grato: la morada, la espada, la estatua. Pero es el caso que esos objetos pueden tener formas innumerables, y al preferir una el alma y excluir las demás, nos revela, sin sospecharlo, un secreto profundo de su ser, más profundo que todo lo que pudo decir con sus palabras. Advuértase que aquellas convicciones y sentimientos que forman el estrato último de nuestra persona son para nosotros de tal modo evidentes, constituyentes supuestos tan primarios de nuestra vida, que ni siquiera reparamos en ellos, y me-

nos puede ocurrírse nos comunicarlos. Se dice sólo lo que nos parece diferencial, lo que varía, lo que en algún sentido es cuestionable, lo que acontece sobre ese fondo último de actitudes y creencias. Pues bien, estos secretos últimos son los que avienta el alma cuando no pretende expresarse sino que, indeliberadamente, prefiere unas formas a otras, en los instrumentos, en las artes, en las instituciones. Más aún que la expresión en la palabra, es sincera e indiscreta la impresión en la obra. La única ventaja de la palabra es que es más clara, circunscribe más estrechamente su significado. La obra es un lenguaje más vago tal vez, por lo mismo que enuncia las más vastas confesiones. De todas suertes, el alma de un pueblo antiguo sólo es inteligible cuando se confrontan sus palabras y sus obras. La civilización entera de la raza se presenta a nuestros ojos como una innumerable gesticulación, como un amplísimo lenguaje.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

LA COPA VOLCADA

La luna penetra en los bosques oscuros y su tenue luz se refleja en las ondas del río. La montaña tiende su sombra sobre el viejo castillo.

El castellano, lleno de dolor, vela. Su esposa yace en su féretro. Él sufre mucho en esa larga noche. Su cabeza, que arde, se inclina cansada y la aflicción empaña sus ojos.

Pasó el tiempo. Una noche salió solo del castillo. La luna parecía seguirlo a través del ramaje del bosque. Era primavera y el rocío brillaba como menudas perlas sobre la hierba y las piedras enmohecidas.

De pronto vio un círculo luminoso sobre el terreno florecido. Había encontrado la morada de los elfos. Su sangre corría veloz cual el río en el valle y su corazón palpitaba fuertemente.

¿Quién sale de la fuente?
¿Quién lo llama en aquel sitio donde la primavera duerme?...

Es el hada de la fuente, que tiene las mejillas y los brazos tan blancos como la nieve cuando brilla al despuntar el día.

Con su hermoso brazo levanta una copa llena de agua encantada

y dice: ¡El olvido traerá nueva alegría y curará tu dolor!

El castellano permanece inmóvil en el bosque sombrío y perfumado, contemplando a la hermosa hada...

De súbito resonó dentro de su alma el nombre querido de su esposa y los recuerdos se desbordaron como un torrente.

Cogió la copa y, sin vacilar, la arrojó al río espumoso. Luego, corriendo, se fue a su castillo. ¡Había demostrado que era fiel!

Desde entonces lleva un escudo que se distingue entre los cien escudos de los guerreros más audaces. En ese escudo se ve una copa volcada.

El castellano lució este escudo porque había sabido ser fiel a su dolor.

JOHAN WELHAVEN.

EL NIDO DE AGUZANIEVES

Hatto el ermitaño, oraba a Dios en el desierto. Era un día de tempestad; la lengua barba y la cabellera hirsuta flotaba alrededor de su cara, como mechón de hierbas en lo alto de una vieja ruina; pero Hatto no hacía el menor movimiento para apartar los cabellos de sus ojos o sujetar su barba a la cintura, pues sus brazos estaban levantados al cielo. Desde el alba

alzaba los brazos peludos y nudosos tan infatigablemente como un árbol tiende sus ramas, y parecía estar dispuesto a permanecer así hasta el anochecer.

Era un hombre que había aprendido a conocer la maldad de los hombres. Él mismo había sido perseguido y atormentado, pero los tormentos y persecuciones que había sufrido eran superiores a lo

que su corazón podía soportar. Habíase retirado, pues, al páramo enorme, cavando en la arena de la orilla del río una especie de cueva, donde llegó a ser un santo cuyas oraciones subían hasta el trono de Dios.

Hatto el ermitaño rezaba ante la caverna la gran oración de su vida. Pedía a Dios que hiciera brillar el día del Juicio sobre esta tierra maldita. Llamaba a los ángeles para que, con las cornetas, anunciaran el fin de este reinado del pecado...

A su derredor, el erial se extendía desierto y lóbrego, y el huracán soplabla como una poderosa amenaza sobre la desnuda tierra; pero un poco más arriba crecía un viejo sauce de tronco enano y corto, que formaba en su extremidad un grueso nudo del que partían haces de verdes ramas.

La pareja de aguzanieves que acostumbraba hacer allí su nido, quería comenzar a construirlo ese mismo día. Llegaban con briznas de paja; pero entre los ramajes que crujían azotados por el viento, los pájaros no hallaban ninguna seguridad y después de muchos vuelos se vieron obligados a regresar. Fue entonces cuando se dieron cuenta del viejo Hatto que pedía a Dios que la tempestad aumentara y barriera así el nido del pajarillo como el del águila.

Seguramente la gente de hoy se asombrará al pensar que un viejo ermitaño de aquel tiempo estaba

arrugado, negro y enmohecido y casi no parecía un hombre.

Los pájaros que buscaban un lugar para su nido, tomaron al ermitaño por otro sauce viejo. Volaban, se alejaban, volvían, giraban y daban vueltas a su derredor, observando. Calculaban su situación respecto a las aves de rapina y las tempestades. Al fin los decidió su proximidad al río y a los cañaverales. Uno de los aguzanieves se dirigió a la mano de Hatto y depositó en ella una brizna de paja. La tempestad soplabla y la brizna voló. Pero los pájaros volvieron, intentando asegurar la armazón de su nido entre los dedos callosos del anciano. De pronto un pulgar grueso y rudo cayó sobre las briznas para detenerlas y cuatro dedos se encorvaron formando un nicho donde los pájaros podían instalarse... Y Hatto continuaba sus oraciones. No se movía, pues para que el Señor oyera sus ruegos había hecho voto de permanecer inmóvil y en oración desde el alba hasta la noche.

Los pequeños aguzanieves continuaban construyendo sin cesar. Antes de que llegara la noche, Hatto, cuyos ojos habían seguido a las aves mucho tiempo, se interesó en su trabajo.

Hatto el ermitaño que espantaba de la caverna a los chiquillos, y de quien los campesinos temían siempre algún daño, cuidaba de no hacer nada que pudiese asustar a los pajaritos. Creía que Dios

le anunciaba que si permanecía en oración con los brazos levantados hasta que los pájaros hubiesen criado a sus hijuelos, su plagaría sería oída y el mundo destruido.

Sin embargo, aquel día le asaltaron menos visiones de destrucción. Sus ojos apenas se separaban del trabajo de las aves. Se habituó al fin a aquellos ojillos inquietos que le miraban por el borde y los protegía contra la lluvia y el granizo.

Un día el nido se llenó de píos desesperados, a tal punto que el ermitaño perdió el hilo de sus oraciones. Entonces lentamente, muy lentamente, porque las articulaciones habían perdido casi el poder de funcionar, sus brazos bajaron y sus ojos de ascua se fijaron en el nido bullicioso. Jamás había visto nada tan feo y miserable; pequeños cuerpos desnudos y seis grandes picos abiertos. Sintió una infinita ternura.

De ahí en adelante, al rogar a Dios que devastara al mundo, hacía una excepción silenciosa en favor de esos pequeños seres indefensos. Y cuando las campesinas le llevaban alimento, lo agradecía, porque pensaba que su vida era necesaria a la nidada que pía en su mano.

Más tarde, seis cabecitas salían por el borde del nido. Y cada vez con mayor frecuencia, los brazos del viejo descendían hasta sus

ojos. Vefía las plumas que brotaban de la piel enrojecida, los ojos que se abrían, el cuerpecillo que iba tomando forma. Y cada vez, la oración que salía de sus labios era más vacilante. Dios le había prometido —estaba seguro— que la devastación vendría cuando los aguzanieves pequeñuelos comenzaran a volar. Y en el fondo, su corazón no habría querido que fuesen sacrificados aquellos pajarillos cuya vida había protegido.

Llegó el día en que los pequeños habían de aprender a volar; pero a pesar de las insinuaciones de sus padres, tenían miedo y no se atrevían. Hatto no resistió a la tentación de intervenir y les dio con el dedo un ligero empujón. El asunto quedó resuelto. Fuera del nido volaron con torpeza y trataron de volver a su casa cuanto antes. Hatto sonrió lleno de gozo al pensar que para algo había servido.

Luego pensó que Dios, el Padre, tenía acaso el mundo en la mano derecha como un nido de pájaros y había acabado por amar a los que viven en él. Y en el momento de destruirlo, tal vez experimentaba la misma piedad que el solitario del páramo por los pajarillos.

Al día siguiente quedó el nido vacío y una inmensa amargura llenó el corazón del ermitaño. Lentamente bajaba su brazo y le pareció que toda la naturaleza espera-

ba las trompetas del Juicio Final... Pero en ese momento, los aguza-nieves tornaron posándose familiarmente en su cabeza y en sus hombros. ¡Se hizo la luz en el cerebro turbado del anacoreta! ¡El que había ofrecido permanecer inmóvil, bajó los brazos! ¡Diariamente abatió los brazos para mirar el nido! Y en pie, mientras que

los pajaritos revoloteaban en torno suyo, exclamó:

—¡Dios mío, no he cumplido mi palabra, no tienes obligación de sostener la tuya!

Le pareció entonces que el río corría en su cauce con una inmensa tranquilidad.

SELMA LAGERLÖFF.

EL VIVONNE

Más allá el río modera su anchura y cruza una finca abierta al público, y cuyo amo se había divertido en tareas de horticultura acuática, criando en los reducidos estanques que allí forma el Vivonne verdaderos jardines de ninfeas. Como por aquel sitio había en las orillas mucho arbolado, la sombra de los árboles daba al agua un fondo, por lo general, de verde sombrío, pero que algunas veces, al volver nosotros en una tarde tranquila, después de un tiempo tormentoso, veía yo de color azul claro y crudo tirando a violeta, tono de interior, de gusto japonés. Aquí y allá, en la superficie, enrojecía como una fresa una flor de ninfea escarlata con los bordes blancos. Un poco más lejos comenzaban a abundar las flores, ya no tan lisas, más pálidas, graneadas y rizosas, y dispuestas por el azar en lazos tan graciosos, que

parecía que iban flotando a la deriva, tras el melancólico desfallecer de una fiesta galante, desatadas guirnaldas de rosas de espuma. Luego, había un rincón reservado a las especies vulgares que ostentaban el blanco y el rosa, propios de la juliana, lavadas con celo doméstico como la porcelana, y un poco más allá se apretaban unas contra otras, formando un verdadero macizo flotante, igual que pensamientos de un vergel, que habían venido a posar como mariposas sus alas azuladas y frías en la oblicuidad transparente de aquel torrente de agua; de aquel parterre, también celeste, porque ofrecía a las flores un suelo de más precioso color, más tierno aún que el color de las mismas flores; y ya hiciera chispear en las primeras horas de la tarde, bajo las ninfeas, el calidoscopio de una felicidad recogida, silenciosa y mó-

vil, y ya se llenara hacia el anoche-
cer de las rosas y los oros del Po-
niente como un puerto lejano,
cambiaba incesantemente para es-
tar siempre concorde, alrededor
de las corolas que mantenían los
tonos más fijos, con lo más pro-
fundo, fugitivo y misterioso de
cada hora, con lo infinito de cada
hora, y así parecía que las hizo
florecer en pleno cielo.

Al salir de ese parque, el Vivon-
ne corría de nuevo. ¡Y cuántas

veces he visto, haciendo propósito
de imitarlo cuando pudiera vivir
a mi gusto, al paseante que suelta
su remo, se echa boca arriba, con
la cabeza caída en el fondo de su
barca, dejándola flotar a la deri-
va, sin ver más que el cielo que va
marchando perezosamente allá en
lo alto, a ese paseante que mues-
tra en el rostro los anticipados sa-
bores de la dicha y de la paz!

MARCEL PROUST.

ADOLESCENCIA

Solo, libre, feliz, al lado del co-
razón salvaje de la vida. Estaba
solo y se sentía lleno de volun-
tad, con el corazón salvaje, solo
en un desierto de aire libre y de
agua amarga, entre la cosecha ma-
rina de algas y de conchas; solo
en la luz velada y gris del sol, en-
tre formas gayas, claras, de niños
y de doncellitas, entre gritos in-
fantiles y voces de muchachas.

Una muchacha estaba ante él,
enmedio de la corriente, mirando
sola y tranquila mar afuera. Pa-
recía que un arte mágico le diera
la apariencia de un ave de mar
bella y extraña. Sus piernas, des-
nudas y largas, eran esbeltas como
las de la grulla y sin mancha, sal-
vo allí donde el rastro esmeralda
de un signo de mar se había que-
dado prendido como un signo so-

bre la carne. Los muslos más lle-
nos, y de suaves matices de marfil,
estaban desnudos casi hasta la ca-
dera, donde las puntillas blancas
de los pantalones fingían un jue-
go de plumaje suave y blanco. La
falda, de un azul pizarra, la lleva-
ba despreocupadamente recogida
hasta la cintura y por detrás col-
gaba como la cola de una paloma.
Su pecho era como el de un ave,
liso y delicado, delicado y liso
como el de una paloma de pluma-
je oscuro. Pero el largo cabello ru-
bio era el de una niña; y de niña,
y sellado con el prodigio de la be-
lleza mortal, su rostro.

Estaba sola e inmóvil mirando
mar adentro, y cuando sintió la
presencia y la adoración de los
ojos de Stephen, los suyos se vol-
vieron hacia él, soportando tran-

quilamente aquella mirada, ni vergonzosos ni provocativos. Estuvo así largo tiempo, largo tiempo, y luego, imperturbable, la muchacha retiró sus ojos de él y dirigiéndolos hacia la corriente, se puso a menear despacito el agua, acá y allá, con los pies. El primer rumor de agua dulcemente removida rompió el silencio, suave, tenue, susurrante, tenue como las campanas de un ensueño. Acá y allá, acá y allá. Y una llamita imperceptible temblaba en las mejillas de la muchacha.

—¡Dios del cielo! —exclamó el alma de Stephen en un estallido de pagana alegría.

Se apartó súbitamente de ella y echó a andar playa adelante. Tenía las mejillas encendidas; el cuerpo, como una brasa; le temblaban los miembros. Y avanzó adelante, adelante, adelante, playa afuera, cantándole un acento sal-

vaje al mar, voceando para saludar el advenimiento de la vida, cuyo llamamiento acababa de recibir.

La imagen de la muchacha había penetrado en su alma para siempre y ni una palabra había roto el santo silencio de su éxtasis. Los ojos de ella le habían llamado y su alma se había precipitado al llamamiento. ¡Vivir, errar, caer, triunfar, volver a crear la vida con materia de vida! Un ángel salvaje se le había aparecido, el ángel de la juventud mortal, de la belleza mortal, enviado por el tribunal estricto de la vida para abrirse de par en par, en un instante de éxtasis, las puertas de todos los caminos del error y de la gloria. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

JAMES JOYCE.

LA INSPIRACIÓN

Despertó hacia el amanecer. ¡Oh, qué música tan dulce! Su alma estaba húmeda de rocío. Sobre sus miembros dormidos unas frías ondas de luz se habían deslizado. Estaba echado aún, como si su alma yaciera entre unas aguas frías, consciente sólo de la música dulce y vaga. Su mente se iba despertando lenta, hacia un tembloroso conocimiento matinal, hacia una matinal inspiración. Es-

taba lleno de un espíritu, puro como el agua más pura, dulce como rocío, móvil como música. Pero, ¡cuán tenue era aquel hálito! ¡Cuán desapasionado era! Tal un aliento de serafines que apenas le rozase. Su alma se iba despertando lentamente, temerosa de despertar del todo. Era la hora de amanecida, cuando el viento está dormido, cuando despierta la locura y las flores extrañas se abren

a la luz y la mariposilla inicia su vuelo silencioso.

¡El encantamiento del corazón! La noche había sido encantada. El éxtasis de la vida seráfica le había sido revelado en una visión, en un sueño. ¿Había sido sólo un instante de encanto? ¿O largas horas, años, edades?

El instante de inspiración parecía ahora ser reflejado de todas partes a la vez por una multitud de incidencias nebulosas, por todo lo que había existido, por todo lo que podía haber existido. El instante se había abierto como un punto de luz y ahora de nube a nube, entre vagas incidencias, se iba tendiendo una forma que velaba el último rastro luminoso. En las entradas virginales de la inspiración, la palabra se había hecho carne. El arcángel Gabriel había bajado a la celda de la doncella. Y, disipada ya la llama blanca, sólo quedaba en el espíritu su rastro resplandeciente, que se iba de nuevo intensificando, intensificando, hasta dar una llamarada de luz ardiente y rosa.

Aquella luz rosa y ardiente, era el corazón de Ella, su corazón extraño y anhelante, lleno de anhelos desde antes de los principios del mundo, y, tan extraño, que el hombre nunca lo había conocido ni nunca lo podría conocer; y seducidos por aquel resplandor rosado, los coros de los serafines estaban cayendo de los cielos.

¿No estás cansada de ese ardiente
[afán,
tú, de ángeles caídos seducción?
No me evoques encantos que se van.

Los versos descendían desde su mente a los labios. Y mientras se los repetía en voz baja sintió que bullía por entre ellos el movimiento rítmico de una villaneta. El resplandor rosado estaba irradiando unas emanaciones de rima: afán, volcán, imán; rayos que abrassaban el mundo consumiendo a un tiempo los corazones de los hombres y de los ángeles. Y eran los rayos que salían de la rosa del corazón de ella, de su corazón lleno de anhelos.

El corazón del hombre es un volcán
por tus ojos que dueños suyos son.
¿No estás cansada de ese ardiente
[afán?

¿Más? El ritmo se extinguió, cesó, comenzó de nuevo a moverse y a latir. ¿Más aún? Sí: una ascensión de humo, de incienso que subía desde el altar del mundo.

Más que el fuego tus laudes altos
[van,
humo en el mar, desde uno a otro
[rincón.
No me evoques encantos que se van.

El humo ascendía desde todos los puntos de la Tierra, desde los mares nebulosos también y era el incienso de sus alabanzas. La Tierra toda era como un incensario

que se mecía, que se balanceaba, como una bola de incienso, como una bola elipsoidal. El ritmo cesó de repente. Se había roto el grito de su corazón. Sus labios comenzaron a murmurar los primeros versos una vez y otra vez. Después trató de continuar a tentones, entre versos medio iniciados, inconclusos, balbuceante, desorientado. Por fin se detuvo. El grito de su corazón estaba roto.

La imagen radiante de la eucaristía reunió de nuevo en un instante sus amargos y desesperanzados pensamientos. Y de entre ellos surgió un grito intacto, un himno de acción de gracias.

Nuestros gritos y layes cantarán eucarísticamente la canción.

¿No estás cansada de ese ardiente [afán?

Mientras las manos levantando están el desbordante cáliz y pasión.

No me evoques encantos que se van.

Repitió los versos en voz alta desde el principio, hasta que su alma, bañada en música y en ritmo, se sintió aquietada en un remanso de indulgencia. Después los copió trabajosamente para sentirlos mejor viéndolos, y tornó a reclinarse sobre la almohada.

JAMES JOYCE.

HIMNOS BREVES

Somos nada. Una sola mañana en los campos, vale más que todo el diario vivir de los hombres.

En la noche llena de estrellas hay más ternura infinita que en todos los corazones humanos.

El cielo, la pradera, la montaña, el viento, la luz, todo esto en perpetua armonía y en perpetuo conflicto, significa más que todas las inquietudes de la conciencia. El yo es mudo, la naturaleza es elocuente.

Señor, somos nada. Déjanos fundir este pálido reflejo del Cosmos que es nuestra alma, en la esencia infinita de panoramas glo-

riosos. Y que la angustia nuestra se resuelva en el ritmo de júbilo que impregna a Natura.

*

¿Quién ha dicho, busca a Dios en ti mismo?; en lo más hondo de mí mismo he contemplado largamente, y no hallé nada, no hay nada. Sólo cuando miro en los campos la fiesta de tus creaciones y en el cielo la belleza majestuosa; sólo entonces, ¡Señor!, tiembla mi alma y sospecho que soy algo, pues me alcanza y me inunda la alegría del Cosmos.

—¡Oh, Señor! ¿qué sería de mí si fuese ciego? ¿Por qué permites que haya ciegos? ¿Por qué permites tanto absurdo? Sólo el absurdo es el enigma. ¿Por qué permites que vengamos al mundo a estar solos, perdidos?

Nosotros cuyas almas ambicionan el Todo, somos nada más Uno, y Uno que se repite a millares, puesto que a cada instante nacen millares de hombres. ¿Para qué esa multiplicación de lo inepto?

*

Interrogo, Señor, a mi alma, pero mi alma es muda, como la montaña, y como ella pesada y sola.

Mi alma es un peso y ya no intenta volar porque ha visto desde su cumbre y sabe lo que vale el vuelo de las aves. Ni siquiera traspasa la región de las nieves. Sube más la nieve que el ala. ¡Oh doloroso fracaso del ala!...

Yo he subido más alto, mucho más alto que la montaña, y sé que arriba se está solo y frío; en el infinito; mi desierta morada.

Nadie responde, y sin embargo, si no fuese por la montaña y si

no fuese por el vasto espacio sin fin, no entendería la grandeza.

Dentro de mí, no he hallado más que un torvo apetito, y alrededor las cien murallas de lo imposible. ¡No hay nada en mí mismo! Es blasfemia decir: busca en ti mismo. No hay más que un solo recurso: salir de nosotros mismos. No ser nosotros, ¡ser Tú!

*

Mi personalidad, ¡qué me importa! De buena gana la trocaría por otra que fuese reluciente y alta.

¡Lo que hemos amado! Sí, con qué fuerza llaman, y cómo se inclinan a revivir el ayer, a prolongar el presente. Y el porvenir que dibuja amores vagos.

Mas ¿dónde hay miseria mayor que amar mucho? Desamparo y desamparo, eso son el amante y el amado. Todo amor es un largo llanto. Vuelvo alrededor la mirada e invoco a los que amo y no sé si me seguirán. ¿Son ellos o soy yo quien se queda solo?

A tu piedad los confío, para todos hay la hora de gracia, la visión del triunfo. Apresura la hora mía, la hora en que pase a ser otra cosa y ya no sea yo un hombre.

JOSÉ VASCONCELOS.

LIOMPA

El pequeño Alexandr cepillaba unas tablillas en la cocina. La cocina daba al patio; era primavera, las puertas no se cerraban, junto al umbral crecía hierba, brillaba el agua derramada sobre la piedra. En el cajón de la basura solía hurgar una rata. En la cocina freían patatas, finamente partidas. Alguien encendía un infiernillo. La vida del infiernillo empezaba pomposamente, con una antorcha que llegaba hasta el techo. Expiraba luego con una tenue llama. En el agua hirviente saltaban unos huevos. Un inquilino cocía cangrejos. Agarraba al cangrejo con dos dedos por el centro. Eran cangrejos de un verdoso color de cañería. El grifo despedía de pronto dos o tres gotitas: se sonaba calladamente. Luego se oían arriba voces diversas de tuberías. Entonces caía inmediatamente la tarde. Tan sólo el vaso continuaba en el alféizar de la ventana, recibiendo a través de la portezuela del patio los últimos rayos del sol. El grifo parloteaba. En torno al hornillo comenzaba el más diverso ajeteo y toda clase de crepitaciones.

Era un crepúsculo espléndido. Las vecinas comían pepitas de girasol, alguien cantaba, la amari-

lla luz de la habitación caía sobre la acera, se iluminaba la tienda de comestibles.

En la habitación contigua a la cocina yacía Ponomariov, muy enfermo. Estaba solo en el cuarto, ardía una vela, sobre la cabecera se encontraba un frasco de medicamento con su receta.

Cuando iban a verle, Ponomariov decía a los conocidos:

—Podéis darme la enhorabuena: me estoy muriendo.

Al anochecer empezó a delirar. El frasco le miraba. La receta se extendía como una cola. El frasco era una duquesa que contraía matrimonio. El frasco se llamaba “ilustre onomástico”. El enfermo deliraba. Quería escribir un tratado, conversaba con la manta.

—Pero, ¿cómo no te da vergüenza?... —murmuraba.

La manta estaba sentada a su lado, se tendía a su lado, se iba, le traía noticias.

Eran pocas las cosas que rodeaban al enfermo: el medicamento, una cucharada, la luz, el papel de las paredes. Las demás cosas se habían ido. Al darse cuenta de que estaba gravemente enfermo y se moría, comprendió también cuán amplio y variado era el mundo de las cosas y qué pocas que-

daban en su poder. De día en día mermaba la cantidad de cosas. Algo tan corriente como un billete de ferrocarril se hizo para él irremediablemente lejano. Al principio, la cantidad de cosas disminuía en la periferia, lejos de él, pero luego la reducción se fue acercando con creciente rapidez hacia el centro, hacia él, hacia el corazón: llegaba al patio, a la casa, al pasillo, a la habitación.

Al principio, la desaparición de las cosas no angustiaba al enfermo.

Desaparecieron los países, América, la posibilidad de ser guapo o rico, la familia (era soltero) . . . La enfermedad no tenía nada que ver con la pérdida de esas cosas: se escapaban a medida que se hacía viejo; el verdadero dolor le embargó cuando vio con claridad que también empezaban a alejarse de él las cosas que giraban constantemente a su alrededor. Un buen día, por ejemplo, lo abandonaron en la calle, su oficina, la estafeta de correos, los caballos. A renglón seguido empezaron a escaparse vertiginosamente las cosas que tenía a su lado: el pasillo había huido ya de su poder y, en la propia habitación, ante sus ojos, desapareció el significado del abrigo, del pestillo de la puerta, de los zapatos. Sabía que la muerte venía a él destruyendo las cosas. De toda su inmensa y ociosa cantidad, la muerte sólo le había dejado unas cuantas, y eran las cosas que,

de haber estado en su poder, no habría admitido él nunca a su lado. Recibió un disgusto. Recibió terribles visitas y miradas de los conocidos. Comprendió que carecía de fuerza para evitar la irrupción de esas cosas que siempre le habían parecido indeseables e innecesarias. Pero ahora eran únicas e ineludibles. Había perdido el derecho a elegir las cosas.

El pequeño Alexandr hacía un modelo de aparato volador.

El chico era mucho más complicado y más serio de lo que creían los demás. Se cortaba los dedos, sangraba, llenaba el suelo de virutas, lo manchaba todo de cola, reclamaba seda, lloraba, recibía cachetes. Los adultos consideraban que tenía toda la razón. Y, sin embargo, el chico se comportaba como un mayor; es más, se comportaba como sólo pueden hacerlo algunos adultos: en plena concordancia con la ciencia. El modelo se atenía a un diseño, a unos cálculos: el chico conocía las leyes. Hubiera podido contestar a los ataques de los adultos explicando las leyes, mostrando experimentos; pero se callaba porque no se creía con derecho a parecer más serio que los adultos.

En torno al chico yacían tiras de goma, alambre, tablillas, seda, un vaporoso tejido, se propagaba el olor de la cola. El cielo resplandecía. Los insectos se paseaban por la piedra. En ésta había una valva petrificada.

Al chico que trabajaba se acercaba otro, muy pequeñito, casi desnudo, con unos pantaloncitos azules. Tocaba las cosas y le estorbaba. Alexandr le echaba de su lado. El niño desnudo, que parecía de goma, andaba por la casa y por el pasillo, donde había una bicicleta. (La bicicleta estaba apoyada con un pedal en la pared. El pedal había arañado el papel que tapizaba la pared, y en ese arañazo parecía sostenerse la bicicleta.)

El niño pequeño entraba en el cuarto de Ponomariov. Su cabeza asomaba sobre el bordo de la cama. El enfermo tenía las sienes pálidas como las de un ciego. El niño se acercaba cuanto podía a la cabeza y observaba. Pensaba que el mundo siempre había sido y era así, con un hombre barbudo acostado en la cama de aquel cuarto. El niño apenas empezaba a tener conciencia de las cosas, y no sabía aún distinguir la diferencia en el tiempo de su existencia.

Dio media vuelta y empezó a andar por el cuarto. Veía las tarimas, el polvo bajo el plinto, las grietas del revoco. A su alrededor se formaban y distribuían líneas, palpitaban cuerpos. De pronto surgía un foco de luz, el niño corría hacia él, pero, en cuanto daba un paso, el cambio de distancia destruía el foco y el niño se ponía a mirar a su alrededor, arriba y abajo, tras el horno, buscando, y abría desconcertado los brazos al

no dar con el foco. A cada instante nacía una nueva cosa. Era admirable la araña. Pero la araña escapó en cuanto al niño se le ocurrió tocarla con la mano.

Las cosas que se iban sólo dejaban al agonizante sus nombres.

En el mundo había una manzana. Resplandecía entre el follaje, giraba levemente, captaba y arrastraba en su movimiento trozos del día, el intenso azul del huerto, los travesaños de la ventana. La ley de gravedad la esperaba bajo el árbol, en la negra tierra, en las glebas, por entre las que corrían hormigas de abalorio. En el huerto se hallaba Newton. La manzana encerraba multitud de causas que podían suscitar aún mayor cantidad de efectos. Pero ninguna de esas causas estaba destinada a Ponomariov. La manzana se había convertido para él en una abstracción. Y era desesperante que escapara la masa de las cosas, quedándole sólo la abstracción.

—Yo pensaba que no existía el mundo exterior —razonaba—, que era mi ojo y mi oído los que gobernaban las cosas, que el mundo dejaría de existir en cuanto dejase de existir yo. Mas... veo que todo se me escapa estando aún vivo. ¡Porque yo aún existo! Entonces, ¿por qué han desaparecido las cosas? Yo creía que mi cerebro les había dado forma, peso y color, pero resulta que han huido de mí y sólo rebullen en mi

cerebro sus nombres inútiles, que han perdido su dueño. ¿Qué falta me hacen a mí esos nombres?

Ponomariov miraba con angustia al niño, que iba de un sitio para otro. Las cosas avanzaban a su encuentro. Él les sonreía sin conocer ni un solo nombre. Y cuando se marchaba, le seguía una pomposa cola de objetos.

—Oye —llamó el enfermo al niño—, oye... Cuando yo me muera, no quedará nada: ni el patio, ni los árboles, ni el papá ni la mamá. Yo me lo llevaré todo.

En la cocina entró una rata.

Ponomariov aguzó el oído: la rata iba de una parte a otra, trastrataba los platos, abría el grifo, removía el cubo.

“¡Es una fregona!” —pensó Ponomariov.

En ese momento se le ocurrió la inquietante idea de que quizá tuviera la rata un nombre propio, desconocido por las personas. Empezó a imaginar ese nombre. Deliraba. A medida que lo iba concibiendo, con más intensidad le embargaba el miedo. Aun comprendiendo que debía detenerse a toda costa y no pensar más en el nombre de la rata, continuaba, a sabiendas de que fallecería en el momento en que descubriese ese nombre único, sin sentido y terrible.

—¡Liompa! —gritó de súbito con espantosa voz.

La casa dormía. Era muy temprano; acababan de dar las cinco de la madrugada. El niño Alexandr no dormía. La puerta de la cocina que daba al patio estaba abierta. El sol aún lucía muy bajo.

El agonizante andaba por la cocina, muy encorvado y estirando los brazos con las manos colgando. Quería llevarse las cosas.

El niño Alexandr corría por el patio. El aparato volaba delante de él. Ése fue el último objeto que vio Ponomariov.

No se lo llevó. El aparato huyó volando.

Por el día apareció en la cocina un ataúd azul con adornos amarillos. El niño de goma observaba desde el pasillo con los brazos cruzados a la espalda. Hubo que dar muchas vueltas al ataúd para introducirlo por la puerta. Rozaron un aparador y una cacerola, empezó a caer yeso de la pared. El niño Alexandr se subió al hornillo y ayudó, sosteniendo la caja por debajo. Cuando el féretro penetró, por fin, en el pasillo, volviéndose de pronto negro, el niño de goma corrió hacia adelante arrastrando las sandalias.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —gritó—. Te han traído el ataúd.

YURI OLIOsha.

ESTILO OSCURO, PENSAMIENTO OSCURO

Todo debe ser sacrificado a la claridad. Otra cualquiera circunstancia o condición, como la pureza, la medida, la elevación y la delicadeza, debe ceder a la claridad. ¿No es esto bastante? Pues para los puristas lo siguiente: "Más vale ser censurado de un gramático que no ser entendido."

Es verdad que toda afectación es vituperable; pero sin temor se puede afectar ser claro. La única afectación excusable será la de la claridad. No basta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido.

Sí; lo supremo es el estilo sobrio y claro. Pero, ¿cómo escribir sobrio y claro cuando no se piensa de este modo? El estilo no es una cosa voluntaria, y ésta es la invalidación y la inutilidad —relativas— de todas las reglas. El estilo es una resultante... fisiológica.

Cuando el estilo es oscuro, hay motivos para creer que el entendimiento no es neto. "Estilo oscuro, pensamiento oscuro." Se dice claramente lo que se escribe del mismo modo, a no ser que haya razones para hacerse misterioso.

¡Admirable de exactitud y de penetración! Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez en el estilo? He aquí el gran problema. Vamos a dar una fórmula de la sencillez.

La sencillez, la difícilísima sencillez, es cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa después de otra. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, o de apartados, de incisos y de consideraciones pasajeras e incidentales?

Pues bien, lo contrario es colocar las cosas-ideas, las sensaciones, unas después de otras. "Las cosas deben colocarse —dice Benjaramo— según el orden en que se piensan y darles la debida extensión." Mas la dificultad está... en pensar bien. El estilo no es voluntario; el estilo es una resultante fisiológica.

AZORÍN.

LOS VENCIDOS

Son cien, son mil, son millones, hordas infinitas. Un sordo rugido de trueno lejano rueda sobre sus filas apretadas.

Bajo el rudo viento del norte avanzaban con su paso desigual y lento. Llevan vestido de blusa, desnuda la cabeza y la mirada febril.

Me buscan... ¡han llegado todos! Como un mar que mueve formas grises y rostros demacrados, me rodea la multitud.

Me roza, me oculta, me aprisiona. Oigo roncadas respiraciones, largos llores resonar en las tinieblas, blasfemias y suspiros:

"Venimos de casas sin fuego, de lechos sin paz, donde el cuerpo, domado poco a poco, se doblega, cede y permanece tendido.

"Venimos de callejones cerrados y de guaridas; venimos de madrigueras ocultas, y arrojamos sobre la tierra una sombra amenazante de duelos y de peligros.

"Encontramos un ideal de fe; nos ha engañado. Encontramos el amor que espera y cree; nos ha traicionado.

"Buscamos el trabajo que rege-

nera y fortalece; nos ha repelido. ¿Dónde está, pues, la fuerza?... ¡Piedad!... ¡Somos los vencidos!

"...¡Sobre nuestras cabezas, alrededor de nosotros, sobre el sol ardiente, en la gran luz de oro, brilla y vuela el amplio cantar de fiesta del beso y del trabajo!

"Serpiente de hierro, pasa y ruge el tren de vapor; bajo la bóveda de la montaña proclama la industria con su trompeta guerrera y junta los brazos y los espíritus.

"Mil bocas se buscan deseosas, se buscan amorosamente; mil vidas generosas se lanzan en la hornaza encendida.

"¡Y nosotros somos inútiles!... ¿Quién nos ha echado sobre la tierra, esa mala madre?... ¿Quién nos ha rehusado el suspiro del corazón? ¿Quién nos oprime y nos humilla?

"¿Qué odio pesa sobre nosotros?... ¿Qué mano desconocida nos rechaza? ¿Por qué el destino ciego nos grita: En vano...? ¡Piedad! ¡Somos los vencidos!"

ADA NEGRI.

EL INDIO DEL MAYAB

I

Sin que nadie se las haya dicho, el indio sabe muchas cosas.

El indio lee con sus ojos tristes lo que escriben las estrellas que pasan volando, lo que está escondido en el agua muerta del fondo de las grutas, lo que está grabado sobre el polvo húmedo de la sabana, en el dibujo de la pezuña del ciervo fugitivo.

El oído del indio escucha lo que dicen los pájaros sabios cuando se apaga el sol, y oye hablar a los árboles en el silencio de la noche, y a las piedras doradas por la luz del amanecer.

Nadie le ha enseñado a ver ni a oír ni a entender estas cosas misteriosas y grandes, pero él sabe. Sabe y no dice nada.

El indio habla solamente con las sombras.

Cuando el indio duerme su fatiga, está hablando con aquellos que le escuchan y está escuchando a aquellos que le hablan.

Cuando despierta, sabe más que antes y calla más que antes.

II

De día, el indio camina con los ojos fijos en la tierra y deja que

el sol arda sobre su cabeza y tueste su espalda desnuda.

De noche, el indio levanta la frente y mira las estrellas, que caen dentro de sus ojos, y, entonces, lo que hay en lo más profundo de su pecho se llena todo de luz.

Si tú puedes alguna vez mirar largamente al fondo de sus ojos, verás cómo allí hay escondida una chispa que es como un precioso lucero y que arde hacia adentro de la sombra. Esa luz le alumbra y le enseña los caminos. Pero nadie, ni él mismo, sabe quién la encendió.

Envuelto en su triste oscuridad va por todas partes, y ve. Ve lo que todo el mundo puede ver, y algo más. No se lo preguntes, porque no ha de decírtelo.

El viento de las tardes y la brisa de la alta noche hablan con el corazón del indio, como si fueran ecos de voces que sólo él comprende en el silencio.

Cuando el indio se inclina sobre la tierra, oye una voz dulcísima, como la música de la canción de una madre que adormece a su hijo. Y si pudieras verlo entonces, le verías sonreír como un niño pequeño.

Y mientras pone las semillas en el agujero, su mano acaricia la tierra y sus miradas se llenan de ternura. Luego el indio se marcha y se tiende a descansar sobre la tierra, que es para él como un regazo de mujer querida.

El amor que hay en las noches del indio que duerme abrazado a la tierra, envuelto en el aire y cubierto por las estrellas del cielo,

es lo que él solo sabe y lo que a nadie dice.

Y así de muchas cosas que son solamente para él. Si no tuviera estas cosas, ¿qué tendría?

Piensa de esto lo que quieras, pero si algo de él mismo necesitas averiguar, procura adivinarlo y no se lo preguntes.

ANTONIO MÉDIZ BOLIO.

DIARIO ÍNTIMO

2 de diciembre.—Haz en ti un sitio para el misterio; no te ares entero con la reja del examen, sino deja en tu corazón un pequeño ángulo en barbecho para los sentimientos que aporten los vientos, y reserva un rinconcito sombrío para las aves del cielo que pasan; ten en tu alma un lugar para el huésped que no esperas y un altar para el Dios desconocido. Y si un pájaro canta en tu follaje, no te aproximes precipitadamente para domesticarlo. Y si sientes algo nuevo, pensamiento o sentimiento, despertarse en el fondo de tu ser, no te apresures a llevar la luz ni la mirada, protege con el olvido el germen naciente, rodéale de paz, no abrevies su noche, permítele crecer y formarse y no divulgues tu dicha. Obra sagrada de la na-

turalidad, toda concepción debe envolverse en el triple velo del pudor, del silencio y de la sombra.

Quien calla, es olvidado; quien se abstiene, es cogido por la palabra; quien no avanza, retrocede; quien se detiene, es adelantado, anticipado y aplastado; quien deja de crecer, ya declina; quien desiste, abdica; el estado estacionario es el principio del fin, el síntoma formidable y precursor de la muerte. Así, pues, vivir es triunfar sin cesar, es afirmarse contra la destrucción, contra la enfermedad, contra la anulación y la dispersión de nuestro ser físico y moral.

Vivir es, pues, querer sin descanso o restaurar cotidianamente la voluntad.

ENRIQUE FEDERICO AMIEL.

LA NOCHE

Es de noche y nos hallamos en el interior de la casa.

La casa... el refugio contra todo lo que espanta: la sombra, la noche, el miedo, lo desconocido.

Nada hostil podría cruzar sus umbrales... Llamea el fuego en el hogar y gira suavemente en el asador un ganso de dorada carne que embalsama la habitación con olor delicioso.

¡Alegría de comer, dicha incomparable, entusiasmo religioso, estremecimiento de júbilo!

Embótase el cuerpo con el calor suave, con las fatigas del día y el ruido de las voces familiares. La digestión sumerge en una especie de éxtasis en que, la sombra, las caras, la pantalla del quinqué, las lenguas de llamas que bailan en la negra chimenea, toman aspecto regocijado y mágico.

Cristóbal apoya la cabeza en el brazo para gozar mejor de semejante felicidad.

Ya está en su cama, tibio, abrumado de cansancio y sin saber cómo ha ido a ella. En su cerebro se mezclan las voces que suenan en la habitación y las imágenes del día.

Su padre toma el violín y vibran en la calma de la noche so-

nidos dulces y agudos, que parecen lamentos.

Pero la suprema dicha de Cristóbal es cuando se acerca su madre, coge la mano del niño casi adormecido e, inclinada sobre él, a petición suya, canta a media voz una antigua canción cuya letra nada significa.

El padre halla estúpida aquella música, pero Cristóbal no se cansa de oírla. Contiene el aliento y siente ganas de reír y llorar. Su corazón está trastornado. No sabe dónde se encuentra, desbórdase su ternura, enlaza con sus brazos el cuello de su madre y lo estrecha con todas sus fuerzas.

Ella le dice riendo:

—¿Quieres ahogarme?

Él la estrecha con más fuerza. ¡Cuánto la quiere! ¡Cuánto quiere a todos, personas y cosas!

Todo es bueno y hermoso.

En esto se queda dormido. El grillo canta en el hogar. En la penumbra feliz del sueño, flotan los relatos del abuelo y las figuras heroicas...

¡Quién pudiera ser un héroe como ellos! ¡Sí, lo será... lo es!

¡Oh, qué hermoso es vivir!

ROMAIN ROLLAND.

ARA PACIS

Mientras desde el abismo de los odios, *de profundis clamans*, elevaré hacia ti mi voz, paz divina.

Los clamores de los ejércitos no ahogarán mi canto. En vano veo encrespase el mar ensangrentado, que arrastra el bello cuerpo de Europa mutilada, oigo el viento enloquecedor que levanta las almas.

Aun cuando quede solo, te seré fiel. No tomaré parte en la comunión sacrilega de la sangre. No comeré mi parte del Hijo del Hombre.

Soy hermano de todos y os amo a todos, hombres, que vivís una hora; que robáis esta hora.

¡Que de mi corazón surja, sobre la colina, por encima de los laureles de la gloria y de las encinas, el olivo al Sol, en que cantan las cigarras!

Paz augusta que tienes, bajo tu cetro soberano, las agitaciones del mundo, y de las horas iracundas, haces el ritmo de los mares.

Catedral que reposas, sobre el justo equilibrio de las fuerzas enemigas; rosetón deslumbrante, en que la sangre del Sol fúlgida brota en polícromas gavillas, ligadas por el ojo armonioso del artista.

Como un gran pájaro que en el

cenit se cierne, y bajo sus alas incubaba la llanura, tu vuelo abarca, más allá de lo que es, lo que fue y lo que será.

Eres hermana de la alegría y hermana del dolor, la hermana menor y más sabia; tú los conduces de la mano, como dos ríos que junta un diáfano canal en que el cielo se refleja, entre la doble hilera de los blancos álamos.

Eres la divina mensajera, que va y viene, como la golondrina, de una playa a otra, uniéndolas, diciendo a unos: "No lloréis más, la alegría vuelve" y a otros: "No seáis tan vanos, la dicha se va como viene."

Tus hermosos brazos maternales estrechan tiernamente a tus hijos enemigos, y tú sonríes, mirándolos morder tu seno turgente.

Tú juntas las manos y los corazones, que se esquivan buscándose, y el yugo pones a los toros dóciles, para que en vez de gastar en combates el furor que hace sus flancos humear, dibujen en el vientre de las praderas la línea larga del profundo surco, en que vibra la simiente.

Eres la fiel compañera que acoge, al regreso, a los luchadores fatigados. Vencedores o vencidos, son iguales en tu amor; porque el

premio del combate no es un jirón de tierra, que un día nutrirán los despojos del vencedor, mezclados a los de su adversario; el premio consiste en no doblegarse bajo la mano del destino, siendo necesariamente su instrumento.

Oh mi Paz, que sonríes, con los mansos ojos húmedos de llanto, arcoiris de estío, tarde soleada, que con tus dedos áureos acaricias los sembrados llovidos, coleccionas los frutos caídos, y restañas las heridas de los árboles que azotan el viento y el granizo.

¡Extiende sobre nosotros tu bálsamo y mece nuestras penas! Ellas pasarán, como nosotros. Tú sola eres eterna.

¡Unámonos, hermanos, y vosotras también, fuerzas mías, que os agitáis inquietas en mi corazón desgarrado! ¡Entrelazad los dedos y marchad danzando!

Marchamos sin fiebre y sin prisa, porque no vamos a la caza del tiempo. El tiempo es nuestro. Con briznas de mimbre de los siglos, mi paz teje su nido.

*

El grillo canta en la campiña. Viene el huracán, y la lluvia a torrentes ahoga los surcos y el canto. Mas apenas la tormenta se aleja, el pequeño músico terco vuelve a comenzar.

Así, cuando se oye, en el Oriente humeante todavía, sobre la tierra abrumada, alejarse el galope furioso de los Cuatro Jinetes, vuelvo a levantar mi cabeza y continúo mi canto obstinado y humilde.

ROMAIN ROLLAND.

LA VENUS DE MILO

El ojo humano no ha contemplado jamás formas tan perfectas como las de la Venus de Milo. Sus cabellos, negligentemente atados, ondulan como las ondas de un mar en reposo. Ligeras cintas de pelo recortan su frente, ni muy arriba ni muy abajo, haciéndonos concebir que es ella la mirada de un pensamiento divino, único, inmutable. Sus ojos se hunden bajo la arcada profunda de las pesta-

ñas, que los cubren con su sombra y los dotan de la sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, ciega para el mundo exterior, retira de ella la luz para difundirla por todos los puntos de su ser. Su nariz se une a la frente por el contorno recto y puro que constituye la línea de la belleza. A su boca entreabierta y cruzada por los ángulos anima el claroscuro que proyecta sobre ella el labio

superior y exhala el soplo no interrumpido de la vida inmortal. El ligero movimiento de la boca acusa la redondez grandiosa de la barba, imperceptiblemente aplanada por debajo.

Fluye la belleza de su cabeza divina, y se esparce por todo el cuerpo como una claridad.

Su cuello no afecta las blandas inflexiones del cisne, con las que la estatuaría profana dota a su Venus, y es recto, firme, casi redondo, como una columna que soporta un busto. Las estrechas espaldas desarrollan, como contraste, la armonía de un seno digno, como el de Helena, de servir de modelo para las copas del altar, seno dotado de virginidad eterna, seno que el amor no ha fatigado, desflorándolo con sus labios, y en el que los catorce hijos de Niobe podrían beber sin alterar el contorno. Su torso ofrece los planos sencillos y cadenciosos que marcan las divisiones de la vida. Su pierna derecha, doblada por exigirle así la posición artística de la diosa, prolonga su ondulación hasta el paño resbaladizo que la rodilla echa hacia adelante y deja caer en pliegues majestuosos. La belleza sublime es la hermosura inefable. Únicamente sería digna de celebrar esa real Venus la lengua de Homero y de Sófocles; la grandeza del ritmo helénico podría sólo insinuar sus formas perfectas sin degradarlas.

¿Con qué palabras expresare-

mos en nuestra lengua la majestad de ese mármol, tres veces sagrado, la atracción mezclada de terror que inspira el ideal soberbio e ingenuo que revela? Es menos misterioso el rostro ambiguo de las Esfinges que esa cabeza joven, tan natural en la apariencia. Por una parte, exhala su perfil exquisita dulzura; por otra, la boca contrae su contorno y el ojo adquiere la oblicuidad de desdenosa desconfianza; pero contemplada de frente y, apaciguada la figura, sólo expresa la confianza en la victoria y la plenitud de la felicidad...

¿Quién, al entrar en el Louvre, en la sala en que reina la diosa, no siente ese santo terror —*deisadaimonia*— de que hablan los griegos?

Su actitud es soberbia, casi amenazadora. La alta felicidad que expresa su rostro, esa felicidad inalterable que saca de su esencia un ser perfecto, nos consterna y nos humilla.

Carece de esqueleto ese cuerpo soberbio; no hay lágrimas en esos ojos ciegos, ni entrañas en ese tórax, por el que circula la sangre con la calma y con la regularidad que la savia en las plantas.

Pertenece a la raza de piedra de Deucalión y no a la familia de sangre y lágrimas que engendró a Eva. Nos hace recordar el Himno de Apolo, atribuido a Homero, en el que sonríe esta estrofa con olímpico desprecio, con serenidad

cruel: "Y las Musas a coro, contestando con sus hermosas voces, empiezan a cantar los dones eternos de los dioses y las miserias infinitas de los hombres, los que, cuando place a los Inmortales, viven insensatos e impotentes y no encuentran remedio contra la muerte ni defensa contra la vejez."

Dejemos que el encanto obre sobre nosotros, ya que os fatigan las dudas y las angustias del pensamiento moderno; descansad al pie del mármol augusto a la sombra de una encina antigua.

Pronto profunda paz circulará por vuestra alma. La estatua os envolverá en sus lineamientos solemnes y sentiréis como si os abrazaran sus ausentes brazos. Os ele-

vará con suavidad a la contemplación de la belleza pura y comunicará a vuestro ser su serena vitalidad. La luz y el orden penetrarán en vuestro espíritu, oscurecido por vanos pensamientos, obstruido por fantasmas gigantescos, y vuestras ideas tomarán el giro sencillo de los pensamientos antiguos.

Creeréis entonces asistir a la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con pie ligero la primitiva tierra, cuando la risa sonora de los dioses resonaba bajo las bóvedas del Olimpo como fugitivo trueno en un cielo azul.

PAUL DE SAINT-VICTOR.

LAS CANCIONES POPULARES

Gottfried sonreía con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta; su doliente rostro presentaba un conjunto de tristeza y seriedad indecibles. Cristóbal, apoyado en los codos, se puso a observarlo. Iba cayendo la noche, y el rostro de Gottfried se iba borrando poco a poco. Reinaba el más profundo silencio. Cristóbal se sintió invadido, a su vez, por las misteriosas impresiones que se reflejaban en la cara de Gottfried, y cayó en una especie de vaga somnolencia.

La tierra se hallaba oculta en la sombra; pero el cielo parecía iluminado por las estrellas que iban saliendo. Las pequeñas ondas del río lamían suavemente la orilla. El niño, adormilado, mascaba, sin verlos, pequeños tallos de hierba. Muy cerca de él cantaba un grillo, y se figuró que se iba a quedar dormido.

De pronto, en medio de la oscuridad, echó a cantar Gottfried. Cantaba con voz débil, velada y como interior; no hubiera podido oírsele a veinte pasos de distan-

cia. Pero se notaba en ella una sinceridad conmovedora; hublérase dicho que pensaba en voz alta y que a través de aquella música, como a través de un agua transparente, se hubiera podido leer en el fondo de su corazón.

Jamás había oído Cristóbal cantar de aquel modo y jamás había oído una canción semejante. Era lenta, sencilla, infantil, de ritmo grave, triste y algo monótono, sin acelerarse nunca, con prolongados silencios, después de los cuales reanudaba su marcha sin pensar en el punto de llegada, e iba a perderse en la noche. Parecía venir de muy lejos e ir no se sabe a dónde. Su serenidad estaba llena de turbación, y bajo su aparente calma adivinábase una angustia secular.

Cristóbal no respiraba ni se atrevía a moverse; la emoción le había paralizado. Cuando hubo acabado se arrastró hacia Gottfried, y le dijo con la garganta oprimida:

—¡Tío!...

Gottfried no respondió.

—¡Tío! —repitió el niño apoyando las manos y la barba en las rodillas de Gottfried.

Éste le dijo con voz afectuosa:

—Hijo mío...

—¿Qué es eso tío? ¡Dime! ¿Qué es lo que has cantado?

—No lo sé.

—¡Dime lo que es!

—No lo sé; es una canción.

—¿Es una canción tuya?

—¡No, no es mía! ¡Vaya una idea!... Es una canción antigua.

—¿Quién la ha compuesto?

—No se sabe...

—¿Cuando tú eras pequeño?

—Antes de que yo naciera, y de que naciera mi padre, y el padre de mi padre, y el padre del padre de mi padre... Siempre ha sido así...

—¡Qué cosa más extraña! Nadie me ha hablado nunca de ello.

Después de un momento de reflexión, añadió:

—Tío, ¿sabes otras?

—Sí.

—¿Quieres cantarme otra?

—¿Para qué cantar otra? Con una basta. Se canta cuando se tiene necesidad de cantar. No hay que cantar para divertirse.

—Pero, sin embargo, cuando se hace música...

—Esto no es música.

El niño se quedó pensativo porque no comprendía muy bien. Sin embargo, no pidió explicaciones. Es verdad que aquello no era música, es decir, música como las demás. Luego repuso:

—Tío. ¿Es que tú has hecho alguna vez...?

—¿Qué?

—¡Canciones!

—¿Canciones? ¡Oh! ¿Cómo me las arreglaría para ello? Eso no se hace.

El niño insistía con su lógica habitual:

—Pero, tío, eso ha debido hacerse, sin embargo, la primera vez.

Gottfried movía la cabeza con obstinación:

—Eso ha sido siempre así.

El niño volvía a la carga:

—Pero, tío, ¿es que no se pueden hacer otras nuevas?

—¿Para qué? Las hay para todo: para cuando uno está triste; para cuando está fatigado; para cuando se piensa en la casa que está lejos; para cuando le desprecian a uno porque ha sido un vil pecador y un gusano de la tierra; para cuando se tienen ganas de llorar porque la gente se ha mostrado buena con uno, y para cuando se siente el corazón alegre porque hace buen tiempo y se ve el cielo de Dios, el cual es siempre bueno y parece que nos sonríe... Las hay para todo, para todo. ¿A qué, pues, hacer otras?

—¡Para ser un gran hombre! —dijo el niño, imbuido en las lecciones de su abuelo y dominado por sus cándidos sueños.

Gottfried sonrió con dulzura. Cristóbal le preguntó algo molesto:

—¿Por qué te ríes?

Gottfried dijo:

—¡Oh! yo no soy nadie.

Y, acariciando la cabeza del niño, preguntó:

—¿Quieres ser tú, pues, un grande hombre?

—Sí —respondió con altivez Cristóbal.

Se figuró que Gottfried iba a admirarle; pero éste le respondió:

—¿Para qué?

—¡Para hacer lindas canciones!

Gottfried se sonrió de nuevo, y dijo:

—Quieres hacer canciones para ser un gran hombre; y quieres ser un gran hombre para hacer canciones. Eres como un perro que da vueltas para cogerse la cola.

Cristóbal quedó muy resentido. En cualquier otro momento no hubiera soportado que su tío, de quien acostumbraba burlarse, se burlase de él a su vez. Y, al mismo tiempo, jamás hubiera creído que Gottfried pudiese ser bastante inteligente para ponerle en grave apuro con su razonamiento. Buscó un argumento o una imper tinencia que responderle y no encontró nada. Gottfried seguía diciendo:

—Aun cuando fueras tan grande como desde aquí a Coblenza, jamás harías una canción.

Cristóbal se rebeló:

—¿Y si quiero hacerlas?

—Cuanto más quieras menos podrás. Para hacerlas es preciso ser como esto. Escucha...

Había salido la luna, redonda y brillante, detrás de los campos; flotaba al ras del suelo y sobre las movibles aguas una bruma de plata. Cantaban las ranas y se oía en los prados la flauta melodiosa de los sapos. El agudo trémolo de los grillos parecía responder a la titilación de las estrellas. Murmuraba mansamente el viento en las ramas de los olmos y bajaba de las colinas que domina-

ban el río el delicado canto del ruiseñor.

—¿Qué necesidad tienes de cantar? —suspiró Gottfried, tras de un largo silencio. (No se sabía si hablaba consigo mismo o con Cristóbal.)— ¿Acaso no cantan mejor éstos que todo lo que tú puedas cantar?

Cristóbal había oído muchas veces todos aquellos rumores de la noche y les tenía gran cariño; pero jamás los había oído de aquel modo. Es verdad. ¿Qué necesidad había de cantar?... Sentíase el corazón lleno a un tiempo de ternura y de pesar. Hubiera querido besar los prados, el río, el cielo, las deliciosas estrellas.

*

Desde aquel día fueron con frecuencia a pasearse juntos por la noche, y caminaban sin hablar a

lo largo del río o a través de los campos. Gottfried le hablaba de las estrellas y de las nubes; enseñábale a distinguir los rumores de la tierra, del aire y del agua; los cantos, los gritos, los ruidos de los seres que vuelan, se arrastran, saltan o nadan, hormigueando en las tinieblas; los signos precursores de la lluvia y del buen tiempo y los innumerables instrumentos de la sinfonía de la noche.

A veces cantaba Gottfried canciones tristes o alegres pero siempre del mismo género, y Cristóbal experimentaba siempre, al oírle, la misma turbación. Pero nunca cantaba más de una canción por noche; y Cristóbal había observado que no cantaba con gusto cuando se lo pedía; era preciso que saliese de adentro y que él mismo sintiese ganas de cantar.

ROMAIN ROLLAND.

ROBO

Péndulo de dubitación, no; resolución, sí, río; he aceptado la proposición de robo hecha por unos amigos, los más pobres, en el momento de noche de mayo relunada, al filo de mi callejón con mi huerto. La hora se ha presentado demasiado bella a la tentación y al deseo de frutos delatados, para dudar...

Sin creaciones a la mano blancas de caminos, aunque todo el prado está regado de ellos; autores nuestros pies, en la función del paso, de uno por el polvo, de la luna en la hierba, vamos hacia la acción por hacer de nuestra mano, en disposición de hurto; con su cabello breve iluminado, la grama es lecho donde gusanos a

centenas reanudan el amor de sus dos luces.

¡Van a incendiar la grama! las luciérnagas.

Nuestra opinión y la del dueño de los aguacates, coinciden en la tapia: división de opiniones. Al canto de su altura facultada de dientes de cristal, se confederan los amarillos, si de nuestra codicia, de un resol con divina lumbré y cana.

Con la joroba de querer que no lo vean, uno de nosotros —que no soy yo ni otros precisamente—, ha dado la vuelta al cercado, analizando sombras protectoras, mecenas de puntas de escopeta; y por el lugar posible, se ha hecho dueño de la opinión del otro, naufragando gustoso en medio del almíbar de sus bienes. Los otros hemos sabido el naufragio por un rumor de espuma vegetal, de la que se ha evadido el ruy-señor cantado a lo coral que busca mi oído.

Pendientes de la ausencia en peligro del náufrago a su gusto, los otros no sabemos respirar.

Suena una risa con luna, la mía, disimulo del miedo que siento por el ausente: del miedo que él tal vez no sienta, y que me invade en menoscabo de la serenidad de mi contemplación y atención de la hermosura de esta noche, dentro de la cual, hasta los naranjos son árboles del Paraíso, que reparten sus semblantes plateados entre albecas y plenilunios.

Cayendo, no sé por dónde, entre nosotros el ido ladrón, con un busto muy desarrollado de frutos más dulces que senos, se interrumpe su ausencia provisora y nuestra infecunda espera en vilo.

Resplandece la aurora transitoria de un tiro: una plomada de perdigones nos busca al silbo, queriendo lastrar nuestra carne como si fuera red de pescador o margen de vestido de mujer.

Y huimos a la desbandada, atropellando encantos de la noche, desayuntando luces amorosas —¡pobres luciérnagas!—, haciendo huir de nuestra huida ligerezas lujosas, lagartijas, ranas con sus elásticas de lunares, grillos, peces, aires al contrario.

Ya en mi callejón con mi huerto, después de caricaturizar el susto pasado con risas presentes, todos nos sentamos en rolde, budas, a devorar los aguacates. Las manos del que los cogiera, levanta párpados de faldones y se derrumba un huevar de yemas de las ramas.

Anteponiendo al goce de saborearlos, el ansia de comer mayor cantidad cada uno —aunque todos lo callamos—, alargamos la mano avariciosa a los frutos, que se van quedando en los puros huesos, bellos como bombones de chocolate, que yo me comería también.

Cada mano, guiada por el ojo lazarillo, procura dar con los me-

jores, para acabar mordiendo hasta los verdes —indicios mudos de la no revisión hecha por la prisa del miedo del que los cogió—, cada boca.

No nos ha castigado más justicia que la de los mismos aguacates, doliéndonos tras el ombligo. . .

MIGUEL HERNÁNDEZ.

GAFAS PARA LAS ESTATUAS

El chiflado inventor decía haber logrado unas gafas para que las estatuas pudiesen ver.

—Las estatuas —decía como explicación de aquellas gafas violeta— tienen la facultad de ver lo retrospectivo y lo presente, pero esa vista inmortal no pueden ejercerla porque no tienen las gafas apropiadas, las gafas que yo he inventado.

—Muy bien —le dije al inven-

tor—; pero, ¿cómo se podrá saber que ven al fin, si son mudas de solemnidad?

El inventor se quedó cortado, pero rehaciéndose repuso:

—¡Ah! Ellas solas podrán saberlo, pero ya verá usted cómo se iluminarán sus rostros como los de aquellos que recobran la vista de pronto.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

GOLPECITOS CON LOS DEDOS

Acostumbraba dar golpecitos que los que estaban a su alrededor no sabían de dónde venían.

Su mujer se inquietaba muchas veces.

—¿Has oído un ruido extraño?

Él sonreía y acababa por confesar que era él.

Se podría decir que era su verdadera especialidad, lo que le caracterizaba en la vida.

Pero esa especialidad le fue a perder en una ocasión.

Fue durante la guerra. El contraespionaje había llegado a la máxima sutilidad auditiva.

Era tan inteligente el servicio secreto que había el terror de que se pasase de inteligente.

El de los golpecitos nerviosos con los dedos fue llamado a la oficina policial.

Una especie de consejo de guerra le aguardaba hostil.

—Usted transmite por medio de Morse despachos convenidos con el enemigo.

—¿Yo? —preguntó asombrado el hombre pacífico.

—Sí, usted —insistió el presidente—; nuestros contraespías le han oído desde la pared medianera de su casa y han podido anotar el siguiente despacho lanzado con el golpe de sus señales: “Barco cargado piritá saldrá mañana.”

—No es posible... Eso ha sido amañado por sus sabuesos... Es verdad que tengo la costumbre de dar golpecitos con los dedos sobre el brazo de la silla o sobre la tabla de la mesa, pero no puedo creer que hayan tenido congruencia mis golpes hasta formar ese

texto... Allanar mi casa para ver si yo tengo aparato de transmisión ni nada que se le parezca.

Pero como todos los *in fraganti* niegan, así fue sometido a varias pruebas en los laboratorios, y sólo después de largas y penosas dilucidaciones quedó libre el hombre al que la casualidad y los golpecitos de sobremesa habían comprometido.

—Me alegro —decía después su mujer—. Así perderás esa maldita costumbre que puebla de duendes nuestras veladas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

CONTRATO EDITORIAL

El escritor esperaba que sus libros fructificasen en el sótano del editor, y así sucedió un día después de muchos años de espera.

Entonces el editor le dijo:

—Le hago un contrato por todo, un contrato según el cual su cabeza pasará a ser propiedad mía.

El escritor aprovechó el ofrecimiento y firmó la venta de su cabeza.

Pronto se comió los adelantos estipendiados y se moría por no poder ser libre, porque toda su

producción era de aquel editor que ya no le pagaba nada.

Entonces publicó en otro editor una obra nueva.

—Esa obra me pertenece —le dijo el editor que había comprado su cabeza.

—Esta obra que está teniendo más éxito que todas las otras obras mías no le pertenece.

—¿Cómo puede ser eso?

—Porque esta obra no ha sido escrita con la cabeza, sino con los pies.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

EN UNA ESCUELA DE TABASCO

En las obras de madera de este espléndido edificio oigo un rumor de las grandes selvas de Tabasco. Nada es más impresionante que estas selvas tropicales nuestras, en cuya humedad parece adivinarse el origen de la materia prima de la raza humana. El ambiente engrosado por hálitos poderosamente generadores, balancean en la penumbra flores sombrías apenas imaginables. Manifestada con esplendores de muerte, la vida del gran bosque se enlaza prodigiosamente con la expresión animal. La selva, al desarrollar su talle multiforme, destruye toda posibilidad de silencio que los ríos liquidan con un falso rumor de aguas sonoras. ¿De qué paraje provendrían estas maderas? ¿Qué luces vieron si alguna vez la vieron? En el interior de las naranjas agrias hay un mensaje de severa soledad. Pájaros nunca vistos desintegran atardeceres para reorganizar la aurora de cuyo paso el gran bosque sabe, gracias a una orquídea, que sólo en ese instante unos instantes se abre ligeramente. En una área de cedros y caobas amarrados de víboras, una

guanábana demasiado madura hace explosión con resultados perfumantes. Las altas tempestades bajan sobre las altas selvas. El rayo da una lanzada en el costado de un gran cedro y el aroma sangra por semanas y días. Parejas de pumas y leopardos sacuden dorados, inaccesibles desposorios. Un venado olfatea el centro de la tierra y plebiscitos de loros votan por el arco-iris. Dos semanas llueve en tal forma, que la sed se prohíbe en todas las entradas del gran bosque. Por ahora no queremos más hormigas, dicen todas las hormigas del mundo que trabajan tres turnos en echar abajo una ceiba colosal. Un vértigo de vida enmaraña con hilos invisibles la selva, como una trampa en la que la vida y la muerte juegan a ser lo mismo.

Un rumor de maderas remotas me llegó con tal fuerza que me obligó a recibir y a descifrar estos mensajes al sentir tan cerca los muebles y puertas y ventanas de este edificio, esta hermosa escuela de Tabasco.

CARLOS PELLICER.

EL ACUARIO

Pisamos el umbral del acuario. Alrededor de un gran patio con luz cenital corre una ancha galería abovedada, sumida en un coloreado resplandor crepuscular. La galería recibe su luz a través de las grandes lunas del acuario, tras las cuales se desarrolla la ardorosa vida del océano Atlántico.

A nuestra vista se abre un banco de coral, semejante a una caverna de estalactitas de un amarillo de azufre. Cientos de singulares pececillos voltejean bajo la protección de las amarillas flores, que abrasan como ortigas.

Al lado vemos encenderse las esponjas en jugosos colores. Anchas macollas azul oscuro, color ladrillo, amarillo azufre, al lado de las cuales se aprietan otras más delicadas, blancas y negras.

Después siguen las anémonas y las rosas de mar, como vigorosas palmas con abanicos de reflejos verdes y rojos, sobre los cuales, con suave ritmo, se mueven las medusas, las silenciosas campanas del mar.

Allí al lado vemos las blancas, grises y negras holoturias; las trepang de los chinos, en parte Perezosamente acampanadas sobre la arena, en parte encaramándose ~~por~~ las paredes de vidrio con sus

piececitos ambulacrales, llevando ante sí una decorativa cornamenta de ciervo. Enmedio de ellas, estrellameres bellamente formadas, sobre las que reina el regio pulpo, como creen los negros.

Una exclamación de asombro ahora. Éstos son los equinos del trópico. Bolas color naranja y púrpura, armadas de púas, con resplandecientes filas de botones azules, se agitan como ratoncillos sobre la firme arena. Peligrosos compadres rojos, armados con millares de largas púas, se acercan lentamente, llevando en cada una de ellas, la punta de lanza empapada en veneno. Grandes erizos, con manchas negras y blancas, se hallan en cada rincón y mueven sus púas siguiendo cada sombra. En su bosque de agujas viven unos pececillos, listados de blanco y negro, que hábilmente entran y salen entre ellas.

Velozmente se lanzan sobre la arena decorativas estrellas, golpeando el suelo con cinco brazos semejantes a serpientes. Otras, remando con aletas a manera de hojas, nadan libremente de piedra en piedra. De nuevo otras, punteadas de color rubí y verde de hierba, extienden a lo lejos sus largos y sutiles brazos, y girando con sua-

ves meneos se proporcionan pequeñas presas animales, que después son llevadas a la boca, en relampagueante zigzag, por dos filas de ambulacros. Otras se columpian, como flores, sobre altos tallos. Otras se han confiado a grandes medusas para sus dilatados viajes, firmemente clavadas a las movedizas cintas de ese viajero del mar, jamás fatigado. Pero todas son capaces, en caso de ataque enemigo, de lanzar su temible brazo y librarse de su perseguidor.

Los moluscos. Quien sólo conoce las ostras, apenas sabrá orientarse aquí. Donacas gigantes, de un gris de plata, con su doble concha, clavan su agudo vértice en la arena. En su interior da vueltas un diminuto cangrejo, para quien el mundo está encerrado en esta concha. En el suelo brincan, alzándose sobre su córneo espólón, unos oscuros personajes que extienden su fuerte concha como las alas de un escarabajo. Engañada por el rayo del sol, la ostra jacobea, tan bellamente extraída, el peine de Santiago, comienza su pesada huida, con cien ojos que centellean a la luz del sol. Por enmedio flotan de un lado a otro las mariposas de mar, graciosas y de alegres colores. Igual a un trasatlántico, la carinaria mueve su hélice y timonea rápida y segura a través del agua. Pero sus costados son transparentes como cristal y descubren a nuestras mira-

das la maravillosa maquinaria. A lo largo de las paredes se arrastran lentamente limácidos de magníficos colores, envueltos algunos de ellos en preciosos mantos de encaje. La liebre marina azul oscuro, que parece aguzar sus orejas permanentemente, ya se arrastra despacio, ya se confía a su ancha hélice, con la cual divide resueltamente el agua. Cuando al caer la tarde se hace oscuro, surge aquí y allí un verdoso resplandor de las resquebrajadas rocas. Es el molusco de forma de dátíl, taladrador de rocas, que con su secreción luminosa atrae a miles de pequeñas existencias a su cueva de perdición.

De nuevo otro cuadro: los gusanos. Un bosque de palmas, cuyos troncos consisten en ásperas canas, en las cuales, si se acerca un peligro, se recoge con la rapidez del rayo el esbelto abanico rojo amarillento. Por el lindero del bosque se mueve pesadamente algo que semeja una hoja seca. Ahora cae en el agua un rayo de sol, y el insignificante gusano lanza todos los colores del iris de cien brillantes cerdas. Muévense por el agua, serpenteando y centelleando, trirremes rojos, esbeltos y forrados de blanco, cuyos fuertes remos favorecen los movimientos del cuerpo. Por enmedio se precipitan, con velocidad de flechas, lisos nemertinos, semejantes a negros piratas, que esconden en su vaina un poderoso estoque. En

cuevas y grietas de las peñas hay por todas partes bandidos voraces, que se precipitan con la celeridad del rayo sobre las presas y con la misma rapidez vuelven a desaparecer con ella. Y dondequiera que se pose la vista, descubre decorativos cordones, azules, de rojo coral o salpicados de colores, que convierten la yerma roca en una plaza de fiestas encintada de colorines.

El pueblo de los crustáceos. Caballeros y escuderos, todos con pesadas armaduras, calzados y con espuelas, con tenazas, picos y lanzas, armados defensiva y ofensivamente, pardos, grises y blancos. El ancho y chato cangrejo huye precipitadamente de lado, revolviendo los saltones ojos, cuando la gigantesca araña de mar avanza zanqueando lentamente con sus largas patas. Los macruros, que nadan tranquilamente hacia delante, impulsados por el golpe de las dilatadas aletas, situadas bajo la cola, tendida en línea recta, se lanzan hacia atrás con rapidez de un rayo tan pronto como la propia poderosa cola se levanta para golpear. Semejantes a gigantes abejas, los escilaros, amarillo oscuro, nadan en veloz huida. Innumerables cangrejos ermitaños se arrastran en confusión, llevando fielmente consigo su casa de caracol, de la cual pende, como haciendo señales, una verde rosa de mar. Sus agudas ortigas pro-

togen al cangrejo más eficazmente que la casa del caracol.

Los peces. Primero tiene que acostumbrarse la vista al hervidero de todas esas cintas que pasan veloces y centelleantes. Poco a poco se reconocen los astutos ojos y las anchas bocas de los rápidos ostracios. Figuras singulares llaman nuestra atención: largas anguilas con pico apuntado; los pequeños y manchados peces-cofres, encerrados en sólidas corazas, adornadas con cuernos de vaca; el adornado diodón, que puede inflarse como una bola y después parece un erizo o un equino.

En el suelo yace tranquila, semejante a un ancho y oscuro arrecife, la funesta pescadora. Su largo aguijón dorsal, del cual flota una cintita plateada, traza lentos círculos en el agua. La cinta de plata imita falazmente un inofensivo pececillo, al cual cazarían gustosos pequeños peces de presa. Pero apenas lo han atrapado cuando desaparece el anzuelo, y un remolino de agua los arrastra hacia una boca de caverna que de repente se ha abierto en lo profundo. Medio oculto en la arena se halla el espantoso diablo marino tropical, cuyo atemorizador semblante revela que sus aletas de aguijones ocultan un veneno mortal. Si un pescador descalzo pisa a este monstruo, está perdido sin remedio.

En el estanque inmediato, las murenas, de manchas amarillas y

pardas, serpentean, en torno a viejos pucheros y cántaros, de los cuales asoma el más osado rostro de bandolero que ha criado la Naturaleza. Allí al lado duermen en bandadas, hasta que la noche los despierta, los perros de caza del mar, los pequeños tiburones, grises y pardos. No los guía la vista, sino el olfato. La luz del día hasta les es importuna.

El papel de rey de los monos en el jardín zoológico lo representa en el acuario del estanque de los octópodos. Ningún animal acuático es comparable al pulpo en poder expresivo, en fuerza y elegancia. Primeramente hay que acostumbrarse al en un principio repulsivo mozo, que se compone de un gran saco, una pequeña cabeza y ocho poderosos brazos serpentininos. Mas quien examina con atención los grandes ojos y observa el inquieto juego de la piel, permanentemente ocupada en cambios de colores y pliegues; quien sigue los serpenteantes movimientos de los brazos, tan movibles como fuetes, que con sus ventosas pueden agarrar mejor que nosotros con nuestros dedos. aprende poco a poco a respetar al rey de los mares. Sólo el tiburón es superior a él, porque en su áspera piel no hacen presa los acetábulos. Aquí y allí, respirando lentamente, penden del muro de rocas los poderosos sacos, por encima de los cuales unos negros ojos miran alrededor llenos de vida. Los

brazos están firmemente anclados a la roca. Ahora surge un pardo reflejo sobre la piel del uno, sus movimientos respiratorios se hacen más fuertes y palpitantes; suéltanse los brazos, y el gigante, con el extremo posterior hacia delante, impulsado por los golpes de bomba de su respiración, nada tranquilamente a través del agua, arrastrando tras sí los brazos como un timón ondeante. El octópodo no se mantiene apático e indiferente ante los objetos de su contorno; todo lo que llega a ponerse a su alcance le interesa y conmueve; para todo tiene respuesta, mediante decoloración o arrugamiento de la piel, por movimiento de los brazos o un respirar más rápido. Por eso el observarlo es el pasatiempo más atractivo e instructivo. Su parienta la jaiba tiene que ser acomodada en un acuario especial, porque la tinta negra, viscosa, que arroja al amenazarle un peligro, para ocultarse en ella, priva de aliento a todos los demás animales.

Ahora nos acercamos al último acuario, que no parece contener más que arena. Para animar la monotonía, en una meseta de una peña se halla un grupo de tunicados. Dignamente envueltos en los pliegues de la blanca toga, alzanse allí como ermitaños que se han aislado del mundo exterior. Dejan que el agua pase a su través, y criban de ella su mezquino alimento. En otro tiempo, en su

juventud, se movían raudos por el agua como pececillos; poseían un orgulloso sistema nervioso central y buenos órganos de los sentidos. Ahora han renunciado a toda vana fruslería, y permanecen allí sin movimiento. Sólo si se los toca desprenden de sí un zumo ácido. Pero también la arena, bajo ellos, oculta plena vida. Mirando más de cerca, se descubren los brillantes ojos de los lenguados, cuya piel color arena queda totalmente escondida. Acechan así a su presa. En primer término vemos una porción de pequeños canales que desembocan en la arena y descenden verticales como chimeneas. Y justamente allí aparece también la escoba del limpiachimeneas, limpiando y perfeccionando la cueva. Si metemos la mano en la arena para conocer al poseedor de la escoba en miniatura, extraemos una liebre de mar, oviforme, blanca o purpúrea, totalmente cubierta de delicadas cerdas, que sirven como paletas para arena. Apenas hemos depositado al animalito en tierra, cuando comienza a ondular el bosque de cerdas como un campo de trigo. Ola tras ola corre de abajo arriba a lo largo del animal, amontonando alrededor la arena, y en corto plazo el ratoncillo ha desaparecido de nuestra vista. Volvemos a meter la mano en la arena, y extraemos un cigarro amarillo claro que permanece tranquilamente tendido en ella. Pero al cabo de algún tiempo, de uno de

los extremos del cigarro surge una trompa que con cien azadas agarrar la arena, y el cigarro se transforma ahora en la más encantadora máquina hidráulica. La trompa entra y sale, taladrando la arena cada vez más profundamente, hasta que también este extraño topo desaparece por completo.

Acaso sea dado en algún tiempo al acuario hospedar a los animales de las últimas profundidades y arrancarlos de la oscuridad y el silencio a la movediza luz del día. Los peces de gigantescos ojos saltones que aun son capaces de aspirar vestigios de luz allí donde le es negado hacerlo a la placa fotográfica. Los estomias, con luminosas filas de botones por el costado, que se envuelven a sí mismos en una niebla de un resplandor verdoso. Todos los peces y crustáceos con largas cintas ondulantes, no movidas por ninguna corriente, sino sólo por el lento avance del propio cuerpo. Hasta el esqueleto de un galguillo italiano es más corpóreo y resistente que los grandes fantasmas de crustáceos, indefensos, semejantes a arañas. Sin embargo, este acuario es todavía música del porvenir.

Nos acercamos ahora, en el patio central, al gran estanque abierto que alberga a los habitantes del mar abierto. Aquí van de un lado a otro, como una bandada de pájaros blancos, los tiernos calamares del mar libre. Dando a la bomba lentamente, se mueve la cam-

pana de la medusa regia. Tiene que transportar el largo intestino musculoso, del cual penden en grupos de diez suertes de diversos órganos personales, que forman como abigarradas flores, frutas y hojas. Cada persona lleva una vida independiente; sólo las une el común aparato digestivo. Esta libre asociación delicada, dotada de suaves reflejos, de variados colores y formas, va de un lado a otro moviéndose dulcemente por las azules olas. Allí vemos un rebaño de ctenóforos, con policromos cambiantes, cálices de cristal de Bo-

hemia, movidos por filas de diminutos, centelleantes remos. De ellos pende un trémulo compás que señala el centro de la Tierra. Y allí asoma de las ondas el más bello animal de toda la creación—casi sin cuerpo, sólo un arcoiris que se mueve suavemente—: el cinturón de Venus. Si cae la noche, encienden su lámpara propia muchos de los animales del mar, y las salpas de fuego danzan, como una cadena de flores luminosas, sus bailes de hadas.

JAKOB VON UEXKÜLL.

DE INFANCIA Y POESÍA

Combatíamos en el gran galpón cerrado con bellotas de encina. Nadie que no lo haya recibido sabe lo que duele un bellotazo. Antes de llegar al Liceo que estaba cerca del río, nos llenábamos los bolsillos de armamentos. Yo tenía escasa capacidad, ninguna fuerza y poca astucia. Siempre llevaba la peor parte. Mientras me entretenía observando la maravillosa bellota, verde y pulida, con su caperuza rugosa y gris, mientras trataba torpemente de fabricarme con ella una de esas pipas que me arrebataban, ya me había caído un diluvio de bellotazos en la cabeza. Cuando estaba en el segundo año se me ocurrió

llevar un sombrero impermeable de color verde vivo. Este sombrero pertenecía a mi padre, como su manta de Castilla, sus faroles de señales verdes y rojos, que estaban cargados de fascinación para mí y apenas podía los sacaba al colegio para pavonearme con ellos... Esta vez llovía implacablemente y nada más formidable que el sombrero de hule verde que parecía un loro. Apenas llegué al galpón en que corrían como locos trescientos forajidos, mi sombrero voló como un loro. Yo lo perseguía y cuando ya lo iba a cazar volaba de nuevo entre los aullidos más ensordecedores que escuché jamás... Nunca lo volví a ver.

Mi poesía me fue defendiendo poco a poco.

En el Liceo hacía un frío polar. Hace cuarenta años yo tiritaba como deben tiritar ahora los chicos en el nuevo Liceo de Temuco. Han hecho un gran edificio, moderno, con grandes ventanas pero sin calefacción. Así son las cosas por allá en la frontera. . . En mi tiempo había que hacerse hombres. Las ocasiones no nos faltaban. Las casas del sur eran destartaladas, apresuradamente hechas de maderas recién cortadas y techos de cinc. Las grandes lluvias eternas eran la música en el techo. A veces en la mañana, la casa del frente se despertaba sin techo. El viento se lo había llevado a doscientos metros de distancia. Las calles eran grandes ríos de barro. Las carretas se empantanaban. Por las veredas, pisando en una piedra y en otra, con frío y lluvia, andábamos hacia el colegio. Los paraguas se los llevaba el viento. Los impermeables eran caros, los guantes no me gustaban, los zapatos se empapaban. Siempre recordaré los calcetines mojados junto al brasero y muchos zapatos echando vapor, como pequeñas locomotoras. Luego venían las inundaciones, que se llevaban las poblaciones donde vivía la gen-

te más pobre, junto al río. También la tierra se sacudía, temblorosa. Otras veces en la cordillera asomaba un penacho de luz terrible; el volcán Llaima despertaba.

Pero lo peor eran los incendios. En el año 1906 o 1907, no recuerdo bien, fue el gran incendio de Temuco. Las casas ardían como cajitas de fósforos. Se quemaron veintidós manzanas. No quedó nada, pero si los sureños saben hacer algo de prisa, son las casas. No las hacen bien, pero las hacen. Cada sureño tiene tres o cuatro incendios totales en su vida. Tal vez el recuerdo más remoto de mi propia persona es verme sentado sobre unas mantas frente a nuestra casa que ardía por segunda o tercera vez.

Pero los aserraderos cantaban. Se acumulaba la madera en las estaciones y de nuevo se olía a madera fresca en los pueblos. Por allá quedan aún versos míos escritos en las paredes. Me tentaban porque las tablas eran lisas como el papel, con venas misteriosas. Desde entonces la madera ha sido para mí, no una obsesión, porque no conozco las obsesiones, sino un elemento natural de mi vida.

PABLO NERUDA.

EN EL PARAÍSO

El poeta miró a los que estaban en el cuarto: sus amigos, sus parientes, el sacerdote, el doctor, el perrito, y se murió.

Sobre un pedazo de papel escribieron su nombre y su edad: tenía dieciocho años.

Al besarle la frente, los amigos y los parientes notaron que tenía frío, pero él no sintió sus labios porque ya estaba en el cielo. Y no se preguntó, como no se lo había preguntado en la tierra, si el cielo era esto o aquello. Estaba allí y no le hacía falta nada.

Su padre y su madre, que podrían haber muerto o no antes que él, vinieron a su encuentro. Ninguno lloró, porque nunca se habían separado los tres.

Su madre le dijo:

—Pon a enfriar el vino porque vamos a comer luego con el Buen Dios, a la sombra del jardín.

Su padre le dijo:

—Ve a cortar unas frutas. Los árboles te las darán de buen grado sin que sufran sus ramas y sus hojas, porque son inagotables.

El poeta fue lleno de alegría porque siempre obedeció a sus padres. Cuando estuvo de vuelta del huerto y una vez que hundió las garrafas de vino en el agua,

vio a su antigua perrita, muerta antes que él, acudir dulcemente, meneando la cola, para lamerle las manos. Él la acarició. Junto a ella estaban todos los animales que más amó sobre la tierra: un perrillo rojizo, dos gatitos grises y dos gatitas blancas, un cervato y dos pececitos rojos.

A la mesa servida estaban sentados el Buen Dios, el padre y la madre del poeta y una bella muchacha que amó aquí abajo y que lo siguió al cielo aunque no estaba muerta.

Se dio cuenta de que el jardín del paraíso era el de su casa natal, que está en la tierra, en los Altos Pirineos, lleno de lirios silvestres, de granados y de coles.

El Buen Dios puso en tierra su bastón y su sombrero. Estaba vestido como los pobres que van por la carretera, con un pedazo de pan en la alforja, esos que la policía detiene en la puerta de la ciudad y mete a la cárcel porque no saben firmar. Su barba y sus cabellos eran blancos como la luz del día y sus ojos profundos y negros como la noche. Dijo y su voz era dulce:

—Que los ángeles vengan a servirnos, puesto que su alegría consiste en eso, en servir.

Entonces, de todos los rincones del jardín celeste, acudieron las legiones. Eran los criados fieles que amaron sobre la tierra al poeta y a su familia. Allí estaba el viejo Juan, el que se ahogó por salvar a un chiquillo; la vieja María que se murió de una insolación; estaban también Pedro el cojo, Juana y otra Juana más.

Entonces el poeta se levantó para recibirlos y les dijo:

—Siéntense aquí en mi lugar, ustedes deben estar cerca de Dios.

Y Dios sonrió porque sabía por anticipado la respuesta que iban a dar:

—Nuestra dicha está en servirte; por eso estamos cerca de Dios. ¿Tú mismo no sirves acaso a tu padre y a tu madre? Y ellos, ¿no

sirven también a aquél que nos sirve?

De pronto vio que la mesa se alargaba y que nuevos huéspedes se sentaban a ella. Eran el padre y la madre de su madre y de su padre y las generaciones que les habían precedido.

Vino la noche. Los más viejos dormitaban.

El poeta y su novia se amaron. Pero Dios, que estaba con ellos de visita, tomó de nuevo su camino. Como esos pobres que van por la carretera, esos que llevan un pedazo de pan en la alforja y que la policía detiene en la puerta de las ciudades para meterlos a la cárcel porque no saben firmar.

FRANCIS JAMMES.

LA ASCENSIÓN DEL VENTOUX

Un vitral se disuelve lentamente y fluye sobre la ruta de Provenza. Lleno de languidez, el aire vibra sobre el paisaje. Del tronco anaranjado de los olivos brotan surtidores de sombra violeta al pie de las viñas, que se repliegan en sí mismas, prudentes como las monjas inclinadas en sus rosarios de gruesos granos. A lo lejos se adivina, engastada en azul, la masa de un seno perfecto y monstruoso.

El pelotón va por el camino angosto, tallado en la ladera. Los

rostros fatigados relucen bajo el sudor espeso. Desalentado, el viaje se retarda a la vista del sepulcro. Las insignias de los corredores están sucias y el rostro de los finos corceles parece estragado hasta la demencia.

A la lejanía del seno gigantesco, un hombre dirige el claro mirar de sus ojos que nada distinguen ya. Tenso el rostro, pesado el cuerpo, tiene la grávida actitud, el gesto decisivo de todos sus compañeros de sufrimiento.

El paisaje oscila bruscamente

y el camino se ajusta poco a poco a la perspectiva del monte. Las piedras surgen entre la hierba seca de los taludes. La atmósfera arde a fuego lento y se llena de rumores y consistencias extrañas; no son ya ruidos ni formas, sino interferencias sensoriales, la pura confusión del tacto, la vista y el oído. Se oye brillar a los colores y brotan sonidos a la sombra del silencio...

El hombre se yergue un poco sobre su montura y parece así más grande, más presto y viviente que todos los demás. Un resplandor caprichoso atraviesa su mirada en duda instantánea. Rompe luego una atadura invisible y remonta como una burbuja la extensa avalancha de vidrio multicolor.

Una vez más, la ruta se encabrita. Las hierbas quemadas surgen entre las piedras del talud. El aire crepita.

Desmesuradamente henchido por instantes que se suceden veloces, el hombre entra en euforia. Baten las sienes, zumban los oídos. Su cabeza está llena del rumor que hacen las burbujas en la superficie del agua. Y a través de ese burbujeo, escucha el murmullo de los arroyos, el canto de los manantiales y el estrépito de las cascadas en otro paisaje verde y craso, llano y pesado, más allá y por encima del pecho duro de la amazona formidable y salvaje que hincha su vientre al infinito.

El camino se endereza todavía más contra la muralla en que la luz abrasa con reflejos sangrientos. El hombre parpadea, como si fuera a entrar en una pesadilla y rehusara todavía las imágenes alucinantes que en ella descubre...

Los montes se agitan alrededor y danzan cabriolas delirantes bajo un sol negro, mientras la roca palidece y absorbe sus relieves: es un metal incandescente del que brotan las flamas.

Abre la boca y una ola de lava ardiente penetra sus entrañas. Fanfarrias histéricas engolfan sus oídos. Inquieto y desconcertado, vuelve a derecha e izquierda la cabeza. Y no ve nada ni a nadie. Ya no es más que una pavesa que se desplaza en el centro de un hálito bochornoso...

De pronto siente la sed. Una sed atroz y demente que desgarrá su garganta en náuseas impotentes y secas. Como un desafío a través del rumor lejano, sigue escuchando el murmullo de las fuentes de Inglaterra.

Con breve y terrible sobresalto de orgullo, expulsa de su mente los sonidos y las imágenes vanas. Oscuras razones en las que se insinúa la embriaguez de los triunfos, rechazan la loca tentación de detenerse y echarse a la onda engañosa que ve saltar entre las rocas ardientes.

Una visión fugitiva atraviesa su espíritu: la del sueño glorioso esbozado más allá de la llanura que

lo atrapa y lo supera en un marco de reflejos multicolores y rutilantes.

Lo oprime luego una inmensa y terrorífica abulia. Ya está completamente solo, dolorosamente asido al muro que escapa bajo su cuerpo. Las palabras escamotean la conciencia y su razón no puede acudir al grito de los sentidos en desorden. Irremisiblemente se abate sobre su máquina y todo en él se consume: sus párpados, su quijada, sus codos, sus rodillas. Ya no es más que carne lívida y flácida en que antiguas facultades

corren y se disuelven por la mirada azul que recoge toda la tristeza y el sufrimiento del mundo. La frente explota y el pecho estalla. Y el maravilloso y lamentable Pierrot se derrumba en sí mismo. Un gran frío lo envuelve de pronto. Ya nada siente ni resiente.

Por encima de los montes, la noche dura y densa como el mármol lo cubre entre sus pliegues.

Tom Simpson vacila y cae. Arrebatado por su último gesto, se adormece para siempre.

PIERRE TORET.

EL COHETE

Sube el cohete vestido de máscara, con cerrado, estrecho dominó de luto, y cuando ya no podemos alcanzarle, quítase el antifaz, lanza un grito burlón, y para más mofarse de nosotros, el espléndido, el loco, el príncipe magnífico,

sacude su escarcela y deja caer piedras preciosas, que no llegan a nuestras manos, ya tendidas y abiertas, porque se pierden juguetonas en el aire.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

ÍNDICE DE AUTORES

QUE FIGURAN EN "LECTURA EN VOZ ALTA"

- Alfonso el Sabio, 43
 Amiel, Enrique Federico, 166
 Andreiev, Leónidas, 71
 Anónimo árabe, 34
 Anónimo chino, 29
 Anónimo de Babilonia, 17
 Anónimo de Mari, 15
 Anónimo Egipcio, 18, 19
 Anónimo finlandés, 42
 Anónimo Hindú, 113
 Azorín, 163
 Baroja, Pío, 58
 Baudelaire, Charles, 69
 Campo, Florián del, 106
 Carlyle, Tomás, 115
 Cervantes, Miguel de, 108, 109
 Cicerón, 24
 Claudel, Paul, 73, 74, 75
 Chateaubriand, 116
 D'Annunzio, Gabriel, 57, 94
 Ekelof, Gunnar, 80
 Flaubert, Gustavo, 120
 Fort, Paul, 54
 France, Anatole, 48, 62
 García Lorca, Federico, 87, 89
 Gómez de la Serna, Ramón, 176, 177
 Gorki, Máximo, 52
 Granada, Fr. Luis de, 107
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 189
 Guzmán, Martín Luis, 60
 Hafiz, 36
 Hammaurabi de Sumeria, 16
 Henley, William Ernest, 71
 Hernández, Miguel, 174
 Himno Homérico XXX, 21
 Homero, 22
 Horacio, 26
 Hubbell, Lindley, 66
 Ibsen, H., 84
 Jammes, Francis, 68, 186
 Jiménez, Juan Ramón, 85
 Jiménez de Rada, Rodrigo, 42
 Joyce, James, 154, 155
 Juan Manuel, Don, 104
 Kafka, Franz, 130
 Kalidasa, 31
 Knut Hamsun, 78
 Lagerlöf, Selma, 150
 Lorrain, Jean, 64
 Manzoni, Alejandro, 118
 María de Francia, 39
 Médiz Bolio, Antonio, 79, 80, 165
 Milosz, Oscar Bratislas de Lubicz, 82
 Monterde, Francisco, 81
 Morales de San Martín, Bernardo, 94
 Negri, Ada, 70, 164
 Neruda, Pablo, 184
 Nervo, Amado, 86
 Novalis, 117
 Ortega y Gasset, José, 148
 Paladio de Bitinia, 36
 Papini, Giovanni, 86
 Pellicer, Carlos, 178
 Philippe, Charles Louis, 141
 Proust, Marcel, 153
 Quevedo, Francisco de, 112
 Renard, Jules, 73
 Richopin, Jean, 122
 Rilke, Rainer María, 90, 145
 Rodó, José Enrique, 56
 Rolland, Romain, 167, 168, 171
 Rusiñol, Santiago, 56
 Saint-Victor, Paul, 169
 Salomón, 20
 San Lucas, 27
 San Mateo, 27
 San Pablo, 28
 Schwob, Marcel, 48, 50, 76
 Sorondo, Xavier, 84
 Tagore, 67, 68
 Tiruvalluvar, 32
 Toret, Pierre, 187
 Torri, Julio, 82
 Tsao-Hsueh-Kin, 33
 Turoldo, 37
 Uexküll, Jakob van, 179
 Valmiki, 23, 24
 Vasconcelos, José, 157
 Vyasa, 22
 Welhaven, Johan, 149
 Wells, H. G., 131
 Wergeland, Henrik, 129
 Wilde, Oscar, 83, 124
 Yuri Oliosha, 159

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	9
<i>La tarea escolar.</i> Anónimo de Mari	15
<i>Aquí comienza la ley.</i> Hammurabi de Sumeria	15
<i>Gilgamesh se salva del diluvio.</i> Anónimo de Babilonia	16
<i>Del libro de los muertos.</i> Anónimo egipcio	17
<i>El cansado de la vida.</i> Anónimo egipcio	18
<i>Sinué decide regresar a Egipto.</i> Anónimo egipcio	18
<i>La mujer fuerte.</i> Salomón	20
<i>A la tierra madre de todos.</i> Himno homérico: XXX	20
<i>Ulises a Nausicaa.</i> Homero	21
<i>A Agni.</i> Vyasa.	22
<i>El Ganges desciende a la Tierra.</i> Valmiki	23
<i>Las lisonjas de Revana.</i> Valmiki	23
<i>La ley suprema.</i> Marco Tulio Cicerón	24
<i>Elogio de la vida campestre.</i> Horacio	25
<i>Contra la codicia.</i> San Lucas	26
<i>Las bienaventuranzas.</i> San Mateo, 5:1-12	27
<i>El cántico de la caridad.</i> San Pablo (<i>Primera Epístola a los Corintios</i>) ...	28
<i>Nocturno.</i> Anónimo chino del siglo III	28
<i>La nube mensajera.</i> Kalidasa	29
<i>El paria es un hombre.</i> Tiruvalluvar	32
<i>Sueño infinito de Pao Yu.</i> Tsao-Hsueh-Kin	32
<i>Historia de los dos que soñaron.</i> Anónimo árabe	33
<i>La que se hacía pasar por loca.</i> Paladio de Bitinia	34
<i>Anoche vi unos ángeles.</i> Hafiz.	36
<i>Muerte de Roldán.</i> Turolde	36
<i>El lay del ruiseñor.</i> María de Francia	37
<i>El runoya eterno.</i> Anónimo finlandés	39
<i>Una batalla gótica.</i> Rodrigo Jiménez de Rada	42
<i>Prólogo al libro de ajedrez.</i> Alfonso El Sabio	43
<i>El juglar de nuestra señora.</i> Anatole France	44
<i>Relato de los tres pequeñuelos.</i> Marcel Schwob	48
<i>Relato de la pequeña Allys.</i> Marcel Schwob	50
<i>La canción del albatros.</i> Máximo Gorki	51
<i>Orfeo encantando a los animales.</i> Paul Fort	52
<i>El barco que parte.</i> José Enrique Rodó	54
<i>Oración a la belleza.</i> Santiago Rusiñol	56

	Pág.
<i>Las campanas.</i> Gabriel D'Annunzio	57
<i>Mari Belcha.</i> Pío Baroja	58
<i>Poema de invierno.</i> Martín Luis Guzmán	60
<i>Nacieron, sufrieron, murieron.</i> Anatole France	62
<i>La princesa mendosiana.</i> Jean Lorrain	64
<i>Las rosas.</i> Lindley Hubbell	66
<i>Nubes y olas.</i> Rabindranath Tagore	67
<i>En las playas.</i> Rabindranath Tagore	68
<i>El comedor.</i> Francis Jammes	68
<i>Las dos serpientes.</i> Charles Baudelaire	69
<i>El himno de la vida.</i> Ada Negri	70
<i>El infortunio.</i> Ada Negri	70
<i>Amo de su destino.</i> William Ernest Henley	71
<i>El sembrador invisible.</i> Leónidas Andreiev	71
<i>Una familia de árboles.</i> Jules Renard	73
<i>Libación por el día futuro.</i> Paul Claudel	73
<i>La motocicleta.</i> Paul Claudel	74
<i>La Tierra vista desde el mar.</i> Paul Claudel	75
<i>La soñadora.</i> Marcel Schwob	76
<i>Noche de agosto.</i> Knut Hamsun	78
<i>La ceiba.</i> Antonio Médez Bolio	79
<i>El venado y el jaisán.</i> Antonio Médez Bolio	80
<i>Las tinieblas caen.</i> Gunnar Ekelof	80
<i>De un hidalgo.</i> Francisco Monterde	81
<i>Balada de las hojas más altas.</i> Julio Torri	82
<i>Al fondo del país lituano.</i> Otkaz Bratislas de Lubicz Milosz	82
<i>El artista.</i> Oscar Wilde	83
<i>El ave de las tempestades.</i> Henrik Ibsen	84
<i>El encantador de serpientes.</i> Xavier Sorondo	84
<i>La negra y la rosa.</i> Juan Ramón Jiménez	85
<i>Lo feo.</i> Amado Nervo	86
<i>Auto-retrato.</i> Giovanni Papini	86
<i>Jardín muerto.</i> Federico García Lorca	87
<i>Huertos de las iglesias ruinosas.</i> Federico García Lorca	89
<i>De cómo el buen Dios se convirtió en un dedal.</i> Rainer Maria Rilke	90
<i>El ruiseñor cantaba.</i> Gabriel D'Annunzio	94
<i>El lirio azul (leyenda gótica).</i> Bernardo Morales de San Martín	95
<i>El brujo postergado.</i> Don Juan Manuel	104
<i>Anibal.</i> Florián de Campo	106
<i>Conocimiento de Dios por las criaturas.</i> Fray Luis de Granada	107
<i>Auto-retrato.</i> Miguel de Cervantes Saavedra	108
<i>Don Quijote y el caballero del verde gabán.</i> Miguel de Cervantes Saavedra	109
<i>Marco Bruto.</i> Francisco de Quevedo	112
<i>La verdadera ciencia de la vida.</i> Anónimo hindú	113
<i>Retrato del Dante.</i> Tomás Carlyle	115
<i>Juventud y vejez del paraíso.</i> Chateaubriand	116
<i>Enrique ve la flor azul.</i> Novalis	117
<i>En días de terrible epidemia.</i> Alejandro Manzoni	118

	Pág.
<i>Una cacería fantástica.</i> Gustavo Flaubert	120
<i>El tesoro de los pobres.</i> Jean Richepin	122
<i>El ruiseñor y la rosa.</i> Oscar Wilde	124
<i>A la primavera.</i> Henrik Wergeland	129
<i>Ante la ley.</i> Franz Kafka	130
<i>Esta calamidad de los zapatos.</i> H. G. Wells	131
<i>El visitante.</i> Charles Louis Philippe	141
<i>El que hablaba a las piedras.</i> Rainer Maria Rilke	145
<i>Las huellas del alma.</i> José Ortega y Gasset	148
<i>La copa volcada.</i> Johan Welhaven	149
<i>El nido de aguanieves.</i> Selma Lagerlöf	150
<i>El vivonne.</i> Marcel Proust	153
<i>Adolescencia.</i> James Joyce	154
<i>La inspiración.</i> James Joyce	155
<i>Himnos breves.</i> José Vasconcelos	157
<i>Liompa.</i> Yuri Oliosha	159
<i>Estilo oscuro, pensamiento oscuro.</i> Azorín	163
<i>Los vencidos.</i> Ada Negri	164
<i>El indio del Mayab.</i> Antonio Médez Bolio	165
<i>Diario íntimo.</i> Enrique Federico Amiel	166
<i>La noche.</i> Romain Rolland	167
<i>Ara pacis.</i> Romain Rolland	158
<i>La Venus de Milo.</i> Paul de Saint-Victor	169
<i>Las canciones populares.</i> Romain Rolland	171
<i>Robo.</i> Miguel Hernández	174
<i>Gafas para las estatuas.</i> Ramón Gómez de la Serna	176
<i>Golpecitos con los dedos.</i> Ramón Gómez de la Serna	176
<i>Contrato editorial.</i> Ramón Gómez de la Serna	177
<i>En una escuela de Tabasco.</i> Carlos Pellicer	178
<i>El acuario.</i> Jakob Von Uexküll	179
<i>De infancia y poesía.</i> Pablo Neruda	184
<i>En el paraíso.</i> Francis Jammes	186
<i>La ascensión del Ventoux.</i> Pierre Toret	187
<i>El cohete.</i> Manuel Gutiérrez Nájera	189

*La impresión de este libro fué terminada el
mes de Junio de 1991, en los talleres
de E. Penagos, S. A., Lago Wetter 152, la
edición consta de 20,000 ejemplares
más sobrantes para reposición.*

COLECCIÓN "SEPAN CUANTOS..." *

128.	ALARCON, Pedro A. de: <i>El Escándalo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i> .	\$ 5,000.00
134	ALARCON, Pedro A. de: <i>El niño de la bola. El sombrero de tres picos. El capitán veneno</i> . Notas preliminares de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	4,000.00
225	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>La Regenta</i> . Introducción de Jorge Ibargüen-goitia. <i>Rústica</i>	8,000.00
449.	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>Cuentos. Pipá Zurita. Un Candidato. El Ranu. Adlós "Cordera". Cambio de Luz. El Gallo de Sócrates. El Sombrero del Cura y 35 cuentos más</i> . Prólogo de Guillermo de la Torre. <i>Rústica</i>	5,000.00
572	ALAS "Clarín", Leopoldo: <i>Su Único Hijo. Doña Bertu. Cuervo. Superche-rlu</i> . Prólogo de Ramón Pérez de Ayala	10,000.00
	ALCEO. (Véase PINDARO.)	
126.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Mujercitas. Más cosas de Mujercitas</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
273.	ALCOTT, Louisa M.: <i>Hombrecitos</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
182.	ALEMÁN, Mateo: <i>Guzmán de Alfarache</i> . Introducción de Amancio Bolaño e Isla	6,000.00
	ALFAU de Solalinde, Jesusa. (Véase ARROYO, Anita.)	
229.	ALFONSO EL SABIO: <i>Cantigas de Santa Maria. Cantigas profanas. Pri-mera crónica general. General e grand storia. Espéculo. Las siete partidas. El setenario. Los libros de astronomía. El lapidario. Libros de ajedrez, da-dos y tablas. Una curia y dos testamentos. Antología</i> . Con un estudio preli-minar de Margarita Peña y un vocabulario. <i>Rústica</i>	6,000.00
15.	ALIGHIERI, Dante: <i>La Divina Comedia. La vida nueva</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	5,000.00
61	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>El Zarco, La Navidad en las Montañas</i> . Intro-ducción de María del Carmen Millán. <i>Rústica</i>	4,000.00
62.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Clemencia. Cuentos de Invierno</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
275.	ALTAMIRANO, Ignacio M.: <i>Paisajes y Leyendas. Tradiciones y costumbres de México</i> . Introducción de Jacqueline Covo. <i>Rústica</i>	6,000.00
43.	ALVAR, Manuel: <i>Poesía tradicional de los judíos españoles</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
122.	ALVAR, Manuel: <i>Cantares de Gesta medievales. Cantar de Roncesvalles. Cantar de los Siete Infantes de Lara. Cantar del Cerco de Zamora. Cantar de Rodrigo y el rey Fernando. Cantar de la Campana de Huesca</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
151.	ALVAR, Manuel: <i>Antigua poesía española lírica y narrativa. Jarchas. Libro de Infancia y muerte de Jesús. Vida de Santa María Egipcíaca. Disputa del alma y el cuerpo. Razón de amor con los denuestos del agua y el vino. Elena y María (disputa del cuerpo y el caballero). El planto ¡ay Jerusalén! Historia troyana en prosa y verso</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
174.	ALVAR, Manuel: <i>El romancero viejo y tradicional</i> . <i>Rústica</i>	10,000.00
244.	ALVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín: <i>Malvaloca. Amores y Amorios. Puebla de las mujeres. Doña Clarines. El genio alegre</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i>	8,000.00
	ALVAREZ QUINTERO, Hnos. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
131.	AMADIS DE GAULA: Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	6,000.00
157.	AMICIS, Edmundo: <i>Corazón. Diario de un niño</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	4,000.00
505.	AMIEL, Enrique Federico: <i>Fragmentos de un Diario Intimo</i> . Prólogo de Bernard Bouvier. <i>Rústica</i>	10,000.00
	ANACREONTE. (Véase PINDARO.)	

* Los números que aparecen a la izquierda corresponden a la numeración de la Colección

83.	ANDERSEN, Hans Christian: <i>Cuentos</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	5,000.00
	ANDREIEV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
428.	ANÓNIMO: <i>Aventuras del Picaro Till Eulenspiegel</i> . WICKRAM, Jorge: <i>El libro del carro</i> . Versión y prólogo de Marianne Oeste de Bopp. <i>Rústica</i>	6,000.00
432.	ANÓNIMO: <i>Robin Hood</i> . Introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	6,000.00
	APULEYO. (Véase <i>Longo</i> .)	
301.	AQUINO, Tomás de: <i>Tratado de la Ley. Tratado de la Justicia. Opúsculo sobre el gobierno de los Príncipes</i> . Traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, S. J. <i>Rústica</i>	12,000.00
317.	AQUINO, Tomás de: <i>Suma Contra los Gentiles</i> . Traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, S. J. <i>Rústica</i>	15,000.00
406.	ARCINIEGAS, Guzmán: <i>Biografía del Caribe</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
76.	ARCIPRESTE DE HITA: <i>Libro de Buen Amor</i> . Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	7,500.00
67.	ARISTOFANES: <i>Las once comedias</i> . Versión directa del griego con introducción de Angel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
70.	ARISTÓTELES: <i>Ética Nicomaquea. Política</i> . Versión española e introducción de Antonio Gómez Robledo. <i>Rústica</i>	6,000.00
120.	ARISTÓTELES: <i>Metafísica</i> . Estudio introductorio, análisis de los libros y revisión del texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
124.	ARISTÓTELES: <i>Tratados de Lógica (El Organón)</i> . Estudio introductorio, preámbulos a los tratados y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	10,000.00
	ARTSIBASCHEV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
82.	ARRANGOIZ, Francisco de Paula de: <i>México desde 1808 hasta 1867</i> . Prólogo de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	20,000.00
103.	ARREOLA, Juan José: <i>Lectura en voz alta</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
195.	ARROYO, Anita: <i>Razón y pasión de Sor Juana</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
431.	AUSTEN, Jane: <i>Orgullo y Prejuicio</i> . Prólogo de Sergio Pitot. <i>Rústica</i>	6,000.00
327.	AUTOS SACRAMENTALES: (El auto sacramental antes de Calderón.) LOAS: Dile el Sacramento. A un pueblo. Loa del Auto de acusación contra el género humano. LOPEZ DE YAGUAS: Farsa sacramental. ANÓNIMOS: Farsa sacramental de 1521. Los amores del alma con el Príncipe de la luz. Farsa sacramental de la residencia del Hombre. Auto de los Hierros de Adán. Farsa del sacramento del entendimiento niño. SANCHEZ DE BADAJOZ: Farsa de la Iglesia. TIMONEDA: Auto de la oveja perdida. Auto de la fuente de los siete sacramentos. Farsa del sacramento llamada premática del Pan. Auto de la Fe. LOPE DE VEGA: La adúltera perdonada. La ciega. El pastor lobo y cabaña celestial. VALDIVIELSO: El hospital de los locos. La amistad en el peligro. El peregrino. La Serrana de Plasencia. TIRSO DE MOLINA: El colmenero divino. Los hermanos parcidos. MIRA DE AMÉSCUA: Pedro Telonario. Selección, Introducción y notas de Ricardo Arlas. <i>Rústica</i>	10,000.00
193.	BACON, Francisco: <i>Instauratio Magna. Novum Organum. Nueva Atlántida</i> . Estudio introductorio y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
200.	BALBUENA, Bernardo de: <i>La grandeza mexicana y Compendio apologetico en alabanza de la poesía</i> . Prólogo de Luis Adolfo Domínguez. <i>Rústica</i>	6,000.00
53.	BALMES, Jaime L.: <i>El Criterio</i> . Estudio preliminar de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	6,000.00
241.	BALMES, Jaime L.: <i>Filosofía Elemental</i> . Estudio preliminar por Raúl Cardiel. <i>Rústica</i>	6,000.00
112.	BALZAC, Honorato de: <i>Eugénie Grandet. La piel de Zapata</i> . Prólogo de Carmen Galindo. <i>Rústica</i>	4,500.00
314.	BALZAC, Honorato de: <i>Papá Goriot</i> . Prólogo de Rafael Solana. Versión y notas de F. Benach. <i>Rústica</i>	5,000.00
442.	BALZAC, Honorato de: <i>El Lirio en el Valle</i> . Prólogo de Jaime Torres Bodet. <i>Rústica</i>	6,000.00
	BAQUILIDES. (Véase <i>PINDARO</i> .)	
335.	BARREDA, Gabino: <i>La Educación Positivista</i> . Selección, estudio introductorio y preámbulos por Edmundo Escobar. <i>Rústica</i>	6,000.00
334.	<i>Batallas de la Revolución y sus Corridos</i> . Prólogo y preparación de Daniel Morenu. <i>Rústica</i>	6,000.00

426.	BAUDELAIRE, Carlos: <i>Las Flores del Mal. Diarios Íntimos</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
17.	BECCUER, Gustavo Adolfo: <i>Rimas, leyendas y narraciones</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	4,500.00
	BENAVENTE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
35.	BERCEO, Gonzalo de: <i>Milagros de Nuestra Señora. Vida de Santo Domingo de Silos. Vida de San Millán de la Cogolla. Vida de Santa Oria. Martirio de San Lorenzo</i> . Versión antigua y moderna. Prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	10,000.00
491.	BERGSON, Henry: <i>Introducción a la metafísica. La Risa</i> . La filosofía de Bergson por Manuel García Morente	5,000.00
	BERMUDEZ, Ma. Elvira. (Véase VERNE, Julio.)	
	BESTEIRO, Julián. (Véase HESSEN, Juan.)	
500.	BIBLIA DE JERUSALÉN, Nueva edición totalmente revisada y aumentada. <i>Rústica</i> : \$ 40,000.00	Tela: 42,500.00
380.	BOCCACCIO: <i>El Decamerón</i> . Prólogo de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	10,000.00
487.	BOECIO, Severino: <i>La consolación de la filosofía</i> . Prólogo de Gustave Bardy. <i>Rústica</i>	6,000.00
522.	BOISSIER, Gastón: <i>Cicerón y sus Amigos</i> . Estudio de la sociedad Romana del tiempo de César. Prólogo de Augusto Rostagni. <i>Rústica</i>	6,000.00
495.	BOLÍVAR, Simón: <i>Escritos Políticos</i> . El espíritu de Bolívar por Rufino Blanco Fombona. <i>Rústica</i>	6,000.00
	BOSCAN, Juan. (Véase VEGA, Garcilaso de la.)	
278.	BOTURINI BENADUCCI, Lorenzo: <i>Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional</i> . Estudio preliminar por Miguel León-Portilla. <i>Rústica</i>	6,000.00
119.	BRONTE, Emily: <i>Cumbres Borrascosas</i> . Prólogo de Sergio Pitlor. <i>Rústica</i>	6,000.00
420.	BRONTE, Carlota: <i>Jane Eyre</i> . Prólogo de Marga Sorensen. <i>Rústica</i>	6,000.00
516.	BULWER-LYTTON. <i>Los últimos días de Pompeya</i> . Prólogo de Santiago Galindo	6,000.00
441.	BURCKHARDT, Jacob: <i>La Cultura del Renacimiento en Italia</i> . Prólogo de Werner Kaegi. <i>Rústica</i>	8,500.00
104.	CABALLERO, Fernán: <i>La Gaviota. La familia de Alvareda</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	6,000.00
222.	CALDERÓN, Fernando: <i>A ninguna de las tres. El torneo. Ana Bolena. Herman o la vuelta del cruzado</i> . Prólogo de María Edmée Alvarez. <i>Rústica</i>	6,000.00
41.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>La Vida es sueño. El alcalde de Zalamea</i> . Prólogo de Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	4,000.00
331.	CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro: <i>Autos Sacramentales: La cena del Rey Baltasar. El gran Teatro del Mundo. La hidalga del valle. Lo que va del hombre a Dios. Los encantos de la culpa. El divino Orfeo. Sueños hay que verdad son. La vida es sueño. El día mayor de los días</i> . Selección, introducción y notas de Ricardo Añás. <i>Rústica</i>	10,000.00
74.	CALDERÓN DE LA BARCA, Madame: <i>La vida en México</i> . Traducción y prólogo de Felipe Telxidor. <i>Rústica</i>	10,000.00
	CALVO SOTELO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
252.	CAMOENES, Luis de: <i>Los Lusíadas</i> . Traducción, prólogo y notas de Ildefonso-Manuel Gil. <i>Rústica</i>	6,000.00
329.	CAMPOAMOR, Ramón de: <i>Doloras. Poemas</i> . Introducción de Vicente Gao. <i>Rústica</i>	10,000.00
435.	CANOVAS DEL CASTILLO, Antonio: <i>La Campana de Huesca</i> . Prólogo de Serafín Estébanez Calderón. <i>Rústica</i>	6,000.00
279.	CANTAR DE ROLDÁN, EL: Versión de Felipe Telxidor. <i>Rústica</i>	4,000.00
285.	CANTAR DE LOS NIBELUNGOS, EL: Traducción al español e introducción de Marianne Oestre de Bopp. <i>Rústica</i>	6,000.00
307.	CARLYLE, Tomás: <i>Los Héroes. El culto a los héroes y Lo heroico de la historia</i> . Estudio preliminar de Raúl Cardiel Reyes. <i>Rústica</i>	6,000.00
215.	CARROLL, Lewis: <i>Alicia en el país de las maravillas. Al otro lado del espejo</i> . Ilustrado con grabados de John Tenniel. Prólogo de Sergio Pitlor. <i>Rústica</i>	6,000.00
57.	CASAS, Fr. Bartolomé de las: <i>Los Indios de México y Nueva España</i> . Antología. Edición, prólogo, apéndices y notas de Edmundo O'Gorman; con la colaboración de Jorge Alberto Manrique. <i>Rústica</i>	6,000.00
318.	<i>Casidas de amor profano y místico</i> . Ibn Zaydun. Ibn Arabi. Estudio y traducción de Vicente Cantarino. <i>Rústica</i>	7,000.00

223.	CASONA, Alejandro: <i>Flor de leyendas. La Sirena varada. La duma del alba. La barca sin pescador.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
249.	CASONA, Alejandro: <i>Otra vez el diablo. Nuestra Natacha. Prohibido suicidarse en primavera. Los árboles mueren de pie.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	6,000.00
357.	CASTELAR, Emilio: <i>Discursos. Recuerdos de Italia.</i> Selección e Introducción de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	8,000.00
372.	CASTRO, Américo: <i>La realidad histórica de España.</i> <i>Rústica</i>	15,000.00
268.	CASTRO, Guillén de: <i>Las mocedades del Cid.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	6,000.00
25.	CERVANTES DE SALAZAR, Francisco: <i>México en 1554 y Túlumo Imperial.</i> Edición, prólogo y notas de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	6,000.00
6.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.</i> Prólogo y esquema biográfico por Américo Castro. <i>Rústica</i>	10,000.00
9.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Novelas ejemplares.</i> Comentario de Sergio Fernández. <i>Rústica</i>	6,000.00
98.	CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: <i>Entremeses.</i> Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	6,000.00
422.	CERVANTES, Miguel de: <i>Los trabajos de Persiles y Sigismunda.</i> Prólogo de Maurici Serrahima. <i>Rústica</i>	6,000.00
578.	CERVANTES, Miguel de: <i>Don Quixote de la Mancha.</i> Edición abreviada. Introducción de Arturo Usiar Pietri	8,000.00
20.	CÉSAR, Cayo Julio: <i>Comentarios de la guerra de las Gallas. Guerra civil.</i> Prólogo de Xavier Tavera	6,000.00
320.	CETINA, Guillermo de: <i>Obras.</i> Introducción del Dr. D. Joaquín Hazaña y la Rúa. Presentación de Margarita Peña. <i>Rústica</i>	10,000.00
230.	CICERÓN: <i>Los oficios o los deberes. De la vejez. De la amistad.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
234.	CICERÓN: <i>Tratado de la República. Tratado de las leyes. Catilinaria.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
	CID: (Véase <i>Poema de Mio Cid</i> .)	
137.	CIENT MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA (LAS). Selección y Advertencia Preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	6,000.00
29.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia antigua de México.</i> Edición y prólogo de Mariano Cuevas. <i>Rústica</i>	12,000.00
143.	CLAVIJERO, Francisco Javier: <i>Historia de la Antigua o Baja California.</i> PALOU, Fr. Francisco: <i>Vida de Fr. Junípero Serra y Misiones de la California Septentrional.</i> Estudios preliminares por Miguel León-Portilla. <i>Rústica</i>	15,000.00
60.	COLOMA, P. Luis: <i>Boy.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
91.	COLOMA, P. Luis: <i>Pequeñeces. Jeromín.</i> Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	8,000.00
167.	COMENIO, Juan Amós: <i>Didáctica Magna.</i> Prólogo de Gabriel de la Mora. <i>Rústica</i>	8,000.00
340.	COMTE, Augusto: <i>La filosofía positivista.</i> Proemio, estudio introductorio, selección y análisis de los textos por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,500.00
341.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: Un crimen extraño.</i> El intérprete griego. Triunfos de Sherlock Holmes. Los tres estudiantes. El mendigo de la cicatriz. K.K.K. La muerte del coronel. Un protector original. El novio de Miss Sutherland. Las aventuras de una ciclista. El misterio de Boscombe. Policia fina. El casado sin mujer. La diadema de Berlios. El carbunclo azul. "Silver Blaze". Un empleo extraño. El ritual de los Musgrave. El Gloria Scott. El documento robado. Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
343.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: El perro de Baskerville.</i> La marca de los cuatro. El pulgar del Ingeniero. La banda moteada. Nuevos triunfos de Sherlock Holmes. El enemigo de Napoleón. El campeón de Foot-Ball. El cordón de la campanilla. Los Cunningham. Las dos manchas de sangre. <i>Rústica</i>	6,000.00
345.	CONAN DOYLE, Arthur: <i>Aventuras de Sherlock Holmes: La resurrección de Sherlock Holmes.</i> Nuevas y últimas aventuras de Sherlock Holmes. La caja de lacu. El embudo de cuero, etc. <i>Rústica</i>	8,000.00
7.	CORTÉS, Hernán: <i>Cartas de relación.</i> Nota preliminar de Manuel Alcalá. Ilustraciones. Un mapa plegado. <i>Rústica</i>	6,000.00
313.	CORTINA, Martín: <i>Un Rosillo Inmortal</i> (leyenda de los llanos). <i>Un Tlacuache Vagabundo. Maravillas de Attepepan</i> (leyendas mexicanas). Introducción de Andrés Henestrosa. <i>Rústica</i>	6,000.00

181.	COULANGES, Fustel de: <i>La ciudad antigua</i> (estudio sobre el culto, el derecho y las instituciones de Grecia y Roma). Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
100.	CRUZ, Sor Juana Inés de la: <i>Obras completas</i> . Prólogo de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	18,000.00
342.	CUENTOS RUSOS: Gógol - Turguénev - Dostolevsky - Tolstol - Garln - Chéjov - Gorki - Andrélev - Kúprin - Artsibachev - Dimov - Tasln - Sur-guchov - Korolenko - Goncharov - Sholojov. Introducción de Rosa Ma. Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
256.	CUYAS ARMENGOL, Arturo: <i>Hace falta un muchacho</i> . Libro de orienta-ción en la vida para los adolescentes. Ilustrada por Juez, <i>Rústica</i>	5,000.00
382.	CHATEAUBRIAND: <i>El genio del cristianismo</i> . Introducción de Arturo Sou-to. <i>Rústica</i>	10,000.00
524.	CHATEAUBRIAND, René: <i>Atala - René - El último abencerraje</i> Páginas autobiográficas. Prólogo de Armando Rangel. <i>Rústica</i>	6,000.00
148.	CHAVEZ, Ezequiel A.: <i>Sor Juana Inés de la Cruz</i> . Ensayo de psicología y de estimación del sentido de su vida para la historia de la cultura y de la formación de México. <i>Rústica</i>	6,000.00
411.	CHÉJOV, Antón: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Sommerset Maugham. <i>Rústica</i>	6,000.00
454.	CHÉJOV, Antón: <i>Teatro: La gaviota. Tío Vanla. Las Tres Hermanas. El jardín de los cerezos</i> . Prólogo de Máximo Gorki. <i>Rústica</i>	6,000.00
	CHÉJOV, Antón. (Véase Cuentos Rusos.)	
478.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ensayos</i> . Prólogo de Hilaire Belloc. <i>Rústica</i>	6,000.00
490.	CHESTERTON, Gilbert K.: <i>Ortodoxia. El hombre Eterno</i> . Prólogo de Augusto Assla. <i>Rústica</i>	6,000.00
42.	DARIO, Rubén: <i>Azul... El Salmo de la pluma. Cantos de vida y esperan-za. Otros poemas</i> . Edición de Antonio Oliver. <i>Rústica</i>	4,000.00
385.	DARWIN, Carlos: <i>El origen de las especies</i> . Introducción de Richard E. Leakey.	8,000.00
377.	DAUDET, Alfonso: <i>Tartarin de Tarascón. Tartarin en los Alpes. Port-Ta-rascón</i> . Prólogo de Juan Antonio Guerrero. <i>Rústica</i>	6,000.00
140.	DEFOE, Daniel: <i>Aventuras de Robinson Crusoe</i> . Prólogo de Salvador Reyes Nevares. <i>Rústica</i>	4,500.00
154.	DELGADO, Rafael: <i>La Calandria</i> . Prólogo de Salvador Cruz. <i>Rústica</i>	5,000.00
280.	DEMOSTENES: <i>Discursos</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
177.	DESCARTES: <i>Discurso del método. Mediaciones metafísicas. Reglas para la dirección del espíritu. Principios de la filosofía</i> . Estudio introductivo, análisis de las obras y notas al texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	4,000.00
5.	DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal: <i>Historia verdadera de la conquista de la Nueva España</i> . Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. Con un mapa. <i>Rústica</i>	12,000.00
127.	DICKENS, Carlos: <i>David Copperfield</i> . Introducción de Sergio Pitol. <i>Rústica</i>	10,000.00
310.	DICKENS, Carlos: <i>Canción de Navidad. El grillo del hogar. Historia de dos Ciudades</i> . Estudio preliminar de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	8,000.00
362.	DICKENS, Carlos: <i>Oliver Twlst</i> . Prólogo de Rafael Solana. <i>Rústica</i>	6,000.00
	DIMOV. (Véase Cuentos Rusos.)	
28.	DON JUAN MANUEL: <i>El conde Lucanor</i> . Versión antigua y moderna e Introducción de Amancio Bolaño e Isla. <i>Rústica</i>	6,000.00
84.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>El príncipe idiota. El sepulcro de los vivos</i> . Notas preliminares de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	8,000.00
106.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Los hermanos Karamazov</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	12,000.00
108.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Crimen y Castigo</i> . Introducción de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	8,000.00
259.	DOSTOIEVSKI, Fedor M.: <i>Las noches blancas. El jugador. Un ladrón honrado</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	4,500.00
	DOSTOIEVSKI, Fedor M. (Véase Cuentos Rusos.)	
73.	DUMAS, Alejandro: <i>Los tres Mosqueteros</i> . Prólogo de Salvador Reyes Ne-vares. <i>Rústica</i>	6,000.00
75.	DUMAS, Alejandro: <i>Veinte años después</i> . <i>Rústica</i>	8,500.00

346.	DUMAS, Alejandro: <i>El Conde de Monte-Cristo</i> . Prólogo de Mauricio González de la Garza	\$ 15,000.00
364-365.	DUMAS, Alejandro: <i>El vizconde de Bragelone</i> . 2 tomos. Rústica	20,000.00
407.	DUMAS, Alejandro: <i>El paje del Duque de Saboya</i> . Rústica	6,000.00
415.	DUMAS, Alejandro: <i>Los cuarenta y cinco</i> . Rústica	8,000.00
452.	DUMAS, Alejandro: <i>La Dama de Monsoreau</i> . Rústica	8,000.00
349.	DUMAS, Alejandro: (hijo): <i>La Dama de las Camelias</i> . Introducción de Arturo Souto A.	4,000.00
502.	DUMAS, Alejandro: <i>La Reina Margarita</i> . Rústica	6,000.00
504.	DUMAS, Alejandro: <i>La mano del muerto</i> . Rústica	6,000.00
309.	ECA DE QUEIROZ: <i>El misterio de la carretera de Cintra</i> . <i>La ilustre Casa de Ramirez</i> . Prólogo de Monserrat Alfau. Rústica	10,000.00
444.	ECKERMANN: <i>Conversaciones con Goethe</i> . Introducción de Rudolf K. Goldschmidt-Jentner. Rústica	10,000.00
283.	EPICTETO: <i>Manual y Máximas</i> . MARCO AURELIO: <i>Soliloquios</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	6,000.00
99.	ERCILLA, Alonso de: <i>La Araucana</i> . Prólogo de Ofelia Garza de Del Castillo. Rústica	8,500.00
	ESOPO. (Véase FABULAS.)	
233.	ESPINEL, Vicente: <i>Vida de Marcos Obregón</i> . Prólogo de Juan Pérez de Guzmán. Rústica	6,000.00
202.	ESPRONCEDA, José de: <i>Obras poéticas</i> . <i>El Pelayo</i> . <i>Poesías líricas</i> . <i>El estudiante de Salamanca</i> . <i>El diablo mundo</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. Rústica	5,000.00
11.	ESQUILO: <i>Las siete tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Ángel María Garibay K. Rústica	6,000.00
24.	EURÍPIDES: <i>Las diecinueve tragedias</i> . Versión directa del griego, con una introducción de Ángel María Garibay K. Rústica	6,000.00
16.	FABULAS: (<i>Pensador Mexicano</i> , <i>Rosas Moreno</i> , <i>La Fontaine</i> , <i>Samaniego</i> , <i>Iriarte</i> , <i>Esopo</i> , <i>Fedro</i> , etc.). Selección y notas de María de Pina. Rústica. PEDRO. (Véase FABULAS.)	6,000.00
387.	FENELÓN: <i>Aventuras de Telémaco</i> . Introducción de Jeanne Renée Becker	6,000.00
503.	FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, Alonso: <i>El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha</i> . Que contiene su tercera salida y que es la quinta parte de sus aventuras. Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. Rústica	6,000.00
1.	FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>El Periquillo Sarniento</i> . Prólogo de J. Rea Spell. Rústica	6,500.00
71.	FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín: <i>La Quijotilla y su prima</i> . Introducción de María del Carmen Ruiz Castañeda. Rústica	6,000.00
173.	FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro: <i>El sí de las niñas</i> . <i>La comedia nueva o el café</i> . <i>La derrota de los pedantes</i> . <i>Lección poética</i> . Prólogo de Manuel de Ezcurdía. Rústica	5,000.00
521.	FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: <i>Viajes de Colón</i> . Rústica	15,000.00
211.	FERRO GAY, Federico: <i>Breve historia de la literatura italiana</i> . Rústica	12,000.00
512.	FEVAL, Paul: <i>El Jorobado o Enrique de Lagardere</i> . Rústica	8,000.00
	FILOSTRATO. (Véase LAERCIO, Diógenes.)	
352.	FLAUBERT, Gustavo: <i>Madame Bovary</i> . <i>Costumbres de provincia</i> . Prólogo de José Arenas. Rústica	6,000.00
375.	FRANCE, Anatole: <i>El crimen de un académico</i> . <i>La azucena roja</i> . <i>Tais</i> . Prólogo de Rafael Solana. Rústica	6,000.00
399.	FRANCE, Anatole: <i>Los dioses tienen sed</i> . <i>La rebelión de los ángeles</i> . Prólogo de Pierre Jossierand. Rústica	8,000.00
	FRANCE, Anatole: (Véase RABELAIS.)	
391.	FRANKLIN, Benjamín: <i>Autobiografía y Otros escritos</i> . Prólogo de Arturo Usíar Pietri. Rústica	8,000.00
92.	FRIAS, Heriberto: <i>Tomóchic</i> . Prólogo y notas de James W. Brown. Rústica	6,000.00
494.	FRIAS, Heriberto: <i>Leyendas históricas mexicanas y otros relatos</i> . Prólogo de Antonio Saborit. Rústica	6,000.00
534.	FRIAS, Heriberto: <i>Episodios Militares Mexicanos</i> . Principales campañas, jornadas, batallas, combates y actos heroicos que ilustran la historia del ejército nacional desde la Independencia hasta el triunfo definitivo de la república. 312 pp. Rústica.	8,000.00

354.	GABRIEL Y GALÁN, José María: <i>Obras completas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce	\$ 10,000.00
311.	GALVAN, Manuel de J.: <i>Enriquillo</i> . Leyenda histórica dominicana (1503-1533). Con un estudio de Concha Meléndez. <i>Rústica</i>	6,500.00
305.	GALLEGOS, Rómulo: <i>Doña Bárbara</i> . Prólogo de Ignacio Díaz Ruiz. <i>Rústica</i>	5,000.00
368.	GAMIO, Manuel: <i>Forjando patria</i> . Prólogo de Justino Fernández. <i>Rústica</i>	8,000.00
251.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Libro de Poemas</i> . <i>Poema del Cante Jondo</i> . <i>Romancero Gitano</i> . <i>Poeta en Nueva York</i> . <i>Odas</i> . <i>Llanto por Sánchez Mejías</i> . <i>Bodas de Sangre</i> . <i>Yerma</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	5,000.00
255.	GARCÍA LORCA, Federico: <i>Mariana Pineda</i> . <i>La zapatera prodigiosa</i> . <i>Así que pasen cinco años</i> . <i>Doña Rosita la soltera</i> . <i>La casa de Bernarda Alba</i> . <i>Primeras canciones</i> . <i>Canciones</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
164.	GARCÍA MORENTE, Manuel: <i>Lecciones preliminares de filosofía</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
22.	GARIBAY K., Angel María: <i>Panorama literario de los pueblos nahuas</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
31.	GARIBAY K., Angel María: <i>Mitología griega</i> . <i>Dioses y héroes</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
	GARIN. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
373.	GAY, José Antonio: <i>Historia de Oaxaca</i> . Prólogo de Pedro Vázquez Colmenares. <i>Rústica</i>	15,000.00
433.	GIL Y CARRASCO, Enrique: <i>El Señor de Bembibre</i> . <i>El Lago de Carucedo</i> . <i>Artículos de Costumbres</i> . Prólogo de Arturo Souto. A. <i>Rústica</i>	6,000.00
21.	GOETHE, J. W.: <i>Fausto</i> . <i>Werther</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
400.	GOETHE, J. W.: <i>De mi vida poesía y verdad</i> . Prólogo de Ernst Robert Curtius. <i>Rústica</i>	12,000.00
132.	GOGOL, Nikolai V.: <i>Las almas muertas</i> . <i>La tercera orden de San Vladimir</i> . (Fragmentos de comedia inconclusa.) Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
457.	GOGOL, Nikolai, V.: <i>Tarás Bulba</i> . <i>Relatos de Mirgorod</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. Traducción de Irene Tchernowa. <i>Rústica</i>	6,000.00
	GOGOL, Nikolai V. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
461.	GÓMEZ ROBLEDO, Antonio: <i>El Magisterio Filosófico y Jurídico de Alonso de la Veracruz</i> . Con una antología de textos. <i>Rústica</i>	6,000.00
	GONCHAROV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
262.	GÓNGORA: <i>Poesías</i> . <i>Romance</i> . <i>Letrillas</i> . <i>Redondillas</i> . <i>Décimas</i> . <i>Sonetos atribuidos</i> . <i>Soledades</i> . <i>Polifemo y Galatea</i> . <i>Panegírico</i> . <i>Poesías sueltas</i> . Prólogo de Anita Arroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
568.	GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis: <i>Las Calles de México</i> . <i>Leyendas y sucesos</i> . <i>Vida y costumbres de otros tiempos</i> . Prólogo de Carlos G. Peña y Luis G. Urbina. <i>Rústica</i>	6,000.00
44.	GONZÁLEZ PEÑA, Carlos: <i>Historia de la literatura mexicana</i> . (Desde los orígenes hasta nuestros días.) <i>Rústica</i>	6,000.00
254.	GORKI, Máximo: <i>La madre</i> . <i>Mis confesiones</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	6,000.00
397.	GORKI, Máximo: <i>Mi infancia</i> . <i>Por el mundo</i> . <i>Mis universidades</i> . Prólogo de Marc Slonim. <i>Rústica</i>	8,000.00
118.	GOYTORTUA SANTOS, Jesús: <i>Pensativa</i> . Premio "Lanz Duret" 1944. <i>Rústica</i>	6,000.00
315.	GRACIAN, Baltasar: <i>El Discreto</i> - <i>El Criticón</i> - <i>El Héroe</i> . Introducción de Isabel C. Tarán. <i>Rústica</i>	6,500.00
121.	GRIMM, CUENTOS DE: Prólogo y selección de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	5,000.00
	GUILLÉN DE NICOLAU, Palma. (Véase <i>MISTRAL</i> , Gabriela.)	
169.	GUIRALDES, Ricardo: <i>Don Segundo Sombra</i> . Prólogo de María Edmée Álvarez. <i>Rústica</i>	4,000.00
	GUITTON, Jean: <i>El Trabajo Intelectual</i> . (Véase <i>SERTILANGES</i> , A. D.)	
19.	GUTIÉRREZ NAJERA, Manuel: <i>Cuentos y Cuaremas del Duque Job</i> . <i>Cuentos frágiles</i> . <i>Cuentos de color de humo</i> . <i>Primeros cuentos</i> . <i>Últimos cuentos</i> . Prólogo y Capítulos de novelas. Edición e introducción de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	6,000.00
438.	GUZMÁN, Martín Luis: <i>Memorias de Pancho Villa</i> . <i>Rústica</i>	12,000.00
508.	HAGGARD, Henry Rider: <i>Las Minas del Rey Salomón</i> . Introducción de Allan Quatermain. <i>Rústica</i>	6,000.00
396.	HAMSUN, Knut: <i>Hambre-Pan</i> . Prólogo de Antonio Espina. <i>Rústica</i>	6,000.00

484.	HEBREO, León: <i>Diálogos de Amor</i> . Traducción de Garcilaso de la Vega, El Inca. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
187.	HEGEL: <i>Enciclopedia de las ciencias filosóficas</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
429.	HEINE, Enrique: <i>Libro de los Cantares. Prosa escogida</i> . Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	HENRIQUEZ UREÑA, Pedro. (Véase URBINA, Luis G.)	
271.	HEREDIA, José María: <i>Poesías completas</i> . Estudio preliminar de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
216.	HERNÁNDEZ, José: <i>Marlín Flerro</i> . Ensayo preliminar por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	3,500.00
176.	HERODOTO: <i>Los nueve libros de la historia</i> . Introducción de Edmundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	10,000.00
323.	HERRERA Y REISSIG, Julio: <i>Poesías</i> . Introducción de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	8,000.00
206.	HESÍODO: <i>Teogonía. Los trabajos y los días. El escudo de Heracles. Idilios de Bión. Idilios de Musco. Himnos órficos</i> . Prólogo de Manuel Villalaz. <i>Rústica</i>	6,000.00
351.	HESSEN, Juan: <i>Teoría del conocimiento</i> . MESSER, Augusto: <i>Realismo crítico</i> . BESTEIRO, Julian: <i>Los juicios sintéticos 'a priori'</i> . Preliminar y estudio introductivo por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	5,000.00
156.	HOFFMAN, E. T. G.: <i>Cuentos</i> . Prólogo de Rosa María Phillips. <i>Rústica</i>	7,000.00
2.	HOMERO: <i>La Ilíada</i> . Traducción de Luis Segalá y Estalella. Prólogo de Alfonso Reyes. <i>Rústica</i>	3,500.00
4.	HOMERO: <i>La Odisea</i> . Traducción de Luis Segalá y Estalella. Prólogo de Manuel Alcalá. <i>Rústica</i>	3,500.00
240.	HORACIO: <i>Odas y Epodos. Sátiras. Epístolas. Arte Poética</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	5,000.00
77.	HUGO, Víctor: <i>Los miserables</i> . Nota preliminar de Javier Peñalosa. <i>Rústica</i>	15,000.00
294.	HUGO, Víctor: <i>Nuestra Señora de París</i> . Introducción de Arturo Souto. <i>Rústica</i>	6,000.00
274.	HUGÓN, Eduardo: <i>Las veinticuatro tesis tomistas</i> . Incluye, además: <i>Enciclica Aeterni Patris</i> , de León XIII. <i>Motu Proprio Doctoris Angelici</i> , de Pío X. <i>Motu Proprio non multo post</i> , de Benedicto XV. <i>Enciclica Studiorum Ducem</i> , de Pío XI. Análisis de la obra precedida de un estudio sobre los orígenes y desenvolvimiento de la Neoscolástica, por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	HUIZINGA, Johan. (Véase: ROTTERDAM, Erasmo de.)	
39.	HUMBOLDT, Alejandro de: <i>Ensayo político sobre el reino de la Nueva España</i> . Estudio preliminar, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. <i>Rústica</i>	16,000.00
326.	HUME, David: <i>Tratado de la Naturaleza Humana</i> . Ensayo para introducir el método del razonamiento humano en los asuntos morales. Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	8,000.00
78.	IBARRO(ENGOITIA, Antonio: <i>Filosofía Mexicana. En sus hombres y en sus textos</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
348.	IBARRO(ENGOITIA CHICO, Antonio: <i>Suma Filosófica Mexicana</i> . (Resumen de historia de la filosofía en México.) <i>Rústica</i>	8,000.00
303.	IBSEN, Enrique: <i>Peer Gynt. Casa de Muñecas. Espectros. Un enemigo del pueblo. El puto silvestre. Juan Gabriel Borkman</i> . Versión y prólogo de Ana Victoria Mondada. <i>Rústica</i>	6,000.00
47.	IGLESIAS, José María: <i>Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa en México</i> . Introducción e índice de materias de Martín Quirarte. <i>Rústica</i>	20,000.00
63.	INCLÁN, Luis G.: <i>Asucia. El jefe de los Hermanos de la Hoja o Los Charros Contrabandistas de la rama</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	12,000.00
207.	INDIA LITERARIA (LA): <i>Mahabharata - Bagavad Gita - Los Vedus - Leyes de Manú - Poesía - Teatro - Cuentos - Apólogos y leyendas</i> . Antología-prólogo, introducciones históricas, notas y un vocabulario de hinduismo por Teresa E. Rohde. <i>Rústica</i>	6,000.00
270.	INGENIEROS, José: <i>El hombre mediocre</i> . Introducción de Raúl Carrancá y Rivas. <i>Rústica</i>	6,000.00
	IRIARTE. (Véase FÁBULAS.)	
79.	IRVING, Washington: <i>Cuentos de la Alhambra</i> . Introducción de Ofelia Garza de Del Castillo. <i>Rústica</i>	6,000.00

46.	ISAACS, Jorge: <i>María</i> . Introducción de Daniel Moreno. <i>Rústica</i> .	\$ 4,000.00
245.	JENOFONTE: <i>La expedición de los diez mil. Recuerdos de Sócrates. El Banquete. Apología de Sócrates</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
66.	JIMENEZ, Juan Ramón: <i>Platero y Yo. Trescientos Poemas (1903-1953)</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
374.	JOSEFO, Flavio: <i>La guerra de los judíos</i> . Prólogo de Salvador Marichalar. <i>Rústica</i>	10,000.00
448.	JOVELLANOS, Gaspar Melchor de: <i>Obras Históricas</i> . Sobre la legislación y la historia. Discurso sobre la geografía y la historia. Sobre los espectáculos y diversiones públicas. Descripción del Castillo de Bellver. Disciplina eclesiástica sobre sepulturas. Edición y notas de Elviro Martínez. <i>Rústica</i>	6,000.00
23.	JOYAS DE LA AMISTAD ENGARZADAS EN UNA ANTOLOGIA. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
390.	JOYCE, James: <i>Reirato del Artista Adolescente. Gente de Dublin</i> . Prólogo de Antonio Marichalar. <i>Rústica</i>	6,000.00
467.	KAFKA, Franz: <i>La metamorfosis. El proceso</i> . Prólogo de Milan Kundera. <i>Rústica</i>	6,000.00
486.	KAFKA, Franz: <i>El Castillo - La Condena - La Gran Muralla China</i> . Introducción de Theodor W. Adorno. <i>Rústica</i>	6,000.00
203.	KANT, Manuel: <i>Crítica de la razón pura</i> . Estudio introductivo y análisis de la obra por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	8,000.00
212.	KANT, Manuel: <i>Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Crítica de la razón práctica. La paz perpetua</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
246.	KANT, Manuel: <i>Prolegómenos a toda Metafísica del Porvenir. Observaciones sobre el Sentimiento de lo Bello y lo Sublime. Crítica del Juicio</i> . Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	6,000.00
30.	KEMPIS, Tomás de: <i>Imitación de Cristo</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
204.	KIPLING, Rudyard: <i>El libro de las tierras vírgenes</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	8,000.00
545.	KOROLENKO, Vladimir G.: <i>El sueño de Makar. Malas compañías. El clumbr del bosque. El músico ciego y otros relatos</i> . Introducción por A. J. J. brovitski. <i>Rústica</i>	7,000.00
	KOROLENKO. (Véase Cuentos Rusos.)	
	KUPRIN. (Véase Cuentos Rusos.)	
427.	LAERCIO, Diógenes: <i>Vidas de los Filósofos más Ilustres. FILOSTRATO: Vidas de los Sofistas</i> . Traducciones y prólogos de José Ortiz y Sanz y José M. Riaño. <i>Rústica</i>	8,000.00
	LAERCIO, Diógenes. (Véase LUCRECIO CARO, Tito.)	
	LAFONTAINE. (Véase FÁBULAS.)	
520.	LAFRAGUA, José María y OROZCO Y BERRA Manuel: <i>La Ciudad de México</i> .—Prólogo de Ernesto de la Torre Villar y con la colaboración de Rumfo Navarro de Anda. <i>Rústica</i>	15,000.00
155.	LAGERLOFF, Selma: <i>El maravilloso viaje de Nils Holgersson</i> . Introducción de Palma Guillén de Nicolau. <i>Rústica</i>	6,000.00
549.	LAGERLOFF, Selma: <i>El carretero de la muerte. El esclavo de su finca y otras narraciones</i> . Prólogo de Agustín Loera y Chávez. <i>Rústica</i>	6,000.00
272.	LAMARTINE, Alfonso de: <i>Graziella. Rafael</i> . Estudio preliminar de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	6,000.00
93.	LARRA, Mariano José de, "Figaro": <i>Artículos</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	10,000.00
459.	LARRA, Mariano de: <i>El Doncel de don Enrique, el Doliente. Macías</i> . Prólogo de Arturo Souto A. <i>Rústica</i>	6,000.00
333.	LARROYO, Francisco: <i>La Filosofía Iberoamericana</i> . Historia, Formas, Temas, Polémica. Realizaciones. <i>Rústica</i>	10,000.00
34.	LAZARILLO DE TORMES (EL) (Autor desconocido): <i>Vida del Buscón Don Pablos</i> , de Francisco de Quevedo. Estudio preliminar de ambas obras por Guillermo Díaz-Plaja. <i>Rústica</i>	5,000.00
38.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El período colonial (1492-1780)</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
65.	LAZO, Raimundo: <i>Historia de la literatura hispanoamericana. El siglo XIX (1780-1914)</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
179.	LAZO, Raimundo: <i>La novela Andina. (Pasado y futuro. Alcides Argüedas, César Vallejo, Ciro Alegría, Jorge Icaza, José María Argüedas. Previsible misión de Vargas Llosa y los futuros narradores)</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00

184.	LAZO, Raimundo: <i>El romanticismo. (Lo romántico en la lírica hispano-americana, del siglo XVI a 1970.)</i> Rústica	\$ 6,000.00
226.	LAZO, Raimundo: <i>Gertrudis Gómez de Avellaneda. La mujer y la poesía lírica.</i> Rústica	6,000.00
	LECTURA EN VOZ ALTA. (Véase: ARREOLA, Juan José.)	
321.	LEIBNIZ, Godofredo G.: <i>Discurso de Metafísica. Sistema de la Naturaleza. Nuevo Tratado sobre el Entendimiento Humano. Monadología. Principios sobre la naturaleza y la gracia.</i> Estudio introductivo y análisis de las obras por Francisco Larroyo. Rústica	10,000.00
145.	LEÓN, Fray Luis de: <i>La Perfecta Casada. Cantar de los Cantares. Poesías originales.</i> Introducción y notas de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica	6,000.00
247.	LE SAGE: <i>Gil Blas de Santillana.</i> Traducción y prólogo de Francisco José de Isla. Y un estudio de Saint-Beuve. Rústica	10,000.00
48.	LIBRO DE LOS SALMOS. Versión directa del hebreo y comentarios de José González Brown. Rústica	8,000.00
504.	LIVIO, Tito: <i>Historia Romana. Príniera Década:</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	10,000.00
276.	LONDON, Jack: <i>El lobo de mar. El Mexicano.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica	6,000.00
277.	LONDON, Jack: <i>El llamado de la selva. Colmillito blanco.</i> Rústica	6,000.00
284.	LONGO: <i>Dafnis y Cloe.</i> APULEYO: <i>El Asno de Oro.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica	6,000.00
12.	LOPE DE VEGA Y CARPIO, Félix: <i>Fuenteovejuna. Peribáñez y el Comendador de Ocaña. El mejor alcalde, el Rey. El Caballero de Olmedo.</i> Biografía y presentación de las obras por J. M. Lope Blanch. Rústica	5,000.00
566.	LOPEZ DE GOMARA, Francisco: <i>Historia de la Conquista de México.</i> Estudio preliminar de Juan Miralles Ostos. Rústica	15,000.00
574.	LOPEZ SOLER, Ramón: <i>Los Bandos de Castilla. El Caballero del Cisne.</i> Prólogo de Ramón López Soler	10,000.00
	LOPE DE VEGA. (Véase Autos Sacramentales.)	
	LOPEZ DE YAGUAS. (Véase Autos Sacramentales.)	
218.	LOPEZ Y FUENTES, Gregorio: <i>El indio. Novela mexicana.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. Rústica	6,000.00
298.	LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS, José: <i>Fuertes y Débiles.</i> Prólogo de Ramiro Villaseñor y Villaseñor. Rústica	6,000.00
	LOPEZ RUBIO. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
297.	LOTI, Pierre: <i>Las Desencantadas.</i> Introducción de Rafael Solana. Rústica	8,000.00
	LUCA DE TENA. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
485.	LUCRECIO CARO, Tito: <i>De la Naturaleza.</i> LAERCIO, Diógenes: <i>Epicuro.</i> Prólogo de Cocetto Marchessl. Rústica	6,000.00
353.	LUMMIS, Carlos F.: <i>Los Exploradores Españoles del Siglo XVI.</i> Prólogo de Rafael Altamira. Rústica	6,000.00
324.	MAETERLINCK, Maurice: <i>El Pájaro Azul.</i> Introducción de Teresa del Conde. Rústica	3,500.00
178.	MANZONI, Alejandro: <i>Los novios (Historia milanese del siglo XVIII).</i> Con un estudio de Federico Baráibar. Rústica	6,000.00
152.	MAQUIAVELO, Nicolás: <i>El príncipe.</i> Precedido de Nicolás Maquiavelo en su quinto centenario, por Antonio Gómez Robledo. Rústica	3,500.00
	MARCO AURELIO. (Véase Epicteto.)	
192.	MÁRMOL, José: <i>Amalia.</i> Prólogo de Juan Carlos Ghiano. Rústica	6,000.00
367.	MÁRQUEZ STERLING, Carlos: <i>José Martí.</i> Síntesis de una vida extraordinaria. Rústica	8,000.00
	MARQUINA. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
141.	MARTÍ, José: <i>Hombre apostólico y escritor. Sus Mejores Páginas.</i> Estudio, notas y selección de textos, por Raimundo Lazo. Rústica	5,000.00
236.	MARTÍ, José: <i>Ismaelito. La edad de oro. Versos sencillos.</i> Prólogo de Raimundo Lazo. Rústica	6,000.00
338.	MARTINEZ DE TOLEDO, Alfonso: <i>Arcipreste de Talavera o Carbacho.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. Con un estudio del vocabulario del Corbacho y colección de refranes y alocuciones contenidos en el mismo por A. Stelger. Rústica	6,000.00
214.	MARTINEZ SIERRA, Gregorio: <i>Tú eres la paz. Canción de cuna.</i> Prólogo de María Edmée Álvarez. Rústica	6,000.00
193.	MATEOS, Juan A.: <i>El Cerro de las Campanas. (Memorias de un guerrillero.)</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. Rústica	8,000.00

197.	MATEOS, Juan A.: <i>El sol de mayo. (Memorias de la Intervención.)</i> Nota preliminar de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
514.	MATEOS, Juan A.: <i>Sacerdote y Caudillo. (Memorias de la Insurrección)</i>	12,000.00
573.	MATEOS, Juan A.: <i>Los Insurgentes. Prólogo y Epílogo de Vicente Riva Palacio</i>	9,000.00
344.	MATOS MOCTEZUMA, Eduardo: <i>El negrito poeta mexicano y el dominicano. ¿Realidad o fantasía? Exordio de Antonio Pompa y Pompa. Rústica</i>	6,000.00
565.	MAUGHAM W., Somerset: <i>Cosmopolitas. La Miscelánea de Siempre. Estudio sobre el cuento corto de W. Somerset Maugham. Rústica</i>	9,000.00
410.	MAUPASSANT, Guy de: <i>Bola de sebo. Mademoiselle Fifi. Las hermanas Rondoli. Rústica</i>	9,000.00
423.	MAUPASSANT, Guy de: <i>La becada. Claror de Luna. Miss Harriet. Introducción de Dana Lee Thomas. Rústica</i>	6,000.00
506.	MELVILLE, Herman: <i>Moby Dick o la Ballena Blanca. Prólogo de W. Somerset Maugham</i>	7,000.00
336.	MENÉNDEZ, Miguel Angel: <i>Nayar (Novela). Ilustró Cadena M. Rústica</i>	6,000.00
370.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Erasmistas y protestantes. Sectas místicas. Judaizantes y moriscos. Artes mágicas. Prólogo de Arturo Farinelli. Rústica</i>	12,000.00
389.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Regalismo y enciclopedia. Los afrancesados y las Cortes de Cádiz. Reinados de Fernando VII e Isabel II. Krausismo y apologistas católicos. Prólogo de Arturo Farinelli. Rústica</i>	15,000.00
405.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de los heterodoxos españoles. Épocas romana y visigoda. Priscilianismo y adopcionismo. Mozarabes cordobeses. Panteísmo semítico. Albigenses y valdenses. Arnaldo de Vilanova. Raimundo Lullo. Herejes en el siglo xv. Advertencia y discurso preliminar de Marcelino Menéndez Pelayo. Rústica</i>	10,000.00
475.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España. Las ideas estéticas entre los antiguos griegos y latinos. Desarrollo de las ideas estéticas hasta fines del siglo xvii. Rústica</i>	15,000.00
482.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España. Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo xviii. Rústica</i>	8,000.00
483.	MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino: <i>Historia de las Ideas Estéticas en España. Desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo xix. Rústica</i>	12,000.00
	MESSER, Augusto. (Véase HESSEN, Juan.)	
	MIHURA. (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
18.	MIL Y UN SONETOS MEXICANOS. Selección y nota preliminar de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	6,000.00
136.	MIL Y UNA NOCHES, LAS. Prólogo de Teresa E. de Rhode. <i>Rústica</i>	7,000.00
194.	MILTON, John: <i>El paraíso perdido. Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica</i>	4,000.00
	MIRA DE AMEZCUA. (Véase Autos Sacramentales.)	
109.	MIRÓ, Gabriel: <i>Figuras de la Pasión del Señor. Nuestro Padre San Daniel. Prólogo de Juana de Ontañón. Rústica</i>	6,000.00
68.	MISTRAL, Gabriela: <i>Lecturas para Mujeres. Gabriela Mistral (1922-1924) por Palma Guillén de Nicolau. Rústica</i> ...	6,000.00
250.	MISTRAL, Gabriela: <i>Desolación. Ternura. Tala. Lagar. Introducción de Palma Guillén de Nicolau. Rústica</i>	6,000.00
144.	MOLIERE: <i>Comedias. (Tartufo. El burgués gentilhomme. El misántropo. El enfermo imaginario.) Prólogo de Rafael Solana. Rústica</i>	5,000.00
149.	MOLIERE: <i>Comedias. (El avaro. Las preciosas ridículas. El médico o la fuerza. La escuela de las mujeres. Las mujeres sablas.) Prólogo de Rafael Solana. Rústica</i>	6,000.00
32.	MOLINA, Tirso de: <i>El vergonzoso en palacio. El condenado por desconfiado. El burlador de Sevilla. La prudencia en la mujer. Edición de Juana de Ontañón. Rústica</i>	4,500.00
	MOLINA, Tirso de. (Véase Autos Sacramentales.)	
208.	MONTALVO, Juan: <i>Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Estudio Introductivo de Gonzalo Zaldumbide. Rústica</i>	6,000.00
501.	MONTALVO, Juan: <i>Siete Tratados. Prólogo de Luis Alberto Sánchez. Rústica</i>	6,000.00
381.	MONTES DE OCA, Francisco: <i>Poesía hispanoamericana. Rústica</i>	10,000.00
191.	MONTESQUIEU: <i>Del espíritu de las leyes. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	10,000.00

282.	MORO, Tomás: <i>Utopía. Prólogo de Manuel Alcalá. Rústica</i>	\$ 3,500.00
129.	MOTOLINIA, Fray Toribio: <i>Historia de los Indios de la Nueva España. Estudio crítico, apéndices, notas e índice de Edmundo O'Gorman. Rústica</i>	6,000.00
286.	NATORP, Pablo: <i>Propedéutica filosófica. Kant y la escuela de Marburgo. Curso de pedagogía social. Presentación introductiva (el autor y su obra) y preámbulos a los capítulos por Francisco Larroyo. Rústica</i>	6,000.00
527.	NAVARRO VILLOSLADA, Francisco: <i>Amaya o los Vascos en el siglo VIII. Rústica</i>	15,000.00
171.	NERVO, Amado: <i>Plenitud, Perlas Negras. Místicos. Los Jardines Interiores. El Estanque de los Lotus. Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. Rústica</i> ...	5,000.00
175.	NERVO, Amado: <i>La amada inmóvil. Serenidad. Elevación. La última luna. Prólogo de Ernesto Mejía Sánchez. Rústica</i>	5,000.00
443.	NERVO, Amado: <i>Poemas: Las Voces. Lira Heroica. El Exodo y las Flores del Camino. El Arquero Divino. Otros Poemas. En Voz Baja. Poesías Varias. Rústica</i>	6,000.00
	NEVILLE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
395.	NIETZSCHE, Federico: <i>Así hablaba Zaratustra. Prólogo de E. W. F. Tomlin. Rústica</i>	8,000.00
430.	NIETZSCHE, Federico: <i>Más allá del Bien y del Mal. Genealogía de la Moral. Prólogo de Johann Fischl. Rústica</i>	8,000.00
576.	NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Alvar: <i>Neufragos y Comentarios. Apuntes sobre la vida del adclantado por Enrique Vedia</i>	5,000.00
356.	NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar: <i>Poesías completas. Prólogo de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
8.	OCHO SIGLOS DE POESÍA EN LENGUA ESPAÑOLA. Introducción y compilación de Francisco Montes de Oca. Rústica	12,000.00
45.	O'GORMAN, Edmundo: <i>Historia de las divisiones territoriales de México. Rústica</i>	6,000.00
	OLMO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
	ONTARON, Juana de. (Véase <i>Santa Teresa de Jesús</i> .)	
462.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>En Torno a Galileo. El Hombre y la Gente. Prólogo de Ramón Xirau. Rústica</i>	6,000.00
488.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>El Tema de Nuestro Tiempo. La Rebelión de las Masas. Prólogo de Fernando Salmerón. Rústica</i>	6,000.00
497.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>La Deshumanización del Arte e Ideas Sobre la Novela. Velázquez Goya. Rústica</i>	6,000.00
499.	ORTEGA Y GASSET, José: <i>¿Qué es Filosofía? Unas Lecciones de Metafísica. Prólogo de Antonio Rodríguez Húscar. Rústica</i>	6,000.00
436.	OSTROVSKI, Nicolai: <i>Así se templó el acero. Prefacio de Ana Karaváeva. Rústica</i>	6,000.00
316.	OVIDIO: <i>Las metamorfosis. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
213.	PALACIO VALDÉS, Armando: <i>La hermana San Sulpicio. Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica</i>	6,000.00
125.	PALMA, Ricardo: <i>Tradiciones peruanas. Estudio y selección por Raimundo Lazo. Rústica</i>	5,000.00
	PALOU, Fr. Francisco: Véase CLAVIJERO, Francisco Xavier.	
421.	PAPINI, Giovanni: <i>Gug. El libro negro. Prólogo de Ettore Allodoli. Rústica</i>	6,000.00
424.	PAPINI, Giovanni: <i>Historia de Cristo. Prólogo de Victoriano Capánaga. Rústica</i>	6,000.00
266.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>Los pazos de Ulloa. Introducción de Arturo Souto A. Rústica</i>	6,000.00
358.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>San Francisco de Asís. (Siglo XIII.) Prólogo de Marcelino Menéndez Pelayo. Rústica</i>	6,000.00
496.	PARDO BAZÁN, Emilia: <i>La madre naturaleza. Introducción de Arturo Souto Alabarce</i>	6,000.00
577.	PASCAL, Blas: <i>Pensamientos y otros Escritos. Aproximaciones a Pascal de R. Guardini, F. Mauriac, J. Mesner y H. Kung</i>	15,000.00
	PASO. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
3.	PAYNO, Manuel: <i>Los bandidos de Río Frio. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Rústica</i>	15,000.00
80.	PAYNO, Manuel: <i>El fíjito del diablo. Novela de costumbres mexicanas. Texto establecido y estudio preliminar de Antonio Castro Leal. Rústica</i>	15,000.00
	PEMAN. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
	PENSADOR MEXICANO. (Véase FÁBULAS.)	

64.	PEREDA, José María de: <i>Peñas arriba. Solileza. Introducción de Soledad Anaya Solórzano. Rústica</i>	\$ 8,000.00
165.	PEREYRA, Carlos: <i>Hernán Cortés. Prólogo de Martín Quirarte. Rústica</i>	6,000.00
493.	PEREYRA, Carlos: <i>Las Huellas de los Conquistadores. Rústica</i>	6,000.00
498.	PEREYRA, Carlos: <i>La Conquista de las Rutas Oceánicas. La Obra de España en América. Prólogo de Silvio Zavala. Rústica</i>	6,000.00
188.	PÉREZ ESCRICH, Enrique: <i>El mártir del Gólgota. Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. Rústica</i>	6,000.00
69.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Miau. Marlanela. Prólogo de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	5,000.00
107.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Doña Perfecta. Misericordia. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	6,000.00
117.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Trajalgar. La corte de Carlos IV. Prólogo de María Eugenia Gaona. Rústica</i>	6,000.00
130.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: 19 de Marzo y el 2 de Mayo. Bailén. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	6,000.00
158.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Napoleón en Chamartín. Zaragoza. Prólogo de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	6,000.00
166.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Gerona. Cádiz. Nota preliminar de Teresa Silva Tena. Rústica</i>	6,000.00
185.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Fortunata y Jacinta. (Nov historias de casadas.) Introducción de Agustín Yáñez</i>	15,000.00
289.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Episodios nacionales: Juan Martín el Empeinado. La Batalla de los Arapiles. Rústica</i>	6,000.00
378.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>La desheredada. Prólogo de José Salavarría. Rústica</i>	6,000.00
383.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>El amigo manso. Prólogo de Joaquín Casaldueiro. 1982. Rústica</i>	6,000.00
392.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>La fontana de oro. Introducción de Marcelino Menéndez Pelayo</i>	6,000.00
446.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Tristana-Nazarín. Prólogo de Ramón Gómez de la Serna. Rústica</i>	6,000.00
473.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Angel Guerra. Prólogo de Emilia Pardo Bazán. Rústica</i>	6,000.00
489.	PÉREZ GALDÓS, Benito: <i>Torquemada en la Hoguera. Torquemada en la Cruz. Torquemada en el Purgatorio. Torquemada y San Pedro. Prólogo de Joaquín Casaldueiro. Rústica</i>	6,000.00
231.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>La casa de la Troya. Estudiantina. Rústica</i>	4,000.00
235.	PÉREZ LUGÍN, Alejandro: <i>Currito de la Cruz. Rústica</i>	6,000.00
263.	PERRAULT, Cuentos de: <i>Griselda. Piel de asno. Los deseos ridículos. La bella durmiente del bosque. Caperucita Roja. Barba Azul. El gato con botas. Las hadas. Cenicienta. Riquete el del copete. Pulgarcito. Prólogo de María Edmée Álvarez. Rústica</i>	3,500.00
308.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Cómo Gertrudis enseña a sus hijos. Cartas sobre la educación de los niños. Libros de educación elemental. Prólogos. Estudio introductivo y preámbulos de las obras por Edmundo Escobar. Rústica</i>	6,000.00
369.	PESTALOZZI, Juan Enrique: <i>Canto del cisne. Estudio preliminar de José Manuel Villalpando. Rústica</i>	6,000.00
492.	PETRARCA: <i>Cançonero - Triunfos. Prólogo de Ernst Hatch Wilkins</i>	8,000.00
221.	PEZA, Juan de Dios: <i>Hogar y patria. El arpa del amor. Noticia preliminar de Porfirio Martínez Peñalosa. Rústica</i>	8,000.00
224.	PEZA, Juan de Dios: <i>Recuerdos y esperanzas. Flores del alma y versos festivos. Rústica</i>	8,000.00
557.	PEZA, Juan de Dios: <i>Leyendas históricas tradicionales y fantásticas de las calles y la ciudad de México. Prólogo de Isabel Quiñones. Rústica</i>	9,000.00
248.	PINDARO: <i>Odas. Olímpicas. Píticas. Nemeas. Istmicas y fragmentos de otras obras de Píndaro. Otros líricos griegos. Arquiloco. Tirteo. Alceo. Safo. Simónides de Ceos. Anacreonte. Baquilides. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
13.	PLATÓN: <i>Diálogos. Estudio preliminar de Francisco Larroyo. Edición corregida y aumentada. Rústica</i>	14,000.00
139.	PLATÓN: <i>Las leyes. Epinomis. El político. Estudio introductivo y preámbulos a los diálogos por Francisco Larroyo. Rústica</i>	6,000.00

258.	PLAUTO: <i>Comedias: Los mellizos. El militar Janjarrón. La olla. El gorgojo. Anfitrón. Los cautivos.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
26.	PLUTARCO: <i>Vidas paralelas.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	8,000.00
364.	POBREZA Y RIQUEZA. En Obras selectas del cristianismo primitivo. Selección de Textos, Traducción y Estudio Introductivo por Carlos Ignacio González S. J. <i>Rústica</i>	10,000.00
210.	POE, Edgar Allan: <i>Narraciones extraordinarias. Aventuras de Arturo Gordon Pym. El cuervo.</i> Prólogo de Ma. Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	7,000.00
85.	POEMA DE MIO CID. Versión antigua, con prólogo y versión moderna de Amancio Bolaño e Isla. Seguido del <i>Romancero del Cid</i> . <i>Rústica</i>	4,000.00
102.	POESÍA MEXICANA. Selección de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	12,000.00
371.	POLO, Marco: <i>Viajes.</i> Introducción de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
510.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo I.</i> <i>Rústica</i>	15,000.00
511.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>Hazañas de Rocambole. Tomo II.</i> <i>Rústica</i>	15,000.00
518.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La Resurrección de Rocambole. Tomo I.</i> Continuación de "Hazañas de Rocambole". <i>Rústica</i>	15,000.00
519.	PONSON DU TERRAIL, Pierre Alexis: <i>La Resurrección de Rocambole. Tomo II.</i> Continuación de "Hazañas de Rocambole". <i>Rústica</i>	15,000.00
36.	POPOL WUJ: <i>Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala.</i> Ilustradas con dibujos de los códices mayas. Advertencia, versión y vocabulario de Albertina Saravia E. <i>Rústica</i>	4,000.00
150.	PRESCOTT, William H.: <i>Historia de la Conquista de México.</i> Anotada por don Lucas Alamán. Con notas, críticas y esclarecimientos de don José Fernando Ramírez. Prólogo y apéndices por Juana A. Ortega y Medina. <i>Rústica</i>	18,000.00
198.	PRIETO, Guillermo: <i>Musa callejera.</i> Prólogo de Francisco Monterde. <i>Rústica</i>	6,000.00
450.	PRIETO, Guillermo: <i>Romancero Nacional.</i> Prólogo de Ignacio M. Altamirano. <i>Rústica</i>	6,000.00
481.	PRIETO, Guillermo: <i>Memorias de mis Tiempos.</i> Prólogo de Horacio Labastida. <i>Rústica</i>	6,000.00
54.	PROVERBIOS DE SALOMÓN Y SABIDURIA DE JESÚS BEN SIRAK: Versiones directas de los originales por Angel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
	QUEVEDO, Francisco de: Véase <i>Lazarillo de Tormes</i> .	
332.	QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de: <i>Sueños. El sueño de los calaveras. El alguacil atascado. Las zahúrdas de Plutón. Visita de los chistes. El mundo por dentro. La hora de todos y la fortuna con seso. Poesías.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
97.	QUIROGA, Horacio: <i>Cuentos.</i> Selección, estudio preliminar y notas críticas e Informativas por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	4,000.00
547.	QUIROGA, Horacio: <i>Más cuentos.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
360.	RABELAIS: <i>Gargantúa y Pantagruel. Vida de Rabelais.</i> Por Anatole France. Ilustraciones de Gustavo Doré. <i>Rústica</i>	12,000.00
219.	RABINAL ACHÍ: <i>El varón de Rabinal. Ballet-drama de los indios quichés de Guatemala.</i> Traducción y prólogo de Luis Cardoza y Aragón. <i>Rústica</i>	6,000.00
	RANGEL, Nicolás. (Véase URBINA, Luis G.)	
366.	REED, John: <i>México insurgente. Diez días que estremecieron al mundo.</i> Prólogo de Juan de la Cabada. <i>Rústica</i>	8,000.00
101.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Cuentos del General.</i> Prólogo de Clementina Díaz y de Ovando. <i>Rústica</i>	5,000.00
474.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Las Dos Emparedadas. Memorias de los Tiempos de la Inquisición.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
476.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>Calvario y Tabor.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
507.	RIVA PALACIO, Vicente: <i>La Vuelta de los Muertos.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
162.	RIVAS, Duque de: <i>Don Alvaro a la Fuerza del Sino. Romances históricos.</i> Prólogo de Antonio Magaña Esquivel. <i>Rústica</i>	5,000.00
172.	RIVERA, José Eustasio: <i>La Vorágine.</i> Prólogo de Cristina Barros Silveira. <i>Rústica</i>	5,000.00
87.	RODÓ, José Enrique: <i>Ariel. Liberalismo y Jacobinismo.</i> Ensayos: <i>Rubén</i>	

	<i>Dario, Bolívar, Montalvo. Estudio preliminar, Índice biográfico-cronológico y resumen bibliográfico por Raimundo Lazo</i>	\$ 4,000.00
115.	RODÓ, José Enrique: <i>Motivos de Proteo y Nuevos motivos de Proteo. Prólogo de Raimundo Lazo. Rústica</i>	6,000.00
88.	ROJAS, Fernando de: <i>La Celestina. Prólogo de Manuel de Ezcudilla. Con una cronología y dos glosarios. Rústica</i>	4,500.00
	ROMANCERO DEL CID. (Véase <i>Poema de Mio Cid</i> .)	
	ROSAS MORENO. (Véase <i>FÁBULAS</i> .)	
328.	ROSTAND, Edmundo: <i>Cyrano de Bergerac. Prólogo, estudio y notas de Angeles Mendileta Alatorre. Rústica</i>	4,000.00
440.	ROTTERDAM, Erasmo de: <i>Elogio de la Locura. Coloquios. Erasmo de Rotterdam por Johan HUIZINGA. Rústica</i>	7,000.00
113.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>El Contrato Social o Principios de Derecho Político. Discurso sobre las Ciencias y las Artes. Discurso sobre el Origen de la Desigualdad. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	5,000.00
159.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Emilio o de la Educación. Estudio preliminar de Daniel Moreno. Rústica</i>	6,000.00
470.	ROUSSEAU, Juan Jacobo: <i>Confesiones. Prólogo de Jeanne Renée Becker. Rústica</i>	6,000.00
265.	RUEDA, Lope de: <i>Teatro completo. Eufenia. Armellina. De los engañados. Medora. Coloquio de Camella. Coloquio de Tymbria. Diálogo sobre la Intervención de las Calças. El deleitoso. Registro de representantes. Coloquio llamado prendas de amor. Coloquio en verso. Comedia llamada discordia y cuestión de amor. Auto de Naval y Abigail. Auto de los desposorios de Moisés. Farsa del sordo. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
10.	RUIZ DE ALARCÓN, Juan: <i>Cuatro comedias: Las paredes oyen. Los pechos privilegiados. La verdad sospechosa. Ganar amigos. Estudio, texto y comentarios de Antonio Castro Leal. Rústica</i>	6,500.00
451.	RUIZ DE ALARCÓN, Juan: <i>El examen de maridos. La prueba de las promesas. Mudarse por Mejorarse. El Tejedor de Segovia. Prólogo de Alfonso Reyes. Rústica</i>	6,000.00
	RUIZ IRIARTE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
51.	SABIDURIA DE ISRAEL: <i>Tres obras de la cultura judía. Traducciones directas de Ángel María Garibay K. Rústica</i>	6,000.00
	SABIDURIA DE JESÚS BEN SIRAK. (Véase <i>Proverbios de Salomón</i> .)	
300.	SAHAGÚN, Fr. Bernardino de: <i>Historia General de las cosas de Nueva España. La dispuso para la prensa en esta nueva edición, con numeración, anotaciones y apéndices, Ángel María Garibay K. Rústica</i>	12,000.00
299.	SAINT-EXUPÉRY, Antoine de: <i>El principito. Nota preliminar y traducción de María de los Angeles Porrúa. Rústica</i>	3,500.00
322.	SAINT-PIERRE, Bernardino de: <i>Pablo y Virginia. Introducción de Arturo Souto Alabarce. Rústica</i>	6,000.00
456.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: Su Alteza Serenísima. Memorias de un Polizonte. Prólogo biográfico de Ana Salado Alvarez Rústica</i>	6,000.00
460.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: El Golpe de Estado. Los Mártires de Tacubaya. Rústica</i>	8,000.00
464.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: La Reforma. El Plan de Pacificación. Rústica</i>	8,000.00
466.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: Las Ranas Pidiendo Rey. Puebla. Rústica</i>	8,000.00
468.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio: La Corte de Maximiliano. Orizaba. Rústica</i>	8,000.00
469.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio. Porfirio Díaz. Ramón Corona. Rústica</i>	8,000.00
471.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Episodios Nacionales. Santa Anna - La Reforma - La Intervención - El Imperio. La Emigración. Querétaro. Rústica</i>	8,000.00
477.	SALADO ALVAREZ, Victoriano: <i>Memorias: Tiempo Viejo - Tiempo Nuevo. Nota preliminar de José Emilio Pacheco. Prólogo de Carlos González Peña. Rústica</i>	8,000.00

220.	SALGARI, Emillo: <i>Sandokan. La mujer del pirata. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	\$ 6,000.00
239.	SALGARI, Emillo: <i>Los piratas de la Malasia. Los estranguladores. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
242.	SALGARI, Emillo: <i>Los dos rivales. Los ilgres de la Malasia. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
257.	SALGARI, Emillo: <i>El rey del mar. La reconquista de Mompracem. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
264.	SALGARI, Emillo: <i>El Jalso Bracmán. La caída de un imperio. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
267.	SALGARI, Emillo: <i>En los junglures de la India. El desquite de Yáñez. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
292.	SALGARI, Emillo: <i>El capitán Tormenta. El León de Damasco. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
296.	SALGARI, Emillo: <i>El hijo del León de Damasco. La gulera del Bajá. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
302.	SALGARI, Emillo: <i>El Corsario Negro. La venganza. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
306.	SALGARI, Emillo: <i>La reina de los caribes. Honorata de Wan Guld. Rústica</i>	6,000.00
312.	SALGARI, Emillo: <i>Yolanda Morgan. Rústica</i>	6,000.00
363.	SALGARI, Emillo: <i>Aventuras entre los pieles rojas. El rey de la pradera. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
376.	SALGARI, Emillo: <i>En las fronteras del Fur-West. La cazadora de cabelleras. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
379.	SALGARI, Emillo: <i>La soberana del campo de oro. El rey de los cangrejos. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
465.	SALGARI, Emillo: <i>Las "Panteras" de Argel. El Filtro de los Califas. Prólogo de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	6,000.00
517.	SALGARI, Emillo: <i>Los Náufraos del Liguria. Devastaciones de los Piratas. Rústica</i>	6,000.00
533.	SALGARI, Emillo: <i>Los mineros de Alaska. Los pescadores de ballenas. Rústica</i>	7,000.00
535.	SALGARI, Emillo: <i>La campana de plata. Los hijos del aire. Rústica</i>	7,000.00
536.	SALGARI, Emillo: <i>El desierto de juego. Los bandidos de Sahara. Rústica</i>	6,000.00
537.	SALGARI, Emillo: <i>Los barcos jilibusteros. Rústica</i>	6,000.00
538.	SALGARI, Emillo: <i>Los misterios de la Selva. La Costa de marfil. Rústica</i>	6,000.00
540.	SALGARI, Emillo: <i>La javorita del Mahdi. El profeta del Sudán. Rústica</i>	6,000.00
542.	SALGARI, Emillo: <i>El capitán de la "D'Jumna". La montaña de luz. Rústica</i>	6,000.00
544.	SALGARI, Emillo: <i>El hijo del Corsario Rojo. Rústica</i>	6,000.00
547.	SALGARI, Emillo: <i>La perla roja. Los pescadores de perlas. Rústica</i>	6,000.00
553.	SALGARI, Emillo: <i>El mar de las perlas. La perla del río rojo. Rústica</i> ..	7,000.00
554.	SALGARI, Emillo: <i>Los misterios de la India. Rústica</i>	7,000.00
559.	SALGARI, Emillo: <i>Los horrores de Filipinas. Rústica</i>	6,000.00
560.	SALGARI, Emillo: <i>Fior de las perlas. Los cazadores de cabezas. Rústica</i> ..	6,000.00
561.	SALGARI, Emillo: <i>Las hijas de los jaraones. El sacerdote de Phtah. Rústica</i> ..	7,000.00
562.	SALGARI, Emillo: <i>Los piratas de las Bermudas. Dos abordajes. Rústica</i> ..	8,000.00
563.	SALGARI, Emillo: <i>Nuevas aventuras de cabeza de piedra. El casillito de Montecarlo. Rústica</i>	6,000.00
567.	SALGARI, Emillo: <i>La Capitana del Yucaidn. La Heroína de Puerto Arturo. Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. Rústica</i>	7,000.00
579.	SALGARI, Emillo: <i>Un Drama en el Océano Pacífico. Los Solitarios del Océano</i>	9,000.00
288.	SALUSTIO: <i>La conjuración de Caillina. La guerra de Juguria. Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
	SAMANIEGO. (Véase FABULAS.)	
393.	SAMOSATA, Luciano de: <i>Diálogos. Historia verdadera. Introducción de Salvador Murichalar. Rústica</i>	8,000.00
59.	SAN AGUSTÍN: <i>La ciudad de Dios. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	15,000.00
142.	SAN AGUSTÍN: <i>Confesiones. Versión, introducción y notas de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	5,000.00
40.	SAN FRANCISCO DE ASÍS: <i>Floreccillas. Introducción de Francisco Montes de Oca. Rústica</i>	6,000.00
228.	SAN JUAN DE LA CRUZ: <i>Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Poesías. Prólogo de Gabriel de la Mora. Rústica</i>	8,000.00

199.	SAN PEDRO, Diego de: <i>Cárcel de amor. Arnalte e Lucenda. Sermón. Poesías. Desprecio de la fortuna. Seguidas de Questión de amor.</i> Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	\$ 6,000.00
	SANCHEZ DE BADAJOZ. (Véase <i>Autos Sacramentales</i> .)	
50.	SANTA TERESA DE JESÚS: <i>Las moradas; Libro de su Vida.</i> Biografía de Juana de Otañón. <i>Rústica</i>	6,000.00
49.	SARMIENTO, Domingo F.: <i>Facundo; Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga.</i> Ensayo preliminar e índice cronológico por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
	SASTRE. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
138.	SCOTT, Walter: <i>Ivanhoe o El Cruzado.</i> Introducción de Arturo Souto. Alabarce. <i>Rústica</i>	6,000.00
409.	SCOTT, Walter: <i>El monasterio.</i> Prólogo de Henry Thomas. <i>Rústica</i>	6,000.00
416.	SCOTT, Walter: <i>El pirata.</i> Prólogo de Henry Thomas. <i>Rústica</i>	6,000.00
401.	SCHILLER, Federico: <i>María Estuardo. La doncella de Orleáns. Guillermo Tell.</i> Prólogo de Alfredo S. Barca. <i>Rústica</i>	6,000.00
434.	SCHILLER, Federico: <i>Don Carlos. La Conjuración de Fiesco. Intriga y Amor.</i> Prólogo de Wilhelm Dilthey. <i>Rústica</i>	8,000.00
458.	SCHILLER, Federico: <i>Wallenstein. El Campamento de Wallenstein. Los Piccolomini. La Muerte de Wallenstein. La Novia de Mesina.</i> Prólogo de Wilhelm Dilthey. <i>Rústica</i>	6,000.00
419.	SCHOPENHAUER, Arturo: <i>El mundo como voluntad y representación.</i> Introducción de E. Friedrich Sauer. <i>Rústica</i>	8,000.00
455.	SCHOPENHAUER, Arthur: <i>La Sabiduría de la Vida. En Torno a la Filosofía. El amor, las Mujeres, la Muerte y otros Temas.</i> Prólogo de Abraham Walsmann. Traducción del alemán por Eduardo González Blanco. <i>Rústica</i>	8,000.00
281.	SENECA: <i>Tratados filosóficos. Cartas.</i> Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
437.	SERTILANGES, A. D.: <i>La Vida Intelectual.</i> GUITTON, Jean: <i>El trabajo Intelectual.</i> <i>Rústica</i>	6,000.00
86.	SHAKESPEARE: <i>Hamlet. Penas por amor perdido. Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de verano. Romeo y Julieta.</i> Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	5,000.00
94.	SHAKESPEARE: <i>Otelo. La fiera cilla domada. A vuestro gusto. El rey Lear.</i> Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	4,000.00
96.	SHAKESPEARE: <i>Macbeth. El mercader de Venecia. Las alegres comadres de Windsor. Julio César. La tempestad.</i> Con notas preliminares y dos cronologías. <i>Rústica</i>	4,000.00
	SHOLOJOV. (Véase <i>Cuentos Rusos</i> .)	
160.	SIENKIEWICZ, Enrique: <i>Quo Vadis?</i> Prólogo de José Manuel Villalaz. <i>Rústica</i>	8,000.00
146.	SIERRA, Justo: <i>Judrez: su obra y su tiempo.</i> Introducción de Agustín Yáñez. <i>Rústica</i>	10,000.00
515.	SIERRA, Justo: <i>Evolución Política del Pueblo Mexicano.</i> Prólogo de Alfonso Reyes	7,000.00
81.	SITIO DE QUERÉTARO: <i>Según protagonistas y testigos.</i> Selección y notas introductorias de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	10,000.00
14.	SÓFOCLES: <i>Las siete tragedias.</i> Versión directa del griego con una introducción de Angel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
89.	SOLÍS Y RIVADENEIRA, Antonio de: <i>Historia de la conquista de México.</i> Prólogo y Apéndices de Edmundo O'Gorman. Notas de José Valero. <i>Rústica</i>	8,500.00
	SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: Véase CRUZ, Sor Juana Inés de la.	
472.	SOSA, Francisco: <i>Biografías de Mexicanos Distinguidos.</i> (Doscientas noventa y cuatro). <i>Rústica</i>	8,000.00
319.	SPINOZA: <i>Ética. Tratado teológico-político.</i> Estudio introductivo, análisis de las obras y revisión del texto por Francisco Larroyo. <i>Rústica</i>	10,000.00
105.	STENDHAL: <i>La cartuja de Parma.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
359.	STENDHAL: <i>Rojo y negro.</i> Introducción de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
110.	STEVENSON, R. L.: <i>La isla del tesoro. Cuentos de los Mares del Sur.</i> Prólogo de Sergio Pitlor. <i>Rústica</i>	4,500.00
72.	STOWE, Harriet Beecher: <i>La cabaña del tío Tom.</i> Introducción de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	5,000.00

525.	SUE, Eugenio: <i>Los Misterios de París</i> . Tomo I. <i>Rústica</i>	\$ 12,000.00
526.	SUE, Eugenio: <i>Los Misterios de París</i> . Tomo II. <i>Rústica</i>	12,000.00
355.	SUETONIO: <i>Los doce Césares</i> . Introducción de Francisco Montes de Oca	6,000.00
	SURGUCHOV. (Véase Cuentos Rusos.)	
196.	SWIFT, Jonathan: <i>Viajes de Gulliver</i> . Traducción, prólogo y notas de Montserrat Alfau. <i>Rústica</i>	6,000.00
291.	TACITO, Cornelio: <i>Anales</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
33.	TAGORE, Rabindranath: <i>La luna nueva. El jardinero. El cartero del Rey.</i> <i>Las piedras hambrientas y otros cuentos</i> . Estudio de Daniel Moreno. <i>Rústica</i>	6,000.00
232.	TARACENA, Alfonso: <i>Francisco I. Madera</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
386.	TARACENA, Alfonso: <i>José Vasconcelos</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
	TASIN. (Véase Cuentos Rusos.)	
403.	TASSO, Torcuato: <i>Jerusalén libertada</i> . Prólogo de M. Th. Laignel. <i>Rústica</i>	6,000.00
325.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: BENAVENTE: <i>Los intereses</i> <i>creados. La malquerida</i> . MARQUINA: <i>En Flandes se ha puesto el sol</i> . Hermanos ALVAREZ QUINTERO: <i>Malvaloca</i> . VALLE INCLÁN: <i>El embru-</i> <i>jado</i> . UNAMUNO: <i>Sombras de sueño</i> . GARCIA LORCA: <i>Bodas de sangre</i> . Introducciones y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Cas- tillio-Feliú. <i>Rústica</i>	6,000.00
330.	TEATRO ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO: LÓPEZ RUBIO: <i>Celos del aire</i> . MIHURA: <i>Tres sombreros de copa</i> . LUCA DE TENA: <i>Don José, Pepe y</i> <i>Pepito</i> . SASTRE: <i>La mordaza</i> . CALVO SOTELO: <i>La muralla</i> . PEMAN: <i>Los tres escleros de don Simón</i> . NEVILLE: <i>Alta fidelidad</i> . PASO: <i>Cosas</i> <i>de papá y mamá</i> . OLMO: <i>La camisa</i> . RUIZ IRIARTE: <i>Historia de un</i> <i>adulterio</i> . Introducción y anotaciones por Joseph W. Zdenek y Guillermo I. Castillio-Feliú. <i>Rústica</i>	10,000.00
350.	TEIXIDOR, Felipe: <i>Viajeros mexicanos</i> . (Siglos XIX y XX.) <i>Rústica</i>	10,000.00
37.	TEOGONIA E HISTORIA DE LOS MEXICANOS. Tres opúsculos del siglo XVI. Edición de Angel Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
253.	TERENCIO: <i>Comedias: La andriana. El eunuco. El atormentador de sí</i> <i>mismo. Los hermanos. La suegra. Formión</i> . Estudio preliminar de Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	6,000.00
	TIMONEDA. (Véase Autos Sacramentales.)	
201.	TOLSTOI, León: <i>La Guerra y la Paz</i> . De "La Guerra y la Paz" por Eva Alexandra Uchmany. <i>Rústica</i>	18,000.00
205.	TOLSTOI, León: <i>Ana Karenina</i> . Prólogo de Fedro Guillén. <i>Rústica</i>	6,500.00
295.	TOLSTOI, León: <i>Cuentos escogidos</i> . Prólogo de Fedro Guillén. <i>Rústica</i>	6,000.00
394.	TOLSTOI, León: <i>Infancia-Adolescencia-Juventud. Recuerdos</i> . Prólogo de Sal- vador Marichalar. <i>Rústica</i>	6,000.00
413.	TOLSTOI, León: <i>Resurrección</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
463.	TOLSTOI, León: <i>Los Cosacos. Sebastopol. Relatos de Guerra</i> . Prólogo de Jaime Torres Bodet. <i>Rústica</i>	6,000.00
479.	TORRE VILLAR, Ernesto de la: <i>Los Guadalupe y la Independencia</i> . Con una selección de documentos inéditos. <i>Rústica</i>	6,000.00
550.	TRAPE, Agostino: <i>San Agustín. El hombre, el pastor, el místico</i> . Presenta- ción y traducción de Rafael Gallardo García O.S.A. <i>Rústica</i>	10,000.00
290.	TUCÍDIDES: <i>Historia de la guerra del Peloponeso</i> . Introducción de Ed- mundo O'Gorman. <i>Rústica</i>	10,000.00
453.	TURGUENEV, Iván: <i>Nido de Hídalgos - Primer Amor - Aguas Primaverales</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,000.00
	TURGUENEV. (Véase Cuentos Rusos.)	
209.	TWAIN, Mark: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	4,000.00
337.	TWAIN, Mark: <i>El príncipe y el mendigo</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	5,000.00
	UCHMANY, Eva. (Véase TOLSTOI, León.)	
	UNAMUNO, Miguel de: (Véase Teatro Español Contemporáneo.)	
384.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Cómo se hace una novela. La tía Tula. San</i> <i>Manuel bueno, mártir y tres historias más</i> . Retrato de Unamuno por J. Cassou y comentario de Unamuno. <i>Rústica</i>	6,000.00
388.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Niebla. Abel Sánchez</i> . Tres novelas ejemplares y un prólogo. <i>Rústica</i>	7,000.00
402.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Del sentimiento trágico de la vida. La agonía</i> <i>del cristianismo</i> . Introducción de Ernst Robert Curtius. <i>Rústica</i>	6,500.00
408.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Por tierras de Portugal y España. Andanzas y</i> <i>visiones españolas</i> . Introducción de Ramón Gómez de la Serna. <i>Rústica</i>	8,000.00
417.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Vida de Don Quijote y Sancho</i> . En torno al casti- lismo. Introducción de Salvador de Madariaga. <i>Rústica</i>	5,000.00

523.	UNAMUNO, Miguel de: <i>Antología Poética</i> . Prólogo de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	\$ 7,000.00
480.	URBINA, Luis G.; HENRIQUEZ URENA, Pedro, y RANGEL, Nicolás: <i>Antología del Centenario</i> . Estudio documentado de la Literatura Mexicana durante el primer siglo de Independencia 1800-1821. Obra compilada bajo la dirección de don Justo Sierra. <i>Rústica</i>	6,000.00
237.	USIGLI, Rodolfo: <i>Corona de Sombra</i> . <i>Corona de Fuego</i> . <i>Corona de Luz</i> . <i>Rústica</i>	5,000.00
52.	VALDES, Juan de: <i>Diálogo de la lengua</i> . Prólogo de Juan M. Lope Blanch. <i>Rústica</i>	6,000.00
	VALDIVIELSO. (Véase <i>Autos Sacramentales</i> .)	
56.	VALERA, Juan: <i>Pepita Jiménez y Juanita la Larga</i> . Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	6,000.00
190.	VALMIKI: <i>El Ramayana</i> . Prólogo de Teresa E. Rohde. <i>Rústica</i>	5,000.00
135.	VALLE-INCLÁN, Ramón del: <i>Sonata de primavera</i> . <i>Sonata de estío</i> . <i>Sonata de otoño</i> . <i>Sonata de invierno</i> . (Memorias del marqués de Bradomin.) Estudio preliminar de Allen W. Phillips. <i>Rústica</i>	5,000.00
287.	VALLE-INCLÁN, Ramón del: <i>Tiruno Banderas</i> . Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	5,000.00
	VALLE-INCLÁN, Ramón del. (Véase <i>Teatro Español Contemporáneo</i> .)	
55.	VARGAS MARTÍNEZ, Ubaldo: <i>Morelos, siervo de la nación</i> . <i>Rústica</i>	9,000.00
95.	VARONA, Enrique José: <i>Textos escogidos</i> . Ensayo de Interpretación, aco- taciones y selección de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
425.	VEGA, Garcillaso de la, y BOSCAN, Juan: <i>Poesías completas</i> . Prólogo de Dámaso Alonso. <i>Rústica</i>	8,000.00
439.	VEGA, Garcillaso de la (El Inca): <i>Comentarios reales</i> . Introducción de José de la Riva-Agüero. <i>Rústica</i>	6,000.00
217.	VELA, Arques: <i>El modernismo</i> . Su filosofía. Su estética. Su técnica. <i>Rústica</i>	8,000.00
243.	VELA, Arques: <i>Análisis de la expresión literaria</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
339.	VELEZ DE GUEVARA, Luis: <i>El diablo cojuelo</i> . Reinar después de morir. Introducción de Arturo Souto Alabarce. <i>Rústica</i>	5,000.00
111.	VERNE, Julio: <i>De la Tierra a la Luna</i> . <i>Alrededor de la Luna</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
114.	VERNE, Julio: <i>Veinte mil leguas de viaje submarino</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
116.	VERNE, Julio: <i>Viaje al centro de la Tierra</i> . <i>El doctor Ox</i> . <i>Muee Zacarias</i> . <i>Un drama en los aires</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	5,000.00
123.	VERNE, Julio: <i>La isla misteriosa</i> . Nota de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
168.	VERNE, Julio: <i>La vuelta al mundo en 80 días</i> . <i>Las tribulaciones de un chino en China</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
180.	VERNE, Julio: <i>Miguel Strogoff</i> . Con una biografía de Julio Verne por María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
183.	VERNE, Julio: <i>Cinco semanas en globo</i> . Prólogo de María Elvira Bermú- dez. <i>Rústica</i>	4,000.00
186.	VERNE, Julio: <i>Un capitán de quince años</i> . Prólogo de María Elvira Ber- múdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
189.	VERNE, Julio: <i>Dos años de vacaciones</i> . Prólogo de María Elvira Bermú- dez. <i>Rústica</i>	6,000.00
260.	VERNE, Julio: <i>Los hijos del capitán Grant</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
361.	VERNE, Julio: <i>El castillo de los Cárpatos</i> . <i>Las indias negras</i> . <i>Una ciudad flotante</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
404.	VERNE, Julio: <i>Historia de los grandes viajes y los grandes viajeros</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
445.	VERNE, Julio: <i>Héctor Servadac</i> . Prólogo de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
509.	VERNE, Julio: <i>La jangada</i> . <i>Ochocientos Leguas por el Río de las Ama- zonas</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
513.	VERNE, Julio: <i>Escuela de los Robinsones</i> . Nota preliminar de María Elvira Bermúdez. <i>Rústica</i>	6,000.00
539.	VERNE, Julio: <i>Norte Contra Sur</i> . <i>Rústica</i>	7,000.00
541.	VERNE, Julio: <i>Aventuras del capitán Hatteras</i> . <i>Los ingleses en el polo norte</i> . <i>El desierto de hielo</i> . <i>Rústica</i>	7,000.00
543.	VERNE, Julio: <i>El país de las pieles</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00
551.	VERNE, Julio: <i>Kerabán el testarudo</i>	6,000.00
552.	VERNE, Julio: <i>Matías Sandorf</i> . Novela laureada por la Academia Francesa. <i>Rústica</i>	7,000.00
569.	VERNE, Julio: <i>El Archipiélago de Fuego</i> . <i>Clovis Dardentor</i> . <i>De Glasgow a Charleston</i> . <i>Una Invernada entre los Hielos</i> . <i>Rústica</i>	8,000.00
570.	VERNE, Julio: <i>Los Amotinados de la Bounty</i> . <i>Mistress Branigan</i> . <i>Rústica</i> .	6,000.00

571.	VERNE, Julio: <i>Un Drama en México. Aventuras de Tres Rusos y de Tres Ingleses en el África Austral. Claudio Bombardier. Rústica</i>	\$ 8,000.00
575.	VERNE, Julio: <i>César Cascabel</i>	9,000.00
	VIDA DEL BUSCÓN DON PABLOS. (Véase <i>Luzbelillo de Tormes</i> .)	
163.	VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZÁLEZ. Prólogo de Juana de Ontañón. <i>Rústica</i>	6,000.00
227.	VILLAYERDE, Cirilo: <i>Cecilia Vuldez</i> . Estudio crítico de Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
147.	VIRGILIO: <i>Eneida. Geórgicas. Bucólicas</i> . Edición revisada por Francisco Montes de Oca. <i>Rústica</i>	5,000.00
261.	VITORIA, Francisco de: <i>Relecciones. Del estado. De los indios. y Del derecho de la guerra</i> . Con una introducción de Antonio Gómez Robledo. Del Colegio Nacional. <i>Rústica</i>	6,000.00
447.	VIVES, Juan Luis: <i>Tratado de la Enseñanza. Introducción a la Sabiduría. Escolta del Alma. Diálogos. Pedagogía Pueril</i> . Estudio preliminar y prólogos por José Manuel Villalpando. <i>Rústica</i>	8,000.00
27.	VOCES DE ORIENTE: <i>Antología de textos literarios del cercano Oriente</i> . Traducciones, introducciones, compilación y notas de Ángel María Garibay K. <i>Rústica</i>	6,000.00
398.	VOLTAIRE: <i>Cándido. Zaid. El ingenio. Micrómegas. Memnon y otros cuentos</i> . Prólogo de Juan Antonio Guerrero. <i>Rústica</i>	6,000.00
170.	WALLACE, Lewis: <i>Ben-Hur</i> . Prólogo de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
	WICKRAM, Jorge. (Véase: ANÓNIMO, num. 428.)	
133.	WILDE, Óscar: <i>El retrato de Dorian Gray. El príncipe feliz. El ruiseñor y la rosa. El crimen de Lord Arthur Saville. El fantasma de Canterville</i> . Traducción, prólogo y notas de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	5,000.00
238.	WILDE, Óscar: <i>La importancia de llamarse Ernesto. El abanico de Lady Windermere. Una mujer sin importancia. Un marido ideal. Salomé</i> . Traducción y prólogo de Monserrat Alfau. <i>Rústica</i>	6,000.00
161.	WISEMAN, Cardenal: <i>Fabiola o la Iglesia de las Catacumbas</i> . Introducción de Joaquín Antonio Peñalosa. <i>Rústica</i>	4,500.00
90.	ZARCO, Francisco: <i>Escritos literarios</i> . Selección, prólogo y notas de René Avilés. <i>Rústica</i>	6,000.00
546.	ZAVALA, Silvio: <i>Recuerdo de Vasco de Quiroga</i> . <i>Rústica</i>	10,000.00
269.	ZEA, Leopoldo: <i>Conciencia y posibilidad del mexicano. El occidente y la conciencia de México</i> . Dos ensayos sobre México y lo mexicano. <i>Rústica</i>	4,500.00
528.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo I: En las garras del monstruo. La espía de la Médicis. Horrible revelación. <i>Rústica</i>	6,000.00
529.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo II: El círculo de la muerte, el cofre envenenado y la cámara del tormento. <i>Rústica</i>	6,000.00
530.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo III: Sudor de Sangre, La sala de las Ejecuciones. La venganza de Fausta. <i>Rústica</i>	6,000.00
531.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo IV: Una tragedia en la Bastilla. Vida por vida. La crucificada. <i>Rústica</i>	6,000.00
532.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo V: El vengador de su madre. Juan El Bravo. La hija del Rey Hugonote. <i>Rústica</i>	6,000.00
548.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo VI: El tesoro de Fausta. La Prisionera. La casa misteriosa. <i>Rústica</i>	6,000.00
555.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo VII: El día de la justicia. El Santo Oficio. Ante el César. <i>Rústica</i>	6,000.00
556.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo VIII: Fausta la diabólica. Pardaillán y Fausta. Tallo de lirio. <i>Rústica</i>	6,000.00
558.	ZÉVACO, Miguel: <i>Los Pardaillán</i> . Tomo IX: La abandonada. La dama blanca. El fin de los Pardaillán. <i>Rústica</i>	6,000.00
412.	ZOLA, Emilio: <i>Naná</i> . Prólogo de Emilia Pardo Bazán. <i>Rústica</i>	6,500.00
414.	ZOLA, Emilio: <i>La tuberna</i> . Prólogo de Guy de Maupassant. <i>Rústica</i>	8,000.00
58.	ZORRILLA, José: <i>Don Juan Tenorio. El puñal del Godo</i> . Prólogo de Salvador Novo. <i>Rústica</i>	5,000.00
153.	ZORRILLA DE SAN MARTÍN, Juan: <i>Tabaré</i> . Estudio crítico por Raimundo Lazo. <i>Rústica</i>	6,000.00
418.	ZWEIG, Stefan: <i>El mundo de ayer</i> . <i>Rústica</i>	6,000.00

PRECIOS SUJETOS A VARIACIÓN SIN PREVIO AVISO.

EDITORIAL PORRÚA, S. A.

EDITORIAL PORRÚA, S. A.

DICCIONARIO PORRÚA.

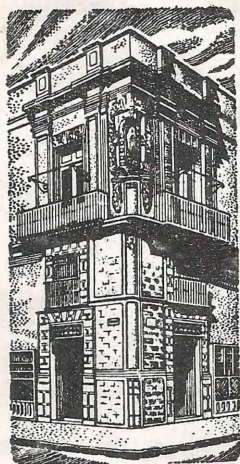
DE HISTORIA, BIOGRÁFIA
Y GEOGRAFÍA DE MÉXICO

QUINTA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA

CON UN SUPLEMENTO, 42 MAPAS.
CERCA DE 3000, NUEVAS FICHAS.
3 VOLUMENES ENCUADERNADOS EN TELA
XL-3285 PAGINAS

EL "DICCIONARIO PORRÚA" (DIVULGADO YA CON ESTAS DOS SOLAS PALABRAS) ES SINÓNIMO DE FUENTE DE INFORMACIÓN, VERDICA E IMPARCIAL. ES ARBITRO DE DISCUSIONES. COMPAÑERO DE TODA LA VIDA, INDISPENSABLE EN TODO CENTRO DE ESTUDIOS, EN LA BIBLIOTECA FAMILIAR, Y, EN FIN, PARA CUANTOS QUIERAN PENETRAR EN EL MUNDO DEL MÉXICO DE AYER Y DE HOY

UNA OBRA DE TODOS PARA TODOS



LIBRERIA PORRUA
1900-1991

JUSTO SIERRA Y ARGENTINA
CIUDAD DE MEXICO